
BORN
TO BE
Vital
RACHEL RP

CONTENTS

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
EPÍLOGO
¿Y ahora qué?
Capítulo 1
Capítulo 2
AGRADECIMIENTOS
Nos leemos en la siguiente ;)

OTRAS NOVELAS DEL MAFIAVERSO

Título: Born to be wild

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©RachelRP
Primera edición: 2025
Diseño de cubierta: Luce G. Monzant
Maquetación: RachelRP
Corrección: Nia Rincón

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Puedes encontrarme en: www.RachelRP.es



Para todas las almas indomables que no esperan a ser salvadas...

sino que encuentran su propia libertad.



PRÓLOGO

El sol apenas roza el horizonte cuando Colton Daltry baja del caballo en aquel pedazo de tierra de Texas. El terreno está cubierto por una bruma ligera y roja, como si el propio río hubiera sangrado durante la noche. Delante de él, la extensión virgen de tierra: pastos salvajes, algunos árboles retorcidos y el murmullo constante del Red River a pocos metros.

—Aquí será —murmura Colton, escupiendo al suelo mientras levanta un puñado de tierra seca y la deja caer entre sus dedos—. Tierra dura…, pero leal.

Detrás de Colton, un joven que trabaja para él termina de clavar la estaca marcada con la bandera tejana y la italiana.

—¿Está seguro, señor Daltry? —pregunta el joven—. Los locales dicen que esta parte del río pertenece a los… comanches. Que es tierra vieja.

Colton se gira y le lanza una mirada firme, la que usaba en Nueva York antes de dejar un cuerpo en el Hudson. La misma que su padre ponía cuando hacía lo mismo en Italia.

—¿Los comanches tienen una escritura firmada? ¿Títulos? —Silencio—. Entonces es mía.

Se quita el sombrero, lo clava en la estaca y se aleja hacia su carreta. En el remolque están los tablones, los clavos, el *whisky*… y el Winchester.

Pero entre los árboles, sin que él lo sepa, una joven comanche lo observa. Tiene trenzas largas, una piedra en la mano y los ojos de quien entiende que la tierra no se compra: es herencia, no propiedad. Ella da un paso de forma silenciosa y le lanza el pedrusco a la cabeza.

Da en el blanco.

Colton cae al suelo y la sangre le empapa la cara en segundos. La joven india corre riéndose. Es el primer encuentro que tendrán, pero no será el último.

Y de la sangre que ahora decora el suelo nacerá el rancho Red River.



CAPÍTULO 1

Dayra

Miro a mi hermano soplar las velas y no puedo evitar sonreír. Liam ya es todo un hombre al que le he visto el culo demasiadas veces para mi gusto.

Me acerco con el orgullo pintado en mi cara, y antes de que pueda darse cuenta, cojo la tarta y se la estampo en la cara.

—¡Feliz cumple, hermanito! —grito antes de salir de allí corriendo.

Liam se ríe mientras suelta algunos juramentos a la vez que se limpia los ojos para empezar a perseguirme. Rodeo la mesa del jardín y todos nos miran divertidos. Ha sido así toda la vida. Aunque es el pequeño de los dos, Liam me saca más de una cabeza y logra alcanzarme a la tercera vuelta que doy alrededor de la gran mesa que han colocado en el jardín de casa y ambos caemos al suelo.

No puedo parar de reír cuando él restriega su cara contra la mía, manchándome con los restos de tarta que todavía lleva.

—Vamos, niños, a la mesa, que quiero tarta —nos llama mamá, y cuando ambos la miramos veo que lleva otro pastel idéntico en las manos—. Os he parido.

Su explicación es la de siempre, nos conoce más que nosotros mismos.

—Mariposa, siéntate a mi lado —me pide mi padre, y lo hago mientras me limpio la cara con una servilleta que me ha tendido tía Cadee.

—Tú, monstruito —llama tío Kean a Liam—, ven aquí y cuéntame cómo te va en la universidad.

—Te lo puedo resumir: intenta meterla en caliente, pero acaba cada noche jugando un cinco contra uno —me burlo, y Liam me tira un trozo de pan.

—¿Necesitáis que os castigue en la silla de pensar? —nos pregunta mamá, mirándonos a ambos sin dejar de sonreír.

Sabes que la vida es perfecta cuando sientes el amor de tu familia en cada palabra, en cada gesto, en cada celebración en la que estamos todos.

Como mínimo los que seguimos vivos. No tenemos una profesión sencilla, nos dedicamos a la seguridad privada, al menos de cara a la galería. Aunque, en realidad, llevamos la parte táctica de la Élite.

—Luego tengo que hablar contigo —me dice tío Kean, y noto que papá lo mira justo después de localizar a mamá, que ahora está hablando con tía Cadee.

No es algo raro que mi padre tenga siempre vigilada a mi madre, pero en esta ocasión no es porque la adora, sino porque no quiere que escuche a mi tío decirme eso.

Asiento, entendiendo la situación, y volvemos a la celebración.

Pasamos el día entre risas, piñatas y caramelos. Sí, somos ya mayores, pero todavía nos gusta disfrutar como niños y a los soldados les encanta cuando jugamos a ponerle la cola al burro.

Para cuando empieza a caer la noche, decido ir a la parte de atrás de la casa. Allí tenemos un cementerio familiar. No es nada tétrico ni siniestro, solo son tumbas que nos recuerdan a los que ya no están, pero que tienen un lugar importante en nuestro corazón.

Aquí hay tres personas importantes enterradas.

Megan y Marc. Apenas los recuerdo, aunque mi madre me ha enseñado infinidad de fotos de ambos, pero sé que fueron los que cuidaron de mí cuando ella no podía. Durante los primeros años de mi vida fueron lo más parecido que tuve a padres y siempre tendrán un lugar en mi corazón.

El tercero es el tío Jowan. Él me sacó de la casa del tarado que estaba obsesionado con mi madre cuando era niña. Siempre tenía tiempo para jugar conmigo y jamás lo vi enfadado. Era de esas personas que alegran tu vida solo por estar en ella. Hace diez años que el cáncer se lo llevó, pero aún sigue presente para todos nosotros, y tía Cadee creo que no lo ha podido superar todavía.

—Hubo un momento en la vida en el que pensé que te vería aquí enterrada —dice mi madre, sobresaltándome.

—No va a pasar —le aseguro, y se sienta a mi lado en el suelo.

A pesar de su edad, sigue ágil como cuando estaba activa en la organización.

Apoyo mi cabeza en su hombro y ella peina mi pelo con sus dedos. Es mi heroína, literalmente, me salvó la vida dos veces a pesar de poner la suya en riesgo.

—Tu padre cree que no he oído a Kean comentarte que tenéis que hablar —dice sin dejar de pasar sus dedos por mi pelo.

Lo tenemos igual, rubio con raíces oscuras.

—¿Sabes de qué va la cosa? —pregunto tranquila porque con mi madre no hay secretos.

—No, aunque seguro que tu padre me lo cuenta antes de dormir, jamás ha podido ocultarme nada. —Se ríe y alzo la cabeza para mirarla.

—Sea lo que sea estaré bien, me habéis criado bien.

—Y eso casi te mata.

Veo en los ojos de mamá la tristeza profunda que encierran los recuerdos que ahora pasan por su mente. Hace un par de años, en una de las misiones, me pegaron un tiro que por poco me mata. Tardé como un año en poder volver a andar y aún hay veces que me molesta. Le prometí que no me volvería a exponer de esa manera, al menos hasta que ella ya no tuviera miedo. A pesar de que ya ha pasado mucho tiempo, aún no lo ha superado.

Mamá me da un beso en la frente y me levanto para ayudarla a ella hacerlo. Nos metemos en la casa y veo que el tío Cathal ha llegado con la tía Fiore. Adoro a mi tía Fiore, está tan jodida de la cabeza como tengo la sensación de que lo estoy yo.

—¿Y las niñas? —pregunta mamá, besando a ambos en la mejilla.

—Están con mi hermana en Rusia —contesta tía Fiore—. Lev les ha dicho que pueden tirarles estrellas ninja a sus hijos como castigo por lo que les hicieron en verano.

Me río porque estoy segura de que no es un eufemismo. Lev es el *pakhan* de la *mafiya* y tampoco tiene muy bien hechas las conexiones ahí arriba. Es muy divertido, aunque no tanto como Roma. Me he criado con ellos alrededor, como familia lejana, debido a que pertenecen a la Élite, y puedo asegurar que sus descendientes

están tan jodidos de la cabeza como nosotros. Supongo que por eso somos todos amigos.

Más o menos.

Seguimos la celebración en la sala principal. Decido subir a mi habitación para cambiarme de ropa, tengo una sorpresa para Liam. De pequeño le aterrorizaban los payasos y ahora no le hacen mucha gracia, así que he aprendido unos truquitos y alquilado un disfraz del payaso de *It* para darle un susto cuando apaguen las luces para volver a sacar la tarta con las velas ahora que ha llegado el tío Cathal.

La verdad es que en esta familia vendría bien tener un pastelero, nos dejamos una pasta en estas cosas.

Escucho golpes en la puerta y sé que es tío Kean por la forma en la que lo hace. Son un conjunto de seis golpes, de dos en dos con un silencio entre ellos, que quien no lo sepa parece aleatorio, pero en realidad es el ritmo de la canción *We will rock you.*

—Pasa.

—¡Joder! —Se sobresalta mi tío al verme vestida de payaso a pesar de que aún no voy maquillada.

—Supongo que estoy bien.

—Liam se va a cagar en los pantalones. —Se ríe tío Kean y yo con él.

—Esa es la idea, para que la próxima vez, cuando quiera meterme sanguijuelas en la bañera, se lo piense dos veces.

Tío Kean se ríe recordándolo.

—¿Es un buen momento para hablar? —inquiere, sentándose en el sofá junto a la cama.

—Tanto como cualquier otro; supongo que no son buenas noticias.

Espero que no me diga que ha muerto nadie, aunque no conozco a todos los grupos que tenemos distribuidos por Europa, perder a alguien siempre me jode la cabeza. Y la tía Mishka, la mujer de tío Kean, está ahora de misión infiltrada.

—No, no lo son.

—Y por eso no querías que mamá se enterara.

Sonríe y asiente.

—Mi *brathair* no es idiota y no tengo ninguna duda de que ahora mismo está sonsacándole todo a Keyran.

—Suéltalo ya —le pido.

Él me mira, suspira, se pasa las manos por la cabeza, se recuesta y finalmente contesta:

—El grupo de trata de blancas que hace años vendió a tu madre está de nuevo operativo.





CAPÍTULO 2

Talon

El amanecer en Red River es uno de mis momentos favoritos del día, este fue el hogar de mis ancestros por parte de madre: los comanches. Puedes cerrar los ojos, respirar hondo y sentir, por un instante, que nada ha cambiado desde hace siglos. Luego vuelves a abrirlos y te encuentras con que los gilipollas tampoco lo han hecho y procedes a realizar tu trabajo.

—Lo siento, señor Daltry, de verdad —lloriquea el tipo al que estoy atándole las manos con una soga y un nudo que me enseñó a hacer mi abuela.

—El señor Daltry es mi padre —le gruño.

No sé cómo quiero que me llamen, bueno, esta clase de personas prefiero que no lo haga, así que cojo un pañuelo de tela sucio del bolsillo trasero de mis pantalones y se lo meto en la boca.

Levi llega con un trozo de cinta plateada y se lo coloca en la boca. Mi hermano pequeño no necesita órdenes para saber lo que quiero que haga.

Una vez la cuerda está bien asegurada, ato el otro extremo a la silla de mi caballo. Me recojo el pelo, que me llega hasta los hombros, en un moño para evitar que se me meta en los ojos. El tipo protesta, aunque ahora apenas se oye por el trapo de la boca, aun así, Levi le da un puñetazo que lo aturde mientras ambos nos montamos y ajustamos las riendas para empezar el día.

—Por si no has ido a la Casa Grande esta mañana, Kaku está haciendo los bollos de miel que nos gustan —dice Levi mirando hacia atrás.

—Sabes que hay que hacer las cosas bien para que llegue el mensaje —contesto, y rueda los ojos.

Los diez años que nos llevamos se notan. Aún es demasiado impaciente.

—Bien, pero como Teya me deje sin ninguno, voy a ponerte miel en los huevos y dejar tu tienda abierta cuando acampemos.

Me río porque eso es exactamente lo que yo le hice a él cuando éramos críos y todavía tiene escalofríos cuando ve un hormiguero.

Me ajusto el sombrero y espoleo a Tuhka para que comience a trotar. Mi caballo me conoce lo suficiente como para saber que lo que quiero es que poco a poco corra más, lo bastante como para que el idiota al que llevo atado caiga y se arrastre. Se sabe el camino, son dos millas de piedras y tierra que dejarán un precioso cadáver al que clavaré una nota y abandonaré como regalo y advertencia en las afueras del condado.

—¿Una carrera hasta la Casa Grande? —pregunta Lev una vez hemos dejado al muerto con mis hombres para que acaben el trabajo.

Asiento y le doy ventaja, cinco segundos. Suraihka, su caballo, es veloz, pero no tanto como el mío, así que no tardo en darle alcance y burlarme de él cuando lo saludo tocando el ala de mi sombrero antes de dejar que muerda el polvo que levanta Tuhka a su paso.

Cuando llego a la Casa Grande veo un coche aparcado que no es nuestro, es de alquiler. Un forastero.

Entro sin esperar a Levi y no hay nadie en la sala principal de la casa. Escucho risas y voy hacia ellas, están en la cocina. Al entrar veo a Kaku abrazada a un enorme hombre que conozco perfectamente, es de la edad de mi padre, creo, y siempre que viene hace lo mismo.

—Por mucho que me guste estar en los brazos de un hombre como tú, no voy a dejar que te comas todos los bollos de miel.

—Irlandés —lo saludo, quitándome el sombrero.

—Talon, tu abuela me quiere matar de hambre —se queja como un niño y no como un hombre de su edad.

—Agradece que sea de hambre. —Le guiño un ojo a mi kaku y ella sonríe—. Ahí donde la ves, esa adorable anciana ha sido lo último que han visto muchos hombres.

Keanan le da un beso en la cabeza a mi kaku y trata de robarle un bollo, pero ella se da cuenta y le da en la mano con una espátula.

—Está bien —se queja Keanan, alzando sus palmas en modo de rendición.

—¿A qué se debe tu visita? —le pregunto, cambiando de tema.

Sabía que iba a venir, mi padre me lo dijo, pero he estado concentrado en otras cosas y no presté atención a la fecha de su llegada.

—Si vais a hablar de temas desagradables no os quiero en mi cocina —nos regaña kaku agitando la espátula, y sonrío.

Me acerco, le doy un beso y le indico a Keanan que me siga. Veo a Grace, nuestra contable, pasar hacia el despacho que tenemos para ella en la Casa Grande. Es un jodido coco y no solo hace el trabajo legal, la parte fantasma del rancho también la maneja.

Escucho a Levi y Teya pelear en la sala principal mientras pasamos. Están tan absortos que ni se percatan de nuestra presencia. Son mellizos y se aman, pero cuando entran en guerra es mejor no estar cerca.

Hago pasar al despacho a Keanan. Es el de mi padre, el mío está en mi casa, a media milla de la Casa Grande, y no es ni de lejos tan apabullante como este.

—Bien, pues tú dirás. —Le indico que se siente frente a mí y lo hace, desabrochándose el traje y acomodándose.

—¿Te ha dicho tu padre el motivo de mi visita?

—Sí, me comentó que tenéis pruebas de que un grupo de tráfico de personas opera en esta zona, pero lo he comprobado y no hay nada.

—Mis fuentes son fiables.

—Lo he comprobado yo mismo, Keanan, aquí no hay nada. Nunca dejaría que algo así pasara en mis tierras.

Él asiente porque sabe que no me gusta esa mierda. Mi padre ayudó a Keyran, a Cathal y a él mismo a atrapar y desmontar varias redes de este tipo, sin embargo, eso fue hace años.

—Aun así, me gustaría que nos dejaras investigar.

—No creo que vayan a darte mucha información —le aclaro.

Mi gente es hermética, ni te cuento los de la tribu, no hablarían ni bajo amenaza de muerte.

—Lo sé, es por eso que Keyran y yo hemos tenido una idea. Si quien viene aquí lo hace bajo una identidad falsa, puede que logre obtener información.

Frunzo el ceño, tratando de entender lo que quiere decir.

—¿Identidad falsa?

—Sí, puede venir como tu prometida.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que mi sobrina puede hacerse pasar por tu prometida y así tratar de obtener información.

Me cuesta unos segundos procesar lo que me está contando y suelto una carcajada.

—No puedes estar hablando en serio, ¿no?

—Piénsalo, Talon, ya tienes una edad, el hecho de que tengas un matrimonio de conveniencia no es raro en el entorno en el que nos movemos. Los italianos lo hacen, y después de todo provenís de la Cosa Nostra de Nueva York.

—Ya sé que eso está a la orden del día, pero aun así…

—Tu padre está de acuerdo, cree que podría beneficiarte al demostrar que la familia no se va a quedar sin heredero.

Y entonces lo entiendo todo. Esto no es más que una treta de mi padre para hacer que me case. Respiro hondo y estoy a punto de mandar a la mierda a Keanan, a pesar del respeto que le tengo. Pero entonces recapacito y pienso que igual es mejor dejar que esa cría venga y pase una temporada aquí, durante la cual no tendré que estar escuchando a mi padre todo el día acerca de que mi vida no estará completa sin mi propia familia.

—¿Cómo se llama ella? —pregunto, y Keanan sonríe.

—Dayra.

No pregunto más porque tampoco me interesa. Tengo claro que va a ser una niña que, si no me equivoco, ronda los veintipocos, malcriada y que ha vivido entre algodones desde que nació.

—Muy bien —le digo, extendiendo mi mano—, hablemos de los términos de la boda, tío Keanan —me burlo.

Y sonrío mientras pienso que al menos me voy a divertir viendo como una chica de ciudad pasa los peores días de su vida trabajando en un rancho. Cuando ella se largue, conseguiré hacer ver a mi padre que no hay mujer para mí, que no la necesito y que si quiero niños hay una casa hogar llena de ellos en el condado de al lado.



CAPÍTULO 3

Dayra

Cuando aterrizo en el Dallas-Fort Worth, mi cuerpo está más que agarrotado. Las casi diez horas de vuelo me han dejado muerta. Súmale a eso que soy incapaz de dormir en un avión y tienes a una yo muy cabreada.

Salgo a la zona donde debería estar mi prometido. Qué raro me resulta pensar en ello, pero me parece divertido. Nunca me voy a casar, sé que no voy a encontrar nada como lo que tienen mis padres y no pienso conformarme con menos, así que mi destino es estar soltera y feliz.

Reviso a la gente a mi alrededor buscando al hombre que he visto en algunas fotos. No he podido evitarlo y he cotilleado. No tiene redes sociales, pero sus hermanos sí, y en algún *post* he podido verlo y, oye, algo tengo que reconocer, dejaría que me diera duro contra el muro.

Veo a un tipo con un letrero que lleva mi nombre. Frunzo el ceño. Se suponía que Talon venía a recogerme, así tendríamos tiempo para hablar de un par de cosas. Tío Kean me dijo que el tipo no cree que haya trata de blancas en su territorio, pero nuestras fuentes son fiables y quería comentárselo en las casi dos horas que tenemos hasta su rancho.

—Hola, yo soy Dayra —saludo al hombre con pinta de vaquero que no sabe qué es una ducha.

Me mira de arriba abajo y asiente mientras se toca el sombrero que lleva.

—Señorita.

—¿Y Talon? —pregunto mientras se da la vuelta sin cogerme el equipaje buscando la salida, donde imagino tiene el coche.

A ver, que no lo necesito, tengo dos manos, pero se llama cortesía con el que llega. Yo misma cargo con las maletas de los rusos cuando vienen a visitar a la tía Fiore.

—No tiene tiempo para hacer de chófer —suelta como si estuviera enfadado conmigo.

Supongo que a él tampoco le hace ninguna gracia venir a recogerme.

Imbécil.

Respiro hondo y decido que es demasiado pronto para matar a alguien. Me duele la pierna, se me ha agarrotado por el viaje y no estoy de humor para aguantar estupideces.

—¿Te sigo? —pregunto en un tono que deja claro que me jode que haya echado a andar sin siquiera decirme eso.

—Tú misma —contesta sin girarse, encogiéndose de hombros.

Ufff, qué ganas de esparcir los sesos de este gilipollas por todo el suelo del aeropuerto. Saco mi bálsamo labial sabor café y me lo aplico. Es el que uso cuando no he dormido y voy a tomar una decisión impulsiva. El caos huele a *expresso*.

Me doy media vuelta y sigo mi propio camino. Me acerco a la ventanilla de alquiler de coches y saco mi Amex negra, soy una adulta con dinero y no me da vergüenza admitirlo, y mucho menos gastarlo cuando tengo que comprarme una polla para demostrar que la tengo más grande.

Me indican que están preparando lo que he pedido y que puedo pasar a una sala a esperar tomándome lo que quiera. Invita la casa. Claro que lo hace, acabo de gastar en un servicio lo que va a cobrar la chica que me ha atendido en un mes.

Me siento con un vaso de agua con hielo y una rodaja de limón y veo pasar al vaquero cuyo nombre no sé porque el maleducado ni siquiera se ha presentado, y su cara es de cabreo.

Sonrío.

Lo veo ir de arriba abajo mientras supongo que me busca. Es tan idiota que ni siquiera piensa en la posibilidad de que me vaya por mi cuenta. Saca el móvil y habla con alguien. Se pone firme, supongo que es su jefe, o quizás mi prometido, no lo sé ni me interesa. Cuando el servicio que he contratado está preparado, salgo por la puerta lateral siguiendo al chico que me lleva las maletas hasta mi carroza: una limusina rosa con el logo de Hummer, con unos cuernos

en el capó delantero y una preciosa mujer al volante que lleva un conjunto digno de lucir en cualquier rodeo.

—Encantada, soy Darla y seré su chófer —se presenta.

Estoy tentada a volver dentro del aeropuerto y buscar al idiota para decirle: «¿Ves? No era tan difícil ser educado».

—Soy Dayra, gracias por venir tan rápido.

La chica del mostrador me ha dicho que no hacen viajes tan largos con este tipo de coches, pero le ha preguntado a la conductora, que es la dueña de este monstruo, y ha accedido encantada.

Me subo y disfruto del viaje charlando con ella. Cuando me avisa de que estamos entrando en la propiedad del rancho Red River decido mirar el paisaje. Esto es precioso.

Los pastos dorados se están tornando color cobre, mezclados con matices rojizos y ocres. Las hojas de los encinos y nogales comienzan a caer lentamente, tapizando los caminos de tierra con una alfombra crujiente. Las colinas siguen secas del verano, pero aun así el paisaje es simplemente perfecto.

—Dayra —murmura Darla, y vuelvo a prestarle atención. Creo que he estado como media hora abstraída, ¿cómo de grande es este lugar?

Miro hacia donde lo hace ella y veo a cuatro vaqueros con armas en sus manos. Darla levanta las suyas en señal de rendición.

Abro la puerta del Hummer y me bajo de un salto. Mis deportivas golpean el suelo, levantando algo de polvo, y veo como ahora las armas apuntan hacia mí.

—Relajaos, soy la prometida del dueño de todo esto —les suelto, haciendo un gesto con mi dedo para señalar a mi alrededor.

Se miran sin decir nada y uno de ellos saca una radio del cinturón. Habla con alguien y corta. Bajan las armas, me saludan tocándose el ala del sombrero y después se montan en los caballos que tienen justo detrás. Todo sin decirme una palabra.

Creo que acabo de despertar en una peli de vaqueros.

—Abre el maletero, ya bajo yo todo —le pido a Darla antes de cerrar la puerta.

Ella me obedece y saco un par de maletas que he traído. Me gusta ir ligera de equipaje, pero en esta ocasión no sabía cuánto tiempo me iba a quedar, así que me he venido arriba con todo lo que podría necesitar. Aunque, viendo este lugar, creo que tendré que ir de compras.

Darla baja la ventanilla y se asoma.

—¿Estás segura de quedarte aquí? —pregunta, viendo el panorama.

—Oh, sí, puedes irte, te haré una transferencia con la propina, ¿te fías? —le suelto guiñándole el ojo y ella sonríe asintiendo.

Cierra la ventanilla y se va por donde ha venido, dejándome sola con una polvareda que hace que tosa un par de veces.

Veo un caballo venir hacia mí trotando y sobre él a un joven que debe tener la edad de Liam, solo que este tiene los rasgos mezclados entre John Wayne y Gerónimo, aunque este era apache y el chico, por lo que sé, tiene raíces comanches.

—Ima se va a cabrear muchísimo cuando se entere de que estás aquí —dice sonriendo, pareciendo más joven de lo que es.

—Puedo irme —contesto, cruzándome de brazos.

Desmonta y llega hasta mí.

—No es por ti, es por Talon, él debería haberte traído al rancho y, por lo que veo, no lo ha hecho.

—Ha mandado a un idiota cuyo nombre no sé y he decidido que no me iba con él. Una chica debe velar por su seguridad ante todo —respondo, guiñándole un ojo.

El chico se ríe y me tiende la mano.

—Soy Levi Daltry y tú debes ser la prometida de mi hermano.

—Prefiero que me llamen Dayra, pero sí, esa soy yo.

—Oh, cuñada, necesito que me dejes llevarte con Ima y decirle yo mismo todo esto.

Veo en sus ojos la misma picardía que en los de Liam, así que asiento. No tengo ni idea de quién es esa tal Ima, pero por lo visto va a darle unos azotes a mi prometido.

—Si quieres, puedo revolcarme un poco en el suelo para que parezca que lo he pasado mal —le ofrezco divertida.

Levi me mira y se le iluminan los ojos mientras sonríe.

—Déjame decirte que oficialmente me acabo de enamorar de ti.

Escucho un ruido tras de mí y, antes de que pueda girarme, una voz masculina, de esas que hacen que se te estremezca el alma, habla muy cerca de donde estoy parada.

—Hermano, esta mujer es mía.



CAPÍTULO 4

Talon

Miro a la rubia que se gira lentamente hacia mí y me observa como si quisiera matarme. He de reconocer que está buena, me la follaría, aunque está un poco pálida para mi gusto.

—Todavía no hay un anillo en este dedo —suelta, sacando a pasear el del medio mientras mi hermano se ríe.

—¿Se puede saber por qué mi hermano afirma estar enamorado ya de ti? —le pregunto cruzándome de brazos, y ella abre la boca, la cierra, respira hondo, saca un ¿pintalabios? de su bolsillo y se lo pone.

Debe ser de esos que solo hidratan porque no veo que haya cambiado el tono.

—Le he dicho que Ima se iba a cabrear por no haberla traído tú mismo y se ha ofrecido a contribuir en la narración de los hechos —contesta Levi por ella.

Mi hermano quiso ser abogado durante un tiempo y aún no se ha quitado del todo algunas costumbres.

—¿En serio? ¿Qué tienes, cinco años?

En ese momento llega uno de los coches del rancho y mi madre se baja de él. Genial, esto solo hace que mejorar.

—¡Ima! —la saluda Levi, y sé que lo hace para que la irlandesa que tengo delante sepa quién ha llegado.

Ima la mira de arriba abajo y luego a mí. En sus ojos puedo ver la enorme bronca que me va a caer.

—Hola, soy Sakari Daltry, pero puedes llamarme Ima.

—Nunca había oído ese apodo, ¿de dónde viene? —pregunta la irlandesa mientras le tiende la mano a mi madre.

—Es el término comanche para mamá —le contesta ima sonriendo y sé que le cae bien, aunque, para ser sinceros, a mi madre todo el mundo le cae bien mientras no le haga daño a nadie de la familia.

—Oh, qué bonito, sabía que teníais raíces comanches, pero no que aún usáis los términos.

—Querida, somos más que de raíces comanches, yo soy comanche de nacimiento —contesta ima, esperando ver la respuesta de mi prometida.

Hay mucho odio aún sobre la mezcla de razas y es algo que no voy a tolerar bajo este techo, así que, si la irlandesa dice algo que pueda ofender, voy a meter su precioso culo en un coche de vuelta al aeropuerto.

—¿En serio? Me parece increíble, ¿y tenéis tradiciones y esas cosas? —pregunta entusiasmada—. No quiero parecer rara, bueno, qué demonios, lo soy, y me parece alucinante que seas india. ¿Puedo decir india? ¿Ese término lo puedo usar o…?

—Vayamos dentro y te cuento todo sobre mi cultura mientras comemos unos bollos de miel que ha hecho mi madre.

—Kaku hace los mejores de la región —interviene Levi, que ya había olvidado que estaba aquí.

—Primero guarda el caballo —le ordeno a mi hermano, que ya se dirigía hacia la Casa Grande siguiendo a ima y a la irlandesa.

—Recógelos tú —me manda mi madre—, y luego hablaremos sobre cómo te he educado para que dejes que tu prometida se quede sola en un aeropuerto y tenga que buscarse la vida para llegar hasta aquí.

Mi ima está muy cabreada, y el hecho de que la irlandesa mire por encima de su hombro sonriendo y sacándome la lengua no mejora la situación. Decidido, voy a quedarme viudo antes de la boda.

Arrastro al último caballo hasta el establo, cerrando tras él con un chasquido seco. El calor se aferra al aire como una manta áspera, pero el trabajo me ha despejado. Al menos en el rancho, todo tiene sentido: sillas que encajan, riendas tensas, pasos firmes sobre tierra apisonada. Los caballos no mienten. Las personas, sí.

Me quito el sombrero, sacudo el polvo y lo coloco sobre el gancho de siempre cuando entro en la Casa Grande. Al fondo, el eco de las voces de mi madre y la irlandesa se oyen, deben estar en la cocina. No hace ni dos horas que ha puesto un pie en Red River y ya va

dejando su marca. La escucho reír. Ese tipo de risa que no encaja con una historia de infiltrarse en redes de trata. Me huele más a capricho de rica aburrida que a misión heroica.

Dayra, la irlandesa. Mi prometida. Manda huevos.

Me dirijo hacia las voces porque tengo hambre. Torturar tan temprano hace que me ruja el estómago.

Cuando entro, veo a casi todas mis mujeres favoritas alrededor de la irlandesa. Mamá le está contando qué significan los adornos que lleva en el pelo. Mi abuela le acaba de decir que la llame kaku, lo cual es raro porque, mientras ima es todo amor desde el principio, kaku tiende a desconfiar.

Murmuro un saludo y veo que la irlandesa ni me mira. Vale, puede que me haya comportado como un capullo no yéndola a recoger, pero es que esta mañana estaba ocupado.

Miro la encimera de madera, donde hay un enorme plato de cerámica con dibujos comanches que hizo mi bisabuela, y me cabreo. Está vacío. Es el plato que siempre usa kaku para los bollos de miel.

—Voy a matar a Levi —gruño enfadado.

Ima y kaku fruncen el ceño un instante antes de entender el motivo de mi cabreo.

—Ups, creo que me he comido el último bollo de miel —suelta la irlandesa mientras pasa la lengua por la comisura de sus labios, haciendo que se me ponga dura al instante.

Joder.

—En esta casa se comparte —suelto en un tono desagradable.

—Sí —confirma mi madre—, y también se es educado y no se deja que los invitados tengan que buscarse la vida para llegar hasta aquí.

Gruño y mi madre alza las cejas.

—Lo siento —murmuro.

—Oh, me encanta —dice la irlandesa, y tengo que contenerme para no decirle alguna barbaridad.

Si aguanto esta mierda es para que mi padre me deje en paz sobre lo de casarme, pero no sé si voy a poder aguantar mucho

tiempo la farsa. Lo que no voy a dejar es que embauque a mi madre ni a mi abuela de alguna manera.

—Vamos, te enseñaré esto y hablaremos sobre lo que has venido a hacer aquí —le digo a la irlandesa, que no duda en levantarse para seguirme.

Les da un beso en la mejilla a ima y a kaku antes de sacar otra vez el pintalabios y aplicárselo, solo que el de antes era de otro color y este es ¿verde?

—Te sigo —afirma, y me saca de mis pensamientos.

¿Me he quedado mirando sus labios?

Salimos de la Casa Grande y caminamos en silencio hasta un enorme árbol que hay frente a la casa. Ahí tenemos unas sillas y mesas para tomar algo cuando el calor no nos ahoga. Es uno de los sitios favoritos de mi padre.

—Donde hemos estado es la Casa Grande, allí viven mis padres, mi abuela y mis hermanos.

—Tu padre me habló mucho de Teya cuando nos visitó en casa —comenta Dayra sonriendo.

—Ella está ahora en la universidad, pero la conocerás por la noche, en la cena.

Mi tono es neutro, como si estuviera explicándole a un peón nuevo sus tareas.

—Seguro que me cae bien, es de la edad de Liam.

Creo que el tal Liam es su hermano.

—Se cena a las ocho, ni antes ni después. Somos muchos y respetamos el trabajo de nuestro personal. Dotti, la cocinera, está ahora en la ciudad comprando para la semana.

—¿No os lo traen a casa? —me interrumpe.

—Sí, pero ella quiere escoger personalmente las frutas y verduras.

Sonríe en respuesta.

—¿Hay alguien más que vaya a sentarse a la mesa con nosotros? —pregunta curiosa, y asiento.

—Sí, Wade siempre cena en la Casa Grande, es el capataz.

—Ok, supongo que luego lo conoceré.

Me giro y señalo la zona del rancho en la que se mueven los caballos. Ella mira en esa dirección y por un momento me detengo a observarla de cerca. Sí, definitivamente me la follaría. Aunque no creo que sea buena idea.

—Allí está la zona equina. El Red River vive de los caballos —le explico porque no sé hasta qué punto sabe dónde va a vivir la próxima temporada.

—He leído que sois los mejores en entrenamiento y doma, además de que el último caballo que vendisteis superó el récord del Estado.

La miro un instante y asiento. Puede que no sea tan simple como parece.

—Sí, pagaron una fortuna por Guardián de la Noche —le confirmo.

Yo mismo lo adiestré y es un caballo que sé que va a dar grandes premios a sus dueños.

—¿Cuántos caballos hay en el rancho? —pregunta genuinamente curiosa.

—Unos treinta y cinco entre los de cría, los potros que están siendo entrenados, los del personal, los de la familia, los retirados y… todo lo demás.

No digo que hay una cantidad que es fantasma, solo existen en papeles, pero así podemos mover dinero y armas de una forma bastante fácil.

—¿Retirados?

—Sí, tenemos a tres que se han ganado el derecho de vivir tranquilos el resto de su vida. Los podrás ver sueltos por el rancho.

Sonríe de una forma genuina, como si el hecho de que respetemos la vida de animales que ya no sirven, económicamente hablando, fuera algo extraordinario. No debería serlo.

—Esa zona de allí es la de trabajo, tenemos la herrería y el taller; también está el garaje de la maquinaria y un almacén. Al fondo, ¿ves el granero rojo?

—Sí.

—Tenemos algunas vacas, son para consumo propio, así que te sugiero que no te encariñes de ninguna.

Hace una mueca de desagrado, pero es mejor avisarla. Teya lo ha pasado mal durante años, hasta que decidió hacerse vegana con tan solo catorce y ahora tenemos que vigilarla para que no libere reses.

—¿Dónde duerme el personal?

—Allí, detrás de los establos. Tienen dos barracones donde viven. Uno de ellos es para el de todo el año y otro para cuando necesitamos contratar trabajadores de apoyo. Y justo a la derecha está el comedor que ellos usan.

—Esto es enorme —murmura, girándose para verlo todo. Se detiene y señala hacia la izquierda de la Casa Grande—. ¿Y esa casita tan mona de allí?

Me acerco por detrás sin hacer ruido y bajo mi boca a su oreja para contestarle en un susurro.

—Esa es nuestra casa, princesa irlandesa.



CAPÍTULO 5

Dayra

Llevo dos semanas aquí y he visto menos a mi prometido que al sol en Irlanda. Al parecer, se está encargando de comprar algún potro nuevo o algo así me dijo ima.

Tengo que reconocer que me gusta la vida en el rancho. Es tranquila y sin sobresaltos. Apenas tenemos cobertura y eso hace que mi paz mental no se vea alterada por mi padre, el psicótico que no para de preguntarme si estoy bien. Aunque lo echo mucho de menos. Sí, soy una niña de papá orgullosa y feliz.

Justo cuando estoy pensando en él, me llama. Descuelgo y pongo el altavoz mientras termino de vestirme.

—Ves como sí estaba despierta, mi Mariposa no es de las que se quedan en la cama hasta tarde —escucho hablar a mi padre, y sonrío.

—Buenos días a ti también, papá.

—Estoy con tu madre y tu hermano —escucho una tos de fondo —, y el hombre que dice ser tu tío, pero que te ha llevado a miles de kilómetros lejos de mí.

Suelto una carcajada porque sé que se refiere a mi tío Keanan. Puede que ambos estuvieran de acuerdo en el plan, pero mi padre odia separarse de mí. Lo ha soportado en alguna misión de un par de días, pero es la primera vez que estamos tanto tiempo separados.

—Hola, cariño, ¿cómo te están tratando? —pregunta mi madre, y siento una nostalgia tremenda en este momento.

—Bien, creo que voy a volver rodando, Dottie cocina demasiado bien —contesto.

—¿Y qué tal con Sakari y Aponi?

Mi madre, como buena madre, se sabe los nombres de ima y kaku.

—Muy bien, me han enseñado cosas muy interesantes sobre los comanches. Las he acompañado a la reserva un par de veces para

que me vean con ellas y poder empezar a ganarme la confianza de la tribu.

—¿Cómo se dice suegra en comanche? —interviene Liam.

—No tengo ni idea, pero lo preguntaré.

—¿Y la tal Teya es tan guapa como dicen?

Ruedo los ojos porque ese es Liam siendo Liam.

—Sí, lo es, y muy buena persona, demasiado para ti, además, Talon te cortaría la polla si te acercas —le aseguro. No sé si lo haría, no lo conozco lo suficiente, pero parece del tipo protector.

—Hermanita, ya sabes lo que dicen, todo es posible en la vida…

—Menos para ti, que eres tonto del culo. —Me río y escucho a mi padre hacerlo también—. Tengo que ir a desayunar; aquí, si no estás a la hora te lo pierdes —les digo con la pena de tener que dejar de hablar con ellos.

—Ten cuidado con los *cowboys*, no quieran jugar a los indios y clavarte su flecha —escucho a mi tío soltar de fondo y a mi padre gruñir al momento.

—Tranquilo, papá, ya te dije que voy a ser virgen hasta que te mueras. —Me río porque es algo que me hizo prometer, y firmar, cuando tenía apenas siete años y no tenía ni idea de qué estaba hablando.

Rompí esa regla a los dieciséis.

—Os quiero a todos.

—Y nosotros a ti, Mariposa.

Escucho varias despedidas y finalmente cuelgo.

Me miro al espejo y he de reconocer que parezco una vaquera. Tengo unos pantalones que son cómodos y resistentes. Las botas no me molestan en todo el día y la camiseta que uso ya tiene manchas que no he podido quitar. Abro el cajón de la mesita y cojo el bálsamo labial amarillo para hoy.

Ayer me llegó todo lo demás que compré en la ciudad cuando fuimos el sábado pasado. Cedar Hollow es un lugar que parece haberse quedado estancado en el tiempo. Puedes ver vaqueros en caballos y Ferraris. Muy extraño. Aunque también es acogedor. Hay tiendas para todo, no centros comerciales. Y los edificios no superan

las cinco plantas. Es como si el progreso quisiera entrar, pero los habitantes trataran de dejarlo fuera. ¡Y no hay un Starbucks!

De hecho, cuando pregunté por uno me miraron mal.

Me gusta que no dejen que la gentrificación cambie este lugar, si yo viviera aquí también mantendría a raya toda esa mierda.

Llego a la cocina de la Casa Grande y me siento con Dottie a desayunar. La mujer ya me ha preparado unas tostadas y un café solo sin azúcar largo. Me gusta sentarme con ella antes de que todos se despierten.

—Buenos días —saludo mientras le doy un beso.

—Casi empiezo sin ti.

—Es que han llamado mis padres y me he retrasado —le explico. Saco mi cacao de vainilla y me lo aplico antes de beber un sorbo de café.

—¿De qué es hoy? —pregunta. Dottie se ha dado cuenta de que mis bálsamos definen mi estado de ánimo. Es una mujer que debería estar ya jubilada, pero puedo asegurar que sus sentidos son mejores que los míos.

—Vainilla, estoy algo nostálgica.

—¿Todo bien en casa?

—Sí, sí, es solo que no he estado tanto tiempo separada de todos ellos.

Dottie pasa un brazo por mis hombros y me atrae para darme un rápido abrazo de mamá oso, que es justo lo que necesitaba.

—Y bien, ¿hoy qué vas a hacer? Talon regresa esta noche.

No lo sabía; claro, a mí no me cuentan lo que hace porque realmente esto es una farsa, pero no lo digo porque tampoco sé, aparte de sus padres, hermanos y la abuela, quién más conoce esta información.

—Creo que iré al cementerio familiar. Kaku me ha dicho que las tumbas indias tienen unas lápidas esculpidas preciosas.

He estado vagando por todo el rancho, quiero que me vean como algo normal, cotidiano, de lo que no hay que preocuparse. Hago algunas preguntas, pero nada que pueda hacer sospechar que soy algo más que la prometida por fuerza de Talon.

Hasta ahora todo el mundo ha sido muy amable. Solo hay un par de chicas, corredoras de barriles, que me han soltado alguna bordería. Aunque no sé muy bien el motivo. La verdad es que me da igual, así que ni me molesto en averiguarlo.

—Allí enterraron al hermano del señor Daltry, tenía solo cinco años cuando murió. Pobre mío.

Me da pena al momento, la muerte de un niño siempre la da. Además, Harlan es un buen hombre. Aún no lo he visto desde que llegué porque también está de viaje, pero el par de semanas que estuvo en Irlanda en casa mientras hablábamos del plan de hacerme pasar por su futura nuera me hizo sentir que es como papá: noble y leal.

Cuando acabamos, recojo todo y lo dejo en el fregadero. Ella comienza a sacar las verduras para la comida y yo le doy un beso antes de salir por la puerta.

Regreso por el camino a la casa de Talon, ahora vivo allí, en la habitación al lado de la suya, no tiene más que esas dos, un despacho, un baño enorme y la sala donde hay una tele que no debe encenderse mucho porque ni el mando tiene las pilas puestas. Yo soy más de leer, así que no me molesta. Lo que sí me ha enamorado es el porche trasero. Tiene dos mecedoras enormes, puedo acurrucarme en ella y leer hasta que apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Solo entro un momento para recoger el sombrero de vaquero que he dejado colgado en la puerta. Me encanta. Teya insistió en que debía tener uno y Levi escogió este para mí. Es marrón y lleva unos ornamentos turquesa rodeándolo. Sencillo, pero me hace sentir toda una vaquera.

Me dirijo hacia los árboles que hay al lado del río. Red River no es solo el nombre del rancho, también lo es del río que pasa por la propiedad. Según me ha dicho Dottie, el cementerio está a unos quince minutos corriente arriba.

Camino a un buen ritmo hasta que escucho el relinchar de un caballo. Aquí es fácil aprender a reconocerlos porque los caballos son el alma de este lugar.

Me dirijo hacia el sonido desagradable, es como si estuviera ¿llorando?

Cuando localizo al caballo veo que está tirado en el suelo, tiene una pata en una posición antinatural.

Me acerco poco a poco. Si algo he aprendido estos días viendo la doma en el rancho es que la serenidad es algo que los caballos entienden.

—Hola —saludo para que sepa que estoy aquí.

Trata de levantarse, asustado, pero su pata no se lo permite.

—Quieto, te vas a hacer más daño —le digo, levantando ambas manos para que vea que no soy una amenaza.

El caballo me mira y me quedo quieta para dejarlo que me examine. Debe decidir que no soy un peligro porque vuelve a recostarse en el suelo.

Me siento a unos pasos de él, quiero que sepa que no está solo. Sus ojos me dicen el dolor que tiene y yo misma recuerdo el mío. Aquella bala casi me mata, y si no hubiera sido porque mi familia no dejó que me hundiera, ahora mismo no podría caminar.

—Te voy a ayudar, te lo prometo —le susurro, y aparto una lágrima de mi mejilla. Porque en sus ojos veo lo mismo que vi en los míos: ha perdido la esperanza.

Decido acercarme un poco más y espero que no me muerda o me dé con una pata porque podría morir en este lugar y que nadie supiera siquiera dónde está mi cadáver durante días. Eso si queda algo de él una vez los animales salvajes hubieran acabado de cenar.

Paso allí mucho rato, lo acaricio, le susurro y finalmente le toco entre los ojos. Su mirada me dice que confía en mí.

—Espérame, voy a encontrar ayuda y volveré a por ti —le aseguro.

Vuelvo casi corriendo hacia el rancho. El sol ya está en lo alto y el sudor resbala por todo mi cuerpo. Llego hasta la zona donde tienen los establos y allí veo al capataz dando órdenes a algunos de los peones.

—¡Wade! —lo llamo, y enseguida se acerca a mí con cara de preocupación—. Tienes que ayudarme.

—¿Qué pasa?

—Hay un caballo por allí con una pata rota —contesto, señalando hacia el bosque.

—Debe de ser el potro que huyó del rancho de al lado. Sus dueños me preguntaron si lo habíamos visto. ¿Y tiene la pata rota? ¿Estás segura?

—Sí, créeme, el hueso está como en ele.

Wade menea la cabeza.

—Muy bien, ahora llamaré a sus dueños para ver si quieren ser ellos o nosotros quien acabe con su sufrimiento.

—Espera, ¿a qué te refieres?

—Un caballo con una pata rota no sirve.

Su respuesta me deja paralizada.

—¿Estás insinuando que…?

—Que hay que sacrificarlo.

Lo miro con rabia y en mi mente pasan imágenes de mi recuperación, de todas las personas que me fallaron, de todos los que dijeron que ya no servía para nada más que quedarme en casa.

Respiro hondo una, dos, tres veces y trato de calmarme para no coger el arma que lleva en su cintura y pegarle un tiro en la pierna para ver si a él también lo sacrifican.

—Mira, Dayra, lo siento, pero…

—No, eso no va a pasar, sobre mi puto cadáver lo vais a matar.

Y lo digo en serio, cualquiera que trate de matar a ese caballo va a tener una bala alojada en su cerebro un segundo después.





CAPÍTULO 6

Talon

Estoy agotado después del viaje. Estos días han sido muy intensos. No solo he conseguido comprar la potra para cría que quería, también he tenido que neutralizar a una banda de albaneses que habían llegado a mi territorio pensando en que podían traficar con su mierda sin que yo lo supiera. Si quieren envenenar a alguien, que lo hagan en su viejo continente.

Llego a casa y veo las luces apagadas. Supongo que estará ya dormida. Mi madre me ha contado que se ha integrado muy bien en el rancho. Desayuna con Dottie cada mañana y cena con la familia por la noche. Al mediodía suele llevarse algo y salir a conocer los alrededores. Es como si realmente le interesara este lugar.

Me doy una ducha y voy a la casa de Wade, mi capataz. Está cerca de la mía y siempre tiene una cerveza fría que ofrecerme. Cuando llego, veo que está en el porche y abre una nevera que tiene a su lado, de esas pequeñas con hielo, y saca una botella para mí. Por estas cosas es que se ha convertido en mi mejor amigo.

—Buenas noches —saludo, y me siento en el otro sillón.

Le doy un trago a la cerveza y me recuesto. Si a algo se le puede llamar vida de rico es a esto.

—¿Todo bien?

Asiento. Él ya sabe cómo está todo, aunque siempre pregunta para confirmar. Tenemos la misma edad, pero se comporta como un hermano mayor protector.

—¿Y por aquí? —Es mi turno de comprobar qué ha pasado en mi ausencia.

—Ha sido un día interesante —contesta de forma críptica.

—¿Algo que deba saber?

—Solo que has comprado un potro muy caro con una pata rota. —Se ríe.

—¿Y por qué demonios he hecho eso? ¿Teya?

Niega con la cabeza.

—Tu futura mujer.

—Ya sabes que eso no va a pasar, es solo una treta de mi padre para ver si cuela y me caso.

—Eso dices tú, pero la chica no se comporta como si quisiera ser la dueña de esto.

—¿Crees que realmente pueda haber trata de blancas en mi territorio? —pregunto, dando otro trago a la cerveza.

Se encoge de hombros.

—Espero que no, lo que hemos averiguado es que no hay, pero el comportamiento de Dayra… No sé, no me cuadra lo de tu padre. ¿Se lo has preguntado?

—¿A quién? Da igual, mi padre o ella lo negarían.

—Quién sabe, esa chica es de las que te dice las cosas a la cara.

Alzo una ceja porque conozco a Wade y sé que hay una historia tras eso.

Me cuenta lo que ha estado haciendo en mi ausencia. No solo recorre el rancho, también habla con los trabajadores, aunque no los interroga, se preocupa de conocerlos. O al menos esa es la sensación que le da a Wade. También me explica cómo he llegado a pagar una cantidad desorbitada de dinero por un potro que debería haber sido sacrificado y, aunque me parece mono que quiera salvarlo, el dinero no está para tirarlo por el capricho del día. Al final ella se irá y nosotros tendremos un gasto con ese caballo que no reportará ningún beneficio.

—Mañana hablaré con ella, que sea mi prometida no le da derecho a usar mi dinero —gruño.

—Puedes decírselo ahora, está en los establos.

—¿Qué hace allí?

—No ha venido ni a cenar. Se ha quedado con el potro después de que la veterinaria le pusiera la férula y lo trasladáramos a uno de los habitáculos de recuperación. Ha dicho que, al ser joven, es probable que en unos meses pueda volver a usar la pata de forma normal. Puede que te haga ganar mucho dinero, es un purasangre.

—Como si es un unicornio alado. Ella no es nadie para hacer lo que ha hecho.

Wade levanta las manos en señal de rendición y yo me acabo la cerveza de un trago antes de dirigirme hacia donde está mi querida prometida.

Veo la luz encendida y me encamino hacia allí. Este establo no es el principal, es mucho más pequeño, hay solo seis boxes y lo usamos para cuando un caballo tiene que recuperarse.

Entro y me dirijo hacia el único que ahora está ocupado, el cinco.

Antes de llegar, oigo la voz de Dayra y decido acercarme sin hacer ruido y escuchar lo que sea que esté hablando con quien esté ahí con ella.

—Mira, Croqueta, sé que es un rollo tener que estar quieto, pero es que tienes que recuperarte porque si no esta panda de tarados te van a sacrificar.

Como si el caballo le respondiera, suelta un bufido y ella se ríe.

—Sí, lo sé, para eso deben poder acercarse, pero no vamos a tentarles a probar a disparar de lejos.

Me asomo y la veo de espaldas, cepillándolo. Ninguno de los dos se ha dado cuenta de que estoy aquí. Miro a ver si está sola y confirmo que con quien hablaba es el caballo.

—Sabes, a veces las personas decepcionan, no están cuando te caes, solo si logras mantenerte de pie. Y eso es muy complicado de hacer toda la vida.

Suena como si hubiera una historia detrás de esas palabras, una que aún duele, y de pronto me doy cuenta de que me gustaría saber cuál es. Y eso es peligroso porque esta mujer no se ha ganado mi confianza, pero sí mi atención.

Y es la primera vez que me ocurre en la vida y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.



CAPÍTULO 7

Dayra

Croqueta se sobresalta y me doy cuenta de que ya no estamos solos. Talon nos observa desde fuera del box, donde se encuentra con los brazos cruzados sobre su pecho. Huele a limpio y su pelo todavía está húmedo. Es la primera vez que lo veo solo desde que me enseñó todo y nunca pensé que encontraría tan atractivo a un hombre con ese pelo, pero entre sus facciones comanches y su estatura… Definitivamente, me acostaría con él.

—Antes de que digas nada, voy a devolverte el dinero que he gastado en comprar a Croqueta —le advierto para que no crea que estoy gastándome sus ahorros mientras no está—. Es solo que no tengo aún una cuenta en el banco de Cedar y no quería que le pasara nada a mi nuevo amigo.

—¿Croqueta? —pregunta Talon, y casi puedo decir que en sus ojos veo un brillo de diversión.

—Le gusta a todo el mundo y se rebozó por el suelo, creo que ese nombre le pega.

Ahora sí que veo una medio sonrisa aparecer en su cara y confirmo que es más que guapo.

—Es una mala inversión —comenta mirando al caballo, que resopla como si entendiera que es de él de quien hablamos.

—Vivir nunca lo es.

Me mira de forma intensa un instante y asiente. Supongo que le convence mi explicación porque no trata de hacerme entender que sería mejor sacrificarlo. Supongo que, ya que yo lo pago, es mi problema dónde tiro mi dinero.

—Volvamos a casa, es tarde —dice, y sale de ahí.

Le doy un beso en el hocico a Croqueta y dejo todo como me ha indicado la veterinaria. Mañana vendré a verlo y creo que voy a comprarme un vigilabebés para poder ver qué hace en todo momento.

Salgo del establo y camino hacia la casa. Siento un escalofrío y cuando me giro veo a un vaquero a lo lejos, bajo una farola, que me observa. Es un tipo extraño que me da mal rollo desde que lo vi la semana pasada. No me gusta cómo me hace sentir.

Llego a la casa y entro, dejo mi sombrero y escucho a Talon en la cocina. Me acerco allí algo nerviosa. Es la primera vez que coincidimos en la casa desde que estoy aquí. Los primeros días solo escuchaba el ruido de la ducha, no sé si porque me evitaba o porque su trabajo le hace tener estos horarios. Y después se ha marchado de viaje, así que…

—Come algo antes de dormir —me dice, sacando de su nevera pan y mantequilla de cacahuete.

Su cocina es minúscula, y más con él dentro de ella, pero tiene lo necesario para poder sobrevivir.

Es curioso como el dueño del rancho, bueno, el que lo va a heredar, ha elegido vivir en un lugar tan pequeño y acogedor.

Me preparo lo que se ha convertido en mi almuerzo favorito y me siento en el taburete alto de la mesa. Talon se apoya en el fregadero con los brazos cruzados, parece ser su postura natural.

—¿Has conseguido averiguar algo? —pregunta de la nada, y entiendo ahora su hospitalidad. Quiere saber cuándo me voy.

—De momento solo estoy dejándome ver, quiero que confíen en mí antes de ponerme a investigar.

Asiente y no sé decir si eso le parece bien o mal. Hay algo en él, en su forma de estar en una habitación, que me atrae.

—Sigo pensando que aquí no hay trata de blancas.

—Menos mal que tengo pensamiento propio y voy a hacer lo que me dé la gana —contesto mientras le doy otro bocado al sándwich.

—Eso será hasta que te quite el derecho de hacer lo que te dé la gana en mi propiedad.

Alzo una ceja y meneo la cabeza.

—Sí, oh, gran rey, tú eres el dueño y te estoy agradecida de que me dejes hacer esto, ¿contento?

Ruedo los ojos y él me observa con intensidad, como si quisiera averiguar mis secretos, y eso no me gusta.

—Mañana hay una fiesta en el rancho, empieza la temporada de rodeos y necesitaré que te comportes como una buena prometida.

¿Se puede ser más gilipollas?

—¿Algo que deba hacer para serlo? No sé, quizás tirar flores por donde vayas a pasar, o algo más americano, como una animadora con pompones.

Menea la cabeza y suspira.

—Déjame tu móvil.

—¿Para?

—Es raro que nos vayamos a casar y no tengamos el teléfono del otro —explica.

—Bueno, me caso contigo por tu dinero, no me interesa de lo que podamos hablar —contesto, sacándole la lengua.

Me termino el sándwich y recojo las migas. Puede que este hombre viva solo, pero tiene la casa impoluta. Y no es porque alguien venga a limpiar, lo he comprobado esta semana.

Saco el teléfono del bolsillo y se lo tiendo. Lo coge y teclea rápido. Luego se hace una llamada que suena en sus pantalones, pero no me lo tiende de nuevo. Teclea un poco más y no sé si está revisando algo o solo lo hace por cabrearme. Finalmente, me devuelve el móvil.

—Te he instalado la *app* que tenemos para vigilar a los caballos que están en recuperación, va por satélite. Ahora puedes ver a Croqueta cuando quieras.

Oh, vaya, eso no me lo esperaba, y hace que me lata un poco más rápido el corazón.

—¿Ya puedo irme a dormir? —pregunto mientras lo rodeo para tirar las migas al fregadero. Necesito tomar distancia.

Pasa una mano por mi cintura y me aprieta contra él.

Oh, joder.

—Sabes —susurra, bajando sus labios hasta casi tocar los míos—, creo que deberíamos follar.





CAPÍTULO 8

Talon

«Me encantaría follar contigo, Talon, pero los dos sabemos que sería muy mala idea, así que mejor cada uno nos vamos a nuestra habitación y arreglamos con la mano la situación».

Esas fueron las palabras exactas con las que me respondió Dayra cuando le propuse que nos acostáramos anoche. No sé por qué lo hice. A ver, tiene un cuerpo espectacular y ese culo… ufff, pero no sería inteligente mezclar las cosas. Es solo que viéndola comer el sándwich de crema de cacahuete se me ocurrieron demasiadas cosas que hacerle sobre la mesa de la cocina.

Salgo de la casa, Dayra ya se ha ido, la he oído cantar mientras pasaba por delante de mi habitación antes de cerrar la puerta principal. Lo hace fatal, aunque parece no importarle. Me subo a mi caballo y me dirijo hacia la fiesta del rancho.

No me gustan las aglomeraciones. Mucho menos cuando están a un tiro de piedra de mis caballos. Por eso voy solo, bordeando los establos, mientras los sonidos de la fiesta me alcanzan a ráfagas: una risa aguda, el repiqueteo desafinado de un banjo, el olor persistente a grasa y carne ahumada.

Las patas inquietas de Tuhka rascan el suelo. Le lanzo una mirada y él resopla, como si supiera que no puedo llevármelo muy lejos. Tampoco me apetece. No esta noche.

Al fondo, junto al granero viejo que hemos limpiado para convertirlo en pista, la gente empieza a arremolinarse. Niños con caras pintadas corren con algodón de azúcar en la mano, vaqueros que se mueven entre barriles de cerveza y un grupo de adolescentes prueba suerte lanzando pelotas contra unas botellas que parecen estar atornilladas a la mesa.

No hay nada especial en esta fiesta. Lo hacemos cada año al empezar la temporada de rodeos: comida, música, algún premio

ridículo y muchos empujones fingidos que acaban en confesiones hechas con olor a *bourbon*. Pero este año… este año hay algo raro.

O alguien.

El problema de tener un rancho es que nunca puedes relajarte. Hasta en la celebración lo vigilo como si fuera un potro salvaje: qué postes están flojos, qué valla se queda abierta, qué caballo está con las orejas bajas. Pero hoy no son los caballos lo que me tienen distraído, sino una mujer que acapara mi atención.

Dayra lleva un vestido de flores sencillo. Sus hombros al descubierto y el sombrero que parece que no se quita ni para dormir bien calado en su cabeza. Las botas le hacen unas piernas espectaculares. Robustas, fuertes, sé que ella ha entrenado con su padre y se nota en su cuerpo que es así.

Hay algo en la forma en que se mueve ella entre la gente, como si no perteneciera del todo a este sitio y, al mismo tiempo, como si hubiera nacido aquí.

Dayra camina como si no temiera pisar tierra blanda. Como si supiera que los charcos no muerden. A veces se detiene en los puestos, observa cómo lanzan flechas o pelotas con aire de que podría hacerlo mejor. Seguro que podría si se lo propone; si algo he descubierto es que es muy obstinada.

La veo sin mirarla. Me niego a seguirle los pasos como si tuviera quince años y acabara de ver piernas por primera vez. Pero algo dentro de mí se detiene cada vez que su pelo se mueve con el viento o cuando alguien se acerca demasiado.

A mi lado, uno de los nuevos potros se agita por un estallido de risas. Lo tranquilizo con la mano sin apartar la vista del campo. Hay farolillos colgados entre los postes del corral, luces cálidas que no pertenecen a este sitio, pero que, de alguna manera, se sienten como hogar.

Un grupo se acerca a la barbacoa. El humo se levanta denso, mezclado con el olor a madera quemada y maíz dulce. Escucho una voz que no distingo y una carcajada que reconozco demasiado bien.

No sé qué me molesta más: que esté disfrutando o que yo esté aquí, apartado, deseando que se canse de sonreírle a todos los

demás. ¿Y por qué demonios me importa que le sonría a los demás? ¿Es porque me ha rechazado hace tan solo unas horas?

Cruzo los brazos sobre la baranda del cercado. Desde aquí, el rancho parece una postal animada. Como esas que los turistas compran sin saber que detrás de cada estructura hay sudor, mierda de caballo y madrugones que matan.

Y, sin embargo, esta noche parece otra cosa.

Algo más blando. Más humano.

Algo que, por un segundo, casi me hace desear bajar hasta la fiesta.

Casi.

Decido que es momento de mezclarme con la gente. Mi madre sabe que estoy aquí. Me conoce bien y sé que se enfadará si no trato de divertirme un rato.

—Hola, cielo —me saluda kaku, que va camino a los coches.

—¿Ya te retiras?

—Demasiado para mi edad —contesta, aunque es mentira, está perfectamente, pero le pasa como a mí, no le gusta estar con tanta gente. Casi toda la ciudad ha venido.

—Te copiaré la excusa dentro de poco —le digo mientras me agacho y le doy un beso.

—Yo que tú estaría más atento de Troy, parece que quiere echarle el lazo a tu prometida.

Levanto la vista y busco a mi encargado de suministros. Se encuentra en la caseta de tiro, entregándole a Dayra un oso de peluche que ha debido de ganar ahora mismo.

—Sabes, esto estaba escrito en las estrellas —dice kaku.

—¿El qué?

Ella se encoge de hombros, me da una palmadita y se va. Frunzo el ceño, pero mi abuela es así, suelta estas cosas, se larga y ya tú lo interpretas como quieras.

Llego hasta donde está la música en vivo y Wade me alcanza. Lleva una hamburguesa con una pinta tremenda.

—Espero que haya quedado alguna para mí.

—No lo sé, Teya ha intentado tirarlas todas y Levi casi le mete un trozo en la boca mientras ella gritaba que comer carne no es tan

bueno como creemos.

Ruedo los ojos porque amo a mi hermana, pero estamos en Texas y vivimos de la carne. Va a tenerlo muy jodido en la vida siendo vegana aquí.

—Dile a Troy que necesito que me prepare un inventario de los suministros que están por caducar para ver cómo les damos salida —le digo a Wade, que se para y me mira con las cejas alzadas.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, creo que ya ha tenido tiempo de divertirse y esto es algo urgente.

Wade, que me conoce, mira hacia donde está Troy, que casualmente es con Dayra y un par de vaqueros más riendo de algo que ha dicho el hijo de uno de ellos.

—Oh, amigo —murmura, riéndose y meneando la cabeza.

—No es nada de lo que estás pensando —me defiendo.

—Lo importante es que tú te lo creas.

Miro a Dayra y me doy cuenta de que me jode que no me dé mi lugar, a pesar de que se lo dejé claro ayer. Así que me acerco hacia donde están mis hombres con ella, paso una mano por su cintura y le beso la mejilla a la vez que susurro.

—Hola, futura mujer.



CAPÍTULO 9

Dayra

Lo siento antes de que me toque. No sé cómo es posible, pero lo hago. Lo mismo que lo he visto parado en la cerca observando la fiesta. Es como si su energía llamara a la mía.

—Hola, futuro marido —contesto, siguiendo la línea que él ha usado.

—Veo que has conseguido un oso, ¿a qué niño se lo vas a regalar? —pregunta Talon, y el pequeño que tengo delante, el cual nos ha estado entreteniendo un rato, me mira con un brillo en los ojos que hace que se lo dé sin pestañear.

—Muchas gracias, señora —dice con una enorme sonrisa.

—Llámame Dayra, soy demasiado joven para ser señora. —Me río.

—Bueno, pronto lo serás, la señora Daltry —interviene Talon, y cuando lo miro por encima del hombro veo que tiene sus ojos clavados en Troy.

Ok, esto es la versión civilizada de mearme encima. En fin.

—Creo que voy a ir a por una hamburguesa —declaro, tratando de separarme del hombre que empieza a volverme loca.

—Genial, justo iba a ir a por una —comenta mientras me agarra la mano—, hasta luego, chicos.

Caminamos hacia la enorme barbacoa y allí saludamos a algunas personas del pueblo. A una la reconozco, es la mujer que lleva la tienda donde he comprado casi un vestuario nuevo. Es muy amable y, por lo visto, su marido se dedica a la venta de reses. Charlamos mientras nos preparan las hamburguesas, y cuando las tenemos, Talon me lleva hasta la zona de mesas y nos sentamos en una libre que acaban de dejar para nosotros solos.

—No tienes que quedarte conmigo —le aseguro mientras le doy un bocado y casi gimo por el delicioso sabor que explota en mi boca.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea —contesta con total sinceridad, y eso hace que sonría.

Nos quedamos en silencio unos minutos, comiendo cada uno nuestra hamburguesa, y decido dar el primer paso hacia una buena relación. Es el momento de empezar a indagar sobre la trata de blancas y necesito toda la ayuda posible.

—Me gustaría que empezáramos de nuevo.

—¿Te estás disculpando por algo? —pregunta, recostándose en la silla.

Detrás de nosotros, la música vuelve a cobrar vida. Los de la banda habían hecho un descanso, pero ahora avisan por el micrófono de que es momento de volver a la pista de baile.

—No, no tengo nada por lo que disculparme. Pero creo que podemos actuar como adultos y llevarnos bien, me pareces un buen tío. Aunque, por favor, deja de mearme encima, no voy a hacer nada que ponga en peligro mi misión aquí.

Talon me observa un instante antes de asentir. Joder, me encanta cuando lleva el pelo recogido como en un moñete en lo alto de la cabeza, es *sexy*, nunca me había parado a pensar en que los hombres con pelo largo lo eran. De hecho, Ty… No, no voy a dejar que él venga a mis pensamientos.

—¿Qué ha pasado por tu cabeza? —pregunta, sacándome de mi mundo—. Has puesto cara de enfadada.

—Solo recordando a gilipollas que no merecen ni un segundo de mi atención. Así que bueno, ¿desde cero?

Me tiende la mano y yo se la estrecho.

—Soy Talon Daltry —se presenta como si fuera la primera vez que nos vemos.

—Encantada, yo soy Dayra.

Sonreímos y seguimos con nuestra hamburguesa.

Al acabarla, nos tomamos un par de cervezas y hablamos con varios hombres que parecen querer ser del club de fans de Talon. En serio, ¿cuánto se puede lamer el culo de alguien antes de considerarlo demasiado?

Talon pasa la velada tocándome en todo momento. Su mano en mi cintura, en mi hombro, entrelazando sus dedos con los míos…

Supongo que todo esto es parte de la actuación, al fin y al cabo, somos prometidos y hoy es un buen día para que la ciudad entera vea quién soy.

Me pongo mi bálsamo de melocotón, hoy estoy contenta y en parte es gracias al hombre que tengo a mi lado.

—Deberías sacarla a bailar —suelta de pronto el alcalde, y yo, que estoy terminando mi cuarta cerveza mirando hacia la pista de baile, me quedo esperando la respuesta de Talon.

—¿Quieres? —pregunta, y la verdad es que me apetece mucho, aunque no tengo ni idea de bailar *country*.

—Puedo probar.

Talon me quita la cerveza de la mano y nos lleva a ambos hacia la pista de baile. Vaya, quién diría que a este hombre le gusta mover el culo. Y ahora que lo pienso, menudo culo, va un paso por delante de mí y, joder, es totalmente *mordible*.

—No te pongas nerviosa —murmura tan cerca que su voz me roza la mejilla—. Solo escucha.

Asiento, aunque no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Mira —continúa—, esto es fácil. Yo doy un paso atrás, tú das uno adelante. Cuando yo me mueva a la izquierda, tú vas a la derecha. Eres mi reflejo, ¿vale?

Trago saliva y asiento otra vez. Él sonríe, como si le divirtiera lo torpe que me siento.

—Uno… dos… uno… dos —dice bajito, marcando el ritmo con sus pies—. Como si camináramos, pero más pegados. Y con música bonita de fondo.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Y si te pierdes y tropiezas, no pasa nada. Estaré aquí para que no caigas, te tengo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no me importa tropezar. Porque sé que él lo dice en serio.

Pasamos las siguientes cinco canciones moviéndonos entre todos, a veces mi pareja es Talon, otras la cambio con la que tengo al lado. La verdad es que es muy divertido y he perdido la cuenta del número de veces que me he liado, pero no me importa porque en ningún momento me he sentido juzgada.

—Es la hora de bailar una lenta, cojan a sus parejas y disfruten de la siguiente canción.

—Te devuelvo a tu señora —dice el vaquero que estaba bailando conmigo y le coge la mano a la mujer que estaba con Talon, que es su esposa desde hace veinte años y la mira enamorado como un adolescente de quince.

Sonrío y siento un poco de nostalgia al recordar a mis padres. Mi familia. *Butterflies* de Kacey Musgraves comienza a sonar. La cantante de la banda lo hace increíble.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Talon, pasando sus manos por mi cintura mientras yo hago lo mismo con las mías, solo que en su cuello.

—Mi padre me llama Mariposa.

—¿Los echas de menos?

—Sí, nunca he estado lejos tanto tiempo sin ninguno de ellos. Estamos muy unidos.

—Te entiendo, trato de no pasar demasiado tiempo lejos de mi familia.

Ambos nos miramos y decido que quiero darle un beso, bueno, puede que las cervezas que me he tomado tengan algo que ver, pero no quiero dejar pasar este momento sin probar sus labios. Así que me pongo de puntillas, lo atraigo hacia mí y le muerdo el labio inferior.

Él se queda quieto un instante, pero después mete su lengua en mi boca mientras pasa sus manos por mi culo y me aprieta contra su cuerpo. Joder, sabe lo que hace.

Pero tan pronto como empieza, se acaba. Talon se separa y me mira, ambos respirando agitadamente.

—Lo siento, esto no debería haber pasado —se disculpa, y se larga de la pista de baile, dejándome sola y avergonzada.

Salgo de allí bajo la mirada de algunas parejas que se han dado cuenta de la situación y sonrío.

—Le ha entrado un apretón, no sé si va a llegar al baño —le excuso.

Si se comporta como una mierda es lo que va a obtener de mí.

Salgo de allí, pero no me voy. No pienso dejar que me haga sentir como si hubiera hecho algo malo.

—Ey, cuñada —me saluda Levi, echando un brazo por encima de mi hombro—. ¿Y mi hermano?

—Se cagaba —contesto encogiéndome de hombros y Levi estalla en carcajadas.

—De verdad, Dayra, eres una de mis personas favoritas en el mundo.

—¿Y Teya? —pregunto, sabiendo que antes ha montado un numerito en la barbacoa.

—Ima la ha castigado y la ha mandado a casa.

Puede que seamos adultos, pero tanto los Daltry como mi familia respetamos a nuestros padres y aún obedecemos como si fuéramos niños. No sé cómo de jodido es eso.

—¿Quieres probar a tirar flechas? —inquiere, y asiento.

—Siempre he querido probar a hacer eso, pero mi hermano nunca se ha fiado de que pudiera acertarle a la manzana que quería poner sobre su cabeza.

Levi vuelve a reírse y pasamos el resto de la noche tratando de llevarnos un premio para darle a cada uno de los niños que hay en la fiesta.

Para cuando me echo en la cama, estoy tan agotada que no puedo ni quitarme la ropa, solo consigo mandarle una foto a Liam, que me ha hecho Levi tirando flechas, para que vea que podemos probar lo de la manzana cuando vuelva, también me meto un minuto a ver la cámara de Croqueta y me va justo para poner a cargar el móvil antes de quedarme dormida hasta la mañana siguiente.



La alarma suena antes de lo que me gustaría. Me retuerzo en la cama deseando no tener que ir a ver a Croqueta, pero hoy es

cuando la veterinaria me dijo que iban a revisar la evolución de su lesión y probablemente se sabría si va a poder recuperarse del todo.

Me levanto y me duele la cadera. Hoy es uno de esos días en los que mi cuerpo no me deja olvidar que tengo que cuidarlo y los bailes de anoche me han pasado factura. Aunque merecieron la pena.

Salgo para ir al baño y abro la puerta del mismo, aún rascándome la cabeza. Cuando me doy cuenta de que no está vacío es demasiado tarde.

Talon me mira desde dentro de la ducha, totalmente desnudo, y su polla parece darme los buenos días, y menudos buenos días.

—Lo siento —murmuro antes de cerrar la puerta e irme a mi habitación a ver si se ha abierto un agujero en el suelo y puedo tirarme dentro de él.

Joder, qué bueno está Talon. Su piel bronceada, los tatuajes tribales que tiene… el de la pierna hace que quiera recorrerlo con mi lengua hasta llegar a su enorme…

Ufff, necesito una ducha fría.

Se oyen varios golpes en la puerta y me sobresalto, pero no digo nada, si me hago la dormida quizás pase de mí.

—Ya he terminado, puedes entrar en el baño. Te espero para desayunar —dice Talon al otro lado

—Gracias —es lo único que atino a contestar.

Cojo mi ropa y me dirijo hacia la ducha. Entro y por instinto voy a cerrar, pero recuerdo que no tiene pestillo. Supongo que no lo necesita viviendo solo.

No tardo ni diez minutos en estar preparada, no me lavo el pelo, no tengo tiempo. Vuelvo a mi cuarto, dejo la ropa en el cesto para lavar y me pongo mi bálsamo rosa. Hoy la vergüenza será mi bandera.

Entro a la cocina y Talon está haciendo unos huevos con beicon que deja en un plato junto a otros que ya están hechos.

—Espero que te guste —dice sin más.

Me siento frente a él y comienza a hablarme de cosas banales, como si anoche no lo hubiera besado y él a mí, justo antes de dejarme tirada en medio de la pista de baile.

A ver, no es que quiera una declaración de amor, entre nosotros hay tensión sexual, solo eso, pero al menos una disculpa por haber huido con el rabo entre las piernas…

—Hoy tengo que hacer varias cosas en el rancho del alcalde, van a traer un potro y quiere saber si voy a poder domarlo.

Me habla como si fuéramos amigos y no hubiera pasado absolutamente nada entre nosotros. Joder, esto es lo que quería, pero a la vez no. Bueno, supongo que hoy toca coger el bálsamo sabor a menta.



CAPÍTULO 10

Talon

Sí, soy un puto cobarde huyendo de mi propia casa porque la mujer a la que le he preparado el desayuno me aterroriza. Anoche algo cambió. No es solo el hecho de que me intriga, es que es divertida y me hace sonreír. Cuando me pidió empezar de cero pensé en que era una buena idea, al fin y al cabo, ambos hemos sido un poco idiotas, pero luego bailamos, y nos besamos y… Me asusté. ¿Cómo puedo tener ahora mismo unas tenazas para herradura en los huevos de un hombre y asustarme porque una mujer me haya besado?

—Talon, ¿dónde te has ido? —pregunta Levi, moviendo la mano frente a mi cara.

—Lo siento, estaba pensando en algo.

—¿En algo o en alguien? —se burla Levi, y yo aprieto las tenazas.

El grito del hombre es desagradable, pero esto no ha hecho más que empezar. El tipo que tengo atado en el refugio antihuracanes ha tratado de estafar a mi familia vendiéndonos armas robadas de los calabreses. Si no me llego a dar cuenta, ahora mismo estaríamos empezando una guerra que no quiero traer al rancho.

—¿Quién te dijo que nos lo ofrecieras? —inquiero, viendo cómo está a punto de desmayarse. No va a suceder. Miro a Wade y le inyecta adrenalina.

—Será mejor que nos digas lo que queremos saber o vas a estar muy jodido, si esto te duele, no quieres probar los cepos para animales salvajes. —Le sonríe Wade y el tipo literalmente se mea encima.

—Me lo dijeron los Scalise, ellos estaban convencidos de que erais los compradores ideales —llora el tipo.

—¿Quién de ellos? —pregunto, apretando un poco las tenazas.

—Salvatore Scalise —logra decir después de gritar de nuevo.

—¿Estás seguro? —inquiero cabreado, y el tipo asiente frenéticamente.

Joder, no quería una respuesta como esa. Si es verdad, estamos hablando de algo grande. Salvatore es el *Consigliere* de los calabreses aquí en el sur, pero mis primos, los Bianci, tienen tratos con ellos.

Aprieto las tenazas hasta que le arranco literalmente los huevos y le pego un tiro antes de que me deje sordo. Ahora mismo estoy muy cabreado por la mierda que nos ha caído encima.

—¿Crees que Turi ha podido hacer eso? —pregunta Wade, que sabe que esto es demasiado grande.

—¿Quién es? —interviene Levi.

Aunque mi hermano es parte de todo, todavía no conoce a muchos de nuestros contactos fuera de nuestro territorio.

—Turi Scalise es la mano derecha del Don de los calabreses del sur de Estados Unidos —le explico—. Aunque no somos rivales ya, la tensión entre los de la 'Ndrangheta y nosotros, la Cosa Nostra, siempre va a estar ahí. Un paso en falso y todo lo que construyeron nuestros padres y tíos se irá a la mierda.

—¿Qué hacemos ahora? —cuestiona Wade.

—Voy a llamar a mi tío Flavio, este tema involucra a la familia Bianci y sé que él podrá hacer algo.

—Ojalá vengan nuestros primos, me lo paso en grande cuando aparecen. —Sonríe Levi, y asiento porque es así. La siguiente generación de los Bianci está jodida de la cabeza, pero saben cómo divertirse.

Una vez que termino la llamada con el tío Flavio y me limpio un poco, me dirijo de nuevo a la Casa Grande, mi padre vuelve hoy de Irlanda. Ha estado allí desde antes de que Dayra viniera y es momento de ver si lo que pienso es cierto o no.

Llego a la cocina y saludo a Dottie con un beso. Ima y kaku están ahí, ayudándole a pelar patatas mientras cotillean sobre la fiesta de anoche.

—¿Qué tal tu estómago? —pregunta mi madre burlándose, y le pongo cara de pocos amigos mientras las tres mujeres se ríen.

Sí, yo fui un cobarde al dejar a Dayra sola en la pista de baile, pero ella no se fue llorando precisamente, la muy perra les dijo a todos que tenía diarrea y ahora todo el mundo me suelta indirectas.

—¿Ha llegado ya papá?

—Sí, está en su despacho —contesta kaku.

Voy hacia allí y llamo antes de entrar, es algo que siempre hago, y espero a que me dé paso para seguir adelante.

—Pasa.

Entro y mi padre está sentado tras su mesa. Puedo ver que los años no han pasado en balde para él, es un hombre fuerte, con líneas de expresión duras que demuestran que no fue fácil su vida, sin embargo, en cuanto me ve, sonríe. Le escucho dar un par de órdenes a Grace, la contable, y luego cuelga.

—¿Qué tal tu estómago, hijo?

—¿En serio, papá? ¿Tú también?

Se ríe y me dejo caer en el sillón frente a su escritorio.

—Parece que la irlandesa es de armas tomar.

—También parece que vivo en un pueblo de chismosas.

—Eso te pasa por besar a una mujer y dejarla sola un segundo después, ¿por qué lo hiciste? ¿Tan mal besa?

Joder, no, al revés, fue el puto cielo, y eso acojona. Yo no tengo relaciones, solo follo para desfogarme, pero nunca siento nada más que deseo por una mujer. Siempre he pensado que estaba roto de alguna manera, pero sé que puedo amar porque amo a mi familia, así que supongo que las relaciones no están hechas para mí.

—¿Por qué te interesa tanto? Al fin y al cabo, esto es una farsa, ¿no? —contraataco, tratando de ver si me confiesa sus verdaderas intenciones.

—Me interesa porque eres mi hijo y porque ella no se va a quedar aquí para siempre, su lugar está al otro lado del océano.

Sus palabras me sientan como si alguien me hubiera dado un puñetazo en la cara. Tiene razón. Ella pertenece a otro lugar. Miro a mi padre y lo veo sonreír. Joder, casi caigo en su trampa, solo lo ha dicho para remover algo dentro mí y, mierda, lo ha conseguido.

Ahora sí que estoy seguro de que lo de la trata de blancas es solo una excusa para tener aquí a Dayra.

Cambia el tema, lo cual me confirma aún más mi teoría, y me cuenta cómo le ha ido con la familia de la irlandesa. Ha estado allí no solo de visita, también haciendo algunos negocios a través de

ellos. De algún modo, siento curiosidad por saber cómo son como familia, de dónde viene Dayra.

Le hablo de lo que he descubierto sobre los calabreses y mi conversación con el tío Flavio. Mi padre está retirado, ahora es como los emisarios, que pueden gestionar ciertos negocios, pero quien realmente toma las decisiones soy yo, aunque no por eso le hago sentir inferior. Él siempre será mi modelo a seguir.

—Siento haberme perdido la fiesta de anoche, pero pronto haremos otra para poder disfrutar de una velada con tu madre —finaliza, y asiento mientras me levanto y me voy.

No dudo de que lo hará, ama a ima más que a su vida, es la luz de sus ojos y es algo que admiro, tantos años juntos no debe ser fácil, y menos en nuestro mundo.

Salgo de la Casa Grande y veo a Dayra caminar hacia los establos de recuperación. Parece que cojea un poco. Supongo que va a ver a Croqueta. Sonrío, me hace gracia el nombre.

Decido ver qué hace a través de las cámaras. Me siento bajo el enorme árbol frente a la Casa Grande y me dispongo a espiar a la mujer que está alojándose en mi cabeza de una forma demasiado constante.

—¿Has oído, Croqueta? ¡Te vas a recuperar del todo! —dice Dayra feliz, abrazando al animal.

Supongo que las cosas van a acabar bien con el animal después de todo.

—Te lo prometí, y voy a estar contigo a cada paso. Sé que te va a doler volver a andar, pero confía en mí, merece la pena.

Sus palabras me dejan pensando en que hay muchas cosas que no sé de ella, y descubro que quiero conocer hasta el último detalle de su vida antes de llegar a este rancho.

—No seré como Ty, él no estuvo a la altura —la escucho decir, y vuelvo a prestar atención, pero le habla sobre correr en grandes pastos.

¿Quién es Ty? ¿Y por qué me cabrea que hable de otro hombre con tanta intimidad?



CAPÍTULO 11

Dayra

Beau Riggins es el nombre del vaquero que me da escalofríos cada vez que me mira. Es como si me viera como carne del mercado. Es el mismo que me observa desde debajo de una farola algunas noches. No sé si ir a ver al señor Daltry para contárselo, sé que hoy volvía a casa. Aunque, por otro lado, no ha hecho nada realmente y quizás solo esté en mi imaginación, y estoy segura de que si le digo algo avisará a mi padre. Y no quiero que eso pase, es capaz de presentarse aquí para darle un puñetazo solo por asustarme. Decido ponerme el bálsamo labial de sandía, hoy siento algo de ansiedad por la vida y este es el sabor que le pongo.

—¿Qué tal Croqueta? —pregunta Jett Mckenzie, es el encargado del rodeo del rancho y debe tener unos setenta años. Aun así, nadie le replica, es toda una leyenda por aquí.

—La veterinaria ha dicho que se va a recuperar totalmente, llevará su tiempo, pero su pata quedará como si no hubiera pasado nada.

—Me alegra escuchar eso, niña.

Sonrío, me gusta que me llame así.

—¿Qué estáis haciendo por aquí? —pregunto, apoyándome en la valla del corral de entrenamiento.

—Han traído a una potra nueva, no es muy salvaje, pero nos servirá para los novatos.

—Deberías animarte a probar, Dayra —escucho tras de mí.

Hank Ortega, el que se encarga de las caballerizas y al primero que he querido interrogar. Pero no se fía. Es como si supiera que mis preguntas no tienen propósitos honestos y está totalmente cerrado en banda.

—Podría hacerlo perfectamente —me jacto como si tuviera la más mínima idea de algo sobre caballos.

Mi experiencia más cercana a montar en uno ha sido en el tiovivo que instalan en las fiestas grandes de la ciudad, en Irlanda, y de eso

hace ya años.

—Solo los que vivimos realmente aquí hemos probado alguna vez.

Lo dice como si quisiera darme a entender que sabe que no encajo, que este no es mi sitio y que no va a acogerme como han hecho la mayoría. Habla mucho con Beau, los veo cuchichear y sé que hay algo en él que no me encaja. Así que decido hacerme la tonta, la mujer ingenua que quiere encajar, y entro al trapo. Sé que es una trampa, pero aun así accedo.

—Tienes razón, si voy a vivir aquí debería probar al menos una vez en la vida lo que se siente, ¿no?

—No creo que sea buena idea —rebate Jett.

—Yo tampoco lo creo —agrega Hank y, por supuesto, Beau aparece para decir lo mismo.

—Eres demasiado de ciudad.

Definitivamente, no me gusta este idiota. El tío Kean me ha enseñado a que siga mis instintos, y la tía Cadee a que el hecho de que se me erice el vello de la nuca con alguien es una señal de mi cuerpo de que algo no está bien y que le haga caso.

—¿Qué apostamos?

—No aguantarás ni la salida —asegura Han.

—Yo creo que te caerás en cuanto abran la puerta del corral —se burla Beau.

—Niña, de verdad, puedes hacerte mucho daño.

Estoy tentada a decirle que lo sé, que he sentido romperse los huesos de mi cuerpo y balas atravesando mi piel, pero ahora no es el momento para demostrar que soy algo más de lo que parezco. Tengo que guardar mi orgullo por el bien de la misión.

—No puede ser tan difícil, he visto a niños hacerlo.

—Ellos se han criado sobre cabras con las que han entrenado —trata de rebatirme Jett, y la imagen que viene a mi cabeza me hace sonreír.

—¿Algún consejo? —pregunto, dejando claro que voy a seguir adelante con esto.

—Trata de no matarte —me pide Jett.

—Bien, entonces, ¿qué apostamos? —insisto, mirando a Hank.

—Si caes antes de unos cinco segundos, limpiarás el establo toda la semana. Sin botas ni guantes.

Hago una mueca de asco porque solo pensar en recoger toda la mierda que es capaz de soltar un caballo a mano descubierta me provoca arcadas.

—Bien, pero si gano, entonces seré yo quien organice los turnos de trabajo de la próxima semana.

Me mira extrañado, pero asiente. Supongo que cree que será para mandarle alguna tarea jodida, nada más lejos, creo, aunque mi idea es poder estar en su despacho y revisarlo sin que parezca sospechoso.

—Muy bien, empecemos.

Cuando me subo, noto el cuero caliente bajo mis piernas. Me acomodo sobre la cría como puedo, con las rodillas apretadas, los nudillos blancos por la tensión con la cuerda. Tal y como me ha indicado Jett. El casco seco retumba bajo el leve movimiento del animal, que ya empieza a mostrar impaciencia. Sabe lo que viene. Yo también. Solo que ella, a pesar de ser joven, lo ha hecho mil veces y yo… ni una.

Mi respiración es superficial, rápida. No por miedo, al menos no solo. Es esa mezcla explosiva entre adrenalina, inseguridad y orgullo mal gestionado. Las miradas en mi espalda pesan más que el casco. Sé que me observan, que están esperando a ver cuánto tardo en caer.

La potra se mueve bajo mí, inquieta, y siento que mis músculos la imitan, tensos, crispados, intentando encontrar equilibrio en un cuerpo que no está hecho para detenerse. Es pequeña, pero la fuerza se nota en cada vibración de su lomo, como una bestia en miniatura nacida para tirar a gente al suelo.

Aprieto más fuerte con los muslos. Mis botas crujen. El cuero del sillín protesta con un quejido sordo. Me inclino un poco hacia adelante, como he visto hacer a los vaqueros estas semanas.

Cierro los ojos durante una fracción de segundo y exhalo por la nariz. El mundo se estrecha, como si solo existiera esta criatura bajo mí y mi respiración agitada. No pienso en lo que puede pasar. Ni en huesos rotos ni en risas ni en el miedo que me araña el estómago.

Pienso en mantenerme firme. En que no me venza en los primeros cinco segundos. No parece demasiado tiempo, pero por experiencia sé que un segundo puede ser toda una eternidad, sobre todo cuando sientes cómo la vida abandona tu cuerpo.

El portón se abre.

Todo estalla.

La potra sale como un rayo, sacudiendo el cuerpo con una violencia que me pilla desprevenida. Mis dientes chocan. Mis brazos tiemblan. El cuerpo se me va hacia atrás, hacia adelante, hacia el infierno. Me sujeto como puedo, como si esa cuerda fuera lo único que me mantiene con vida. Porque lo es.

El tiempo se distorsiona. Son segundos, pero siento cada uno como una guerra. El animal gira sobre sí mismo, salta, cae, se lanza hacia un lado sin avisar. Yo intento seguirle, pero voy desincronizada. Estoy aprendiendo sobre la marcha y el precio son latigazos de su fuerza contra la mía. Me golpeo el codo con la cadera. Me muerdo la lengua. Sigo ahí.

Mis piernas tiemblan. Mi respiración se convierte en un jadeo. Siento la gravedad jalándome, como si el suelo me reclamara. Pero sigo.

Hasta que no.

Un giro más violento que los anteriores me saca de balance. Mis dedos se abren sin querer. Mis rodillas fallan. Y entonces vuelo.

El suelo me recibe como un abrazo traicionero. Me golpea la espalda, luego el hombro, luego la cadera. El aire se me escapa como si nunca hubiera pertenecido a mis pulmones. Me quedo ahí, tumbada, sintiendo el polvo metiéndose en mi boca y el zumbido de la sangre en mis oídos.

No me he roto nada. Al menos no físicamente. Me levanto, lo hago como si no me doliera hasta el alma, y entonces lo veo. Talon está mirando, escondido. Lo miro con decisión y tratando de respirar; joder, esto duele mucho.

Pero estoy viva. Y eso también se siente como una victoria. Entonces escucho a Jett decir las únicas dos palabras que en este momento me pueden hacer sonreír.

—¡Seis segundos!





CAPÍTULO 12

Talon

El sol cae con fuerza sobre la arena del rodeo y yo estoy apoyado en la valla con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Wade está a mi lado, mascando una ramita seca como si fuera la cosa más normal del mundo ver a una mujer que nunca ha montado en rodeo subirse a una potra joven y nerviosa como si fuera una vaquera de toda la vida. Yo sé lo que va a pasar. Debería detenerlo, pero hay algo que me dice que a ella no le gustaría que lo hiciera.

Dayra se sienta sobre la potra como si le debiera algo al mundo. No parece una debutante. Tiene los hombros rectos, la barbilla alzada y una mirada clavada al frente que me recuerda al fuego justo antes de que se extienda por todo un campo seco. No está hecha para quedarse en segundo plano. Y por eso me jode tanto verla ahí, como si no importara que pueda romperse el cuello.

—No va a durar ni dos segundos —murmura Wade a mi lado, sin dejar de mirar.

No respondo. Porque yo pensaba lo mismo. Hasta que vi cómo se subía. Hasta que vi esa decisión en su rostro, esa furia contenida en los músculos tensos de sus muslos mientras sujeta la cuerda con una mano temblorosa, pero firme.

El portón se abre.

La potra estalla en movimiento. Ella también.

Dayra aguanta.

Mi pecho se tensa con cada segundo. Los cascos golpean la tierra con una violencia que sacude el aire y ella rebota, gira, se inclina, se corrige. No lo hace bien, pero lo hace con agallas. Con una furia que no tiene que ver con impresionar a nadie. Está luchando por algo más profundo. Por sí misma, por un pasado que no conozco, por una batalla que aún no ha nombrado.

Wade deja de mascar la ramita.

—Mierda —dice con respeto—. Está aguantando.

Y yo lo sé. Lo siento en los nudillos cuando mis manos se crispan sobre la madera de la valla. Lo veo en sus ojos. Quiere ganar, y no parece que haya nada en el mundo que pueda impedirlo.

La potra gira con violencia. Ella cae.

Se estrella contra el suelo como un saco de piedras, el aire salta en una nube de polvo. Mi corazón se me sube a la garganta y, sin pensarlo, me impulso hacia delante. Me da igual quién esté mirando. Me da igual si Wade se burla o si Jett cree que me importa demasiado. Solo sé que no puedo dejarla ahí.

Pero entonces se levanta.

Como si el suelo no fuera rival.

Como si hubiera caído solo para poder volver a ponerse en pie y recordarle al mundo que no va a ser fácil de tumbar.

Su cabello está lleno de tierra, el rostro sudado, la camisa manchada, pero su expresión… su expresión no es de derrota. Es la de una mujer que ha probado el infierno con los labios partidos y ha decidido que va a cabalgarlo.

—¿Vas a ir o no? —me pregunta Wade con voz baja, sin burla, sin empuje. Solo curiosidad.

No respondo. Porque no sé qué hacer.

Porque estoy viendo a una mujer que no necesita que la salven, sino que le den espacio para arder. Y eso me aterra más que cualquier enemigo armado. Porque conozco a las mujeres que se rompen. Pero no conozco a las que se alzan con la rabia en la sangre y una sonrisa torcida en los labios, como si acabaran de vencer a la muerte.

Dayra se sacude el polvo. Mira hacia donde estoy y, aunque no estoy seguro de que pueda verme, sus ojos me atraviesan igual. No hay súplica en ellos. Ni orgullo tampoco. Lo que hay es una promesa. Una advertencia.

Ella no ha venido solo a buscar respuestas. Ella ha venido a cambiarlo todo.

Y eso puede significar mi ruina.

Me obligo a dar un paso atrás. A tragarme las ganas de correr hacia ella y comprobar si tiene alguna costilla rota. A no dejarme

llevar por la necesidad de protegerla cuando claramente ella ha venido a desmontar este mundo, no a que lo endulcen.

—Va a ser un problema —digo en voz baja.

—Sí —responde Wade sin mirar—. Pero, joder, si no va a ser un problema hermoso.

No puedo negarlo. Ni puedo evitarlo.

Solo sé que me ha vuelto el alma del revés. Y que la próxima vez que me mire así, tal vez no tenga la fuerza de quedarme en mi sitio.



CAPÍTULO 13

Dayra

Me dejo caer en una de las sillas de madera bajo el gran árbol que da sombra frente a la Casa Grande, con las piernas temblándome como si aún estuviera montada en la potra. La tierra sigue pegada a mi piel, la camisa está pegajosa por el sudor seco y cada músculo me grita. Pero me niego a dejar que vean cuánto me duele. Así que me siento aquí, con la espalda recta y los dientes apretados, como si esta quietud fuera una elección.

La brisa es cálida y suave, huele a heno y leña, y por un momento cierro los ojos. Me gustaría quedarme aquí hasta que todo desaparezca: el polvo en la garganta, la presión en el pecho, el recuerdo de cómo el mundo me dio vueltas antes de estrellarme contra el suelo.

Escucho la puerta chirriar y la reconozco por el paso firme. Sakari. La madre de Talon. No hace apenas ruido al caminar ni cuando deja una bandeja sobre la mesa, como si cada movimiento suyo respetara el silencio de la tierra. Puedo oler la infusión antes de verla. Manzanilla, menta y algo más profundo, como humo dulce.

—Bebe —dice simplemente, tendiéndome una taza.

La tomo con ambas manos. El calor me calma antes de probarla. El líquido es fuerte, terroso, amargo con un toque de algo floral que no sé nombrar. Pero al primer sorbo, mi cuerpo entero se suelta, como si algo dentro de mí reconociera ese sabor y dijera «estás a salvo aquí».

—Eso te ayudará con el dolor —añade, sentándose frente a mí.

No digo nada. No tengo fuerzas para palabras vacías. Pero le sostengo la mirada. Y ella me observa como si pudiera ver algo más allá del polvo y las ojeras.

—Eres fuerte —dice al fin, con voz baja, suave—. Más de lo que tú misma sabes. Las mujeres comanches montamos antes de caminar. No porque se nos exija, sino porque sentimos que nacimos

para ello. Porque el caballo no es una herramienta, es una extensión del alma.

La miro, con la taza aún entre mis manos, y algo en mí se remueve. Siento la verdad de lo que dice, aunque no la entienda del todo.

—Te vi ahí fuera. Vi cómo te caíste y cómo te levantaste. Las piernas temblaban, los labios sangraban, pero tus ojos… tus ojos decían «otra vez». Eso no se enseña. Eso se lleva en la sangre.

No sé qué contestar. Me siento pequeña bajo sus palabras, no como una niña, sino como alguien a punto de entender algo importante. Como si ella acabara de ponerme un espejo delante y me mostrara algo que llevaba dentro sin saberlo.

—Tú llevas algo de eso, aunque vengas de otra tierra. No sé si es por tu madre o por lo que has vivido. Pero lo tienes. Lo vi desde el primer día. Y Talon también lo ve. Aunque se haga el ciego.

Ese nombre me sacude por dentro más que el té por fuera. Me obligo a beber otro sorbo para disimular.

—No necesitas demostrarle nada a nadie, Dayra —continúa—. Pero si decides hacerlo, que sea por ti. No por los hombres que te miran esperando que falles ni por los que te quieren controlar. Ni siquiera por mi hijo. Por ti. Porque tu espíritu es libre. Y el mundo tiembla un poco cuando una mujer así se da cuenta de lo que vale.

Me cuesta tragar el siguiente sorbo. No por el sabor, sino porque algo en mi garganta se cierra con emoción. No lloro. Pero algo en mi interior se agrieta. Y en esa grieta entra la luz.

La observo mientras se levanta. Su vestido ondea con la brisa, su figura recortada contra el cielo anaranjado parece parte de otro tiempo. Parte de una historia más grande que cualquiera de las que yo he vivido.

—Gracias —murmuro al fin.

Ella sonríe. Un gesto leve, apenas un movimiento de labios, pero lleno de fuerza.

—Descansa. Mañana dolerá más. Pero también sabrás que puedes con ello.

Y se va.

Me quedo sola, con la taza caliente entre las manos, bajo el árbol grande del rancho, y por primera vez en mucho tiempo no me siento una intrusa. Me siento parte de algo. De una historia que apenas empieza.

Noto su presencia antes de oírlo. Es extraño cómo puedo reconocer a Talon sin siquiera verlo.

—Has estado bien —dice en un tono seco, parándose a mi lado.

—Gracias.

—Ha sido estúpido.

—Gracias —repito.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Y por qué no me lo has impedido? —pregunto de vuelta para que sepa que lo he visto. Que no me venga ahora con que no tenía que casi romperme el cuello, si hubiera querido lo hubiera detenido.

—Porque no te hubiera gustado, Sapi Nai.

—¿Qué me has llamado?

—Pequeño relámpago en comanche.

Sonrío, me gusta.

—No estás sola —continúa, haciéndome sentir algo que no quiero averiguar qué es.

—Lo sé, pero en quienes puedo confiar no están cerca.

Y es la verdad, mi familia es leal y sé que puedo contar con ella, solo que ahora no están aquí.

Decido que es el momento de seguir mi camino hasta casa. Me duele todo. Desde las puntas de las pestañas hasta las plantas de los pies. Cada músculo grita, cada paso es una maldita declaración de guerra. Pero no pienso pedir ayuda.

Me apoyo en el borde de la mesa de madera bajo el árbol. Ya no me quedan fuerzas para disimular. El silencio pesa y, aun así, puedo sentir su presencia detrás de mí. Talon no dice nada. No necesita hacerlo. Su sombra es tan constante como su juicio.

Intento levantarme sola. Lo intento de verdad. Pero apenas me enderezo, una punzada en la cadera me dobla como si fuera de trapo.

Entonces está ahí. No me toca, no obstante, se acerca lo justo para que sienta el calor de su cuerpo. No hay juicio en sus ojos, solo

ese maldito control que siempre lleva encima. Como si el mundo no pudiera moverlo ni un centímetro. Como si yo tampoco pudiera.

—¿Vas a quedarte ahí parado todo el día? —pregunto sin mirarlo, con más mordacidad de la que me queda.

Él no responde, solo sonríe. Se pone a mi lado. Cerca. Suficiente para que, cuando doy el primer paso, pueda tomarme del codo sin hacer alarde de ello. Su mano es grande, firme. No me sostiene. Me estabiliza. Como si supiera exactamente cuánto permitir antes de herir mi orgullo.

El camino hasta su casa —la que compartimos por este teatro de compromiso— se me hace eterno. Cada piedra en el suelo parece haber sido colocada para molestarme. Talon adapta su ritmo al mío, pero no lo hace evidente. No se inclina sobre mí ni me arrastra. Solo camina a mi lado como si no hubiera nada raro en que una mujer camine como si le hubieran desmontado el cuerpo.

—Puedes irte si quieres —murmuro, aunque no estoy segura de si quiero que se detenga o que me lleve en brazos de una vez.

—No voy a dejar que te caigas —dice.

Su voz es grave, tranquila. Como todo en él. Pero hay algo más. Una nota baja que vibra en mi estómago como una cuerda tensa.

Cuando llegamos al porche, tengo que apoyarme con más peso sobre su brazo. No se queja. Ni siquiera se inmuta. Abre la puerta por mí, como si fuera lo más normal del mundo. Como si no fuera yo quien insiste en fingir que puede con todo.

Dentro, el aire huele a madera limpia y a algo suyo que no sé nombrar, pero que reconozco. Me dejo caer en el sofá como una soldado herida regresando del frente. Talon no se va. Se queda de pie, observándome con esos ojos que no tocan, aunque desnudan.

—Gracias —le digo sin mirarlo.

—No ha sido nada.

Pero lo fue. Porque no me hizo sentir débil. Me hizo sentir fuerte incluso cuando apenas podía caminar. Y eso, en mi mundo, vale más que cualquier otra cosa.

Cuando la puerta se cierra tras él, respiro por fin.

Y duele. Todo duele.

Pero dentro de mí hay algo nuevo.

Algo que no estoy segura de querer apartar.



CAPÍTULO 14

Talon

Le he dejado un par de pastillas junto al desayuno en la mesa de la cocina. Hoy le va a doler todo y eso me jode la cabeza.

Cojo el sombrero, me monto en Tuhka y me dirijo hacia la zona donde están los establos de recuperación. Quiero ver cómo está Croqueta, puede que Dayra hoy no sea capaz de salir de la cama.

Al entrar veo a Mika, es nuestra veterinaria. Es indígena y la mejor en su campo, es capaz de entender lo que le pasa a un caballo como si pudiera hablar con ellos. A veces siento que lo hace.

—Buenos días —saludo, levantando levemente el sombrero.

—Buenas, estaba revisando qué tal ha pasado la noche Croqueta. Es un potro muy fuerte.

—Como su dueña —se me escapa sin pensar.

—Desde luego. La fuerza de Dayra se siente solo con estar a su lado.

Asiento porque entiendo lo que dice. Es como si solo su presencia dejara clara que no es una mujer débil, sino una fuerza de la naturaleza.

—¿Qué tal sigue? —pregunto, señalando con un gesto de mi cabeza al potro para dirigir la conversación hacia una dirección que me hace sentir seguro.

—Es sorprendente lo bien que se está recuperando. Es joven y tozudo, se nota que quiere vivir.

«Como su dueña», me repito, aunque esta vez logro hacerlo solo para mí.

Hablamos sobre un par de cosas que necesitan revisarse y del material que va a hacer falta ahora que empieza la temporada de rodeos. Cuando ella se va, cepillo a Croqueta; él me mira como si no se fiara de mí.

—Eres igual que tu dueña —le digo mientras paso el cepillo de arriba abajo—. Pero puedes confiar en mí, solo estoy aquí para asegurarme de que estás bien.

Croqueta bufa y juro que me mira como si me dijera: «No necesito tu ayuda».

Mi parte india me está gritando que el espíritu de los dioses ha unido a Dayra y a Croqueta, son como un alma en dos cuerpos, al igual que pasó con Tuhka y conmigo.

Una vez que lo dejo preparado para el día, salgo y vuelvo a montar en mi caballo. Me mira algo receloso.

—Sigues siendo mi favorito —le susurro desde lo alto, inclinándome sobre la silla, y él comienza a galopar.

Hay pocas cosas que me gusten más en la vida que sentir el viento mientras cabalgo con Tuhka.

Llegamos al corral de doma y Nora ya ha sacado el caballo nuevo que nos llegó ayer. Es salvaje, su pelaje es de un marrón de esos que brillan bajo el sol. O al menos lo hará si se deja limpiar, no ha podido acercarse nadie lo suficiente para ello, me dijo Wade.

—Lleva a Tuhka a beber algo y dale de comer —le pido a la aprendiza, y ella asiente.

Nora llegó aquí hace unos meses, parecía una vagabunda, pero estaba empeñada en ser parte del rancho. Nos dijo que sus padres murieron de niña y que ella se crio con su abuelo, un hombre que trabajó aquí de temporero hace décadas. Yo no lo recuerdo, pero mis padres sí. Por lo visto, antes de que el cáncer se lo llevara, le dijo a su nieta que regresara aquí, que encontraría un hogar y una familia.

Ima no pudo negarse y tengo que reconocer que trabaja duro. Si se lo propone, podría llegar a ser encargada dentro de algunos años.

Me siento en la valla del corral, en lo alto. Miro al caballo, que está tranquilo, parece que no me ve, pero reconozco perfectamente la tensión de sus músculos. Está alerta.

Lo siguiente que hago es poner mis pies en la tierra y me apoyo en la valla con el sombrero calado bajo. No llevo soga ni látigo ni nada que haga ruido. Solo mis botas polvorientas y esa calma que aprendí viendo a mi madre domar con la voz, no con las manos. Ima siempre decía que los caballos sienten si vienes con prisas o con paz. Que lo que se doma primero no es el cuerpo, sino el miedo.

El alazán me ve y relincha fuerte, golpea el suelo con la pata delantera. No me acerco. Solo bajo un poco la cabeza y doy un paso dentro del corral. Él se aleja, da un par de vueltas, bufando, tensando cada músculo como si esperara un castigo. Yo no doy ninguno. Me quedo quieto. Lo dejo mirar.

—Te voy a llamar Tazhi —susurro, aunque no creo que me escuche. Es un nombre comanche, significa luna. No por cómo brilla, sino porque está lejos, salvaje, imposible de alcanzar… y, aun así, todos la miran.

Mi mente va a una mujer que también me recuerda a eso.

Doy otro paso. Retrocede. Pero esta vez no corre, solo se sacude. Eso ya es algo. Me siento en el suelo. Así, sin más. Apoyo los brazos sobre las rodillas y dejo que la mañana me envuelva. Me ignora durante un rato, como si no existiera, y luego me observa de reojo. Ya no parece tan seguro. Me huele. Me mide.

No tengo prisa.

El alazán se acerca un poco, con paso lento, como si cada zancada costara un mundo. Cuando está a unos metros, me pongo de pie, despacio. Él se tensa otra vez, preparado para huir, pero no lo hace. Levanto una mano, muy lenta, con la palma abierta. No se trata de tocarlo, aún no. Solo de que sepa que no soy una amenaza.

Y ahí está. Un instante. Un suspiro. Su nariz roza mis dedos antes de echarse hacia atrás con un bufido. Pero no huye. No patea. Se queda. Y eso, en este mundo, es todo lo que uno puede pedir el primer día.

Me salgo del corral sin decir una palabra. Le dejo el espacio. El silencio. La opción de que la siguiente vez sea él quien se acerque sin miedo. Camino hasta la valla, me apoyo en ella, y solo entonces me doy cuenta de que no estoy solo.

—Vaya, eso ha sido impresionante —dice Dayra.

Está con Wade, no los he oído llegar en el todoterreno del rancho, estaba tan ensimismado en el momento que no he notado su presencia.

—Talon es uno de los mejores en la doma de caballos salvajes. Logra tener una conexión con ellos que muy pocos en el mundo consiguen —le explica Wade.

—¿En el mundo? —pregunta Dayra impresionada, y tengo que reconocer que me gusta que lo esté.

—Los comanches tenemos una conexión especial con la naturaleza, nuestro espíritu se conecta a plantas y animales —le cuento, y cuando veo que ella me mira queriendo saber más, prosigo—. Mi Ima y yo estamos unidos a los caballos, desde nacimiento, ella fue quien me enseñó todo lo que sé. Kaku tiene el espíritu de las plantas, como Teya.

—¿Y Levi?

—El del río.

—Me parece fascinante tu cultura —declara Dayra, y sonrío.

Lo hago mucho cuando ella está cerca.

—Pensaba que hoy te quedarías descansando en la cama —le digo, cambiando de tema a uno que me hace preguntarme por qué me interesa tanto conocer a esta mujer.

—No es el peor día de mi vida y tengo una apuesta que cobrarme.

Frunzo el ceño y ella mira a Wade, indecisa sobre si dar una explicación a sus palabras.

—Él sabe absolutamente todo sobre lo que ocurre en el rancho y en mi vida —le aclaro, y ella asiente.

—Lo del rodeo de ayer fue porque llevo unos días observando a Beau y a Hank, esos dos me dan mala espina.

—¿En qué te basas? —pregunta Wade.

—No lo sé, es un sentimiento. Sí, podéis llamarme loca, pero no puedo dejar de pensar en que algo no está bien con ellos. La forma en la que cuchichean. Cómo miran alrededor cuando lo hacen. Sus escapadas.

La miro y veo en ella algo más que hasta ahora nunca había encontrado: un espíritu ancestral, una fuerza antigua que no depende del linaje.

—Piensas que soy una tarada, ¿no? —duda ella mientras pienso en la forma tan intensa en la que está empezando a encajar en mi mundo.

—No, soy medio comanche, para nosotros el instinto es una brújula en nuestra vida —le aseguro, y ella me sonríe.

El sol le da en la cara cuando levanta la vista al oír un pájaro graznar a su paso por encima de nosotros. El color marrón de sus ojos parece convertirse en ámbar y puedo ver algunas pecas sobre su nariz que no recuerdo haber visto antes.

—¿Te has pintado pecas? —pregunto extrañado, viendo que no lleva nada de maquillaje.

—No, me salen al sol, en Irlanda no hay mucho de eso, pero aquí…

—Pues te hacen parecer una cría —se burla Wade.

Me había olvidado de que él estaba aquí, Dayra tiene ese efecto en mí. Joder.

—Será mejor que vaya donde Hank, ya se me ha hecho tarde y no quiero que luego me venga con que mi tiempo ha pasado.

—¿No me vas a contar de qué iba la apuesta? —inquiero, dándome cuenta de que no me ha dicho nada.

—Mejor primero hago un par de averiguaciones y después te cuento todo.

Se da la vuelta y va hacia el todoterreno. Le cuesta andar y claramente le duele todo el cuerpo, pero ni una vez pide ayuda o se gira, y ambas cosas me joden.

—Nuestro bonito problema tiene más huevos que muchos hombres que han pasado por este rancho —comenta Wade, dirigiéndose hacia el todoterreno detrás de Dayra.

—¡Por cierto! —grita Dayra antes de entrar al coche—. Gracias por ir a ver a Croqueta, está empezando a confiar en ti, me lo ha dicho.

Me guiña un ojo, se mete al todoterreno y me deja ahí mirándola y pensando que no tengo ni idea de qué voy a hacer si finalmente decido que la quiero para mí.



CAPÍTULO 15

Dayra

Decir que me ha dejado tocada el hecho de ver a Talon cepillando a Croqueta a primera hora es quedarse corta. Aún me cae mal por besarlo y que se largara, y aún peor por el hecho de que haga como si no hubiera pasado nada, pero la verdad es que verlo cuidar de ese potro me ha removido un poco por dentro. Y que dejara pastillas para el dolor junto al desayuno… En fin, tengo que centrarme.

Nos alejamos del corral de doma y llegamos a la zona de rodeo. Allí está la oficina de Hank.

—Gracias por traerme —le digo a Wade.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? Si Hank no te gusta…

—Sí, no ha hecho nada realmente, no estoy en peligro, así que puedes guardar tu pistola, vaquero. —Me río.

—Si necesitas algo me lo dices, y no dejes que nadie haga nada que te haga sentir incómoda.

Pongo las manos en mis caderas y alzo las cejas en respuesta.

—Tienes razón —se ríe—, no creo que haya nadie en este rancho capaz de hacer eso después de la «cagada» del baile de Talon.

Ambos nos reímos y lo despido con la mano cuando prosigue hacia lo que sea que hace un capataz a estas horas.

Camino hacia el interior, donde está la oficina. Cada paso duele. Viejas heridas que se mezclan con las nuevas. Sin embargo, me siento orgullosa de poder decir que he montado sin matarme. Aunque ese dato me lo guardaré hasta que me recupere porque si mi padre se entera…

—Buenos días —saludo a Hank, que está detrás de su silla mirando unos papeles.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera caído de un caballo. —Me río y él conmigo.

—Tengo que decir que me has impresionado, aunque también estoy decepcionado por no poder verte limpiar las cuadras sin

guantes.

—Siempre hay tiempo de otras apuestas —le contesto, guiñándole el ojo como si fuera mi amigo.

No lo es, puede que parezca majo, pero es solo con sus palabras. Son los gestos de una persona los que te dicen cómo es realmente, y los suyos me gritan que no es trigo limpio.

—¿Puedo sentarme para hacer los turnos? —le pido, haciendo ver que me duele un poco más de lo que en realidad lo hace.

—Si quieres siéntate en mi silla, es más cómoda, yo tengo que salir a revisar un par de cosas. Te dejo las plantillas de la semana aquí, no la líes mucho —me dice en un tono juguetón que hace que parezca majo.

—Trataré de no vengarme demasiado por los que se rieron de mí cuando llegué —le contesto en el mismo tono, como si fuéramos colegas.

Veo que bloquea la pantalla del ordenador y sé que estaré jodida si no tengo acceso. No tengo idea de si llevará clave, pero si lo hace no la voy a poder saber. No lo conozco como para ponerme a intentar averiguarlo y esto no es una peli mala de la tele en el que descubro un papel con la contraseña apuntada.

—¿Puedo usar el ordenador? —pregunto, y él me mira con un poco de desconfianza—. Aquí apenas hay cobertura y tengo mi Insta abandonado.

Lo digo como si mi mundo fueran las redes sociales y eso me da algo de margen, parece que se relaja, pero no del todo.

—Aquí hay papeles del rancho importantes, no sé si…

—Hank, soy una negada de las tecnologías, literalmente me aterrorizan, solo quiero que me dejes una página de internet abierta para entrar en mi Insta y te prometo que no voy a salir de ahí.

Le pongo mi mejor cara de niña buena y funciona, por supuesto que funciona, es del tipo de hombre que cree que solo sabemos hacernos las uñas y que hasta para eso necesitamos ayuda.

—Muy bien, vuelvo enseguida de todas formas.

Se levanta y deja que me siente, cojo mi móvil y comienzo a teclear como si estuviera frustrada.

—¿Ocurre algo? —pregunta mientras se coloca su sombrero.

—Es que no me sé mi contraseña, en el móvil la tengo puesta con mi huella, soy un desastre —lloriqueo, y es lo que necesito para que él se crea del todo mi historia—. Mejor dejo lo del Insta.

Apago la pantalla del ordenador y rezo por que no tarde en irse y se bloquee automáticamente.

Se marcha mientras yo reviso las plantillas de trabajo. Son sencillas, el nombre del trabajador, su ocupación y el horario de la semana en la que estamos.

Después de encender la pantalla del ordenador y asegurarme de que no se ha bloqueado, no pierdo el tiempo y coloco nombres y puestos al azar, me da igual quién haga qué, solo le pongo a Hank limpiar establos un día para que no sospeche, tampoco lo quiero totalmente en mi contra.

Me pongo a buscar en el ordenador. Hay muchas carpetas en el escritorio, todas desordenadas, tengo que ir con cuidado para no abrir archivos y que pueda darse cuenta por la hora en la que han sido abiertos. Por suerte, el tío Lev me enseñó un truco para eso, antes de empezar a hacer nada me meto en la Bios y cambio el reloj para que marque la hora en la que Hank estaba aquí.

Me doy prisa y reviso las carpetas con documentos y archivos que tienen nombres generales. No hay nada. Joder. Han pasado veinte minutos, Hank no tardará en volver. La puerta del despacho está abierta para poder escucharlo, pero no tendré mucho tiempo desde que lo haga hasta que se asome.

Paso las manos por mi cara y vuelvo a mirar los nombres de las carpetas del escritorio. Es entonces que reparo en una en particular que me llama la atención: Nueva Carpeta.

La abro y hay unas cuantas más que se llaman igual, pero que tienen clave. Joder, esto es algo seguro. Saco mi móvil y del colgante que llevo de adorno desencajo un mini *pendrive*. Esto parece un simple Sonny Angel, pero en realidad es una memoria de almacenamiento de un Tera.

Copio la carpeta y me guardo todo. Cambio de nuevo el reloj en la Bios y apago la pantalla, escucho a Hank reírse y trato de centrarme en los papeles que tengo delante. Cuando entra, lo hace acompañado de Sakari y le sonrío.

—¿Cómo vas? —me pregunta la madre de Talon y le tiendo los papeles a Hank.

—Creo que ya está todo.

Hank los mira y se ríe.

—Eres mala —se burla, y yo me levanto de su sitio y camino hasta donde se encuentra Sakari.

—He pensado que te apetecería conocer al jefe de nuestro clan, voy a llevarle algunos suministros a su retiro —me dice la mujer que se ha hecho ya un hueco en mi corazón, y sonrío porque tengo muchas ganas de sumergirme en su cultura—. Solo nos tomará unas horas, pero si estás demasiado adolorida puedes venir otro día.

—Para nada, me encantará acompañarte. Gracias por pensar en mí.

Nos despedimos de Hank y salimos de allí.

Sakari me ordena que pase mi mano por su brazo para ayudarme. Me recuerda a mi madre y siento una punzada de nostalgia en ese momento.

Me lleva hasta la casa que comparto con Talon para ir al baño y coger un par de cosas, estaremos el día fuera, así que, aunque no tendré cobertura, me llevo el cargador del móvil del coche. Es un TOC.

También cojo el bálsamo de cereza por la ternura de Sakari y me lo aplico. Y el de frambuesa, ese lo voy a dejar en mi bolsillo de momento. La venganza es algo que tengo en mente, pero no en este momento ni contra ella.

—¿Preparada? —pregunta cuando me siento en el coche, y yo asiento.

El motor del todoterreno ruge con suavidad mientras avanzamos por el camino de tierra que serpentea entre colinas doradas. Sakari conduce con esa calma suya que parece no inmutarse ante nada, ni siquiera ante los baches que me sacuden los huesos. Yo intento no parecer novata, aunque llevo las manos aferradas al asiento, como si eso fuera a salvarme en caso de volcar.

No lo haremos. Ella sabe perfectamente lo que hace. Y yo… yo solo intento mirar.

El verano hace días que ha empezado a dar paso al otoño y se nota en el color del mundo. Las hojas se han tornado ámbar, algunas anaranjadas, y otras conservan el verde todavía. Hay una belleza salvaje en este paisaje. No se parece a nada que haya visto en Irlanda. Aquí todo es más vasto, más seco, más honesto. El viento huele a tierra y a historia. A polvo viejo y a promesas rotas. A algo que ha resistido incendios y guerras y sigue aquí, quieto y firme, como Sakari.

Miro por la ventanilla mientras pasamos junto a una arboleda baja. El Red River se adivina a lo lejos, como una herida de plata que divide el terreno. El cielo, casi sin nubes, parece inclinarse hacia él. Me doy cuenta de que llevo varios minutos sin parpadear, como si temiera perderme algo si cierro los ojos. La vastedad me recuerda lo pequeña que soy.

—¿Cómo se llama el líder al que vamos a ver? —pregunto al fin, solo para romper el hechizo que me ha dejado muda.

—Wapeka —responde Sakari sin apartar la vista del camino—. Significa milagro en nuestra lengua. Aunque no le gusta que lo llamen así. Dice que los milagros no existen, solo el trabajo constante.

Asiento, aunque no sé si me convence. Quizás diga eso porque ha visto cosas que yo no he visto. O porque ha sobrevivido a cosas que yo apenas puedo imaginar.

El camino se empina y empezamos a subir por una colina cubierta de matorrales. Algunos árboles se alzan con ramas torcidas, como ancianos que aún no se rinden. La camioneta se balancea con cada piedra, pero Sakari sigue conduciendo como si el terreno se abriera para ella. Me duele cada sacudida, pero no digo nada en ningún momento.

—¿Sabe que «vamos» a verle? —pregunto, sabiendo que no es solo una visita de cortesía. Si algo he aprendido de esta mujer es que no da puntada sin hilo.

Sakari me mira un instante y sonríe ante el hecho de verse descubierta.

—Sí, porque tú tienes preguntas que no sabes cómo formular. Y él a veces da respuestas incluso sin que las pidas.

Me estremezco. No sé si me da miedo o curiosidad.

El silencio vuelve, esta vez tampoco es incómodo. Es denso, como una manta tejida con siglos de historia. Miro a Sakari de reojo. Lleva una trenza larga sobre el hombro y los pendientes que cuelgan de sus orejas tienen forma de hojas. Tiene esa belleza que no grita, que no busca ser mirada, solo que atrapa si te detienes lo suficiente.

—¿Tú crees en eso? —le pregunto casi sin pensar—. ¿En las respuestas que no se dicen con palabras?

Ella sonríe, apenas.

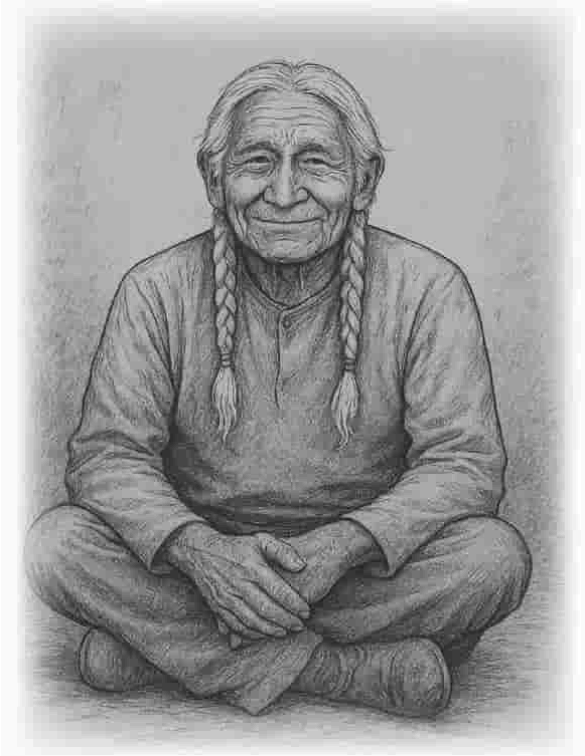
—Creo que hay espíritus que no necesitan hablar para ser comprendidos.

Pienso en Talon. En cómo a veces me mira como si viera algo que ni yo reconozco en mí. Pienso en el potro herido. En cómo me dolía todo el cuerpo después del rodeo, pero me negué a caer del todo. En cómo empiezo a comprender que pertenecer a un lugar no siempre es cuestión de sangre.

Quizá por eso estoy aquí.

Porque, aunque no lo diga en voz alta, quiero respuestas.

Y porque, aunque no sea comanche, hay algo en esta tierra que me mira de vuelta.





CAPÍTULO 16

Talon

Cuando mi madre y Dayra regresan al rancho ya es la hora de cenar. Ambas hablan con una complicidad que me abruma.

—Casi no llegáis —le dice mi padre, besando la mejilla de mi madre mientras le retira la silla para sentarse.

Siento el impulso de hacer lo mismo con Dayra, pero me contengo, y es Wade quien la ayuda a sentarse.

La mesa en la que estamos fue construida por mi bisabuelo, está hecha de madera y es robusta como las raíces de mi familia en esta tierra. Teya se sienta junto a Dayra y Levi al otro lado, al frente de la mesa está mi padre y al otro lado presido yo, mi madre sentada a su lado mientras que al mío tengo a Wade. Esta noche kaku se ha ido a dormir pronto, mi madre me ha asegurado que está bien; mañana iré a verla.

—¿Qué tal la visita a Wapeka? —pregunta mi padre mientras nos sirven lo que Dottie ha preparado.

—Increíble —contesta Dayra—. Primero pensaba que iba a morir en el camino, pero Sakari es como una conductora de *rallys* profesional.

Su entusiasmo nos hace reír a todos.

—¿Has visto a la anciana Pakirah? —pregunta Levi, y Dayra frunce el ceño negando con la cabeza—. Esa mujer es capaz de predecir los hijos que vas a tener con solo escupirte una vez.

Dayra pone cara de asco y tengo que contener una carcajada. Wade no lo hace.

—La próxima vez iré con vosotras —interviene Teya—, quiero ver si necesitan que vaya a dar clases allí arriba o prefieren que lo haga cuando vuelvan a la reserva.

—¿Hay niños donde hemos ido? —pregunta Dayra curiosa.

—No, le doy clases a los adultos, muchos no saben nuestra lengua correctamente y eso les dificulta integrarse en Cedar Hollow —responde Teya.

—Eso y que aún hay personas que creen que el color de tu piel marca tu superioridad —gruñe Levi, y Dayra lo mira asombrada.

—¿De verdad que en la época que estamos aún queda gente así?

Su sorpresa es genuina, como si no tuviera sentido lo que dice Levi. Que no lo tiene, pero es lo que hay.

—Sí, hay mucho racismo en contra de mi pueblo —le digo, y ella me mira de una forma que me hace contener el aliento.

—Pues son gilipollas —suelta, y volvemos a reírnos todos.

—¿Has hablado con tus padres? —pregunta ima, y ella asiente.

—Sí, papá quiere venir a patear el culo a cualquiera que me mira mal, tío Kean lo va a ayudar, Liam no hace nada más que preguntarme por ti, Teya —gruño y Dayra se ríe.—. Tranquilo, gran macho alfa, ya le he advertido que es demasiada mujer para él. Pero mírala, es preciosa, es normal que quiera ser su Capitán Smith.

La referencia a Pocahontas hace que nos riamos. Si algo hemos aprendido a lo largo de la vida es que Disney no tiene idea de lo que habla cuando hace sus películas.

—¿Y tu madre? —pregunta papá.

—Ella sabe que estoy bien, soy su hija después de todo.

—Es una mujer a la que no me gustaría enfadar —agrega papá, y seguimos con las risas.

Dayra nos cuenta algunas de las hazañas de su madre cuando dirigía el grupo de ataque antes de retirarse. Realmente es una mujer que da miedo. También nos habla de ella siendo parte de algunas misiones y me parece increíble que la mujer que tengo delante dirigiera a los hombres que una vez acabaron con toda una mafia emergente al norte de Europa. Escuché sobre el asunto, pero nunca pensé en que era ella, y no su hermano, quien estaba al frente. Está claro que soy gilipollas.

Una vez que terminamos la cena y salimos de la Casa Grande, veo que a Dayra le cuesta caminar, le debe estar doliendo realmente, pero la muy cabezota no ha dicho nada.

Espero a que Wade tome su camino y se aleje para pasar una mano por debajo de sus rodillas y alzarla contra mi cuerpo.

Ella da un leve grito y se agarra a mí.

—Tranquila, no te voy a dejar caer.

—Eso dicen todos —murmura, y yo gruño ante el pensamiento de ella tan cerca de otro hombre como lo está ahora de mí—. Bájame —me pide mientras vamos hacia nuestra casa.

¿Desde cuando pienso en plural cuando hablo de mi casa?

—Dayra, te duele, lo veo, eso no te hace menos fuerte o débil, llámalo como quieras. Quedamos en que seríamos amigos, así que déjame serlo.

Lo digo en un tono autoritario y sé que ella quiere replicarme, lo veo en sus ojos, pero el hecho de que no lo haga me confirma que le debe estar doliendo bastante.

Cuando llegamos voy directamente al porche trasero y la dejo en una de las mecedoras con cuidado. Tengo la tentación de pasar mi lengua por su cuello cuando la apoyo en la silla, pero me contengo porque hay algo más importante que tengo que hacer.

—Espérame un segundo —le ordeno, y ella alza las cejas—, por favor.

—Bien.

Sonrío.

Entro y cojo una botella de agua de la nevera y un par de pastillas del armario. Luego salgo y se lo tiendo.

—Gracias.

Es lo único que dice mientras se las traga y yo me siento en la otra mecedora a contemplar el mundo que hay ante nosotros.

—Es precioso este lugar, se ven todas las estrellas de noche —suspira acurrucándose.

No hace frío, así que no le ofrezco una manta o ponerla en mi regazo para darle calor.

«Céntrate».

—Sí, apenas tenemos contaminación lumínica. ¿En tu casa ves muchas?

—Sí, vivimos a las afueras, pero son diferentes, el cielo es diferente. ¿Tiene sentido?

—Lo tiene.

Nos quedamos en silencio mirando la noche estrellada y siento una paz que desconocía hasta ahora. La miro de reojo y la serenidad de sus rasgos provoca que mi respiración se acelere.

—¿Puedo preguntarte algo? —suelto, rompiendo el silencio.

—Claro.

—En la cena me ha dado la impresión de que disfrutabas mucho dirigiendo los equipos de asalto, ¿no?

—Sí, la adrenalina antes de entrar a un lugar es algo insuperable —contesta con una enorme sonrisa.

—Pero también has dicho que llevas un tiempo apartada de todo eso, ¿por qué?

Me mira y respira hondo antes de contestar.

—En una de las misiones hubo un problema. Me pegaron un tiro que hizo que tuviera un accidente y… en resumen, casi muero.

Noto que se me acelera el corazón al pensar en la idea de que eso hubiera pasado y que ella jamás se hubiera cruzado en mi vida.

—Casi no vuelvo a caminar, de hecho, hay días que aún me duele hacerlo —prosigue, y recuerdo cuando la vi cojear—. Mi madre lo pasó muy mal y le prometí no volver a ello de momento.

—Joder.

—Sí. Ahora cuéntame tú algo que no todo el mundo sepa —me pide, y me relajo contra la mecedora pensando en qué puedo decirle.

—Cuando tenía ocho años me escapé de casa, pensaba que era un comanche y que vivir en un sitio como este era un sacrilegio. —Sonrío ante el recuerdo, mi madre tuvo mucha paciencia conmigo—. Así que cogí mi arco, las flechas y una bolsa que yo mismo había hecho y me dirigí hacia donde habéis estado hoy Ima y tú.

—¿Andando? —me corta, y yo asiento.

—No era consciente de la estupidez que estaba cometiendo. Cayó la noche y las bestias no entienden nada más allá de cazar si tienen hambre, es entonces cuando oí relinchar a un caballo. Había crecido viendo a Ima domarlos, así que reconocí enseguida que algo no estaba bien. Corrí hasta llegar a un claro donde unos lobos tenían acorralado a un potro salvaje.

Veo el interés en su cara y me mira expectante, así que continúo con mi historia, no sin antes detener mis ojos en sus labios.

—Saqué una flecha, apunté al más grande de los lobos y le di en un ojo. El resto huyó.

—¿Qué pasó con el caballo?

—Nos hicimos amigos, se llama Tuhka —le contesto, y veo por su sonrisa que sabe que es mi caballo.

Saca de su bolsillo un bálsamo labial de esos que le he visto usar unas cuantas veces y se lo aplica. Este es de color rojo y lleva unas cerezas en el envase; como los demás, no le tintan los labios, solo los hace más apetecibles.

—¿Siempre llevas uno de esos en el bolsillo? —pregunto curioso.

—Sí, son una manía que tengo.

—Pero no siempre es el mismo —afirmo.

—No, depende de mi estado de ánimo que uso uno u otro —me explica—. Este es de cereza —dice, mostrando el que se acaba de echar—, pero tengo como doce sabores.

—Eso es raro, aunque peculiar.

Se encoge de hombros.

—El de hoy es en honor a tu madre.

—¿Y eso?

—Uso el de cereza cuando siento la ternura, también lo uso con mi mamá.

—Ima es muy dulce, es algo que no entiendo, cómo lo puede seguir siendo con el mundo que nos ha tocado vivir. ¿Qué más sabores tienes?

—El de frambuesa —dice, sacando otro bálsamo de otro bolsillo— es para cuando quiero venganza. El de coco si me siento triste y el de menta cuando he hecho algo de lo que me siento orgullosa. El de mango lo uso cuando tengo un objetivo.

—¿Cuál es el sabor más raro?

Se queda pensativa antes de contestar.

—El de Aloe Vera, ese lo dejo cuando algo o alguien me es indiferente.

Me mira y sé que yo no lo soy.

—¿Y el de melocotón?

Es el que usaba la noche de la fiesta en el rancho, ella sabía a melocotón. Solo el recordarlo hace que se me ponga dura.

—Ese es para cuando estoy contenta.

—¿Cuál es tu favorito?

Lo piensa un instante y luego sonríe.

—El de limón.

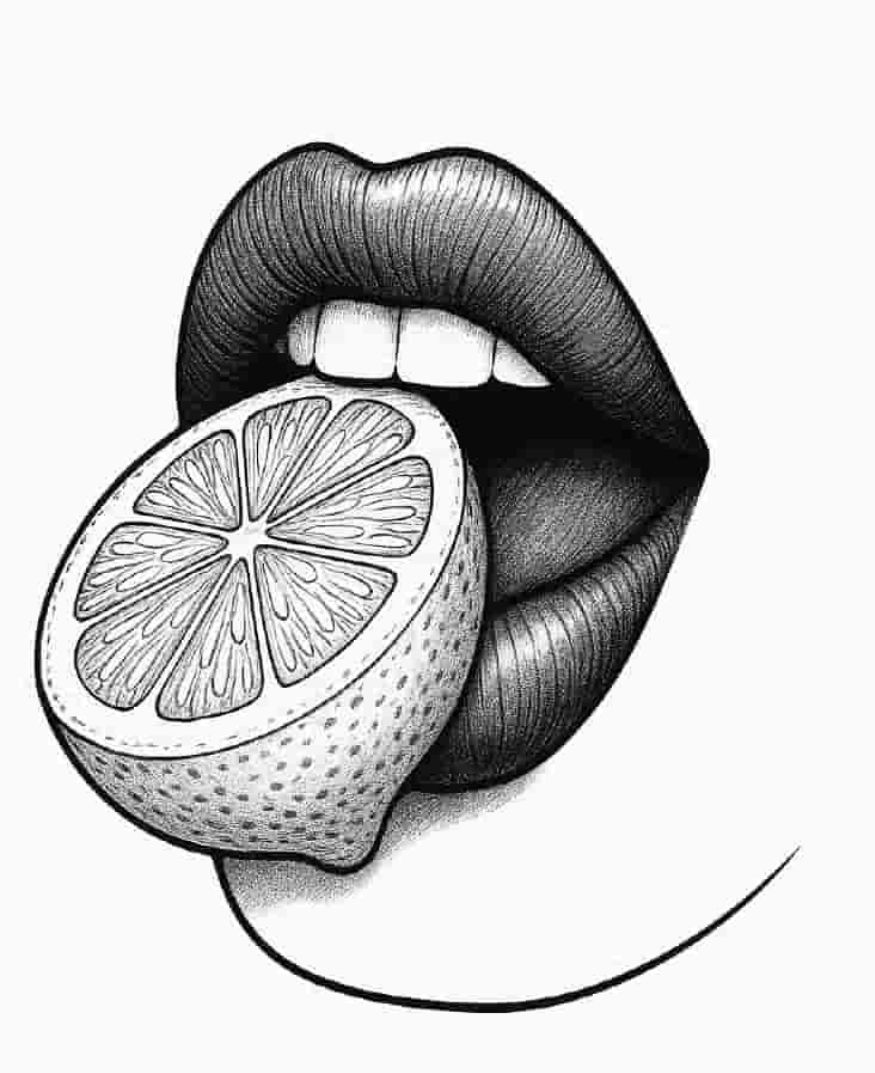
—¿Y ese cuándo te lo pones?

—Es algo irrelevante para ti. Nunca sabrás que lo llevo.

—¿Por qué?

Frunzo el ceño sin entender a qué se refiere. Ella se levanta y se queda quieta, mirándome un instante antes de contestarme.

—El de limón es el que uso cuando quiero besar a alguien.





CAPÍTULO 17

Dayra

Dejo a Talon sentado fuera mientras me dirijo a darme una ducha, cuando estoy a punto de entrar a mi habitación, noto un enorme cuerpo que me atrapa y me pega a él. Talon pasa sus manos por mi cintura y ahora mi espalda está contra su pecho.

—¿Y si quiero probar el sabor a limón? —susurra en mi oído, y rezo por que no se dé cuenta de lo excitada que estoy en este momento.

—Te compraré uno —logro decir antes de desenredarme de su cuerpo, entrar en la habitación y cerrar sin atreverme a mirarlo.

Escucho una carcajada al otro lado.

—Los comanches son conocidos por ser buenos cazadores —suelta en un tono engreído.

—Y las irlandesas por ser almas libres.

No oigo nada más y espero un poco para ir al baño. No sé si quiero cruzármelo ahora.

Recuerdo que tengo la carpeta que he conseguido en el despacho de Hank y enciendo mi portátil mientras me doy una ducha.

Cuando regreso, meto el *pendrive* y vuelvo a la carpeta, pero al no tener internet estable no logro ejecutar los programas que necesito para poder abrirla.

Joder.

Salgo en pijama de la casa con el portátil en la mano y tratando de encontrar algo más de señal, sosteniéndolo sobre mi cabeza mientras doy vueltas alrededor de la casa. La ventana de la habitación se abre y un Talon sin camiseta me observa divertido con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Es algún ritual de las irlandesas? —pregunta juguetón, y yo logro sacarle el dedo del medio sin dejar que caiga mi ordenador al suelo.

—En este rancho la cobertura es un asco.

—Es el Red River, no dejan que se instalen cerca antenas ni repetidores porque es patrimonio y todo eso. Yo lo prefiero así.

—Bueno, pues ahora mismo me viene mal que esto esté tan lejos de la civilización.

Noto que él me mira de arriba abajo. Mis pantalones cortos y camiseta de tirantes no dejan nada a la imaginación, no es que sea *sexy*, al revés, son de Juego de Tronos, soy un poco friki, pero aun así puedo notar cómo me recorre con su mirada.

—Puedes usar el ordenador del despacho, tiene conexión con cable —me aclara—. ¿Tiene esto algo que ver con lo nuestro?

Su pregunta en clave me hace darme cuenta de que puede que no estemos solos, o sí, no sé, pero si él desconfía no voy a ser yo tan idiota de no hacer lo mismo.

—Sí.

—Ven, vamos dentro y me cuentas.

Estoy indecisa por el momento que acabamos de vivir ahí dentro, sin embargo, una parte de mí quiere seguir cerca de este hombre.

Esto no puede acabar bien.

Entro de nuevo y voy al despacho, hasta ahora solo lo había visto desde el umbral el día en que llegué. El sitio es acogedor en cierto modo. La mesa es grande, pero no extravagante. Y tiene unos cuadros que parecen hechos por auténticos indios.

«A ver, idiota, es medio comanche, seguramente lo son».

—Siéntate ahí, que te conecto el cable —dice detrás de mí en un tono ronco que hace que se me erice la piel.

Trato de llegar al sillón detrás de la mesa sin que se me caigan las bragas porque este hombre tiene ese efecto. Es hablar y hacer que tenga ganas de arrancarme la ropa y, de paso, arrancársela a él.

Pasa sus brazos por encima de mí para desconectar su ordenador de la *docking station* y puedo oler perfectamente su gel. Y no es porque haya sido una loca de esas que huelen los champús de los demás mientras se duchan.

No, qué va…

—Listo.

Abro mi portátil bajo su atenta mirada y tecleo para abrir los programas que necesito. Él se sienta sobre la mesa y me observa.

—Mira —le digo cuando logro abrir las carpetas—, esto es lo que había en el ordenador de Hank. No sé lo que es, pero si estaba encriptado supongo que es importante.

Talon se baja y se inclina sobre mí. Pone su mano en mi nuca de forma casual mientras examinamos los mapas que hay. Comienza a masajearme el cuello y yo trato de concentrarme, pero es jodidamente difícil cuando lo único en lo que pienso es en si esta mesa aguantará el peso de los dos.

—Joder —murmura, y lo miro por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—Estas rutas son las que usamos para el contrabando de armas.

Me desinflo un poco, pensaba que tenía algo importante, pero solo es lo que se mueve en el rancho.

—¿Ves esta ruta de aquí? —pregunta, señalando una marcada en rojo.

—Sí, ¿es de las que usas habitualmente?

—Lo es, solo que las fechas no me cuadran.

Me giro para mirarlo.

—Cómo que no te cuadran.

—Tenemos un sistema de rutas que se usan en unas determinadas fechas aleatorias para no ser detectados. Yo mismo me encargo de asignarlas.

—¿Y?

—Esto no coincide, estoy seguro de que esta fecha está mal porque es la que vamos a usar para otra ruta. Abre el siguiente mapa.

Lo hago y gruñe. Me levanta del sitio y, antes de que pueda protestar, se sienta, tirando de mí para que quede sobre su regazo.

—Mira, esta es la que debemos usar en dos días —me indica como si yo no estuviera ahora mismo sintiendo su erección en mi culo y el calor de su pecho descubierto en mi brazo.

—¿Estás seguro?

—Sin ninguna duda.

—Entonces sí que he descubierto algo, solo queda averiguar si es en referencia a la trata de blancas.

—Lo voy a matar, el imbécil está usando mis rutas antes que yo y poniéndonos en peligro.

—Cálmate —le pido, enmarcando su cara con mis manos—. No puedes ir y liquidarlo, tenemos que saber quién más está involucrado, hazme caso, esto no es más que la punta del iceberg.

Talon me mira con la intensidad que suelen tener sus ojos negros y yo me quedo en silencio dándome cuenta de lo cerca que estamos.

—Solo si usas el de limón conmigo —murmura y me acerca a él, pero salto de su regazo y guardo distancias.

—Tu tiempo ya ha pasado, ahora estamos a lo que estamos. Quiero averiguar si Hank tiene que ver con lo de la trata de blancas.

—No hay ninguna trata de blancas en mi territorio —asegura, y quiero darle una patada en el culo por tanta soberbia.

Se acerca a mí, me levanta y me sienta en el escritorio. Aparta una grapadora y necesito recordarme que este tío me dejó tirada en medio de una pista de baile justo después de besarlo para no lanzarme sobre él.

Joder, nunca había tenido esta química con nadie, ni siquiera con Ty, es como si no pudiera mantener mis pantalones puestos, ¿me estaré convirtiendo en un tío?

—Si estás tan seguro de que no la hay, ¿por qué has dejado que venga? ¿Y qué es lo que hace Hank entonces?

—Podría estar robándome mercancía y revendiéndola. Al fin y al cabo, diez gramos de mil no se notan si sabes de dónde quitarlo.

Sé que no se refiere a drogas porque lo suyo son la armas, pero entiendo la referencia.

—¿Y entonces qué hago yo aquí? —insisto porque no entiendo nada.

—Supongo que es hora de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Y eso qué sería? Porque te juro que estoy más perdida que un hijo puta el día del padre.

Baja su boca sobre la mía y con sus dientes muerde mi labio inferior, luego pasea su lengua por el mismo y entonces susurra contra mis labios algo que me deja sorprendida y cabreada a partes iguales.

—Sé que mi padre te trajo con la esperanza de que me case contigo y siga con el legado familiar.

Me cuesta un instante asimilar la mierda que está diciendo, y cuando lo hago lo empujo tan lejos como puedo.

—¿Tú te crees que yo soy una yegua de cría? ¿Que he venido a ver si podía conquistar el salvaje oeste con lo que tengo entre las piernas?

Me mira desconcertado, como si me hubieran salido tres cabezas. Me acerco y le doy con mi dedo en su duro pecho.

—Que te quede algo claro, si alguna vez estoy cerca de ti vestida de blanco es porque es carnaval, estoy disfrazada de váter y estoy buscando una mierda.



CAPÍTULO 18

Talon

La forma en la que me mira y el hecho de que conozco a esta mujer más de lo que yo mismo sé, me hacen darme cuenta de que no me miente.

—Entonces, ¿todo lo de la trata es real? —pregunto, aunque puedo sentir que es así, que no es ninguna treta para cazarme. Que simplemente soy gilipollas.

—Sí, es la misma que vendió a mi madre hace años, la que casi me tiene a mí cuando era una niña.

Sus palabras me dejan petrificado y una rabia me invade por dentro.

—Cuéntamelo, por favor.

Mi voz no suena como una orden, sino como una petición, quiero saber todo sobre esto y ella parece darme tregua porque pasa las manos por su pelo, da un pequeño gruñido de frustración y finalmente asiente.

—Ven, sentémonos.

Ella lo hace en un sofá de tres plazas que tengo y yo dudo en si darle espacio, pero simplemente no puedo, quiero estar cerca ahora mismo de ella, así que me sitúo a su derecha y cuando ambos nos giramos para quedar cara a cara nuestras piernas se tocan. De momento me basta.

—Cuando era más joven, mi madre estuvo dentro de una trata de blancas, la recogieron aquí, en Texas, y la llevaron hasta Irlanda. Allí es donde mi padre la compró.

—¿Cómo dices? —pregunto, alucinando con sus palabras.

—Deja que te cuente primero. —Asiento y ella prosigue—. En realidad, mi padre no la quería a ella, sino a otra, pero por cosas del destino acabó llevándose a ambas y mi madre lo conquistó. La cuestión es que el que iba a comprar a mi madre de primeras estaba muy obsesionado con ella y me usó para tratar de tenerla.

—A ver, espera, que no me entero, tu padre compró a tu madre, luego naciste tú y el que…

—No —me corta—, yo nací antes de todo eso. Keyran no es mi padre biológico.

Su declaración me sorprende. Nadie me había dicho nada. No es que los chismes traspasen océanos, aunque normalmente en la mafia no les gusta hacerse cargo de niños ajenos; es una mierda, pero es así.

—Vale, esto es un poco jodido.

Ella sonríe y asiente.

—Lo sé.

Pongo mi mano en su muslo y espero para ver si la retira, pero en vez de eso coloca su mano sobre la mía, como si necesitara sentir mi contacto para continuar, y amo cada segundo de ese sentimiento que me provoca ver que me necesita.

—Cuando todo acabó, mi madre juró acabar con todo eso. Pasó años encargada de eliminar a cada nuevo grupo que salía. Los persiguió por todo el jodido mundo. Y sabemos que no se ha acabado, que siempre habrá mierda de esta, pero el hecho de que justamente la organización que le causó tanto dolor a mi madre haya vuelto es algo que no voy a permitir.

Reflexiono sobre cada una de las palabras que acabo de escuchar y me doy cuenta de que he sido un egocéntrico con la cabeza metida en el culo. Yo pensando en que esto era una treta y ella buscando vengar a su madre.

Joder, si algo así le hubiera pasado a ima… Y no quiero imaginar que alguien se lleve a Teya, quemaría el jodido mundo hasta encontrarla.

—Bien, te voy a ayudar. Esta vez de verdad. Siento haber pensado que era solo una treta para lograr ponerme un anillo en el dedo —me disculpo con sinceridad.

Ella sonríe y el color de sus ojos me atrapa, es como si cambiara cuando es feliz a un tono que hace que quiera perderme en ellos.

—Me alegro de que ahora estemos en la misma página, no entendía cómo podías ser tan majo a veces y tan gilipollas otras.

—Eso no prometo que vaya a cambiar.

Nos quedamos mirando fijamente y estoy a punto de besarla cuando el ordenador hace un ruido que provoca que Dayra se levante y vaya para allí.

—Ya ha terminado de cotejar los mapas con las rutas que mi familia ha ido aniquilando estos años —me explica mientras me muestra un mapa con diferentes líneas de colores que van a varios puertos del país.

—Bien, ¿cuál crees que es el siguiente paso que debemos seguir? —le pregunto porque no tengo ni idea de cómo lidiar con esto y ella parece estar muy familiarizada.

—Tenemos que averiguar hasta qué punto el rancho está comprometido. Si Hank solo te roba o si en realidad todo esto es parte de la trata —contesta señalando el mapa—, aunque veo demasiadas similitudes entre las rutas del pasado y estas como para que sean una coincidencia. Y estoy segura de que Beau está metido en esto.

Opino lo mismo. Joder.

—Podemos comenzar enseñándote el funcionamiento de mi organización. Quizás tú veas algo que te chirríe que a mí se me pueda pasar por alto.

—¿Estarías dispuesto a contarme los secretos de tu negocio? —duda ella extrañada, y asiento.

Lo que no sabe es que estaría dispuesto a contarle mucho más de lo que nadie sabe sobre mí solo por ser ella.

—¿Hay alguien en quien confíes sin lugar a dudas? —prosigue como si no quisiera pararse a pensar en la magnitud de mi ofrecimiento.

—Wade, mi capataz.

—¿Seguro? Sé que es jodido, pero la traición suele venir de quien menos lo esperamos.

—Dayra, es como mi hermano.

—Bien, ¿alguien más?

—Creía que sí, pero ahora tengo dudas.

—Mejor, la duda hace que sigas vivo la mayor parte del tiempo.

La veo que se le abre la boca y bosteza. Está cansada. Todavía debe tener el cuerpo adolorido y ha pasado muchas horas en pie

hoy.

—Necesitas descansar —le digo levantándome—. Mañana continuamos.

Ella me mira un instante, queriendo rebatir mis palabras, pero otro bostezo hace que finalmente se levante también, desconecte su ordenador y se dirija hacia la puerta.

No puedo dejar de observar su cuerpo. Tiene unas piernas musculadas que me recuerdan la forma en la que se agarró a la potra, joder, quiero que me monte de la misma manera.

—Tienes cara de pervertido —suelta riéndose.

—Eso es porque estaba pensando en que me encantaría que me cabalgaras como hiciste con la potra del rodeo.

Rueda los ojos y sonríe. No se deja intimidar por mis palabras, con ella puedo decir las cosas que pienso sin que se asuste, se enfade o simplemente se largue. No, Dayra es de las que se queda a pelear.

—Estamos en medio de mierda muy grande y a ti solo se te ocurre pensar en follar, ¿se puede ser más simple?

—No es que sea simple, es que hay algo en ti que me atrae de una forma que nunca había sentido antes.

—Como si no pudieras tener los pantalones puestos —dice cortándome.

—Sí, así es exactamente como me siento. ¿Cómo lo has sabido?

—Oh, porque yo me siento de la misma manera —suelta antes de irse a su habitación y dejarme con una sonrisa de idiota y la polla más dura que un martillo pilón.



CAPÍTULO 19

Dayra

Cepillo a Croqueta mientras le cuento cómo he aprendido a cambiar herraduras, no es que sea una experta, y estoy segura de que después de que me fuera las revisaron, pero me siento orgullosa de eso y por eso hoy mis labios llevan el sabor a menta.

Omito que también he conocido a Coyote y a Caleb, el encargado de los camiones tapadera y el de las rutas. Aún no hemos podido descubrir si está pasando lo de la trata de blancas y eso me frustra. No hay cabos sueltos de los que tirar y se me están acabando las ideas.

Escucho un ruido y me asomo por el box. Ayer trajeron a un caballo que se hizo daño en el entrenamiento y Mika, la veterinaria, ha estado revisándolo.

A quien veo no es a Mika, sino a Ayana, una joven *cherokee* que lleva varios días por aquí rondando. Llegó con Mika y por lo visto la está ayudando, pero a mí me parece que no es del todo trigo limpio. Siempre está apartada, no se relaciona demasiado y al mismo tiempo la veo en todos lados. No sé. Algo no me encaja con ella.

No me gustan sus ojos.

Tiene esa mirada que lo ve todo, pero que no te deja ver nada. Como los gatos que se quedan quietos cuando entras a una habitación y no sabes si te van a saltar al cuello o si simplemente están calculando cuánto pesas. Ayana es exactamente así. Y cuanto más tiempo pasa, más se me eriza la piel cuando está cerca.

Camino hacia ella con paso firme, aunque por dentro voy hecha un torbellino. Talon está en el otro lado del rancho, ocupado con sus asuntos de ganado y contrabando. Y yo, yo tengo tiempo para mirar y conectar piezas. Y esta chica… no encaja.

—¿Qué haces con eso? —pregunto sin filtro, cuando la veo acercarse a la mochila de Mika como si fuera suya.

Ayana levanta la cabeza y me lanza una de esas miradas suyas. De las que no dicen nada, pero pesan como una piedra.

—Ayudo —responde con voz baja, sin rastro de emoción—. Como siempre.

—¿Y eso quién lo decide? ¿Mika o tú?

Mika aparece con las manos llenas de crema para aplicar al caballo herido. Me lanza una advertencia solo con los ojos.

—Yo —responde con serenidad—. Ayana está conmigo desde hace tiempo. Confío en ella.

—Pues yo no —suelto, cruzando los brazos.

El silencio que se hace es espeso, como si el corral se hubiera quedado sin aire. Incluso el caballo herido gira la cabeza hacia mí, como si me hubiera pasado de la raya.

Pero no me retracto.

Ayana no se inmuta. Baja la vista, cierra la mochila y se incorpora con una calma que me resulta aún más irritante.

—No necesitas confiar en mí —dice—. Solo en Mika.

—Eso no funciona así. No aquí. No cuando hay cosas que no cuadran.

Sus ojos se entrecierran, apenas. Mika frunce el ceño.

—Dayra…

—No —la interrumpo—. No soy tonta. He visto cómo te escabulles cuando crees que nadie mira. He visto que tienes llaves de sitios donde no deberías entrar. Y Talon no te conoce, no del todo. Pero yo sí te estoy mirando. Y me huelo a la gente como tú.

Ayana no se defiende. No dice nada durante un largo rato. Solo me observa con ese gesto sereno que casi me hace sentir la mala de la película. Y eso me cabrea aún más.

—¿Has terminado? —pregunta por fin, con voz suave. Pero hay un filo en su tono, como una daga escondida entre los pliegues de una manta.

—Por ahora.

Ella da un paso hacia mí. Mika se tensa como si fuera a detenerla, pero no lo hace. Ayana se detiene lo justo para estar a la misma altura que yo, apenas unos centímetros separan nuestros rostros.

—No tienes ni idea de lo que he hecho ni de lo que estoy arriesgando —susurra—. Pero si crees que me asustas, estás muy

equivocada, irlandesa.

Se da la vuelta entonces y se marcha, con el mismo paso tranquilo con el que llegó. Mika la sigue con la mirada y luego me mira a mí. Hay decepción en sus ojos.

—Te creía más inteligente —me dice antes de girarse también, como si supiera cosas que yo no, pero no pudiera contármelo.

Algo hace que Mika defienda a Ayana. No sé, hay algo que no me cuadra y no voy a dejarlo pasar.

Me quedo sola junto al corral, con Tuhka mirándome como si yo fuera el animal salvaje y no él. Talon debe estar cerca, nunca se aleja demasiado de él, debe haber regresado. Lo espero, tratando de poner en orden mis ideas.

Me encojo un poco por dentro. No por miedo, sino porque odio sentirme descolocada. Pero algo en Ayana no me cuadra. Algo no encaja, aunque no sepa qué es. ¿Es su actitud? ¿La forma en que siempre está en los sitios justos en el momento preciso? ¿O es que me recuerda a mí misma cuando me escondía en los rincones del mundo para sobrevivir?

Resoplo y apoyo la frente contra el poste de madera. Liam diría que veo fantasmas donde no los hay. Que soy demasiado terca. Que ya empiezo a morder antes de que me muerdan. Pero no lo puedo evitar. No después de todo lo que he visto.

Hay algo en este rancho que huele a podrido. Y hasta que no lo encuentre seguiré desconfiando.

Aunque eso me cueste más aliados que enemigos.

Aunque eso signifique quedarme sola.

Porque lo que he vivido no me permite ignorar señales. Y Ayana… Ayana parpadea en mi radar como una luz roja.

Y juro que no descansaré hasta saber por qué.

—¿Quién te ha robado las galletas? —pregunta Talon, apareciendo a mi lado y haciendo que me sobresalte.

—¿Qué dices?

—Tu cara, es la que pones cuando algo está pasando por tu cabeza.

Le saco la lengua y él sonríe. En estos días hemos establecido una dinámica algo extraña, pero que me gusta. Me está enseñando

cómo funciona el rancho, tanto el que se ve como el que no.

Se ha mostrado amable conmigo y he podido darme cuenta de cuánto lo quieren por aquí. No es que sea solo el jefe, es algo más.

—Es por la chica *cherokee*, no me gusta —le confieso.

He tratado de guardármelo estos días, pero si algo he aprendido es que sola no puedes hacer nada en esta vida. Y ahora que mi familia no está, Talon es a quien puedo recurrir.

Aunque me da miedo que se convierta en alguien importante, al fin y al cabo, mi estancia aquí tiene fecha de caducidad.

—¿Algo en concreto por lo que no te guste o es solo otra vez tu instinto? —pregunta divertido, y le doy un puñetazo en el brazo.

Talon posa una mano en mi cintura y nos quedamos mirando. Lo hace mucho. Tocarme, abrazarme, hacerme sentir que está ahí.

—Lo que tienes es envidia porque tu instinto es como una vaca en un tejado: no tiene sentido y va directo al desastre.

—Vaya, vaya, estás aprendiendo rápido a ser toda una ranchera —sigue burlándose, y respiro hondo para poder centrarme en contestar y no en el hecho de que estamos muy cerca el uno del otro.

La intensidad de sus ojos me abruma. Cuando me mira lo hace de una manera que parece querer desnudar mi alma, y eso es algo que me aterra.

—Esto se considera acoso sexual —le digo para aligerar el ambiente mientras sonrío divertida.

—Sabes, puede que te robe un beso —suelta con total descaro.

—Mejor roba una bici y te largas de aquí antes de que te dé una paliza.

Se separa riéndose y siento la falta de contacto de su mano sobre mí al instante.

—Palabras, palabras, dices que podrías patearme el culo, pero aún no he visto nada más que al perro ladrador…

Tiene razón. He entrenado desde niña con mi padre y mis tíos. Sé defenderme en varias artes marciales, pero aquí no he dejado ver ese aspecto mío. Aquí solo quiero ser la que está tratando de ser la mujer del jefe, eso me hace descartable en cuanto a objetivos para investigar.

—Algún día, comanche, algún día.

—¿Quieres que vayamos ahora a revisar los papeles de los que hablamos? —me pregunta, y asiento.

Le pedí a mi madre que me enviara toda la información que tenemos sobre la trata en este país para ver si algo nos da una pista. Talon tiene acceso a los papeles antiguos de su padre, así que espero que encontremos algo.

—Después acuérdate de que comemos en la feria, tenemos que dejarnos ver por allí. Kaku cree que la gente va a sospechar si no aparecemos como una pareja —me recuerda Talon, y asiento.

Saco el bálsamo de melocotón y me lo aplico. Talon lo ve y sonríe. Que él conozca esta parte de mí me gusta demasiado.

—Por cierto, ¿has visto mi bálsamo de limón? —le pregunto mientras él se sube a Tuhka y yo voy hacia el todoterreno que me han dejado mientras esté en el rancho para poder moverme.

—¿Yo? —contesta, señalándose a sí mismo.

—Sí, no lo encuentro y no lo he sacado de mi habitación.

La forma en la que trata de contener una sonrisa me dice que él sabe perfectamente qué ha pasado.

—Supongo que entonces no podrás besar a nadie —suelta, y espolea a Tuhka, que lo saca de allí dejándome con la imagen en mi cabeza de sus labios sobre los míos.



CAPÍTULO 20

Talon

Hemos pasado más de dos horas cotejando archivos y no hay manera de encontrar ninguna conexión del rancho con la trata de blancas. Estoy empezando a pensar que no existe. Y el hecho de que Hank siga trabajando para mí, a pesar de que sé que me está jodiendo de alguna manera, hace que quiera pegarle un tiro a algo o a alguien.

—¿Y esa cara? —pregunta Wade desde lo alto de su caballo.

—No encontramos lo que buscamos y sigo teniendo ratas en el rancho.

Mis palabras en clave las entiende perfectamente.

—Un poco de paciencia —me pide, y no sé si puedo tenerla mucho más.

—¿Vienes a comer a la feria? —inquiero, y él niega con la cabeza.

—Les he dado fiesta a algunos de los chicos para que fueran, así que me toca hacer su trabajo, iré más tarde, para las carreras de barriles.

Y por estas cosas Wade es el mejor capataz que este rancho podría tener.

—¿Y Dayra? —pregunta mi amigo.

—Sigue dentro arreglándose, yo necesitaba salir para no acabar lanzando mi machete contra la puerta.

Se ríe, pero asiente. Sabe que no es un eufemismo.

Hablamos sobre un cargamento que va a llegar y después se marcha hacia los establos, dejándome de nuevo solo mientras espero que Dayra salga para irnos a comer a la feria.

Todavía me estoy ajustando el cinturón del vaquero cuando la puerta de la casa se abre y Dayra aparece. Me quedo quieto. De pie junto al coche, con las botas ya puestas y las llaves en la mano, pero sin capacidad de movimiento.

Joder.

Lleva una camisa blanca metida por dentro del pantalón vaquero, las mangas levantadas hasta los codos y algunos botones abiertos que dejan ver las preciosas tetas que tiene. El pelo lo lleva suelto, le cae como una cascada brillante sobre los hombros, y aunque tiene la cara casi sin maquillar, hay algo en ella… algo que me da un golpe seco en el pecho.

No sé qué esperaba, pero no era esto.

No tan bonita. No tan segura. No tan jodidamente perfecta.

Ella baja los escalones sin decir nada, como si no notara lo que provoca. Como si no se diera cuenta de que me ha borrado el mundo de un plumazo.

—¿Estás listo? —pregunta.

Asiento. O creo que asiento. Mis labios se mueven, pero no estoy seguro de haber hecho ningún sonido.

—Sí, claro.

Caminamos hacia la camioneta y le abro la puerta del copiloto. Ella me lanza una mirada, como si fuera anticuado, pero no protesta. Solo sube, se acomoda y se ata el cinturón.

Yo doy la vuelta y me siento al volante. Arranco el motor, pero no me muevo aún. Me detengo un segundo porque mi mano quiere rozar la suya.

Pero no lo hago.

Porque esto no es una cita. O sí.

Mierda.

Nunca he tenido una. No de verdad. Nunca he sentido esto en el estómago. Esta inquietud. Esta mezcla de calor y miedo.

Conduzco en silencio las primeras millas. Ella mira por la ventana y yo a la carretera. El rancho va quedando atrás, los campos se abren y el polvo del camino levanta una estela tras nosotros. En la radio suena algo suave, una guitarra *country* instrumental, y por un momento el mundo se reduce a esta cabina.

—¿Has ido alguna vez a una feria de rodeo? —le pregunto para no seguir escuchando mis propios latidos.

—No. Solo las he visto en películas. Pero siempre me han parecido fascinantes. Me dan ganas de gritar y animar, aunque no entienda nada.

Me río. Me gusta cómo lo dice. Me gusta que no lo disimule. Que no trate de parecer otra persona.

—Pues hoy aprenderás. Aunque te advierto que puede que acabes con polvo hasta en las pestañas.

—¿Vas a enseñarme tú?

La miro. Y ella me sostiene la mirada con esa sonrisa torcida suya. Me remuevo en el asiento.

—Sí. Yo te enseño.

Y no solo eso. Quiero enseñarle todo. Mi mundo. Mis costumbres. Quiero verla sentada en las gradas con el sol en la cara y una cerveza fría en la mano. Quiero verla reír, quiero verla emocionarse y quiero que me mire como si esto significara algo para ella también.

Joder, esto se está volviendo muy intenso.

Llegamos al recinto de la feria. Hay puestos de comida, tráileres de animales, música en vivo y gente con sombreros de ala ancha por todas partes. Los niños corren entre los montones de heno. Las banderas ondean con el viento y el olor a parrilla lo invade todo.

Ella baja del todoterreno y lo primero que hace es mirar a su alrededor como una niña entrando a un parque de atracciones. Se gira hacia mí y abre los ojos con sorpresa.

—Esto es más grande de lo que pensaba.

—Texas no hace las cosas pequeñas.

Pasamos entre la gente. Nos saludan por aquí y por allá. Yo asiento, estrecho manos, sonrío. No dejo de mirarla de reojo. Está a mi lado, y eso no debería significar nada, pero, joder, significa todo.

La llevo primero a por algo de comer. Una hamburguesa con queso y cebolla frita, de esas que te manchan las manos, pero te saben a gloria. Ella le da un bocado y cierra los ojos con placer.

—Vale, me retracto. Esta es oficialmente la mejor cita falsa que he tenido.

Me atraganto un poco.

—¿Cita?

Ella me mira, se encoge de hombros.

—Digo… no lo es. Pero casi, ¿no?

No sé qué decir. Así que asiento. Y no sé por qué me siento como un idiota feliz.

Después le enseño el circuito de doma, el corral para los toros y el área donde entrenan los caballos para rodeo. Le explico lo que es la carrera de barriles, la de postes y la monta de toros. Y ella me escucha como si todo le interesara. Como si mi voz fuera importante.

—¿Nunca has querido competir? —me pregunta.

—Lo hice de joven. Pero esto… esto es más de Levi. Yo prefiero entrenar a los caballos que ser el que cae del lomo.

—Aunque caer con estilo también tiene mérito.

Reímos. Y seguimos caminando. Y entonces, en uno de los puestos de juegos, ella se detiene.

—¿Tú eres bueno lanzando herraduras?

—¿Quieres retarme?

—Quiero ganarte.

No lo consigue. Pero se le da bastante bien. Grita cuando una casi entra y me empuja con el codo cuando le gano.

Y en ese momento, mientras se ríe, mientras me mira con la cara encendida y el pelo despeinado por el viento… sé que estoy perdido.

Sé que esto no es un juego.

Sé que, aunque diga que esto no es una cita, para mí lo es todo.

Porque es la primera vez que alguien me hace sentir así. Como si lo que he sido antes no importara. Como si pudiera tener otra vida.

Y esa vida la imagino con ella.

Aunque sea solo por un día.

Aunque mañana me diga que todo fue fingido.

Aunque esto termine como todas las cosas que empiezan siendo mentira.

Hoy la miro. Y solo puedo pensar en lo guapa que está.

Y en lo jodidamente fácil que sería enamorarme de ella si no fuera porque creo… que ya lo estoy haciendo.



CAPÍTULO 21

Dayra

La forma en la que Talon me mira me intimida. Coge mi mano y me dirige hacia el puesto de los algodones de azúcar. Hace años que no como uno, pero me apetece muchísimo después de la hamburguesa que nos hemos comido.

—Dame un momento, tengo que contestar el teléfono y aquí no voy a oír bien —me pide Talon, y asiento.

—Estaré por aquí viendo cómo convertirme en una auténtica vaquera.

Talon se acerca y me da un beso en la frente que me deja más aturdida que si me lo hubiera dado en la boca.

Cuando ya no puedo verlo, noto un golpecito en mi hombro y al girarme veo a dos mujeres impresionantes que me dan un repaso de arriba abajo.

—¿Os conozco? —pregunto al ver que no dicen nada.

—No lo creo, pero nosotras a ti sí —dice la del sombrero blanco y labios rosas.

—Vale, entonces…

—Sabemos que estás aquí tratando de cazar a Talon —suelta la otra, masticando chicle con la boca abierta.

—Ahhh. —Entonces las recuerdo.

Son unas que me miraban mal cuando llegué al rancho. Teya me dijo que Ima prohibió mujeres desde que llegué. Vamos, que ya no podían ir a ofrecerse a Talon como debía haber estado pasando toda la vida.

—Ten claro que no encajas aquí, no eres una de nosotras por mucho que te pongas nuestra ropa. Un hombre como él no se va a fijar en una paliducha como tú.

—Vale —contesto con una enorme sonrisa, descolocándolas. Hace muchos años que acabé el instituto y no voy a meterme en una pelea como cuando iba.

Podría hacerlas morder el polvo a ambas, pero eso conlleva más contras que pros, así que me limito a despedirme tocando mi sombrero y las dejo allí plantadas. Escucho que llaman a las corredoras de barriles y las veo ir hacia el lugar donde las convocan. Supongo que las veré en el espectáculo después.

Me dejo llevar entre los olores a algodón de azúcar, maíz tostado y cuero viejo. Las luces parpadean sobre mi cabeza y la música *country* retumba en el aire como un corazón latiendo fuerte.

Pero entonces la veo.

Ayana.

Camina sola, con su trenza larga balanceándose como un látigo oscuro sobre su espalda. Se aleja del bullicio con paso rápido, casi nervioso. Y yo, sin pensarlo, la sigo.

No me gusta. No confío en ella. Nunca lo he hecho. Tiene esa forma de moverse, como si supiera más que nadie y no fuera a decirlo. Como si llevara secretos pegados a la piel.

Se aleja hacia la parte trasera del recinto, donde empiezan los tráileres de los animales y los generadores eléctricos hacen un zumbido bajo. El ruido de la feria se apaga poco a poco tras nosotras. Solo quedamos ella y yo.

Ayana se detiene junto a una camioneta y saca el móvil. Se apoya contra el guardabarros, da una última mirada alrededor —yo me escondo tras un fardo de paja— y se lleva el teléfono al oído.

—Sí… Estoy bien. —Su voz es baja, tensa—. No, no he dicho nada. Pero no aguanto mucho más así… —Hace una pausa y se pasa la mano por la cara—. Sí, claro que sé lo que está en juego, ¿pero tú sabes lo que es tener miedo cada vez que alguien me mira? ¿Sabes lo que es mirar a los ojos a esa gente sabiendo que…?

Calla de golpe. Aprieta los labios.

—No, no quiero que vengas. No todavía. Me las puedo arreglar. Solo… necesito saber si la encontraste. ¿Y si sigue aquí y no lo sabemos? ¿Y si…?

Otra pausa. Noto que mi respiración se acelera.

—Entonces voy a seguir. No me importa lo que diga Mika. Si mi hermana está viva, la voy a sacar de donde sea.

«Hermana».

La palabra me golpea en el estómago como un puñetazo. Hay alguien más. Alguien que Ayana está buscando. ¿Y si esa hermana tiene algo que ver con las desapariciones? ¿Con la red que estamos tratando de destapar?

—Vale. Sí. Nos vemos mañana. No digas nada a mamá. Por favor.

Cuelga.

Y justo entonces, gira la cabeza.

Nuestros ojos se cruzan.

Se congela. Yo también. Un par de segundos donde el silencio lo llena todo. Luego ella aprieta los dientes y se separa de la camioneta.

—¿Qué coño haces espiándome?

Salgo de mi escondite despacio. Con el corazón latiéndome en la garganta.

—No te estaba espiando. Solo… pasaba por aquí.

—¿Por los corrales? Qué casualidad.

—Me llamó la atención verte sola.

—¿Y decidiste seguirme como una sombra? ¿Qué pasa? ¿Ahora también te crees detective?

Me acerco un poco más. No quiero discutir. Pero tampoco me pienso disculpar.

—Solo escuché una parte. No iba buscando nada.

—Pues escuchaste demasiado.

Su voz se ha vuelto cortante. Fría. Pero hay miedo en sus ojos. Un miedo que no tiene que ver conmigo, sino con lo que oculta. Con lo que lleva dentro.

—Ayana…

—No me hables como si me conocieras.

—Tal vez lo haga más de lo que crees.

Se cruza de brazos.

—¿Qué sabes tú? ¿Tú, la niña rica que vino en limusina a fingir que le importa este lugar? ¿Tú, que juegas a ser vaquera mientras el resto estamos sobreviviendo como podemos?

Eso duele. Pero no le doy ese poder. Me voy a arriesgar.

—No estoy fingiendo. No con esto. He visto lo que la trata de mujeres puede hacer. A mi madre la destrozó. Y ahora estoy aquí,

intentando que otras no sufran lo mismo.

Ayana me mira sorprendida y desconfiada, como si no supiera si creerme. Como si por un momento algo se quebrara en su rabia.

—¿Tú también perdiste a alguien? —susurra.

—No la perdí. Volvió.

El silencio cae entre nosotras. Largo. Doloroso.

Finalmente, Ayana se deja caer sobre un fardo cercano. Suspira.

—Mi hermana desapareció hace unas semanas. Estaba trabajando en una granja. Un día no volvió. Nadie investigó. Solo dijeron que se habría largado con un novio. Pero yo sé que no. Yo sé que algo pasó.

Me siento a su lado. Aunque con distancia. Ella no se aparta.

—¿Crees que está aquí?

—Creo que, si alguien sabe algo, está en este maldito Estado. Y yo no me voy a quedar de brazos cruzados esperando a que la Policía haga su trabajo.

—Entonces deja que te ayude.

Me mira. Sus ojos oscuros brillan por las lágrimas contenidas. No las deja caer. Tiene el orgullo de una guerrera.

—¿Y por qué harías eso?

—Porque ninguna hermana merece buscar sola. Y porque si tú sabes algo, y yo sé algo… juntas podemos descubrir la verdad.

Pasa un momento sin decir nada. Luego se levanta.

—Esto no cambia nada —me asegura.

—Lo sé.

—Y si vuelves a seguirme, te rompo la nariz.

—Apuntado.

Se aleja sin mirar atrás.

Yo me quedo allí, sentada, con el ruido de la feria volviendo a subir detrás de mí, el corazón todavía acelerado, pero con una certeza firme en el pecho:

Acabo de encontrar una aliada. Aunque todavía no lo sepa.

Cuando regreso a la feria, veo que Talon me está buscando y me acerco a él por detrás. En cuanto se gira, como si notara mi presencia, sonríe y siento como el corazón se me para y después comienza a latir a toda velocidad.

Mierda, creo que estoy en problemas.





CAPÍTULO 22

Talon

La cara de gilipollas que debo tener sería como para que Levi o Wade se rieran de mí durante semanas, pero es que no puedo evitar sonreír cuando la veo caminando hacia mí.

—¿Todo bien? —pregunta, y asiento.

—Sí, está todo controlado. ¿Y tú?

Se lo piensa un instante y finalmente asiente. Frunzo el ceño y decido dejarlo pasar, si algo he descubierto es que Dayra te dice lo que quiere que sepas, lo demás no es importante.

—¿Qué quieres ver ahora? —inquiero, deseando enseñarle más de mi mundo.

—Las carreras de barriles —contesta con entusiasmo y un brillo en los ojos que me dice que hay algo más que solo curiosidad.

—Lo que mi prometida quiera —suelto, y ella se ríe como si esto fuera una broma.

Dayra camina a mi lado, con ese paso firme que parece desafiar a cualquiera que se atreva a mirarla dos veces. La agarro de la mano, como llevo todo el día haciendo, porque es algo que siento natural y porque aquí hay demasiado vaquero salido que puede creer que tiene alguna oportunidad con ella.

Gruño.

Subimos las gradas entre saludos y asentimientos. Algunos nos miran con curiosidad, otros con respeto. Y luego están los que cuchichean, los que creen que saben más de lo que dicen. Me da igual. Que hablen. Que miren. Porque hoy ella está sentada a mi lado y voy a dejar claro que eso no va a cambiar.

Nos sentamos en la tercera fila, lo bastante arriba para ver bien la pista, lo bastante abajo para sentir la vibración del galope cuando empiece la carrera. Saco dos cervezas de la hielera entre mis pies, cortesía del grupo que tenemos al lado, que son del rancho Fox, y le paso una. Nuestras manos se rozan. Y siento como si una chispa me subiera por el brazo.

Ella sonríe. Me mira de reojo mientras da un trago. Esa boca, esa maldita boca que me besó sin avisar y luego me dejó sin aliento, está ahora jugando con la espuma de la botella. Trago saliva.

El presentador dice algo por los altavoces, pero apenas le presto atención. El corazón me retumba en las costillas y no tiene nada que ver con los caballos. Me echo hacia atrás, paso un brazo por encima de su hombro y la acerco un poco, casual, como si no fuera gran cosa. Pero lo es. Es cada maldita cosa.

Ella no se aparta. Se acomoda contra mí, como si le gustara estar ahí. Como si no le importara que la vean conmigo. Como si ya no le pesara tanto la rabia del beso fallido. Sus dedos rozan mi pierna al cambiar de posición y casi se me va el aliento.

Veo a Wade más abajo, apoyado en la valla, y me lanza una mirada cargada de significado. Lo ignoro. Hoy no hay negocios ni peligros ni amenazas. Hoy es solo sobre ella, yo y el retumbar de los cascos en la tierra.

La carrera empieza. Un caballo sale disparado hacia el primer barril. La jinete lo dirige con una precisión brutal, como si fueran uno solo. Dayra se endereza un poco, fascinada. La pasión le brilla en los ojos. Me pregunto si sabrá que esa expresión la hace más hermosa que cualquier vestido.

—¡Mira cómo toma la curva! —dice casi sin aliento.

Asiento, pero sigo mirándola a ella.

—Tú podrías hacerlo.

Me lanza una mirada escéptica.

—Talon, casi me muero en el rodeo.

—Eso fue un potro. Esto es distinto. Aquí se trata de compenetración. De ritmo. No de aguantar embestidas.

Se ríe, y el sonido se mete bajo mi piel como un tatuaje.

Durante un rato, vemos la carrera en silencio. Mi brazo sigue sobre su hombro. Su calor atraviesa la tela como fuego lento. Hay algo en ella que me calma y me agita al mismo tiempo. Es un terremoto con forma de paz. Es mi ruina y mi redención.

Cuando termina la última vuelta y el público aplaude, ella se gira hacia mí.

—Uy, a esa la conozco —dice apuntando hacia la arena, y cuando miro a quién se refiere frunzo el ceño.

—¿De qué la conoces?

—Ella y otra más han estado antes contándome lo maravilloso que eres en la cama.

La miro cabreado y quiero levantarme para ir a por esas mujeres.

—Tranquilo, vaquero, no es verdad. —Se ríe mientras yo la miro confundido sin entender nada—. En realidad, solo hemos tenido un momento de instituto en donde ellas han dejado claro que son las reinas del baile y yo la que limpia después de que acabe.

—Dayra…

—Eh, que no pasa nada. Has follado, yo también. Y reconozco que esas dos son como para pensarse si cruzarme de acera, ¿has visto qué culo tienen? Para partir nueces.

Sus palabras son sinceras, no hay maldad ni segundas intenciones, realmente no está enfadada porque me haya acostado con esas mujeres, y eso me cabrea. Me cabrea el hecho de que no le importe y me cabrea el hecho de que ella haya soltado que ha follado con otros delante de mí.

—¿Y ahora qué sigue? —pregunta, entusiasmada por seguir en la feria.

—Ahora vas a cerrar los ojos un momento —le pido, y ella me obedece sin decir nada más, pero con una enorme sonrisa.

Saco de mi bolsillo su bálsamo de limón. Sí, yo se lo robé, no me gustaba la idea de que quisiera probarlo con otro, así que simplemente entré en su habitación y me lo llevé. Lo he tenido en mi bolsillo desde entonces.

Me lo aplico, lo guardo y entonces pongo mis manos enmarcando su cara y la beso. Al principio lentamente, hasta que ella abre su boca y me da paso, haciendo que todas las ganas que me he estado guardando estos días salgan de golpe.

—Buscaros un hotel, aquí hay niños —se queja una mujer un par de filas más arriba, y yo me separo apoyando mi frente en la de Dayra.

—¿Sabes a limón? —pregunta divertida.

—Puede.

Me muerde el labio inferior y tengo que dar todo de mí para contenerme y no ponerla sobre mí a horcajadas para seguir donde lo hemos dejado.

—¡Cuñada!

Escucho la voz de mi hermano y quiero asesinarlo.

Dayra se aleja de mí riéndose y baja hasta donde se encuentran Levi y algunos de los chicos del rancho. Llego hasta donde está Wade, que tiene una enorme sonrisa en la cara y yo entrecierro los ojos.

—Ni una palabra —gruño.

Levanta las manos y menea la cabeza.

Pasamos el resto de la tarde con ellos y no puedo evitar darme cuenta de lo bien que encaja Dayra con mi mundo. Les sigue las bromas a los chicos, los reta y hasta logra ganarlos en alguno de los juegos. También bebe cerveza como si no existiera el agua y eso hace que después de la cena esté oficialmente muy borracha como para incluso caminar.

—Vamos, yo te llevo —le digo, levantándola al estilo nupcial.

Dayra se agarra a mí mientras el sombrero se le cae por soltar una enorme carcajada.

—No toquéis mi sombrero —dice mirando a todos con mala cara, o lo que ella debe pensar que lo es.

—¿Por qué? —inquiero divertido.

—Wade me dijo que los sombreros son algo así como la polla de un hombre, ¿cómo era la frase? —le pregunta a mi capataz y mejor amigo, que apenas puede contener la risa.

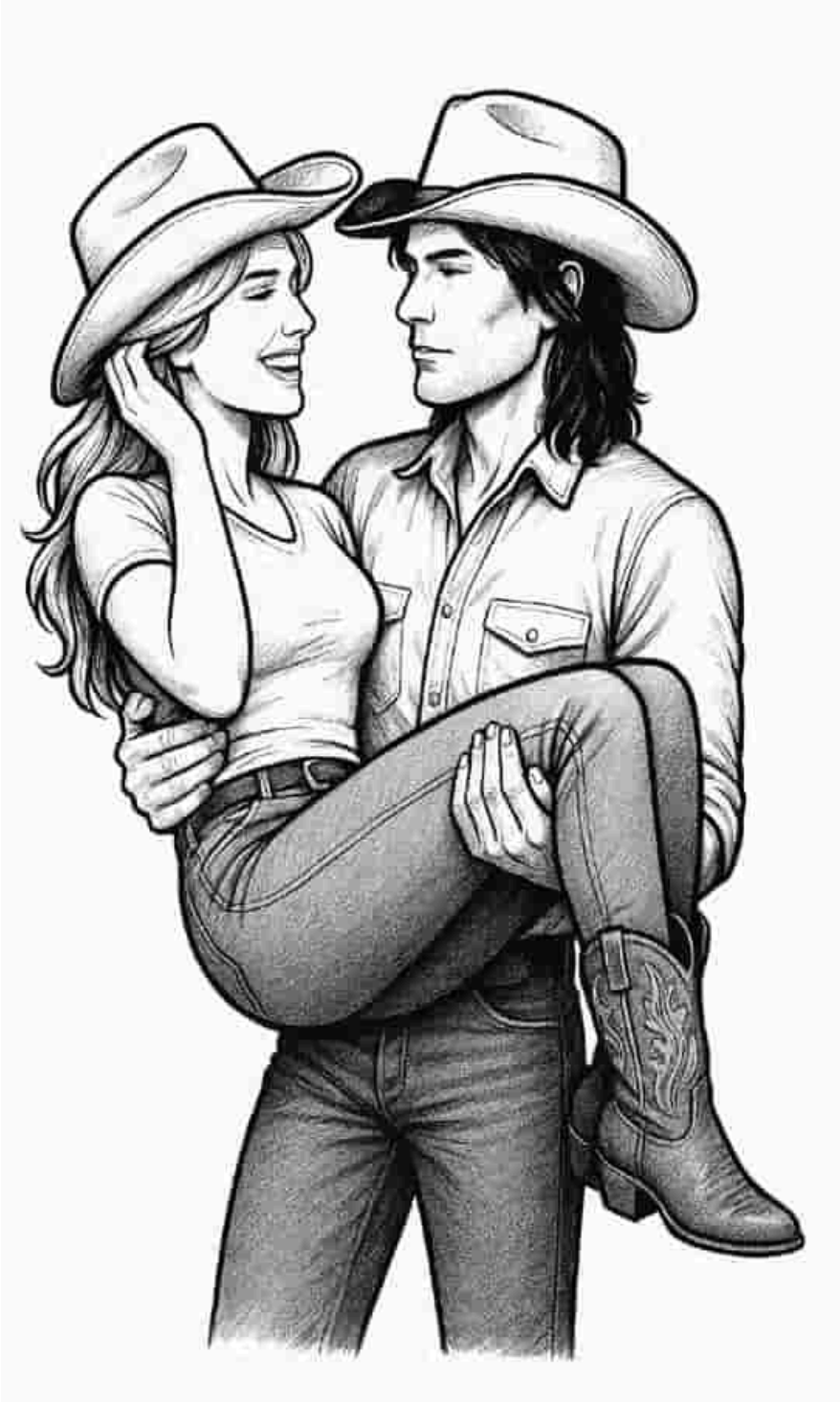
—No toques el sombrero de un vaquero a menos que quieras una pelea o un compromiso.

—¡Eso!

—Muy bien —murmuro, agachándome y cogiéndolo del suelo como puedo mientras trato de no dejarla caer. Se lo coloco y ella me da una sonrisa que me encantaría que nadie más hubiera visto porque está jodidamente *sexy*.

Apoya su cabeza en mi hombro y mete su mano en mi pelo, me estremezco mientras ella susurra:

—Quiero volver a saborear el limón en tus labios.





CAPÍTULO 23

Dayra

No sé en qué momento me dormí, solo sé que en el todoterreno se estaba muy a gusto. La música era relajante, Talon tenía su mano en mi muslo y el balanceo del camino junto con la cerveza me arroparon hasta que caí inconsciente.

Abro un ojo y veo dos cosas: es temprano y no estoy sola en la cama, aunque llevo mi ropa puesta, así que anoche no hubo acción, a pesar de que la quería. De que la quiero. Así que decido otras dos cosas: voy a ir al baño porque me meo como un osito en primavera y voy a volver para darle a Talon los buenos días con mi boca.

Me levanto despacio y él ni se inmuta, es como un tronco. Salgo de la habitación y siento la felicidad de vaciar mi vejiga. Una cerveza más y me hubiera meado encima sin duda.

Me quito la ropa, me cepillo el pelo y me lavo los dientes. Bebo un poco de agua del grifo, llevo la boca reseca, y después me dirijo, tal y como mi madre me trajo al mundo, de nuevo a mi habitación.

Cuando entro me doy cuenta de que Talon ya no está dormido. Al verme, la sábana que cubre la parte de debajo de su cuerpo se mueve y sonrío.

—¿Dayra?

Ni él mismo sabe lo que me pregunta.

Camino hasta él sin hablar, le quito la sábana y veo la enorme erección que me saluda. Y cuando digo enorme me refiero a que si hubiera perdido una flecha podría pensar que la tiene él aquí guardada. Me humedezco solo de pensar en tenerlo dentro de mí.

—Voy a desayunar —declaro, y me subo sobre él.

Su pecho desnudo cubierto por tatuajes tribales hace que me ponga cachonda, bueno, todo él lo provoca. Es increíble cómo su sola presencia hace que mi cuerpo reaccione de esta manera.

Me subo poco a poco hasta encontrar una posición cómoda entre sus piernas. Él no dice nada, solo me mira como si yo fuese un

regalo del cielo, y cuando saco mi lengua y la paso por su punta saboreo lo listo que está.

—Joder —gime, cerrando los ojos.

Juego con su polla. La agarro, la aprieto, la meto en mi boca y succiono. Le cuesta mantenerse quieto, lo sé por cómo agarra la sábana con sus manos.

—Suficiente —gruñe en un momento dado, y antes de que pueda darme cuenta, me ha dado la vuelta y ahora lo tengo sobre mí.

—Tienes preservativos en la mesilla —jadeo cuando me da un lametón en mi pezón derecho.

—¿Y por qué los tienes?

—Nunca se sabe cuándo los voy a necesitar.

—Estoy limpio.

—Y yo me acabo de duchar.

Sonríe.

—¿No te fías?

—En esto no, si quieres que tu soldado entre en la guerra, tendrá que ponerse el casco —le aseguro, y él parece mirarme con orgullo.

Lo cual es extraño y reconfortante a la vez.

Saca un preservativo y me ofrezco a ponérselo, pero me ha prohibido tocarlo para evitar acabar antes de empezar. Y Dios no lo quiera, necesito correrme sobre la polla de este hombre.

—Primero —comienza a decir—, vas a sentirme muy, muy, muy dentro de ti —gruñe, empezando a introducirse lentamente—. Y después voy a pasarme el día lamiendo tu coño hasta que me supliques que pare.

Siento como si me estuviera empalando, joder, es muy grande, pero no se lo digo, su ego no lo necesita. Cuando ya está dentro del todo, se para un instante. Coge mis manos y las coloca por encima de mi cabeza, entrelaza sus dedos con los míos y comienza a moverse a un ritmo lento. Uno que me hace sentir lo llena que estoy y que me demuestra sin palabras que esto no es solo sexo, solo que ahora no es momento de pensar en ello.

—Mírame —me ordena cuando cierro los ojos por la oleada de placer que me provoca.

—Justo así —susurro, y sus embestidas aumentan poco a poco.

Noto como mi orgasmo está comenzando a formarse. Entre nosotros hay una conexión que va más allá del sexo y en sus ojos veo el salvaje que puede ser, lo que me excita más.

—Talon —suplico, y él sonríe.

—Noto cómo me estás ordeñando, joder, Parua —gruñe, y frunzo el ceño ante esa palabra comanche que no entiendo.

Él sonríe y baja su boca sobre la mía, su lengua me vuelve loca y el ritmo de sus embestidas aumenta a la par que mis gemidos.

—Parua significa —embestida— fuerte —embestida—, salvaje —embestida— y libre.

Y con esa última palabra noto cómo llego al clímax y grito arqueando mi espalda a la vez que él se corre con un rugido que bien podría haber sido de un león.

Sigue meciéndose mientras el orgasmo me recorre y dándome besos en la cara y el cuello a la vez que dice entre susurros: Nu.

—¿Qué significa eso? —pregunto adormilada.

—Mía —contesta, lamiendo mi cuello—. Y ahora me toca a mi desayunar.



Miro por la ventana por tercera vez en los últimos cinco minutos, aunque sé perfectamente que Talon sigue en la casa de Wade, ha encontrado unos papeles que querían que revisaran juntos y creo que a solas porque me ha pedido que me quede diciendo que no quería que nadie viera mi cara de bien follada. No sé, hemos estado todo el día aquí encerrados, pero me da la impresión de que es una excusa para ocultarme algo, y eso me pone nerviosa. Nadie te llama pasada la medianoche para ir a ver si encuentras algo en documentación antigua.

La noche está demasiado callada. En el rancho siempre hay un murmullo de fondo —el crujido de madera vieja, el roce de los caballos contra el suelo, alguna puerta que se queja por costumbre —, pero ahora parece que todo contuviera la respiración.

Y entonces lo veo.

Un camión.

No es uno de los nuestros. Es más largo, más oscuro y demasiado sigiloso para lo que suele circular por aquí. Ni siquiera entra por el camino principal, sino que se cuela por uno lateral, como si supiera exactamente dónde evitar las luces. Él las lleva apagadas, salvo por un pequeño foco para iluminar el camino que recorre.

Me encojo detrás del marco de la ventana, como si me estuviera viendo, y contengo el aliento.

El camión no se detiene. Cruza los corrales más alejados y se pierde entre los árboles que bordean el rancho por el norte.

Una parte de mí quiere pensar que es un repartidor perdido. La otra —la entrenada, la que ha leído demasiados informes policiales en Irlanda— no se traga esa mierda. Y menos a estas horas.

Cojo mi chaqueta del respaldo de la silla y me calzo. No me molesto en cambiarme la camisa de Talon que llevo porque no quiero perderlo. Salgo fuera y me dirijo hacia allí.

Cruzo el establo casi en puntillas. Ni los caballos se inmutan. Uno de los potros resopla al verme y lo acaricio en el cuello, calmándolo con un murmullo. Sigo las huellas del camión con una linterna pequeña. Tengo una más grande, no la enciendo. La llevo por si me pierdo. Aunque este bosque, al borde del rancho, lo tengo más o menos controlado. A estas alturas, casi puedo orientarme con el olor de los árboles.

A medio camino, el motor del camión se apaga. Me detengo, escondida tras un árbol grueso. El claro está más adelante, un espacio donde antes los chicos guardaban materiales de obra que ya nadie usa.

No debería estar aquí.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Me acerco con cuidado, en silencio, agachada entre ramas. Me siento tonta, como una adolescente espiando una fiesta a la que no fue invitada. Hasta que lo veo.

El camión.

Y lo reconozco.

Es uno de los que aparecían en los informes sobre transporte ilegal de personas que nos hicieron llegar en Irlanda, solo que este camión circulaba en Canadá. Color oscuro, sin logos, doble eje trasero y matrícula parcialmente tapada con barro, pero lo que me hace reconocerlo es que tiene una mancha en el lateral que parece un patito de goma. Una de las puertas traseras tiene un abollón con forma de herradura. No puede ser casualidad.

El corazón me late tan fuerte que temo que alguien más lo escuche.

Hay dos hombres cerca del camión. Uno fuma. El otro parece hablar por radio. No entiendo lo que dicen, pero los gestos son rápidos. Nerviosos. Como si supieran que el tiempo apremia.

Una de las puertas del contenedor se abre.

Me muerdo los labios. Me acerco otro poco. No tanto como para ser vista, pero lo suficiente para enfocar mejor.

No hay personas visibles. Solo cajas. Grandes. Demasiadas para ser heno o herramientas. Algunas llevan etiquetas. Las reconozco. Son códigos que los traficantes usan para clasificar la carga.

No es la primera vez que los veo. Esos informes me costaron pesadillas durante semanas.

Doy un paso atrás. Piso una rama.

El chasquido me suena como una explosión.

Los hombres se giran al instante.

Me echo al suelo, cubriéndome con la chaqueta. Espero. No oigo pasos. Ni gritos. Solo el murmullo del bosque y luego el portazo metálico del camión cerrándose de nuevo.

Espero un minuto más. Quizás dos. Luego me arrastro hacia atrás, sin alzarme del todo hasta estar lo bastante lejos como para correr sin ser vista.

Cuando llego al borde del rancho, me quedo sin aire. Literalmente. Me apoyo en una valla y dejo que la adrenalina me pase como una ola.

Ahora lo sé, esto está pasando de verdad y por fin puedo llamar a mi madre para decirle que ha empezado el final para esa gente porque voy a matarlos a todos.



CAPÍTULO 24

Talon

Llego a casa de Wade pasadas las doce. El crujido de mis botas al andar resuena en mis oídos, pero mi cuerpo sigue ardiendo por todo lo que he vivido en las últimas horas. El día entero lo he pasado con Dayra, sin importarme nada más que su piel, su respiración, su boca. Aunque no ha sido solo eso. No esta vez. Hay algo en ella que se ha metido bajo mi piel y que no consigo arrancarme.

Ni siquiera quiero intentarlo.

Wade abre la puerta antes de que toque. Me está esperando. Tiene esa mirada de quien ha estado revolviendo entre cosas que no debería tocar. Atravieso el umbral sin saludar porque el silencio que me recibe ya lo dice todo. En su cocina hay una carpeta abierta sobre la mesa. Piel gastada, documentos viejos, hojas dobladas y nombres que ya empiezo a odiar sin haberlos leído.

—He encontrado algo que deberías ver —dice, y no hay rastro de su tono habitual. Esto no es una charla de bar ni una bronca por haberme peleado con algún idiota en el rodeo. Esto es otra cosa.

Tomo asiento. Abro la carpeta. No reconozco de inmediato el contenido, pero algo en mis entrañas ya se encoge.

Son registros. Informes antiguos. Transferencias. Fechas. Nombres de mujeres, edades, oficios, lugares de origen. Todo con la frialdad de una hoja administrativa.

Trata de blancas.

Mujeres desaparecidas. Vías de transporte. Códigos de envío. Ganadas como si fueran apuestas. Vendidas como si fueran reses. Me cuesta tragar. Me cuesta respirar.

Entonces veo el nombre. Justo en la mitad de una lista amarillenta, subrayado a lápiz con trazo torpe.

Britney Miller.

Me quedo quieto. Demasiado. Como si el mundo acabara de encogerse y ahora todo me apretara en el pecho.

—Es ella, Talon —confirma Wade, cruzado de brazos junto a la nevera—. La madre de Dayra.

Siento que la silla me quema bajo el cuerpo. Todo dentro de mí quiere negarlo, pero la evidencia me agarra de la garganta. Al lado de su nombre, el archivo dice: «Ganada por el Sir en subasta privada. Enfermera. Procedente de Texas».

Recuerdo lo que Dayra me contó. Que su madre desapareció. Que la jodieron, que casi ella muere en el camino.

Mierda.

Paso la página con los dedos entumecidos. Al final de la lista hay un espacio con firmas. No debería mirar. Algo dentro de mí me grita que no lo haga. Pero ya es tarde.

López. Ramsey. M. Álvarez.

Y…

Harlan Daltry.

Mi corazón deja de latir. O se acelera tanto que ya no sé distinguir. La tinta negra de la firma de mi padre está justo ahí, como si me escupiera a la cara.

—No puede ser —susurro.

Wade no responde. No hace falta.

Mi padre fue parte de esto. Parte de esa red. Parte de los hombres que vendieron a la madre de la mujer que ahora duerme en mi cama, con la piel marcada por mis dedos y el corazón empezando a confiar en el mío.

Siento asco. Furia. Culpa.

Me levanto de golpe. La silla se arrastra con un chirrido brutal. Camino por la cocina como un animal enjaulado.

—Él… él no… no sabía. No puede haber sabido lo que hacían.

Pero sí. Claro que lo sabía. Esa firma no es un despiste. Es complicidad. Es condena.

Me apoyo contra la pared. Me tiemblan las manos.

Wade me mira en silencio. No hay juicio en sus ojos. Solo la amargura del que también ha perdido la fe.

—No tienes que decirle nada a Dayra hasta que sepas qué hacer —dice al fin.

Pero yo ya sé que esto no va a poder esconderse. No cuando la verdad tiene nombre, apellido y un pasado que ahora me pertenece también.

Porque ella está en mi cama. En mi vida.

Y su madre fue vendida por el hombre que me enseñó a montar, a disparar y a sonreír con la mentira en la boca.

Mi padre. El bastardo al que alguna vez llamé héroe.

No puedo volver a casa. No puedo mirarla a la cara.

Camino hasta el establo sin decirle nada más a Wade. No puedo hablar. Siento las palabras golpeando detrás de los dientes, pidiendo salir, pero si lo hacen me deshago.

Tuhka levanta la cabeza al verme. Mi caballo sabe. No cómo, no qué, pero lo siente. Se le tensan las patas delanteras y su respiración se agita leve. Me acerco y acaricio su cuello. No le pongo silla. Solo la cabezada.

Necesito aire.

Necesito distancia.

El cielo está oscuro, pero la luna es suficiente. Salgo del rancho al paso, dejando que Tuhka elija el ritmo. No tengo destino. Solo la certeza de que no puedo cruzar esa puerta donde Dayra duerme. No esta noche.

Porque la amo. Porque por primera vez en mi jodida vida lo sé sin ninguna duda.

Y eso lo jode todo más.

¿Cómo le digo que su madre fue vendida por mi sangre? ¿Cómo sostengo su mirada cuando me vea como un Daltry y no como un hombre?

Ella no lo va a perdonar. Ni debería. Y yo… yo no voy a obligarla a elegir entre él y su historia. No puedo pedirle que abrace a un asesino de su pasado solo porque yo lo llamé papá.

Así que haré lo único que puedo hacer por ella.

Ayudarla.

Acabar con esta red.

Darle justicia. Darle venganza. Darle paz.

Y cuando se vaya, porque lo hará, la dejaré marchar.

La amaré en silencio. La recordaré cada noche. Volveré a este camino cada vez que la necesite y no esté. Y viviré sabiendo que una vez tuve en mis brazos a la mujer más valiente y salvaje que he conocido.

Mi nupia.

Mi fuego.

Y también mi castigo.



CAPÍTULO 25

Dayra

Son más de las dos de la mañana cuando me duermo esperando a Talon. Cuando el sol me despierta a través de la ventana veo que no ha regresado. Miro el móvil y tengo un mensaje de él a las siete diciendo que está bien y que luego hablamos. ¿Qué cojones pasa?

Me visto y voy al establo a ver a Croqueta, cada día está mejor y Mika me ha asegurado que ha sido una compra estupenda. Para mí no es eso, se ha convertido en mi amigo aquí, mi único amigo por lo visto.

—¿Te puedes creer que después de pasar todo el día como conejos ni siquiera me haya despertado para decirme que tenía algo que hacer? —le digo a Croqueta indignada mientras lo cepillo con cuidado.

El caballo me mira y juro que puedo ver cómo me dice: «¡hombres!».

—¿Será que ha descubierto algo y es por eso que no volvió? No, me lo hubiera dicho. Joder, no entiendo nada.

Estoy frustrada y cabreada. Ayer pensaba que estaba todo bien. Incluso me permití pensar en algo que no fuera solo sexo.

—¿Sabes qué te digo? Que me niego a quedarme aquí encabronada sin saber qué pasa y compadeciéndome de mí misma.

Croqueta relincha como dándome la razón y yo recojo todo con la intención de buscar a Talon para que me dé respuestas.

Cojo el todoterreno y reviso la zona de doma, no está; tampoco con Wade, que me dice que cree que estará en la zona de ganado. Están llegando nuevas reses y tenía que supervisarlo.

Me dirijo hacia allí y, efectivamente, ahí se encuentra. Está dando órdenes, despreocupado, como si fuera un día más.

—Talon —lo llamo, y se gira.

Le dice algo al tipo del camión y después llega hasta mí.

Sé que no somos novios ni me ha jurado amor eterno, pero de verdad creía que al menos me iba a recibir con un beso y no como lo

está haciendo.

—Hola —dice, quedándose a unos pasos de mí, como si tuviera una enfermedad contagiosa—, ¿todo bien?

—Dímelo tú, anoche no volviste.

—Sí, sobre eso, tenemos que hablar, he encontrado algo.

—Yo también —le suelto, y se pone nervioso.

—¿El qué?

Le hablo del camión y de que ya estoy segura de que aquí está pasando algo con el tema de la trata de blancas y él asiente.

—Sí, lo que me enseñó Wade anoche no deja lugar a dudas —suelta, y entonces me enfado.

—¿Y por qué no me lo dijiste anoche?

—Tenía que hacer algunas cosas.

—Ya, bueno, una llamada puede hacerse hasta cagando. No me jodas, Talon, sabes que esto es importante para mí.

—Sí, bueno, pero no es lo único que tengo que hacer aquí —dice en un tono seco—. Ayer lo pasamos bien, pero…

El corazón se me para un instante antes de romperse.

—Pero no deja de ser sexo, lo entiendo —le contesto enfadada mientras me trago mis sentimientos.

—No quiero que las cosas se compliquen —murmura como si fuera a volverme loca y presentarme vestida de novia en cualquier momento.

—Tranquilo, las cosas estás más que claras. He venido a completar una misión. Nos hemos divertido un rato y ya está. Ahora hay que seguir con lo importante.

Me mira como si le hubiera herido al decir esto, que es justamente lo que él piensa. Menudo imbécil. Son todos iguales.

Salgo de allí muy cabreada y queriendo pegar tiros. Si estuviera en casa le pediría a Liam que hiciera una sesión de Krav Maga conmigo para sacar toda esta rabia que me está consumiendo ahora mismo. Tampoco quiero llamar a mamá porque estoy segura de que papá vendría en unas horas a romperle la cara a Talon. Aunque igual no es mala idea.

Veo a Teya, que me pita desde su *jeep*. Me detengo a su lado y bajo la ventanilla del mío para ver qué quiere.

—¿Estás ocupada ahora? —pregunta, y miro hacia atrás, como si Talon fuera venir a disculparse. Ahora la imbécil soy yo.

—No, ¿necesitas que te ayude en algo?

—Sube.

Lo hago sin preguntar nada más. Teya es de esas mujeres fuertes que a la vez aún conservan lo bonito del mundo, así que sé que, sea donde sea que vayamos, estaré bien.

Las ruedas del *jeep* de Teya crujen suavemente sobre la tierra mientras avanzamos por el borde de la reserva. Me ha dicho que quiere enseñarme algo, pero no ha dado muchos detalles. Desde que llegué al rancho, Teya ha sido un misterio amable: reservada, pero sin juicio; cercana, aunque sin invadir.

—Este lugar no se enseña a cualquiera —dice al fin con la mirada fija en el camino.

Asiento. No me ofendo. Con ella, la confianza es algo que se construye, no se exige. Hay algo en su forma de moverse, de mirar la tierra como si hablara con ella, que me hace querer seguirla. Es más joven que yo, pero tiene un espíritu sabio.

Paramos junto a una arboleda que parece igual que cualquier otra. Aunque cuando Teya se baja y aparta unas ramas, aparece un sendero estrecho, como un secreto que la naturaleza ha decidido proteger.

Caminamos juntas, sin prisa. El bosque huele a savia, a vida. Siento la tierra bajo mis botas como si me probara. Teya no habla, pero su presencia es serena, segura. No intenta impresionarme. No necesita hacerlo.

Llegamos a una pequeña elevación donde se alza una piedra cubierta de cintas, plumas, collares. Teya se arrodilla con respeto, como quien visita a alguien querido. Yo la imito, aunque no estoy segura de lo que debo hacer. Ella cierra los ojos, pasa los dedos por una de las cintas.

—Aquí venía con Ima de niña —dice con suavidad—. Me contaba historias de las mujeres comanches. Las sabias, las valientes, las libres.

Escucho. Siento que hablar ahora sería romper algo sagrado.

—Dicen que algunas desaparecieron —continúa—. Pero no están perdidas. Están en nosotras. Nosotras seguimos lo que ellas empezaron.

La miro. Ella no tiene cicatrices visibles ni fantasmas arrastrados. Ha crecido con amor, con tierra firme bajo los pies, y eso la hace distinta. Ni mejor ni peor. Solo anclada. Fuerte desde otro lugar.

Teya se levanta. Me ofrece la mano. La tomo, agradecida.

—Vamos. Hay alguien que quiere hablar contigo.

Volvemos al *jeep* y conducimos hasta una de las casas al borde del bosque, de esas que parecen formar parte del paisaje desde siempre. En el porche, sentada sobre una manta de lana tejida a mano, está una anciana. Su piel es como corteza antigua y sus ojos como el cielo justo antes de una tormenta.

—Ella es Nali —dice Teya, y luego a la mujer—: Es la chica de la que te hablé.

Nali me hace señas para que me siente a su lado. Obedezco. Me siento como una niña frente a una historia que aún no sé si quiero escuchar.

—Las chicas —dice con voz ronca— empezaron a desaparecer hace muchos inviernos. Algunas eran nuestras. Otras, extranjeras. Nadie preguntaba por ellas. Nadie, salvo las mujeres.

Teya se sienta a mis espaldas, como apoyo silencioso.

—Yo vi a una de ellas correr por el bosque. Tenía miedo, pero también tenía rabia. Como tú.

Me encojo un poco.

—Dicen que no hay pruebas. Pero los árboles lo recuerdan. El suelo lo recuerda. Aquí, la tierra no olvida.

Me arde el pecho. No sé qué decir. Siento que cualquier palabra sería torpe.

—Si vas a buscar la verdad, no la busques con odio. Búscala con raíces. Para que no te arranque.

—Lo haré, pero ¿por qué no se lo has contado a tu hermano? —le pregunto a Teya.

—Las mujeres de la tribu no confían en que haya alguien trabajando con los hombres que se las llevan. Pero te han visto. Y Mika ha hablado de ti, también Ayana.

—Las voy a encontrar, de verdad, no voy a dejarlas solas —les prometo.

Teya y Nali se miran y esta última asiente. Teya respira hondo y me dice lo que estaba esperando escuchar hace mucho tiempo.

—Lo sabemos, es por eso que te necesitamos. Sabemos cómo encontrar la ubicación de la próxima subasta.





CAPÍTULO 26

Dayra

Termino de apuntar las coordenadas que me da Liam y trato de memorizarlas por si fuera necesario. Tengo facilidad para estas cosas, y en cuanto encuentro una lógica para esos números mi mente las registra sin ningún problema.

—¿Me vas a decir ahora por qué no quieres que Talon se entere? —pregunta mi hermano por quinta vez en esta conversación.

Hace cuatro días que me evita el idiota de Talon. Desde que lo enfrenté en la zona de ganado del rancho. Hemos vuelto al punto de partida, ahora apenas nos saludamos y no oigo cuándo llega ni cuándo se va de casa.

—Porque necesito hacer esto sola.

—Es peligroso.

—Lo sé, y por eso, en cuanto me vaya, Teya va a ir a por su hermano a contárselo. No voy a estar sola, llevo un rastreador, armas y, que no se te olvide, puedo patearte el culo sin despeinarme.

—Eso habrá que verlo, he estado entrenando —dice como si tuviera la más mínima posibilidad contra mí—. Ahora en serio, hermanita, ¿quieres que vaya a romperle la cara? A Ty no me dejaste, pero a este…

—Liam, no, puedo hacerlo yo sola si fuera necesario. De verdad que todo está bien, es solo que hemos tenido algunas diferencias y me da la impresión de que él no entendería lo capaz que soy de hacer esto.

—¿Crees que te detendría para que no fueras sola? Eso suena a que se preocupa por ti.

Eso podría haber pensado antes de que me soltara que he sido solo diversión.

Suspiro.

—No, no se preocupa, es más que soy una mujer.

—Menudo gilipollas.

No tengo claro que Talon sea de esos, no he podido conocerlo tanto como para formarme una opinión, sin embargo, no voy a arriesgarme, tenemos una oportunidad y no la voy a desaprovechar.

Las mujeres de la reserva nos dieron una gran pista, el lugar donde se iba a celebrar, y todo gracias a una prostituta retirada que se casó con un comanche, pero que aún tiene amigas en activo. Ella les dijo lo que escuchó y gracias a eso hemos podido localizar a quien lo está organizando y les hemos hecho creer que soy una madame de una red de prostíbulos europea que necesita chicas exóticas que llevarse al viejo continente.

—Mantenedme informado.

—Lo haré.

—Te quiero.

—Y yo a ti, feo.

Cuelgo y siento una enorme presión en el pecho. Liam no es solo mi hermano, es mi amigo, mi confidente y la persona en quien más confío. No me hubiera importado tenerlo aquí conmigo esta noche.

Me ajusto el vestido y salgo del hotel para dirigirme hacia donde se va a celebrar la subasta. El sitio debe estar a menos de una hora de donde me encuentro por lo que veo cuando meto las coordenadas en el GPS. Fue una gran idea de Teya que me alojara en la siguiente ciudad a Cedar Hollow, aquí nadie me conoce y, además, es mucho más urbanita, lo que me ha dado la posibilidad de tener una habitación en un Four Seasons.

Las coordenadas brillan en la pantalla del navegador y parpadean cada vez que paso cerca de un desvío sin asfaltar, como si quisieran recordarme que estoy metiéndome en la boca del lobo con un vestido de satén y una sonrisa falsa. Ajusto los guantes de cuero sobre el volante y suelto el aire despacio. No me tiembla la mano, pero sí la mandíbula.

El todoterreno que conduzco ruge como un león bien alimentado. Negro, blindado, con cristales tintados y placas falsas que conseguimos gracias a un contacto en Marsella. Si lo miras desde fuera, parezco exactamente lo que quiero parecer: una mujer poderosa, rica, sin escrúpulos. Una de esas que pagan por cuerpos como si fueran caballos de exhibición.

He visto a demasiadas en los informes. Relojes de oro, uñas afiladas, miradas vacías. Hoy soy una de ellas.

En el asiento del copiloto hay una cartera de piel con documentación falsa a nombre de Diana Laurent, ciudadana francesa, empresaria del «entretenimiento privado». También llevo un móvil preparado, joyas discretas, pero de marca, y una pistola oculta en la guantera por si las cosas se tuercen más rápido de lo previsto. El pelo recogido lleva una daga dentro del pasador y en su empuñadura tengo un localizador por si desaparezco.

El camino se estrecha hasta convertirse en un sendero polvoriento entre pinos. El GPS pierde la señal justo cuando llego al punto marcado. Por supuesto. Esto no es un hotel ni una sala de subastas con canapés. Es un claro oculto entre árboles, con un edificio bajo de aspecto industrial al fondo, rodeado de coches que valen más que algunas casas.

Respiro hondo. Me repito por dentro: «tú también eres una depredadora esta noche».

Aparco junto a un Maserati y un Jeep envejecido, pero limpio. En el retrovisor, ajusto el maquillaje. Labios rojos. Ojos delineados. Ningún rastro de la chica irlandesa que creció entre gritos y barro. Solo una mujer que vino a comprar carne con perfume caro.

No me permito temblar. No ahora. No cuando hay vidas en juego. Me han entrenado para esto.

Desde fuera, el edificio parece un antiguo almacén forestal. Una construcción de metal oxidado y cemento agrietado, sin ventanas visibles. Solo una puerta metálica y un hombre apoyado en ella, fumando.

Cuando abro la puerta del coche y el aire caliente del motor se mezcla con el de la noche, la tensión se me mete en los huesos como si fuera niebla. Me bajo despacio, dejando que el vestido largo se deslice por mis piernas con elegancia. Tacones, porte altivo, la barbilla ligeramente alzada.

No soy Dayra. Soy Diana. Y vengo a hacer negocios.

Avanzo hacia la puerta como si no me importara estar en medio de un bosque en territorio enemigo. Como si no supiera que, en cualquier momento, alguien podría darse cuenta de que no tengo

intención de comprar, ni de pagar ni de permitir que ninguna de esas chicas desaparezca tras otra puja.

A mitad de camino, algo cambia en la atmósfera.

Un movimiento a mi derecha.

No lo veo, lo siento.

Y entonces lo escucho.

El clic de un seguro deslizándose hacia atrás.

Me congelo.

Un hombre emerge de entre los árboles, con ropa oscura y una pistola apuntándome al pecho. No lleva uniforme ni placa, solo una mirada vacía y profesional. Sabe lo que hace. Y por la forma en que me analiza, también sabe que algo no cuadra.

—No tan rápido, señora —dice, aunque no necesito oírlo para entender lo que está pensando—. Aquí no entra cualquiera.

Mis manos permanecen visibles. El bolso colgando con gracia. Mis ojos fijos en los suyos.

Sonrío.

Una sonrisa perfecta. Falsa. Letal.

Porque si piensa disparar… tendrá que hacerlo rápido.

Yo no soy fácil de enterrar.



CAPÍTULO 27

Dayra

Lo miro con una sonrisa de medio lado, como si ahora mismo mi vida no estuviera en sus manos, y suspiro.

—Si vuelves a llamarme señora, te voy a hacer tragar esa pistola y no por la boca —le digo en un inglés marcado con acento francés.

Tía Cadee nos obligó a Liam y a mí aprender las lenguas más importantes de Europa, y entre ellas estaba el que más odio, no es que no me guste su país o su gente, es que estudiar el *passé composé* es lo más duro que he tenido que hacer en mi vida, y eso que me hicieron pasar tres días sin comida para entrenarme en caso de tortura por inanición.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunta una voz masculina a mi espalda, y al girarme veo a un hombre que reconozco por las fotos que me ha enviado Liam.

Es Samuel Montgomery, el organizador de subastas humanas de esta costa. Lo tenemos en el punto de mira desde hace años, pero de momento nos viene bien que se mantenga donde está para poder seguir jodiéndole negocios. Es un tipo demasiado pomposo y descuidado, y eso hace nuestro trabajo infinitamente más sencillo.

—Aquí, su gorila, me ha llamado señora —me quejo, y Montgomery le da una mala mirada al tipo.

—Mil disculpas, señorita Laurent. Tengo hombres camuflados en el perímetro por si hay imprevistos y está claro que debí haber pagado porque tuvieran algo más de cerebro. ¿Acaso no ves que esta mujer no es un peligro? Es una dama —le reprende como si fuera un niño pequeño y no lo que seguramente es: un exsoldado entrenado para matar—. De verdad, mil disculpas. Déjeme acompañarla dentro yo mismo. Soy el anfitrión, Samuel Montgomery, aunque todos me llaman Monty.

Sonrío y le tiendo la mano como la flor delicada que se supone que soy. Una sin alma porque estoy aquí para comprar mujeres. Aunque supongo que la belleza no necesita de una.

Nos dirigimos dentro y el lugar me da escalofríos. Es tétrico porque por un lado puede verse que el techo y sus vigas están viejas y las paredes que se ven tienen moho. Sin embargo, Monty ha tratado de hacer que esto fuera un lugar de lujo y lo ha llenado de telas, candelabros y mesas con canapés, como si esto fuera un baile de debutantes y no un mercado de carne.

—¿Le gustaría ver la mercancía antes de la subasta? —me pregunta, y sonrío.

—No sé, a veces esas chicas se comportan como bestias. En una subasta en Rusia una quiso tirarme su propia mierda desde la jaula en la que estaba encerrada cuando le pregunté que si tenía experiencia con los hombres —le digo en un tono que le hace abrir muchos los ojos.

—Son bestias, pero a estas las tenemos domesticadas —me asegura, y yo asiento.

—Me fío de usted, se le nota la clase y la educación a la legua.

Monty se pone tieso por los cumplidos. Por los informes sé que este tipo es un mediocre, pero realmente pensaba que era de esos que son tan inteligentes que son capaces de engañar a todo el mundo. Me equivocaba, es solo un idiota con suerte que aún no ha muerto.

Todavía.

Un guardia custodia una puerta y cuando la abre para nosotros clavo las uñas en mis palmas para no gritar. Dentro de esa habitación hay cinco jaulas, no más grandes de las que se pueden usar para los perros, y dentro de cada una de ellas hay una chica.

Joder.

—Vaya, parecen todas vagabundas —le digo con asco.

Las chicas están sucias, con la ropa rasgada y llorando. No sé qué infierno han pasado, pero estoy segura de que les va a costar salir de él, al menos en su mente, porque yo juro que las voy a sacar de aquí me cueste lo que me cueste.

—Cuando las compran les damos un lavado. Las entregamos limpias y desparasitadas —me asegura Monty, y quiero coger el cuchillo escondido en mi pelo y clavárselo en los huevos.

—¿Cuánto tiempo les lleva eso?

Necesito saber cuándo empiezan a moverlas después de esta noche.

—Después de esta noche las trasladamos, a las que han sido compradas las apartamos y al resto tratamos de colocarlas antes del viaje. Yo diría que, si hoy se decide por alguna, podría tenerla en su punto de recogida en unos cinco días. Durante el vuelo se las limpia para que lleguen a destino como medio humanas —se burla.

Asiento sonriendo, como si estuviera complacida por sus palabras, y salgo de ahí con la sensación de no estar haciendo lo suficiente por estas mujeres. Pero ahora no es el momento. Puedo hacer que me maten, y eso sí que las dejaría solas.

Hay unas veinte personas en la sala, todos hombres menos yo y una rubia con labios de plástico y un abrigo que no se ha quitado en toda la noche. Al fondo, en una mesa elevada, tres hombres controlan la subasta. Uno habla, Monty, los otros observan.

Sacan a la primera.

Va descalza, con una camiseta rota y las muñecas marcadas por las bridas de plástico. Su mirada está vacía, pero sus piernas tiemblan. El subastador dice su edad, su etnia, su «estado físico». Comanche. Dieciocho años. Virgen, aseguran.

Los números vuelan. Cinco mil. Ocho mil. Doce.

Yo no levanto la mano.

No lo haré con ninguna.

Pero memorizo cada cara, cada número de lote, cada acento. Todo lo que pueda usar después.

La segunda chica es *cherokee*. Tiene la nariz rota y una mirada desafiante. No baja la cabeza. Alguien desde la primera fila bromea sobre «amaestrarla». Trago la bilis que sube por mi garganta. Sigo sonriendo.

Cuando sacan a la tercera, el corazón me pega un salto. No por ella. Por la reacción del hombre a mi lado, que toma nota como si estuviera comprando ganado. Me gustaría partirle los dedos.

La cuarta apenas puede sostenerse en pie. Y luego viene la quinta.

Y ahí es cuando me tiembla algo dentro.

No estoy segura. Está sucia. El cabello enredado. Los ojos hinchados. Pero hay algo en la forma en que se mueve, en su postura, en la forma en que aprieta los labios, que me resulta familiar.

Podría ser la hermana de Ayana.

No lo sé. No puedo confirmarlo con certeza. Pero el estómago se me revuelve como si lo fuera.

Las pujas comienzan. Yo sigo fingiendo. Curiosa, pero contenida. Diana Laurent no compra impulsivamente. Diana observa. Diana elige.

Y Diana no compra hoy.

Me levanto cuando la subasta termina. Me acerco a uno de los hombres del fondo, dejo una tarjeta falsa con mi supuesto interés en el «lote número cinco», por si pueden conseguir algo parecido, y prometo volver con una oferta seria. Ellos sonríen. Les gusta el juego.

Me marcho entre las sombras, caminando con seguridad. Saco el móvil de bolso, disimulo al revisar la pantalla y hago un gesto distraído mientras paso junto a la parte trasera del almacén. Ahí está. El camión.

Un Peterbilt blanco con placas de Texas cubiertas de barro. Dos hombres en la cabina. La parte trasera todavía abierta. Se están preparando para transportar a las chicas.

Me acerco como si estuviera desorientada, como si buscara el baño o un lugar para fumar. Mis dedos aprietan el rastreador escondido dentro del anillo que llevo en la mano. Lo pego bajo el parachoques trasero, cerca de la rueda. Pulso el pequeño botón.

Activado.

Doy media vuelta. No respiro. No sonrío. Solo camino.

Y entonces los veo.

Beau y Hank.

Van hacia el camión. Hank con una carpeta bajo el brazo. Beau con esa cara de tipo que siempre parece molesto con el mundo. Los reconozco al instante. Ellos no me han visto. Aún no.

Me pego a la pared, el corazón saliéndose por la garganta. Si me descubren, todo se va al infierno. El plan. La información. Las chicas.

Me muevo hacia un lado. Algo me rasga el brazo. No lo veo, solo lo siento. Un clavo oxidado sobresale del marco de una puerta vieja. La piel se abre, caliente y rápido. Sangra.

No me detengo.

Aprieto el antebrazo contra el cuerpo. Que no gotee. Que no manche. Que no me delate.

Camino como si nada. Como si fuera otra noche más de negocios sucios. Subo al coche con las piernas temblándome. Cierro la puerta. No arranco hasta que mis manos dejen de temblar lo justo para no estrellarme.

Cuando me alejo por el camino oscuro, no puedo evitar mirar por el retrovisor.

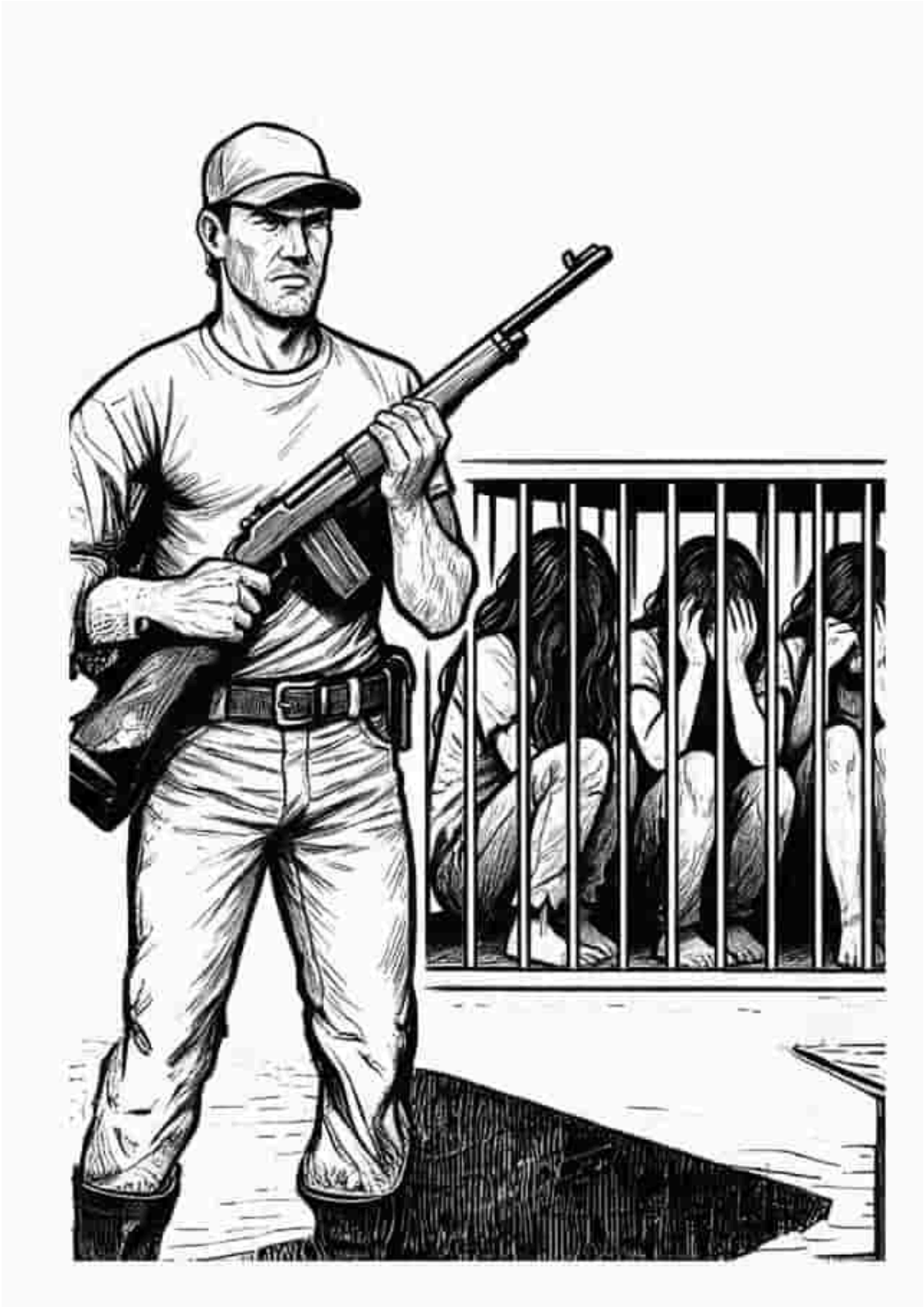
Ahí quedan.

Las chicas.

Y ellos.

Y yo…

Yo me voy con el alma hecha jirones. Porque, aunque sé que no podía hacer nada hoy, lo único que escucho en mi cabeza es el grito silencioso de la número cinco.





CAPÍTULO 28

Talon

Teya me ha llamado hace unos minutos y no me gusta el tono que tenía mientras me preguntaba dónde estaba. No ha venido a cenar porque iba a ir a tener una noche de chicas con Dayra, espero que no le haya pasado nada. No debería preocuparme por ella. No de esta forma. No con esta intensidad. Pero lo hago porque Dayra no es solo una mujer que ha llegado para sacudir los cimientos de este rancho, es la grieta que no puedo tapar con tierra ni con trabajo, es la que me recuerda que no todo puede arreglarse con las manos.

—Pensaba que ibas a estar en la ciudad —le digo, cruzando los brazos cuando se baja de su coche. La estaba esperando en mi porche, uno que me recuerda a la mujer que me hizo querer compartirlo con ella hasta ser demasiado viejos como para levantarnos solos de estas mecedoras.

Teya levanta la vista. No sonríe.

—Iba a estar —responde, y en su voz hay una carga que me obliga a ponerme recto—. Pero hubo un cambio de planes.

Algo se me revuelve por dentro. Lo noto antes de saber por qué.

—Habla, Teya.

Ella guarda el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Inspira hondo.

—Dayra fue a una subasta.

Por un segundo no entiendo. La palabra resuena, pero no se asienta.

—¿Una subasta? ¿De ganado? ¿De equipo? —No tiene sentido, es de noche, eso no se hace a estas horas.

Ella me mira. No dice nada.

Y entonces lo entiendo.

—No —murmuro a la vez que Teya me dice todo lo que tengo que saber.

—Una subasta de mujeres.

Siento que me arde la garganta.

—¿Está loca?

—No está sola —me corta—. Nosotras la ayudamos. La reserva ha estado rastreando movimientos sospechosos desde hace meses. Algunas chicas desaparecidas podrían estar en esos transportes. Cuando conseguimos la localización de una subasta real, necesitábamos a alguien que pudiera infiltrarse. Dayra se ofreció.

Me echo hacia atrás, como si las palabras me hubieran empujado de verdad.

—¿Y por qué demonios no vinisteis a mí?

Teya no se inmuta.

—Porque sabíamos que lo impedirías. Crees que tienes que protegerme, pero ya soy una mujer y han estado pasando cosas en la reserva… Cosas que no podía contarle a nadie. Solo a Dayra, ella… No sé cómo explicarlo, simplemente en mi corazón sabía que podía contar con ella.

Sé que tiene razón, pero también sé que me hierve la sangre porque la imagen de Dayra entrando en uno de esos lugares, rodeada de escoria, fingiendo ser una de ellos… me parte en dos.

—No tenéis ni idea de en qué os habéis metido.

—Tenemos más idea de lo que crees. Pero también tenemos menos poder. Y Dayra tiene acceso, apariencia, sangre fría. Era la mejor opción.

Me paso la mano por la cara. Quiero gritar. Golpear algo. Maldecir el nombre de mi padre. Porque, aunque no haya tocado directamente esta red, sé que, en algún punto del pasado, su silencio alimentó esto. Y sé también que la madre de Dayra fue vendida por una conexión que llevaba el apellido Daltry de forma indirecta.

—No podéis imaginar lo que estáis arriesgando.

—Sí que puedo —responde Teya—. Pero también sé que, si no hacemos nada, nadie más lo hará. Dayra está preparada. Es fuerte. Y no está sola.

Me doy la vuelta. Necesito espacio. Necesito no imaginarla entre hombres armados, bajo luces sucias, fingiendo pertenecer a ese mundo. Y lo peor no es el miedo. Lo peor es el deseo. El deseo de

correr allí, encontrarla, besarla y encerrarla en un lugar donde nada pueda alcanzarla.

La echo de menos.

Su risa. Su forma de alzar una ceja cuando no cree una mierda de lo que le dicen. La manera en que se planta ante Levi sin dudar. El modo en que me mira cuando cree que no la veo.

Y, sin embargo, aquí estoy. Callado. Porque su madre fue vendida. Porque mi padre tiene su sangre en las manos. Porque todo esto pesa en mis hombros como si yo hubiera sido el verdugo.

Teya se acerca. Me pone una mano en el brazo.

—Aún estás a tiempo de hacer lo correcto, Talon.

—¿Y qué es lo correcto? ¿Meterme en una red de trata y quemarlo todo? ¿Salvarla como si fuera una débil? ¿O respetar que ella sepa lo que hace, aunque eso me parta el alma?

Teya no responde porque sabe que no hay una sola respuesta. Aunque no sabe el motivo por el cual he estado alejado de la única mujer que me he enamorado en mi vida.

Me quedo quieto. El viento me trae el eco de los caballos en la pista de entrenamiento. Y solo puedo pensar en una cosa:

Dayra está en peligro. Pero debo confiar en que ella sabe cuidarse sola.

Teya me cuenta todo el plan. Es jodido y brillante a partes iguales. Liam, el hermano de Dayra, ha ayudado desde Irlanda con la tapadera. Lo que me está jodiendo la cabeza es el hecho de que ella no confiara en mí. Supongo que le he hecho más daño del que pensaba.

Joder.

Pasan las horas y espero a que regrese. Teya ha estado a mi lado en todo momento. Me ha puesto al día sobre las desapariciones de mujeres y el miedo que había a que yo pudiera estar dando el consentimiento para ello. Mi hermana nunca lo creyó, sin embargo, no pudo convencer al resto de mi gente de ello, por lo que prefirió quedarse y ayudar que contármelo y probablemente haber perdido la confianza y oportunidad para ello.

—De camino —dice en voz alta Teya, leyendo un mensaje que supongo que es de Dayra. Suelto el aire que no sabía que tenía

contenido y un peso se cae, puedo volver a respirar, aunque no lo haré del todo hasta que no la vea yo mismo.

—¿Dónde habéis quedado?

—Bajo el árbol frente a la Casa Grande.

—Bien, yo la esperaré, necesito que hablemos a solas.

—Talon, no seas muy duro con ella —me pide, y no sabe que no tiene que hacerlo, que lo único que quiero es asegurarme de que está bien y de hacerla entender que puede contar conmigo, aunque no pueda amarla como quiero por el resto de mi vida.

Cuando Teya entra a la casa, me acomodo bajo el árbol esperando a que Dayra llegue. Ima y kaku salen de la Casa Grande y se dirigen hacia donde estoy, es más de medianoche, pensaba que ya estarían en la cama.

—¿Qué hacéis aquí?

—Lo mismo que tú —responde ima.

—Teya nos ha contado todo —aclara kaku, y asiento—. Tu nupia es una mujer con un espíritu fuerte.

Sonrío y asiento. Lo sé. Mi mujer es todo eso menos lo que más me gustaría: mía.

—Habla con ella, arreglad las cosas —me pide ima, y yo niego con la cabeza.

No puedo contarle lo que hizo mi padre.

—Sé que haya pasado lo que haya pasado podéis arreglarlo. Nunca te he visto tan feliz como cuando ella está alrededor —dice kaku—, y sea lo que sea que haya hecho tu padre, estoy segura de que ella puede entenderlo.

Miro a kaku con el ceño fruncido, ¿lo sabe?

—No sabemos lo que es —dice ima—, pero llevas el mismo tiempo ignorando a Dayra y a tu padre. Así que…

Sonrío. Estas mujeres son demasiado inteligentes para mi propio bien.

Vemos las luces de un coche aparecer por el camino. Me levanto y ellas sonríen. Se dan la vuelta y se van dentro de nuevo. Agradezco que nos dejen a solas.

El corazón me late muy deprisa por la anticipación de verla. Cuando me ve no sonríe, eso hace que se me parta un poco el alma.

Le he hecho mucho daño.

Joder.

Para a unos pies de mí, y cuando se baja me quedo paralizado. Está preciosa. Lleva un vestido que se ajusta a su cuerpo. El pelo recogido hace que su cuello se muestre y quiero pasar mi lengua por él. Su maquillaje es recargado, le queda precioso, pero me gusta más verla al natural. Está increíble, pero es como si no fuera ella realmente.

Se agacha y se quita los tacones, me mira y se dirige hacia nuestra casa sin mediar palabra. Sonrío, por supuesto que no va a darme tregua.

—No tengo ganas de discutir, Talon, por favor, mañana hablamos de lo que quieras —suelta mientras abre la puerta y entra al salón.

La sigo y sus palabras hacen que frunza el ceño. Que ella no quiera pelea me dice que ha debido de pasar algo muy malo. La cojo del brazo para detenerla y girarla.

—¿Estás bien? —pregunto, y ella se encoge levemente antes de apartarse.

Miro mis dedos y hay sangre en ellos.

—No es nada —dice antes de que pueda preguntar, pero no me voy a quedar solo con sus palabras.

Llego hasta ella y paso mi brazo por debajo de sus piernas y la alzo al estilo nupcial, solo que la aprieto un poco más de lo que debería porque, por la forma en que me mira, si le dejo espacio me arranca los ojos.

La meto en mi habitación y la siento en mi cama. La misma de la que no debería haberla dejado salir jamás.

—Voy a curarte, y no es una pregunta.

Me mira un instante, respira hondo y asiente. En sus ojos veo que no tiene fuerzas para luchar, y eso me aterroriza, ¿qué demonios ha pasado?

—Si tienes algo contra el tétanos no me iría mal. El clavo con el que me he hecho esto estaba oxidado.

Asiento y voy al botiquín del baño. Allí tengo de todo, incluso una inyección para evitar infecciones por hacerse heridas con hierros oxidados. Es algo bastante común en el rancho.

Se la pongo y después comienzo a limpiarle el brazo. Es solo una herida superficial, así que no es difícil limpiarla y ponerle un apósito. Mañana no debería ya ni necesitarlo.

—Gracias —dice, y trata de levantarse, pero no la dejo.

—Espera un momento, por favor —le pido, y me arrodillo frente a ella.

Nos quedamos mirando unos segundos a los ojos y siento que así es como quiero irme de este mundo, con ella como última imagen de mi vida.

—Ahora no puedo, de verdad.

Sus palabras salen casi como una súplica y veo que está tratando de contenerse. Así que abro sus piernas, me acerco y la abrazo. Sigo de rodillas y eso hace que pueda poner su cabeza en mi cuello. Le cuesta un instante darse cuenta de que no la voy a soltar y, cuando lo hace, rompe a llorar.

Eso me parte el alma. Mi mujer fuerte se está derrumbando.

La dejo que se desahogue, no le digo nada, solo acaricio su espalda mientras ella suelta todo lo que lleva dentro. Pasan unos diez minutos cuando logra calmarse lo suficiente como para separarse de mí. Esta vez permito que lo haga.

—Me voy a dormir —dice limpiándose su cara, que ahora es una mezcla de negros y grises, como si fuera un oso panda.

—Estoy aquí si me necesitas.

Me mira y veo en sus ojos que algo se rompe.

—No, no lo estás, como nadie lo está. Cuando las cosas se ponen jodidas, solo te queda confiar en ti misma.

—Eso no es así, Dayra, siempre me vas a tener —le aseguro, cogiendo su cara entre mis manos.

Me da un empujón y caigo al suelo. Ella se levanta y veo la furia en sus ojos.

—No, no lo estarás, dices que sí, pero ni siquiera puedes quererme como yo necesito que lo hagan. Pensaba que eras diferente a Ty…

Ese nombre…

—¿Quién es Ty? —exijo saber cabreado mientras me levanto.

—El hombre del que estuve enamorada y que cuando casi me quedo en una silla de ruedas solo vi su espalda mientras se alejaba de mí.

Sus palabras salen con amargura y me siento como una auténtica mierda por hacerla sentir de esa manera.

—Tranquilo, esto ya parece que está llegando a su fin.

—¿Qué quieres decir? —pregunto inquieto.

—Que lo de esta noche ha sido todo un éxito, así que la cuenta atrás para que vuelva a Irlanda ha comenzado.

Sus palabras me destrozan. El hecho de que no la voy a volver a ver se torna real y duele. Demasiado. Me cuesta respirar y entonces lo entiendo. No puedo vivir sin ella, y mucho menos en un mundo en el que Dayra crea que no la amo como se merece.

Paso mi brazo por su cintura y la atraigo hacia mí, estampo mis labios contra los suyos y la beso como si no hubiera un nuevo amanecer. Ella me corresponde unos segundos antes de apartarme y darme una bofetada.

—No vuelvas a hacer eso, no tienes derecho a hacerlo —ruje.

—Sí, lo tengo, eres mi mujer.

—Tu asesina voy a ser como te acerques de nuevo a más de cinco pasos. Lo dejaste claro, solo diversión.

—Las cosas son más complicadas que eso.

—No lo son.

Respiro hondo y decido ir a por todas porque ella tiene derecho a saber la verdad tanto como yo a ocultarla.

—Mi padre participó en la subasta en la que tu madre fue vendida.



CAPÍTULO 29

Dayra

Cuando asimilo lo que acaba de decirme Talon, casi me caigo al suelo de culo. No es posible.

—Ahora ya sabes por qué me he mantenido lejos de ti —dice con los ojos llenos de dolor, y yo solo puedo asentir.

Una rabia me recorre por dentro y no puedo evitar pensar en el asco que me da el hecho de haber estado comiendo en su mesa con él como si fuéramos amigos.

—Voy a matar a tu padre —le aseguro a Talon.

—Lo sé, solo te pido que esperes hasta que esto termine.

Lo evalúo y finalmente asiento. Es lo mejor. Ahora mismo necesito tener a Talon centrado para lo que se viene, pero no voy a confiar en que me deje matarlo. Sé que ama a su padre. Así que, llegado el momento, espero que no se ponga en medio.

—Sabes, podría haber sido bonito —le digo, y no necesita más palabras para entender que me refiero a nosotros.

—Siempre me vas a tener.

—No pensarás lo mismo cuando mis manos estén manchadas con la sangre de tu padre.

Dicho esto, me giro y salgo de su habitación para ir a la mía. Puede que haya pasado algo entre nosotros, y puede que para mí ese algo haya sido importante, pero tengo claro que nunca jamás Talon podría amar a la asesina de su padre.

Decido tomarme algo para dormir, necesito descansar y sola no voy a poder. Antes de cerrar los ojos le escribo a Liam. Mañana quiero hablar con todos. Hoy dejo que el sueño me lleve mientras lloro por lo que pudo haber sido si no fuéramos quienes somos.



Me despierto al oír la puerta de la casa cerrarse y decido comenzar el día. Marco el número de mi madre por inercia, con los dedos sudados por la ansiedad. Me siento como una cría que ha hecho algo enorme y necesita que alguien la arrope sin decir nada. Pero no es eso. Esta vez soy yo la que va a pedir ayuda.

El teléfono suena dos veces antes de que conteste y vea en la pantalla a toda mi familia.

—¡Mariposa! —saluda mi padre con ese tono dulce que me rompe algo por dentro.

—Hola, papá.

—Pensaba que estabas en misión secreta o algo —bromea, pero su voz cambia al instante al ver mi cara—. ¿Estás bien?

—Yo sí. Pero necesito que vengáis.

Silencio. El tipo de silencio que se siente como un latido en el oído. Mi madre interviene.

—Ahora mismo están los dos tontos con fiebre. Tu padre y tu tío. Creen que tienen COVID, pero ya sabes cómo son. Se quejan como si fueran a morirse y no hacen más que ver películas de *cowboys* viejos.

Me dejo caer en la cama. La tensión me cae de golpe en los hombros.

—¿Quieres que vaya yo?

—No. Quédate con ellos. Sabes cómo se ponen. Como niños pequeños. Si no estás tú, seguro que se mueren, pero de hambre.

—Eso es verdad —murmura la voz de mi padre al fondo. Tose. Fuerte—. Pero voy a ir allí contigo, aunque sea moribundo.

Ruedo los ojos porque sé que no está tan mal.

—Papá, estás tosiendo como un abuelo con tuberculosis. No te me aparezcas hecho una piltrafa en mitad de un operativo.

—Seré una piltrafa, pero con puntería —responde, y luego vuelve a toser.

—Tú no te mueves de la cama —interviene la voz de mamá—. Y eso va para ti también, Keanan.

Alguien estornuda al fondo. Y entonces la voz de Liam suena clara, divertida:

—Hermanita, si no me sacas de aquí en los próximos tres minutos, te juro que voy a montar una operación de huida para largarme de este foco de virus ancianos.

Río, a pesar de todo. Lo necesitaba. Suspiro.

—Gracias. En serio. Sé que no debería pediros esto, pero necesito que alguien venga. No puedo contároslo por aquí.

—¿Estás en peligro? —pregunta mi padre serio, y niego con la cabeza.

Sé que, aunque Talon me va a vigilar, no tengo que temerle.

—Ya estábamos listas —dice mi madre—. Sólo teníamos que saber cuándo y dónde.

—¿Cómo que listas? —inquiero extrañada.

Tía Cadee aparece por un lado de la pantalla y casi grito de la emoción.

—¿Qué haces ahí? —cuestiono, sabiendo que estaba infiltrada en Australia.

—Supe que por aquí estaban muriendo y vine a ver si era verdad que nos dejaban a tu madre y a mí tranquilas de una vez —se burla —, pero creo que prefiero ir a ver vaqueros macizos que quedarme aguantando a estos dos bebés.

Papá y tío Kean se quejan y tosen un segundo después. Todos nos reímos menos ellos.

—Y hay algo más.

—¡Ay, hija! ¡Siempre hay algo más!

—Es sobre el padre de Talon.

Silencio.

—Estuvo implicado. En lo tuyo, mamá. En tu venta. En todo.

Mi madre no dice nada. Pero oigo un suspiro. Luego mi padre.

—Lo sabemos.

Me quedo helada.

—¿Cómo que lo sabéis?

—Porque él mismo nos lo contó —dice mi madre con dulzura—. Hace años. Antes de que siquiera supieras lo que pasó conmigo.

—¿Y no me lo dijisteis?

—Porque no era el momento. Y porque, aunque fue parte del problema, también fue parte de la solución. Gracias a él pudimos

llegar a los que realmente manejaban la red desde dentro. Los eliminamos. Ya no quedan operando en Estados Unidos. Al menos hasta ahora.

—Él cargó con la culpa. Y ha estado ayudando desde entonces —interviene Keanan—. No es un hombre malo, Dayra. Fue un cobarde en el peor momento. Pero no es lo mismo.

Me llevo una mano al corazón. Late como si quisiera decirme algo que no quiero escuchar.

—No sé cómo sentirme con todo esto.

—Todos fuera, necesito hablar con mi hija a solas —ordena mi madre, y todos se quejan—. Cadee, tú puedes quedarte.

Espero a que se vayan y ahora en la pantalla solo veo a las dos mujeres que han sido un referente para mí toda la vida.

—A Harlan hace tiempo que lo perdoné. No cometas el error de estancarte en un odio que no tiene ya sentido; y Talon no es su padre, deja que te demuestre cómo es en realidad —dice mi madre.

—Pero él… se aleja de mí por eso. Por culpa.

—Pues ve y dile que deje de actuar como si tuviera dos años. Que, si tú eres capaz de pasar página y de seguir adelante, él también puede hacerlo.

Me tapo los ojos con la mano. Sonrío. Y lloro. Todo a la vez.

—¿Merece la pena? —pregunta tía Cadee, y lo pienso durante un instante y asiento.

—Sí, Talon merece la pena.

—Entonces a por él. Y si no se da cuenta de que un futuro a tu lado es más importante, entonces mándalo a tomar por el culo.

Las tres nos reímos y hablamos de cómo ya tenían todo preparado, Liam les habló de mi mensaje y se pusieron a ello, así que en unas horas tendré a mi hermano y mi tía aquí con un equipo táctico para ir a por esos cabrones que creen que pueden vender mujeres como si fueran ganado.

—Os quiero.

—Y nosotras a ti. Siempre.

Cuelgo. Y respiro. Porque, por primera vez desde hace días, me siento un poco menos sola. Y un poco más fuerte.



CAPÍTULO 30

Talon

No he pegado ojo. La noche entera se ha arrastrado como una serpiente sin prisa, enrollándose en mi garganta con cada pensamiento sobre Dayra. Sobre lo que le dije. Sobre lo que le oculté, a mi parecer, demasiado tiempo.

Que fue mi padre el que estuvo implicado en la venta de su madre. En su desaparición. En ese infierno que ella lleva cosido bajo la piel.

Y ahora, cada vez que cierro los ojos, veo a Dayra. Su cara cuando lo supo. El fuego apagado en sus pupilas. Y me odio por ser hijo de quien soy.

Al amanecer, cuando el cielo apenas empieza a teñirse de naranja, me calzo las botas, cojo la silla de montar y salgo al establo. Tuhka levanta las orejas al verme. Me mira como si supiera que no he dormido. Como si intuyera que esta mañana no es como las demás.

—Vamos, chico —le digo mientras lo ensillo.

Montamos sin rumbo. Solo quiero respirar lejos del rancho, lejos de las miradas. Lejos del despacho de mi padre, que siento como una bomba sin explotar en el corazón de la casa.

Acabo en la zona de la clínica veterinaria, en el establo donde guardamos a los caballos convalecientes. Croqueta está allí, pastando tranquilo, con una venda nueva en la pata.

No estoy solo.

Wade está apoyado en la valla, con un café en la mano y ojeras de no haber dormido tampoco. Me mira de reojo, como si me hubiera estado esperando.

—¡Eh, jefe!

—Wade.

—No has dormido, ¿eh?

Niego con la cabeza. Me bajo de Tuhka y le doy una palmada en el cuello antes de acercarme a la valla. Wade no dice nada durante

unos segundos. Mira hacia el establo de recuperación como si pudiera ver algo más allá de la madera.

—Mika está adentro —murmura.

Lo miro.

—Ah.

—No vengo a espiarla. Bueno… quizá sí. Pero no como un loco. Solo… necesitaba verla.

Me sorprende. Wade no es de los que se abren. Es más cerrado que un pozo seco.

—¿Desde hace cuánto?

—Desde que llegó. Desde que curó a mi caballo como si fuera un rey. Desde que me gritó que era un idiota por darle maíz caducado.

Sonrío, pero no me llega a los ojos.

—Y no le has dicho nada.

—Nah. Soy bueno con las bestias. Pésimo con las personas. Y si le digo algo y me rechaza, ¡imagínate tener que verla cada semana curando caballos mientras yo finjo que no estoy roto por dentro!

Siento una punzada porque entiendo ese miedo. Lo entiendo demasiado bien.

Wade suspira.

—No seas como yo, Talon. Si tienes la oportunidad…, díselo. Porque si no, un día te vas a despertar y ya no estará. Y te quedarás con la maldita sensación de que la perdiste por cobarde.

Y algo en mí se rompe. O se enciende. No lo sé.

—Tengo que hacer algo.

La forma en la que lo digo hace que mi amigo se ponga en alerta, me conoce demasiado bien.

—Talon, ¿qué vas a hacer?

—Lo que ella no puede. Lo que no quiero que cargue sobre sus hombros.

Me doy la vuelta. Subo a Tuhka. Y cabalgo de vuelta al rancho como si el infierno me persiguiera.

Entro en la Casa Grande sin saludar a nadie. Paso por el salón, cruzo el pasillo y me planto frente a la puerta del despacho de mi padre.

Empujo sin llamar.

Está sentado. Leyendo su periódico. Como siempre. Me mira. Me alegro de que mi madre no esté aquí con él. No voy a poder mirarla a los ojos cuando esto acabe.

—Talon.

No digo nada. Saco el arma del cinturón. La coloco sobre el escritorio.

—Ha llegado el momento.

Su cara se queda inmóvil.

—¿Por qué? —pregunta desconcertado.

Nunca jamás hubiera pensado que yo podría estar ahora mismo a punto de matar a mi padre.

—Tu pasado en la trata de blancas —le explico, y veo la sorpresa en sus ojos.

—Es por Dayra, ¿verdad? —inquiere, y asiento—. Siempre supe que mi pasado me pasaría factura, siento que seas tú quien tenga que cobrar mi deuda. Aunque no me importa irme de esta vida si sé que te quedas al lado de alguien a quien amas tanto como yo a tu madre.

Abre un cajón y saca su pistola.

—Si así vas a ser feliz, no me importa irme de esta vida por los pecados que he cometido, pero no te voy a cargar con ellos.

Pone su arma en la sien y el mundo se detiene.

Hasta que escucho pasos.

Y una voz que me atraviesa.

—¡Talon!

Dayra.

Me giro. Está en la puerta. Los ojos abiertos como platos. La respiración entrecortada. Y sangre en el brazo.

—No lo hagas —le dice a mi padre.

—Tienes que dejarme hacer esto.

—No. Ya has pagado tu culpa, no tienes por qué hacer esto —grita, y luego se gira hacia mí—. ¿Y tú? ¿En qué demonios estabas pensando viniendo aquí a hacer Dios sabe qué?

Pero lo sabe perfectamente. Veo a Wade al fondo del pasillo y sé que ha sido él quien la ha avisado.

Mi padre no habla. Solo nos mira. Como si supiera que ya ha vivido demasiado.

Dayra se acerca.

—Vamos, señor Daltry, deja eso, Ima se va a cabrear como tenga que limpiar sus sesos del despacho —se burla, y hace que mi padre se ría.

—Si tú quieres lo haré —dice papá—: Fui un cobarde entonces, pero no lo seré ahora.

—Deja ya el drama —suelta ima, apareciendo por la puerta—. Los hombres Daltry son demasiado intensos.

—Mi madre dice lo mismo de mi padre y de mi tío. Y Liam va por el mismo camino.

Ima llega hasta papá y lo besa.

—Gracias —le dice a Dayra, y ella le guiña un ojo.

¿Qué demonios acaba de pasar? No solo han detenido el suicidio de mi padre, sino que lo han hecho como el que limpia y te pide que levantes los pies. Pero verlas así, a mi madre y a la mujer que amo, me ha aclarado mucho las cosas.

Dayra ya es parte de mi vida, de mi familia y la llevo en la sangre.

Y entonces me doy cuenta de que tengo miedo. Miedo de perderla incluso si nunca la he llegado a tener realmente. Porque ahora que no hay nadie ni nada que nos impida estar juntos, tengo que recomponer los trozos que rompí de ella y no sé si me dejará hacerlo.



CAPÍTULO 31

Dayra

Me parece increíble lo que casi hace Talon por mí, ¿en serio iba a matar a su propio padre? Joder.

—Tenemos que hablar —me dice Talon cuando salgo de la Casa Grande. Hemos dejado a ima y a su padre en el despacho.

Me he ido cuando Talon ha empezado a disculparse, parecía algo demasiado íntimo. Aunque no ha debido durar mucho porque Talon me alcanza a unos metros de la entrada.

—No tengo ganas. Mejor piensa en lo que podría haber pasado si no llego a entrar.

—Hubiera matado a mi padre por ti —contesta con solemnidad.

—¿Por qué? —le pregunto, parándome y encarándolo.

—Porque su pasado me impedía tener un futuro contigo. Y no iba a dejar que cargaras con su muerte.

—Bueno, pues he hablado con mi madre y puedes estar tranquilo. Ella ya lo sabía y por lo visto tu padre ha ayudado mucho desde entonces. Así que todo resuelto.

Me rodea con su brazo por mi cintura, atrayéndome hacia él como le gusta hacer, y nos quedamos mirando de cerca.

—¿Todo?

Lo pienso un instante y estoy a punto de besarlo, sobre todo cuando acerca sus labios a los míos y siento el calor de su piel bajo la camisa que lleva. Entonces el móvil de mi bolsillo trasero vibra y me saca de mis pensamientos.

Me separo de él y me giro para contestarle, nunca cuelgo a Liam.

—¿Qué pasa? —pregunto, sintiendo a Talon en mi espalda.

—Ya hemos aterrizado, en un rato apareceremos por el rancho —contesta, y escucho un nombre de fondo que sé que me va a traer problemas.

—¿Ha venido Ty? —inquiero, y la risa de Liam hace que ruede los ojos.

—¿Qué Ty? —gruñe Talon en mi oído, el recuerdo del hombre que me rompió viene a mi mente y vuelvo a ser esa chica de veinte que supo lo cruel que era el amor cuando apenas había empezado a vivir.



Nunca planeé enamorarme de Ty. No con veinte años recién cumplidos, no siendo él uno de los soldados de mi padre. Pero hay cosas que simplemente pasan. Como el fuego cuando encuentra oxígeno. Como los errores que no parecen errores hasta que ya es tarde.

Todo empezó hace un año. Una noche cualquiera en el patio trasero de la casa de seguridad de Marsella. Yo estaba con Liam, fumándonos un cigarro a escondidas, y él apareció con su sonrisa torcida y su forma de hablar pausada. Me ofreció un mechero y, sin saber por qué, acepté. Como si ya estuviera dentro de algo que aún no había empezado.

Tenía más de treinta. No sé cuántos exactamente. Pero más arrugas en las comisuras de los ojos de las que tendría cualquier chico de mi edad. Y esa manera de mirarme… como si ya me conociera desde antes de nacer.

Nos vimos en secreto. Siempre a escondidas. En cuartos de hotel cuando mi padre no estaba. En pasillos silenciosos después de misiones. En el asiento trasero de coches con los cristales tintados. Nunca en público. Nunca como algo real.

Solo Liam lo sabía. Y no porque yo se lo contara, sino porque lo vio. Porque me conoce. Porque a veces se calla cosas que pesan tanto como lo que dice.

—Estás enamorada de ese imbécil —me dijo una vez, limpiando un arma con la parsimonia de quien ya no es tan niño como parece.

—No es un imbécil.

—Todos los que trabajan para papá lo son en algún nivel.

No le respondí. No porque tuviera razón, sino porque no sabía si la tenía.

Durante un año entero, Ty fue mi refugio. Mi escape. Mi lugar seguro en un mundo lleno de sangre, traición y silencios cómplices. Me gustaba su voz cuando me hablaba bajito. Me gustaba la forma en que me sostenía la cara al besarme, como si temiera romperme. Me gustaba su olor a humo y metal. Me gustaba todo de él.

Hasta que casi muero.

Fue en una operación en Marruecos. Una emboscada. Un tiro mal calculado. Una caída desde una altura absurda. Cuando desperté en el hospital, tenía el cuerpo entero entumecido. Los doctores no sabían si volvería a caminar. Me hablaron de daño medular. De probabilidades. De esperar.

Ty vino a verme la primera noche. Estaba pálido. Me agarró la mano como si fuera una cuerda en medio del mar. Me besó la frente y no dijo nada. Pensé que eso significaba algo. Que estaba ahí. Que me había elegido.

Pero dos días después, cambió todo.

Entró a la habitación con las manos en los bolsillos. No me miraba a los ojos. Me habló como si estuviera leyendo un papel en su cabeza.

—Dayra… tengo que decirte algo.

Y lo supe. El nudo en el pecho me lo gritaba.

—No puedo hacer esto.

Lo miré. Solo eso. No lloré. No aún.

—Esto, ¿qué significa?

—Tú y yo. Esto. Quiero decir… no puedo atarme a algo que no sé si va a mejorar. No estoy hecho para ser el tipo que se queda al lado de una cama. Yo… yo tenía planes. Quería… quería otras cosas en la vida.

—Y yo era una de ellas hasta que me dejaron postrada en esta cama.

No lo dijo. Pero no hizo falta, sus ojos hablaron por él.

—No quiero parecer cruel, Dayra.

—Tranquilo. No lo pareces, lo eres. Puedes irte.

—¿Tu padre? —preguntó, asustado de que fuera a quejarme y lo mataran.

Mi padre lo hubiera hecho por mí sin dudar.

—Él nunca se va a enterar.

—Gracias —murmuró antes de darse media vuelta y salir de la habitación y de mi vida.

Se fue sin besarme. Sin prometer nada. Sin mirar atrás.

Y yo me quedé allí. Rota por dentro más que por fuera. Sin saber si volvería a caminar. Pero sabiendo, con certeza, que no volvería a amar así.

Porque lo di todo. Porque le di mi confianza. Y porque él huyó cuando más lo necesitaba.

Y eso no se olvida.

Ni se perdona.



—Dayra, ¿qué Ty viene? —insiste Talon, y me saca de mis pensamientos.

Escucho la risa de Liam y tengo claro que lo ha oído todo.

—Eres un imbécil —le digo a mi hermano antes de colgarle y girarme para encarar a Talon.

—Uno de los soldados de mi padre.

—Sabes que no te estoy preguntando eso.

Sonrío y me cruzo de brazos, desafiante.

—Sí, Talon, el Ty que viene es mi Ty.

Talon gruñe y baja su cara hasta estar a milímetros de la mía.

—No vuelvas a decir que es «tú» Ty, si se acerca a ti será un Ty muerto, Parua.





CAPÍTULO 32

Dayra

Me encuentro con Liam en el establo de Croqueta. Desde esta mañana, que apareció junto con el equipo táctico que mandaron mis padres, todo ha sido un poco caótico. Liam ha llegado con Ty, Marcus y Ash. Son los mejores, y los dos últimos, además, son los mejores amigos de mi hermano. Tía Cadee finalmente no ha aparecido, por lo visto se ha contagiado de lo que sea que tengan papá y tío Kean.

—Así que este es Croqueta —dice Liam acercándose al caballo, que bufa y hace que mi hermano se detenga.

—Tranquilo, amigo, es mi hermano. —Me río mientras lo acaricio y el caballo me mira primero y después a Liam, como si estuviera comprobando que lo somos.

—Está claro que tú no podías tener un caballo dócil, hermanita. ¿Qué harás con él cuando te vayas?

Siento una leve presión en el pecho al entender que eso va a pasar y decido ignorarla porque no puedo enfrentarme a eso ahora.

—Se viene conmigo —declaro, y Croqueta relincha.

En serio, este caballo entiende demasiado lo que digo.

—Ahora que estamos solos, ¿me vas a contar qué ha ocurrido por aquí?

Liam siempre es directo, es una de las cosas que más me gustan de él. Y probablemente una de las razones por las que es mi mejor amigo.

Le cuento todo lo que ha pasado con Talon, con él no tengo secretos y me escucha paciente, sin intervenir, a pesar de que veo en el brillo de sus ojos que quiere hacerlo en más de una ocasión.

—Y así es como estamos —finalizo, y siento que me pesa el alma un poco menos. Es el efecto que tiene Liam en mí.

—Vale, has vivido en pocas semanas lo que otros no viven en una vida entera —se burla, y me da un codazo.

Le tiro el cepillo de Croqueta y yo agarro otro. Le susurro al caballo que deje que lo cepille y parece que accede porque le deja acercarse hasta colocarse a mi lado.

—Hazlo así, pero no aprietes demasiado como hacías conmigo cuando tratabas de peinarme de niños.

—No desvíes el tema —me interrumpe Liam—. Está claro que Talon te quiere, y no solo para sexo, ¿en serio iba a matar a su padre por ti?

—Eso parece.

—Guau, no sé si yo podría. ¿Y el viejo ahora no te odia por ello?

—La verdad es que no, al revés, parece que le he quitado un peso de encima al desvelarlo todo. Y su mujer, Sakari, lo sabía, él mismo se lo contó hace años y parece que lo perdonó después de que el señor Daltry se arrastrara por muuucho tiempo.

—Me gusta esa mujer.

—Pues la abuela no tiene desperdicio. Kaku es genial. Esta noche la conocerás en la reserva.

—Sabes, mola eso de que tengan raíces comanches.

—Mucho. Pero ahora no desvíes tú el tema y dime por qué está aquí Ty.

Mi hermano me mira y sonríe como solo él sabe hacerlo, es capaz de parecer inocente y adorable.

—Supuse que estaba pasando algo con Talon y quería ver cómo se comportaba con un rival.

—Ty no es un rival —le aclaro.

—Pero él no lo sabe.

Ruedo los ojos y nos reímos. Paso el resto del día con él y los chicos. Ty no deja de intentar hablar conmigo como si fuéramos amigos. No lo somos, y hasta ahora no había tratado de serlo.

Y Talon me observa como un águila. Demasiada testosterona para mí.

—¿Preparada? —me pregunta Talon cuando salgo de mi habitación vestida con unos pantalones, mis botas, una camisa remangada y el pelo suelo.

—Sí, aunque un poco nerviosa.

—Tranquila, tienes a las mujeres de la reserva de tu parte, y eso es más importante que si tuvieras a todos los guerreros.

Sonríe y yo con él. No hemos hablado de en qué punto nos encontramos. Por un lado, sé que no me es indiferente, y no hablo solo del hecho de que quiero arrancarle la ropa cada vez que estamos cerca. Pero, por otro lado, no puedo olvidar que me hizo daño. Que entiendo que me lo ocultara, lo que no me gusta es que me alejara de esa manera y hacerlo me ha abierto viejas heridas de la niña que pensó que no merecía ser amada.

Cuando llegamos a la reserva todos nos esperan. Es de noche, aunque no hace frío, es como si la naturaleza nos hubiera dado tregua para reunirnos. Hoy voy a hablar con los líderes comanches, necesitan nuestra ayuda con las chicas y yo estoy más que dispuesta a darla. No se trata solo de acabar con la red de tráfico, también hay que recuperarlas, a las cinco que vi y a las decenas que no y que todavía vagan por el mundo esperando ser rescatadas.

Nos acercamos al fuego. La hoguera crepita en el centro del círculo. La madera arde con fuerza, iluminando los rostros serios de los comanches que han respondido al llamado de kaku. Algunos visten sus ropas tradicionales; otros llevan pantalones y camisas vaqueras, pero todos comparten una misma mirada: la de quienes han cargado el peso de una historia dolorosa sobre sus espaldas.

Estoy sentada entre Sakari y kaku. El calor del fuego me reconforta, aunque por dentro me siento como si caminara sobre cristales. Talon, Levi y mi hermano están de pie tras nosotras. Liam lo observa todo fascinado y sé que se ha fijado en Teya, que se encuentra frente a nosotras con las mujeres más jóvenes de la tribu.

Kaku se pone en pie. El viento mueve la falda de gamuza que cubre sus piernas. Su cabello blanco cae como un velo sobre sus hombros. Cuando alza la mano, se hace un silencio reverente. No hay más autoridad aquí que su voz.

—Nuestros ancestros creían que el honor se lleva como la pluma del águila —dice con firmeza—. No para presumirla, sino para proteger al clan. Hoy hemos fallado. En nuestras tierras se traficaron mujeres. Se las vendió como ganado.

Una oleada de vergüenza atraviesa el círculo. Algunos hombres bajan la mirada. Otros aprietan los puños. Sakari, a mi lado, me toma la mano.

—No fue toda la comunidad —murmura, como si leyera mis pensamientos—. Pero uno solo basta para que la sombra lo cubra todo.

Kaku continúa:

—Dayra, hija del Norte, vino buscando venganza. Pero ha traído justicia. Ha arriesgado su vida para salvar a otras. Y por eso esta noche la escucharemos.

Mi estómago se encoge. Todos me miran. Me pongo en pie. El viento delgado del desierto me golpea el rostro. Me aclaro la garganta.

—No pedí esto. No crecí aquí. No hablo vuestro idioma… —mis palabras tiemblan—, pero sé lo que significa perder la libertad. Sé lo que es temer por tu cuerpo, por tu alma. Y no pienso permitir que les pase a más niñas, a más mujeres.

Algunos asienten. Otros me observan en silencio.

—He visto lo que se hace con ellas. Lo que hacen con las que no pueden escapar. Las rompen. Las venden. Las olvidan. Pero yo no pienso olvidar. Quiero justicia. No como castigo, sino como acto de memoria. Porque si no lo hacemos, ellas seguirán siendo mercancía.

El aire se espesa. Kaku asiente. Ima se pone en pie a mi lado.

—Nuestra sangre corre por tus venas —dice—. Eres comanche, aunque tu vida haya sido otra. El honor no se hereda, se elige. Y tú lo has elegido.

Un anciano con trenzas plateadas se levanta al otro lado del fuego. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Wapeka, el jefe de la tribu comanche se encuentra sentado a su lado y me observa con sabiduría en sus ojos.

—Mi nieta fue una de las que desapareció —dice con voz quebrada—. Te pido que me ayudes a encontrarla.

Una mujer joven, con un bebé atado a su espalda, da un paso adelante. Sus ojos brillan con determinación bajo la luz de la hoguera.

—Si las encontramos, si vuelven… quiero enseñarles a montar. A defenderse. A no volver a tener miedo —comenta—. Que aprendan que su valor no lo dicta ningún hombre.

Su voz, aunque suave, retumba dentro de mí como un tambor.

Otro hombre se adelanta. Luego otro. Y otra mujer. Uno a uno, comienzan a ofrecerse. Para buscar. Para proteger. Para luchar si es necesario.

—Dinos qué necesitas, Dayra —pide un anciano con el rostro surcado por el sol—. Esta tierra no olvidará lo que han hecho con nuestras hijas. Ni con tu familia.

Un nudo me aprieta la garganta.

—Vamos contigo —dice alguien más—. No solo a la guerra, también a la sanación.

Miro a kaku, que permanece de pie, firme como un árbol antiguo. Sus ojos se clavan en los míos con gravedad.

—Nos llevarás tú —declara—. Conoces el lenguaje de los traficantes. Sabes cómo piensan. Y tienes el fuego. El fuego que ellos temen.

El fuego. Lo siento en el pecho. En la sangre. En los recuerdos que me queman por dentro. Asiento sin decir nada porque no hay palabras suficientes para lo que siento.

Pero kaku no ha terminado.

—Ima escuchó algo. Hay alguien de poder involucrado. Uno que conocemos.

El aire se hiela. Todos se tensan.

—¿Quién? —inquiere Wapeka desde el círculo.

—Un político local —dice kaku—. Alguien con poder. Ha estado protegiendo esta red durante mucho tiempo. Si lo que dijo la chica es cierto, aún hay muchas puertas cerradas.

—¿Y ahora? —pregunta Wapeka mirándome.

Todos me observan, quieren venganza y justicia, pero no saben cómo impartir la primera y conseguir la segunda, aunque para eso estoy yo.

—¿Qué haremos ahora con esas puertas cerradas, Dayra del Norte? —insiste Wapeka.

Sonrío antes de contestar. Y respondo firme, sin duda.

—Ahora las abrimos.



CAPÍTULO 33

Talon

Hace dos días estaba orgulloso, viendo cómo mi mujer era tratada como una descendiente Tshina'a, el espíritu de la mujer que galopa sin miedo, pero ahora quiero atarla a la cama para que no vaya a la misión que puede matarla.

—Esto no es buena idea —le digo a Liam, el hermano de Dayra, el cual nunca se separa de ella y se pasa el día recordándome lo maravilloso que es Ty.

—Dayra sabe lo que hace, y ya hemos barajado otras opciones. Ninguna es viable si queremos evitar que esas chicas abandonen el país. Si lo hacen, les perderemos la pista.

Lo sé, soy consciente, tenemos muy pocos días para movernos, según el tal Montgomery ni cinco días y ya han pasado tres, pero que Dayra se vuelva a mezclar con esos tipos no me gusta nada.

Mi mujer ha sido capaz de convencer a Montgomery de que no quería irse del país sin comprar «carne fresca» y van a reunirse en el aeropuerto clandestino en el que las chicas van a ser clasificadas para ser repartidas para su entrega a sus nuevos dueños.

Ahora mismo Dayra se encuentra en el Four Seasons de nuevo para que su tapadera no se vea descubierta.

—Aun así, exponer a tu hermana de esa manera…

—Mira, Talon, sé que se te pone dura con Dayra, pero que eso no haga que se nuble tu juicio. Aquí entre nosotros, puede darme una paliza con una mano atada a la espalda, aunque negaré haber dicho esto.

—¿Y si la descubren y le pegan un tiro antes de que podamos llegar a ella? —inquiero cabreado al ver que parece que soy el único que se preocupa por que siga viva.

—Son cosas del destino, a veces se vive, a veces se muere.

Sus palabras me cabrean y lo agarro del cuello, estampándolo contra la pared del despacho mientras le pongo el cañón de mi

pistola en su sien. Wade va a intervenir, pero una mirada mía y se queda quieto.

—Ni siquiera lo digas, si no te importa una mierda tu hermana entonces será mejor que te largues de mi rancho.

—No tienes ni puta idea de la relación que tenemos Dayra y yo, no hay nadie que se preocupe más por ella que yo —gruñe sin apartar los ojos de los míos.

—¿Seguro? Porque el hecho de que Ty esté aquí me dice que, o bien no sabes lo que le hizo ese hijo de la gran puta a tu hermana o, peor, te da igual.

Liam sonríe y me empuja. Le dejo que lo haga porque, seamos sinceros, no le voy a pegar un tiro por mucho que me apetezca. Estoy tratando de que Dayra vuelva conmigo, y matar a su hermano no me haría ganar muchos puntos.

—Lo sé, estuve allí, la vi llorar y sufrir por ese hijo de puta, también la vi suplicarme que no le dijera nada a nuestros padres porque al final Ty no tenía la culpa de no poder quererla. Incluso ella dudó de poder quererse.

—Menudo cabrón —murmura Wade, y estoy a unos segundos de ir a matar a Ty con mis propias manos.

—Entonces no lo entiendo.

—Yo aún era un crío cuando pasó y no pude defenderla, pero me juré hacerlo. Entrené duro, me convertí en uno de los mejores. Sangré para llegar hasta donde estoy dentro de la organización de mi padre porque en mi casa no se heredan los puestos, se ganan. Y después, comencé mi venganza.

Sus palabras me dejan paralizado un instante y la sonrisa de Liam, esa que me recuerda a su hermana y que ella usa cuando va a contarme algo jodido, aparece en su cara.

—No veo que haya habido mucha venganza —gruño.

—Si algo me ha enseñado mi padre es que hay que ser inteligente. Ty se merecía un tiro entre ceja y ceja, pero eso hubiera acabado las cosas demasiado pronto.

—¿Me lo vas a contar?

—Solo si me dices lo que realmente significa Dayra para ti.

Miro a Wade, que sonríe. El muy cabrón sabe perfectamente que no me gusta ir hablando de sentimientos, pero por ella, por mi mujer, no tengo problema en hacerlo.

—Ella es la calma de mi caos y la chispa que hace falta para que queme el mundo entero si algo le pasa.

Liam me mira evaluándome, puede hacerlo, va a darse cuenta de que lo que digo es exactamente lo que siento.

—Comencé a hacer que Ty tuviera algunos trabajos de mierda, cosas que ningún soldado quiere. Eso lo enfurecía y lograba sacarlo de sus casillas, lo que provocó que yo me quedara con su puesto. Después de eso empezamos en las misiones a tener algunos accidentes. Hasta ahora he sido la causa de varias fracturas de costillas, dos de nariz y tres disparos. No es nada mortal y trato de no hacerlo directamente para que no me descubra. Además del hecho de que sus novias suelen dejarlo después de que yo o alguno de mis amigos consigamos follárnoslas. Debe tenerla pequeña —susurra esta última parte y suelto una carcajada.

—¿Qué dice tu hermana al respecto?

—Que es fina como un hilo dental y que nunca le hizo una mamada por miedo a que se le quedara atascada entre los dientes.

Wade se ríe y yo gruño por escuchar algo de una polla que no es la mía y mi mujer en la misma frase.

—Me refería a qué opina sobre lo que haces con Ty —le aclaro al tarado que tengo delante.

—Está encantada, de hecho, a veces planeamos juntos maldades como cambiarle las pastillas del dolor por otras que dan diarreas o le ponemos polvos para estornudar en la almohada cuando está convaleciente para que le duela cuando lo hace.

Sonrío. Me gusta esta parte cruel y juguetona de Dayra que todavía no he tenido la oportunidad de descubrir.

—Y ahora, organicemos la fiesta de esta noche.

Los planos están desplegados sobre mi escritorio. El mapa del aeródromo ocupa casi toda la superficie de la madera, con marcas rojas y círculos negros que indican entradas, salidas y posibles puntos de cobertura. El aire en mi despacho huele a café frío, cuero viejo y decisiones que no admiten errores.

—La zona del hangar sur tiene cobertura limitada —dice Liam, señalando el borde del plano con su dedo firme—. Aquí es donde entrará Montgomery. El convoy con las chicas debería estar detrás, en el almacén oeste. Si llega.

Su tono es neutro, profesional, medido. Admiro lo mucho que sabe. A pesar de su edad es todo un profesional.

—Wade —digo, sin apartar la mirada del plano—. ¿Desde dónde podrías cubrirme si todo se va a la mierda?

Mi mejor amigo está apoyado contra la estantería, con una pierna cruzada sobre la otra y una cerveza sin abrir en la mano.

—Desde el risco al norte. Tiro limpio a ochocientos metros. Si tengo a Levi conmigo, puedo tener la línea despejada en cinco minutos.

Asiento. Wade no falla. Si dice que puede, es que puede.

—¿Ty irá con Levi? —pregunto, ya sabiendo la respuesta.

Liam levanta la vista. Me sostiene la mirada un segundo. Luego asiente.

—Sí. Es el mejor tirador que tengo después de mí.

Aprieto la mandíbula. Me obligo a no soltar lo primero que se me pasa por la cabeza. Me concentro en la mancha de café seca sobre la esquina del mapa. En el silencio que se forma entre nosotros. En cómo me arde el estómago.

—¿Algún problema? —pregunta Liam con la voz baja, pero afilada.

Levanto la vista y le clavo los ojos.

—Solo que tu soldadito estrella rompió el corazón de tu hermana y no quiero que se le ocurra mirarla más de lo estrictamente necesario.

—Estamos montando una operación, no un drama adolescente —responde sin parpadear.

Wade carraspea para ocultar su risa.

—Podéis mediros la testosterona luego. Ahora estamos hablando de que Dayra va a ir sola a un maldito aeródromo en mitad de la noche a negociar con un traficante. Así que, si alguien se distrae pensando con otra parte del cuerpo, lo saco yo mismo de la misión.

El silencio es inmediato. Y efectivo.

—Bien —dice Liam tras unos segundos—. Entonces esto es lo que haremos.

Se agacha y coloca un pequeño transmisor junto a la maqueta del aeródromo que Wade ha improvisado con juguetes. Las figuras en miniatura marcan los movimientos previstos. Puntos de entrada, distracción, cobertura. Todo está calibrado. Preciso. Milimétrico.

Y, aun así, lo único que no puedo controlar es el puto miedo que me da que ella se acerque a Montgomery sin nadie a su lado.

—Tendrá un micro en el cuello de la camisa —continúa Liam—. Canal codificado, sin posibilidad de interferencia. Ty y Levi estarán a cinco minutos. Tú oculto en los árboles de fuera de la pista y Wade desde el risco. Yo en el punto de observación con el dron.

—Y yo sin margen de error —murmuro.

Liam se gira hacia mí.

—Todos sin margen de error, Talon. Pero ella cree en ti. Así que haz que cuente.

No sé si me está provocando o animando. Quizá las dos cosas. Pero no respondo. Solo asiento, bajo la cabeza y vuelvo a mirar el plano.

Esta noche, Montgomery va a descubrir lo que pasa cuando subestimas a una mujer como Dayra.

Y lo que pasa cuando alguien que la ama está apuntando desde las sombras.



CAPÍTULO 34

Dayra

La grava cruje bajo mis tacones mientras avanzo hacia el corazón del infierno.

No me tiembla el pulso. No aquí. No ahora. Aunque debería. El aire huele a gasolina, sudor, metal caliente y miedo. Las luces de los focos iluminan la pista como si se tratara de un escenario preparado para una función macabra. Y yo soy la actriz principal. No hay telón que me esconda. No hay red de seguridad.

Llevo unos vaqueros ajustados que me cortan la respiración, la camisa blanca con varios botones desabrochados hasta que el encaje del sujetador negro asoma descaradamente y el pelo recogido en una coleta alta. La imagen está medida al milímetro. Demasiado provocativa para ser ignorada, demasiado confiada para parecer una amenaza. Justo como quieren que seamos: bonitas, complacientes, decorativas. Pero esta noche, esa máscara es un arma más.

Montgomery me espera junto al avión de carga. El rugido de los motores no deja espacio para los pensamientos, pero lo veo sonreír. Esa sonrisa tibia, podrida por dentro, como un lobo que intenta parecer un cordero. Lleva un traje claro, como si los colores pudieran lavarle la conciencia. No lo hacen.

—Puntual, señorita Diana —dice, y su voz suena distorsionada por la radio que lleva al oído.

Diana. Así me presenté en las primeras comunicaciones. Otra mentira más en un mundo de mentirosos.

—Y usted más guapo de lo que recordaba. —Mi sonrisa no llega a los ojos, aunque mi acento francés es impecable.

A mi derecha, un camión se detiene y comienzan a descargarlo. Jaulas. Las puertas de metal chirrían al abrirse. Veo cabelleras desordenadas, cuerpos encogidos. Hay al menos ocho chicas. Algunas lloran. Otras vomitan. Una de ellas me mira directamente

con una mezcla de furia y miedo en los ojos. Reconozco esos ojos. No puede ser…, pero lo es. La hermana de Ayana.

Mi estómago se revuelve. Muerdo por dentro la ira. Pienso en ima, en kaku, en la ceremonia, en lo que significa para ellas proteger a su comunidad. Y yo, ahora, estoy aquí como su espada. No hay honor en mirar hacia otro lado.

El camión que me crucé al llegar se aleja levantando una nube de polvo, ya lo han descargado. Algunas ya van en camino a su condena.

—Teníamos un excedente —dice Montgomery con tono casual, como quien habla de mercancía sobrante en un almacén—. Estas tres… —señala hacia un grupo— no se vendieron. Demasiado rebeldes. Iban a ser un regalo para los chicos. Para entretenerse antes de volar.

—¿Un regalo? —Mi voz suena dulce. El veneno está en la entonación. Me acerco a las jaulas. Las chicas se encogen, pero una de ellas me sostiene la mirada. Tiene los labios partidos y los nudillos sangrando. Lucha, incluso enjaulada.

Él ríe.

—Hay que mantener la moral alta. ¿No cree?

Yo creo que quiero arrancarle la lengua con los dientes.

Pero en lugar de eso, me inclino un poco hacia adelante, dejando que la camisa ceda y el encaje haga su trabajo. Sus ojos bajan, como esperaba. Asqueroso.

—Tal vez me interese una de ellas —digo, fingiendo interés en una que no es la hermana de Ayana—. ¿Cuál es su precio?

Él me da una cifra absurda. Asiento, como si evaluara una compra impulsiva.

—¿Y qué me asegura que me la llevo viva si sus hombres van a jugar con ella?

—Se la arreglamos si se rompe demasiado —responde, riéndose de su propio chiste.

Contengo la náusea.

Entonces lo oigo.

El motor de un camión. Otro más.

Me doy la vuelta justo cuando se detiene a unos metros del avión. Baja un hombre. Luego otro. La luz de los focos cae de lleno sobre ellos. No. No puede ser.

Beau. Hank.

La sangre se me hiela en las venas. Son del rancho. Me van a reconocer. Hank aún lleva su gorra manchada de tierra. Beau tiene la misma chaqueta de cuero que usaba cuando ensillaba por las mañanas. Y ahora están aquí, colaborando con el tráfico humano. Enviando chicas a la muerte.

Beau me ve primero. Se queda congelado un segundo, parpadea. Y entonces abre la boca.

—¡Es Dayra!

El nombre estalla como una granada.

Montgomery gira hacia mí, incrédulo. Da un paso atrás.

—¿Qué has dicho?

—¡Es ella! ¡La hija del irlandés! ¡Del norte!

Montgomery me mira como si le acabara de escupir sangre.

—Tú… tú me dijiste que eras Diana. ¡Diana!

El mundo se rompe.

No espero. No puedo.

Me abalanzo sobre el soldado más cercano, le clavo el codo en la tráquea y, cuando se tambalea, le arranco el arma del cinturón. Todo pasa en segundos. Disparo. Una vez. Directo al pecho de Beau.

El impacto lo lanza hacia atrás. Cae con los ojos abiertos, la boca entreabierta, como si aún intentara entender qué ha pasado. Pero yo ya no estoy ahí.

Los focos se apagan. Oscuridad. Disparos cruzan el aire. La voz de Liam retumba por el intercomunicador de mi oído, el que llevo como un pendiente, y lo escucho claro como un trueno.

—¡Entrad, ya!

Luces láser atraviesan la negrura. Veo siluetas moviéndose entre los contenedores. Levi. Ty. Marcus. Ash. Talon.

Talon.

Mi corazón se dispara. Sé que está cerca. Sé que está cubriéndome. Cada disparo que oigo, cada grito, lo interpreto como una advertencia, como una súplica, como un latido suyo.

Montgomery intenta correr. Lo veo tambaleándose, alejándose entre cajas. Apunto.

—Por las chicas —susurro.

Y disparo.

El proyectil le da en la pierna, justo en el gemelo. Grita como un cerdo degollado y se desploma. Rodando por la pista hasta chocar contra una caja metálica. No se levanta.

Hank huye por el otro lado, escabulléndose como la rata que es. Se pierde en la oscuridad. No puedo seguirlo. Las jaulas. Las chicas.

Corro hacia ellas, esquivando cuerpos, sangre, casquillos calientes. El aire huele a pólvora y humo. Una de las jaulas tiene la cerradura rota. La abro de un golpe. La chica me mira, temblando.

—Soy Dayra. Vas a estar bien. Lo prometo.

Y, por primera vez, creo en mis propias palabras.

Oigo el rugido del avión, los motores empiezan a cobrar vida y el miedo hace que el corazón me lata a toda velocidad. Talon aparece con un camión, el mismo que trajo a Beau y Hank hasta aquí, y lo estrella contra el aparato, imposibilitando que pueda despegar.

Un par de tiros y el ruido de cristal roto me hacen darme cuenta de que los que estuvieran en la cabina ahora están muertos.

—¡Dayra! —escucho el grito de Talon, que llega hasta mí y me estrecha contra su cuerpo, encerrándome en un abrazo—. Joder, pensaba que te perdía.

Su corazón late a mil por hora mientras me acaricia la espalda.

—Ha salido todo bien —le digo para calmarlo.

—Parua, no vuelvas a exponerte así nunca más —me pide, y me encantaría decirle que sí, sobre todo, porque adoro su apodo para mí, pero esa no soy yo.

Doy un paso atrás y él frunce las cejas, extrañado. Las luces de la pista vuelven a encenderse y veo a mi hermano dirigirse hacia nosotros junto al resto.

—Talon, yo soy esto, y si no puedes aceptarlo, está claro que será mejor que nos mantengamos como hasta ahora: separados.



CAPÍTULO 35

Talon

Quiero gritarle que no. Que ni de coña. Pero sé que no es el momento. Hay sangre en la pista, humo flotando en el aire y chicas llorando al fondo mientras Wade organiza a los hombres para sacarlas de las jaulas.

Dayra se aparta, como si lo que acabamos de vivir fuera solo una misión más. Pero yo lo he sentido. El miedo. El fuego. El jodido amor. No puedo tragármelo.

Me acerco de nuevo. No la toco esta vez. Solo me quedo frente a ella con la respiración aún acelerada.

—No me importa si eres eso o no —le digo, bajando la voz, obligándola a mirarme—. Eres tú. Y eso ya es suficiente para mí. Pero si crees que voy a dejarte escapar porque te gusta jugarte la vida, estás muy equivocada.

Dayra parpadea como si mis palabras la hubieran desmontado un poco. Pero no contesta. Solo asiente y se gira hacia las chicas.

Sé que ahora necesita ser la soldado. La protectora. La irlandesa.

Así que me aparto.

Camino hasta Wade, que está bajando a las chicas de las jaulas con la ayuda de Levi. Algunas no pueden ni sostenerse. Una de ellas, la más joven, parece tener dislocado el hombro. Liam le coloca una manta encima y la levanta con cuidado.

—¿Tenemos transporte? —pregunto.

—Camión con lona esperando junto a la verja —responde Wade —. Dayra dice que van a la reserva. Ima y Kaku ya lo saben.

Asiento.

—Tú y Levi venís conmigo.

—¿A por Hank?

—Sí. No se ha podido ir muy lejos. No es tan listo.

Wade me lanza una sonrisa torcida. De esas que dan ganas de soltar una carcajada en medio de la tragedia.

—Nos lo debemos desde lo del *whisky* en la cuadra. —Y carga su rifle con un clic suave.

Miro una última vez a Dayra, que está ayudando a una de las chicas a caminar hasta el camión. No me mira. Pero sé que sabe que la estoy viendo.

Le grito desde la distancia:

—¡Parua!

Ella se gira. Solo un segundo.

—No te vayas muy lejos. Aún tengo cosas que decirte.

Ella no contesta, solo me mira de una forma intensa que hace que se me acelere el alma.

El todoterreno se desliza por la carretera de tierra como un lobo que vuelve a su guarida. El bosque está oscuro, pero el camino lo conocemos de memoria. Crecimos con barro en los pies y ramas enredadas en el pelo. Hank también. Y eso es lo que lo delata.

—¿Dónde crees que se ha metido? —pregunta Levi desde el asiento trasero.

—La cabaña vieja —respondo—. La que está junto al arroyo. Solo los de aquí sabemos llegar sin hacernos polvo con las zarzas.

Wade asiente sin decir nada. Ya está mentalizado.

Nos bajamos antes de llegar. El motor se apaga. La noche se traga el ruido. Solo quedan los grillos y nuestros pasos sobre la hojarasca.

Nos movemos como sombras. En silencio. No es la primera vez que hacemos esto. Y probablemente no será la última.

La cabaña aparece entre los árboles como un recuerdo polvoriento. La luz que parpadea en el interior nos confirma que está allí. Solo un imbécil encendería algo mientras trata de ocultarse.

Lo flanqueamos. Wade por la izquierda. Levi por detrás.

Yo entro por la puerta principal con el arma en alto.

—¡Hank!

Él se gira. Está desarmado. O, al menos, eso parece.

Levanta las manos.

—¡Talon! ¡Yo solo… yo no…!

—Cállate.

Levi entra por detrás y lo rodea. Wade se acerca con las bridas de plástico.

No se resiste. Quizá porque sabe que hacerlo sería una condena a muerte automática.

—Te vas a venir con nosotros —le digo mientras lo atamos—. Y vas a cantar como un puto canario. Porque si no lo haces, no vas a vivir lo suficiente para arrepentirte.

—¿Vas a matarme?

Lo miro a los ojos.

—No. Pero créeme, preferirías que lo hiciera.

Wade lo empuja para que camine. Hank tartamudea, pero coopera. Está sudando frío.

Miro la cabaña una última vez antes de irme.

Hay demasiados fantasmas en este bosque.

Regresamos al rancho con Hank en la parte trasera, esposado y con la cabeza baja. El aire huele a tierra mojada. A cierre.

Cuando llegamos, Dayra está en la entrada. Esperándome.

Me acerco sin decir nada.

Ella tampoco habla.

Y entonces la tomo de la cintura, la acerco a mí y le susurro:

—Eres perfecta. Tal y como eres. Ni se te ocurra alejarte de mí. Ni de puta coña, ¿me oyes?

Ella asiente. Esta vez, sin resistirse.

Y en su mirada veo algo nuevo.

Tal vez esperanza. Quiero besarla tanto que duele, pero si empiezo sé que no podré parar y ahora tenemos otras cosas que hacer.

Lo llevamos al granero. Wade lo empuja contra una viga con más fuerza de la necesaria. Yo no digo nada. Levi cierra la puerta con el cerrojo y se apoya contra ella, vigilante.

Hank tiembla.

—No tenías que saberlo, joder —escupe como si fuera la víctima.

—¿No? —Le clavo la mirada—. Tú viste cómo metían a esas chicas en jaulas. Tú sabías a qué iban. Y no dijiste nada.

—¡Me forzaron! ¡Era eso o…!

—O nada. —Wade le da un puñetazo en el estómago. No para matarlo. Solo para que escupa la mierda.

Hank se dobla, jadeando, pero no cae. No todavía.

Me acerco.

No soy como Dayra. No creo en redención para todos. Y esta noche no tengo espacio para piedad.

—¿Quién más está implicado?

Hank no contesta.

Levi se mueve por detrás, saca un alambre fino del estante de herramientas. Uno de esos que usábamos para domar potros salvajes. Me lo pasa sin una palabra.

Le agarro la muñeca y aprieto. Solo lo justo para que empiece a gritar.

—¿Quién era el jefe, Hank?

—¡No era yo! —aúlla—. ¡Yo no era el cabecilla!

—Entonces canta —le digo mientras Levi destapa una mesa con herramientas de tortura que él ya ha visto usar en otros.

Silencio.

—¡Era ella! ¡Grace! ¡Grace Bennet!

El nombre me cae como una piedra en el pecho.

—¿La contable?

—Sí… —jadea—. Ella llevaba las cuentas. Ella sabía a quién pagar, a quién tapar. Usaba el rancho como tapadera. Todo parecía legal. Hasta tenía contratos ficticios. Nadie sospechaba de una contable.

Grace Bennet es la contable del rancho, tiene su habitación aquí para que pueda descansar cuando es la época de impuestos, no me cuadra que sea ella.

—¿Ella dio tu nombre a Montgomery?

Hank me mira y veo la duda en sus ojos, me oculta algo.

—Es tu última oportunidad —lo amenazo, y sabe que voy en serio.

—No, Grace no dio mi nombre, fue Jett.

Me aparto con el corazón latiéndome en la garganta. Wade le lanza una mirada a Levi.

—No puede ser, lleva toda su vida en el rancho —murmuro.

—Grace es su nieta, nunca lo dijo para no delatarla y que no pudieran relacionarlos —prosigue Hank.

La imagen de Jett, el hombre de casi setenta años que ha estado alrededor de mi familia toda mi vida, viene a mi mente.

—Wade —le digo—, ve a por ella. Está en la habitación del ala norte, en la planta de los empleados. Si no está allí…

—Voy.

Wade sale corriendo, las botas golpeando contra la madera como tambores de guerra.

Yo me quedo frente a Hank. Aún jadea, temblando, con el alambre colgando de la muñeca.

—¿Por qué no dijiste nada antes?

—Porque me habría matado —susurra.

—Y ahora yo no lo haré. Pero créeme, vas a desear lo contrario si mientes otra vez.

Levi le limpia la sangre de la boca con la manga. No por compasión. Para que no se atragante antes de que termine de hablar.

Unos quince minutos después, Wade regresa. La cara lo dice todo.

—¿Y bien? —pregunto.

—Habitación vacía. Armario revuelto. Se ha largado.

Muerdo la mandíbula con tanta fuerza que siento que va a estallar.

—¿La han visto salir?

—Los del turno de noche dicen que pidió un coche esta tarde para ir al pueblo a por material de oficina. No ha vuelto.

—Hija de puta —mascullo—. ¿Y Jett?

—Tampoco está.

—¿Aviso a Liam? —pregunta Levi.

Asiento. Él y Dayra deben saberlo. Grace ha tenido acceso a todo: facturas, rutas, pagos, nombres.

—Quiero todo lo que haya tocado esa mujer —digo—. Su oficina, su portátil, sus notas. Quiero saber a dónde ha ido, quién la ayudó y si ha dejado algo detrás que no quememos.

Miro a Hank, que ahora llora. Lágrimas de miedo. De derrota. De saberse un peón en un juego más grande.

—Y tú —añado con voz grave— vas a ayudarme a encontrarlos.

—¿Y si no puedo hacerlo?

Le sonrío sin humor.

—No tienes opción. Los acogí en mi casa. Usaron a mi gente. Tocó a mi familia. Y a las chicas que ahora duermen en mi reserva.

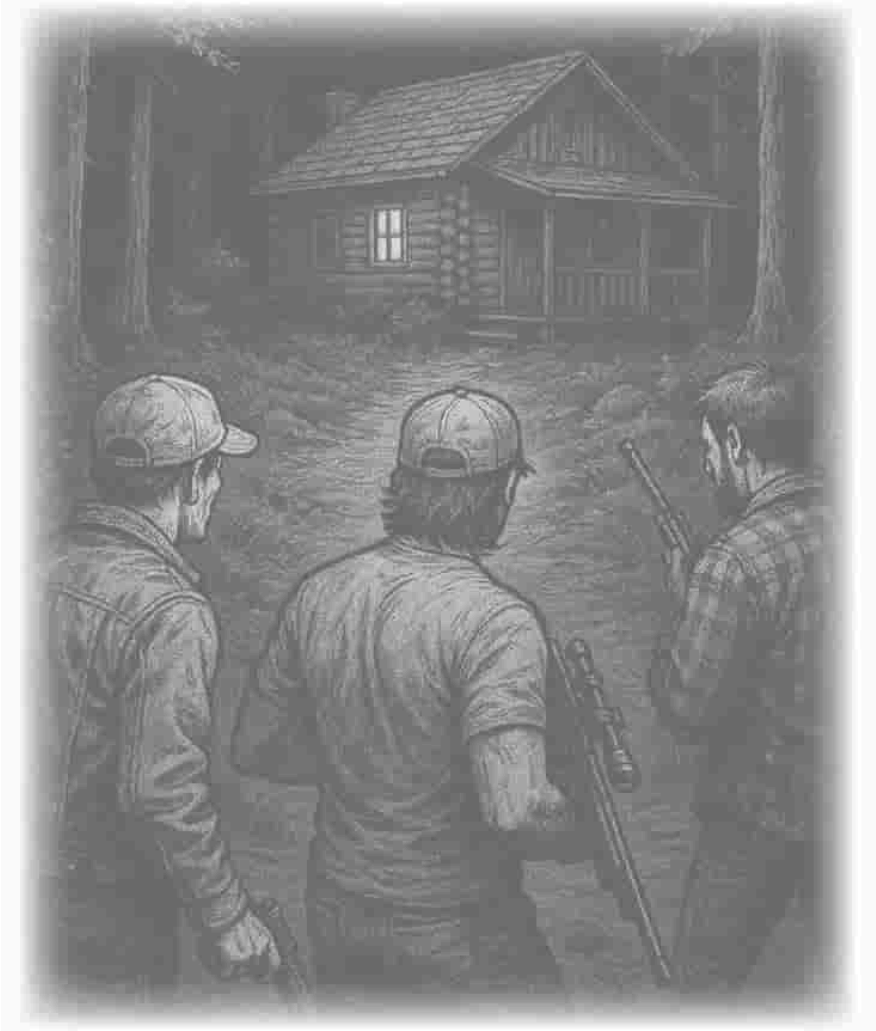
—No creo que duerma nadie esta noche —susurra Wade.

Tiene razón.

Yo tampoco.

Porque ahora que sé quiénes han sido los culpables, no pienso descansar hasta verlos caer.

Y cuando lo haga, reclamaré a Dayra como mía, incluso si ella se resiste, porque, aunque no lo acepte, no puede pertenecer a nadie más. Es mi mujer, mi nupia.





CAPÍTULO 36

Dayra

Las puertas del refugio se abren y el aire fresco de la noche se mezcla con el aroma del estofado que ima tiene listo en la cocina. Todo huele a hogar. A limpio. A algo parecido a la esperanza.

El interior es amplio, sencillo, pero cálido. Las paredes están cubiertas de mantas tejidas a mano, hay colchonetas en el suelo, sofás viejos, aunque cómodos, y un silencio tenso, como si todas contuvieran el aliento esperando que alguien les diga que ya pueden relajarse.

Sin embargo, no es tan fácil.

Entro detrás de las chicas, guiándolas con la mirada. Algunas caminan por inercia, otras se abrazan a las mantas que les han dado en la entrada como si fueran su única protección. Ima les sonríe desde la cocina con una cuchara de madera en la mano y kaku está al fondo, organizando a varias mujeres que han venido a ayudar.

Nadie hace preguntas. Solo ofrecen comida caliente, ropa limpia y un sitio donde descansar.

Me acerco a una de las chicas, una adolescente con la cara llena de pecas y los ojos vidriosos. Le doy un plato y una cuchara.

—Aquí estás a salvo.

Ella asiente, pero no me mira. Solo toma la comida como si no estuviera acostumbrada a que alguien le ofrezca algo sin esperar nada a cambio.

Camino por la sala, revisando que todas tengan algo que comer, una manta, un espacio donde sentarse. Algunas se han acurrucado en los sofás. Otras están sentadas en el suelo, en silencio, compartiendo miradas que lo dicen todo y a la vez nada.

Y entonces la veo.

Al fondo, cerca del pasillo que lleva a las habitaciones, una chica menuda se encoge contra la pared. Tiene el pelo recogido en una trenza oscura y la manta le cubre los hombros hasta casi taparle el rostro. Está quieta. Demasiado.

La sigo con la mirada.

Cuando la puerta se abre y entra Ayana, esa chica se esconde de inmediato, girando el rostro, cubriéndose más. Camina agachada, como si no quisiera que la vieran. Como si tuviera miedo de sí misma.

Me acerco con cuidado.

—¿Estás bien?

Ella asiente sin mirarme.

—¿Cómo te llamas?

Duda. Traga saliva.

—Leoya.

La voz apenas se escucha.

Me agacho a su lado. La reconozco, la vi en las jaulas.

—¿Ayana es tu hermana?

Leoya cierra los ojos con fuerza.

—No quería venir —susurra—. Me lo dijo. Me advirtió que ese hombre no era de fiar, pero… yo quería salir. Quería escapar de la reserva, de todo. Y él me prometió cosas. Me hizo sentir especial. Y ahora…

Se tapa la cara con las manos.

—Ahora soy esto. Una vergüenza.

Me arde la rabia en el pecho, pero no contra ella.

—Leoya, nadie tiene derecho a juzgarte por haber confiado. El mundo allá afuera está hecho para aprovecharse de las ganas de volar. Lo que importa es que estás viva. Y que estás aquí.

—Ayana me odia.

—No lo hace, te lo aseguro.

Me pongo de pie y le tiendo la mano.

—Ven conmigo.

Ella duda. Le tiembla la barbilla. Pero al final toma mi mano. Su palma está helada. La guío despacio hacia el centro del salón, donde Ayana acaba de dejar una pila de toallas sobre la mesa. Cuando levanta la vista y nos ve, se queda paralizada.

El mundo parece detenerse.

—Ayana… —murmuro.

Ella da un paso adelante, con la respiración contenida.

—Leoya…

Leoya baja la mirada.

—Lo siento.

Pero Ayana no dice nada.

Solo corre hacia ella y la abraza con fuerza, como si temiera que se le escapara otra vez. Leoya se echa a llorar, pegada al pecho de su hermana, temblando de culpa, de alivio, de algo que ninguna palabra alcanza a explicar. Yo me aparto con cuidado. Las dejo en su burbuja, donde solo existen ellas dos.

Desde la cocina, ima me lanza una mirada tranquila. Kaku se acerca y coloca una mano en mi hombro.

—Has hecho algo grande hoy —me dice.

—No ha terminado —respondo.

Ella asiente.

—Pero este es un buen principio.

Me giro una última vez y veo a Ayana susurrarle algo a Leoya mientras le seca las lágrimas con los dedos.

Sí. Es un buen principio.

La noche ha sido dura, las chicas van a tener que aprender a vivir a partir de ahora. Las ayudaremos. Pero eso será mañana, hoy solo necesitan descansar.

Salgo fuera del refugio y me siento en los escalones, respiro hondo y dejo que la calma me invada. Este lugar tiene algo mágico, especial.

—Hoy has demostrado que eres una mujer fuerte, Sahka Numu Wi.

Me giro y veo a Wapeka, el jefe de la tribu, caminando hacia mí.

—Hay mucho que hacer todavía, y las fuertes son ellas, no yo.

El anciano me sonríe y se para delante de mí.

—¿Sabes que significa Sahka Numu Wi?

—Ni por asomo, iba a preguntarle a Kaku después.

Wapeka me sonríe y es como ver a un abuelo hacerlo, esa calidez, esa familiaridad que provoca que se te caliente el corazón.

—Significa La mujer que salva a su gente. Y eso has hecho tú. Protegerlas como si fuéramos tu tribu.

—Lo son, el ser humano lo es.

Mi respuesta le agrada y me tiende una pulsera que se quita de la mano derecha.

—Esto te protegerá de los malos espíritus —dice, y me da un beso en la frente antes de subir los escalones y adentrarse en el refugio.

Me quedo allí y dejo que el amanecer comience a resplandecer en el horizonte; veo que una camioneta se para delante del refugio. Talon baja de ella. Tiene el pelo mojado, se acaba de duchar, lo lleva suelto y luce como un jefe tribal guerrero.

—Necesitas descansar —me dice mientras me tiende la mano y la cojo sin pensar.

Me alza contra su pecho y me acurruco en el calor de su cuerpo.

—No quiero alejarme, pueden necesitarme —murmuro, dejando que el cansancio que he estado reteniendo por fin salga.

—No vamos lejos, tengo aquí una casa.

—¿Vas a intentar aprovecharte de mí?

Su pecho retumba y me da un beso en la frente que se siente totalmente diferente al que me ha dado Wapeka.

—Parua, voy a hacer mucho más que eso, voy a cuidar de ti hoy y el resto de mi vida.





CAPÍTULO 37

Talon

Observo a Dayra dormir y mi alma siente paz. Este lugar, mi casa, la que tengo en la reserva para cuando necesito reconectar con mi parte comanche, es un sitio al que no había traído a nadie que no fuera de mi familia. Y ahora ella está ocupando todo el espacio que tenía reservado para mí, y lo hace porque yo quería que lo hiciera. Porque algo dentro de mí me gritaba que la llevara a cada parte de mi vida, y eso estoy haciendo.

—Es raro que me mires dormir —murmura mientras se despereza.

Su pelo está todo enmarañado, el maquillaje de su cara es un borrón y la ropa está completamente arrugada, y me parece que es la mujer más perfecta que jamás podré conocer.

—Roncas —me burlo, y ella saca el dedo del medio.

—Sí, y me importa una mierda hacerlo.

Su respuesta me saca una sonrisa, como siempre. Me acurruco a su lado y la atraigo contra mi pecho.

—Oye, ¿por qué tú estás casi en bolas y yo aún tengo toda la ropa? —pregunta, tocando mi pecho como sé que a ella le gusta hacerlo.

—Estabas agotada y no quería despertarte si te la quitaba.

—Debo tener un aspecto peculiar —murmura, limpiándose el ojo con el dedo y viendo que sale negro.

—Como si un panda hubiera tenido una pelea con un gato.

Se ríe y no puedo evitar besarla, es natural en mí hacerlo. Ella me pertenece.

—Necesito una ducha; por cierto, luego me cuentas dónde estamos, que quiero preguntarle al dueño dónde ha comprado esas pinturas —comenta, levantándose y observando la imagen de una de mis antepasados.

Ya le dije que la traía a mi casa, pero debía estar tan cansada que ni lo recuerda.

—La casa es mía y ella es la abuela de Kaku.

Sus ojos se abren en sorpresa y sonríe.

—Me encanta la historia de tu familia —dice, entrando al baño de la habitación mientras yo me quedo pensando en que me gustaría que ella formara parte de la misma.

Paso mis manos debajo de mi cabeza y miro al techo, todo esto, todo lo que siento por Dayra va más allá del amor. Mi kaku siempre me dijo que el corazón de un guerrero lo conquistaría otra guerrera, pero yo pensaba que eran tonterías, que alguien como yo necesitaría una mujer calmada que hiciera mis días más tranquilos. Está claro que me equivocaba. Dayra es la cerilla que he necesitado para encender mi fuego y ahora quiero que ardamos juntos.

—¡Talon! —grita Dayra desde la ducha, y salto de la cama para ir a ayudarla.

Casi me caigo de bruces por llegar hasta ella, y cuando lo hago veo que se está riendo.

—¿Qué ocurre? —pregunto, preocupado y desconcertado.

—Es solo que no puedo enjabonarme la espalda sola y necesito que me ayudes.

—Parua insolente —murmuro mientras me quito los calzoncillos y me meto bajo el agua junto a ella.

Me da la espalda y cojo el gel que tengo en la repisa. Lo pongo en mi mano y después comienzo a frotar su cuerpo; se ha colocado el pelo sobre su hombro, lo que me deja total acceso a su cuello y no lo desperdicio.

Bajo mi boca a su piel y ella se pega más a mí. Mi erección se frota contra su culo y decido bajar mi mano hasta encontrar su centro.

—Joder, Talon, sí —gime, y pellizco con mi mano su pezón, haciendo que se arquee.

—Parua, eres perfecta —le susurro mientras mordisqueo su cuello y me posiciono en su entrada.

Ella levanta un poco la pierna y mi polla resbala hasta su interior, haciendo que ambos soltemos un gemido cuando noto que he llegado hasta el fondo.

Comienzo a moverme lentamente, disfrutando de cada embestida, esto es como debe sentirse el cielo porque estoy seguro de que no puede haber nada mejor en la puta vida.

—Necesito correrme —me suplica, y yo la ayudo masajeando su clítoris.

Dayra grita y su orgasmo me lleva al límite, pero no cambio el ritmo, quiero que esto se alargue y cuando su orgasmo termina la provoco para que vuelva a empezar, y lo hace. La segunda vez no puedo aguantar y dejo que ordeñe mi polla mientras un grito sale de mi garganta.

No la suelto, solo la giro para poder mirarla a la cara.

—Ahora tienes que limpiarme —me pide divertida, y cuando bajo la vista y veo mi semen recorrer sus piernas algo primitivo dentro de mí se activa.

—Parua, te amo —le digo, mirándola a los ojos y viendo la sorpresa en ellos.

Y la beso, no quiero que ella diga nada ahora, no lo necesito ni sé si puedo aceptarlo. Así que la beso hasta que el agua se vuelve fría y entonces nos llevo a la cama para volver a hacerle el amor a mi nupia, mi mujer.

—Necesito descansar —me pide Dayra entre risas después de que lo hacemos por tercera vez.

—Pues bájate de mi cuerpo si no quieres que haya una cuarta ronda —le sugiero, y ella lo hace entre risas.

—No sabía que se podía tener tanta resistencia, va a ser que los comanches son mis nuevos hombres favoritos.

Le pellizco un pezón y ella grita divertida.

—Yo soy tu hombre favorito, el único, por si hay alguna duda.

Ella me mira un instante y una vida entera pasa por sus ojos. No puedo evitar pensar en que tengo miedo de que decida que será una vida lejos de mí.

—Cuéntame alguna historia de tu familia —me pide, cambiando de tema y acomodándose en mi hombro.

Le aparto un mechón de pelo de la cara y le doy un beso en la frente antes de comenzar.

—Colton Daltry fue el primero de mi familia en instalarse en donde ahora tenemos el rancho. Apenas era una casa con dos habitaciones, construida en madera de forma rudimentaria. Pero fue el inicio de una vida que ha durado décadas.

—¿Cómo eligieron dónde construir?

Sonrío porque la historia es divertida.

—Una comanche hizo que Colton Daltry sangrara y casi muriera en estas tierras, y allí donde su sangré cayó, decidió que construiría su hogar.

Le cuento sobre mi antepasada, la que le tiró una piedra y huyó. De la historia de amor que se forjó entre ambos y cómo el primer Daltry del Red River pasó de ser un hombre que venía a arrebatar tierras comanches a ser parte de la comunidad.

—¿No has pensado en casarte con alguien de la reserva para continuar el legado? —pregunta, y asiento.

—Sí, hubo un tiempo en el que creí que era lo mejor. Buscar a alguien comanche que me ayudara a inculcar a nuestros hijos el legado de nuestra gente. Tal y como hizo mi madre con nosotros tres. Con Teya lo logró, está muy involucrada, Levi es más *cowboy*, por así decirlo.

—¿Y tú?

—Yo sé que vengo de dos mundos diferentes que pueden complementarse sin dejar de lado ni el uno ni el otro.

—¿Alguna candidata? —pregunta sin mirarme.

La cojo por la barbilla y la obligo a que sus ojos se claven en los míos, la beso un instante y después le respondo.

—Creo que no lo has entendido. Eso es lo que quería cuando no sabía que el mundo podía ser un lugar con tantos colores que no sabía que me gustaban.

—¿Estás delirando?

Me río y beso la punta de su nariz.

—Ahora amo el amarillo —le digo mientras toco su pelo—, también el marrón como la tierra —prosigo, acariciando cerca de sus ojos— y el rosa —murmuro antes de besarla—. Pero lo que más quiero en mi vida es tener besos con sabor a limón hasta el día en que me muera.



CAPÍTULO 38

Dayra

Las palabras de Talon hacen que mi corazón martillee contra mi pecho. Quiero decirle que también lo amo, pero ese no es el problema, yo no pertenezco a este lugar, y estar lejos de mi familia… No sé si es una opción.

—No hace falta que digas nada, de momento, tengo amor para los dos.

—¿Y cuando ya no lo tengas? —pregunto curiosa.

—Entonces será porque tú ya te has dado cuenta de que no puedes vivir sin mí y quizás haya una tercera persona creciendo en tu vientre con quien compartirlo.

Literalmente doy un salto y salgo de la cama.

—Aparta tu aparato procreador de mí. Tomo la píldora y no estoy pensando en tener hijos todavía.

Talon se ríe a carcajada limpia mientras yo lo observo de pie, desnuda, con las manos en mis caderas y queriendo matarlo.

Se levanta, me abraza y el contacto con su cuerpo hace que me estremezca. Baja su boca a mi oreja, aparta el pelo y susurra.

—«Todavía» es la palabra clave de lo que acabas de decir.

Me separo de él y nos quedamos mirando fijamente hasta que el ruido de golpes en la puerta de entrada nos saca de nuestros pensamientos.

Talon sale y coge unos pantalones de la percha. Escucho voces y reconozco la de mi hermano enseguida. Busco algo que ponerme y salgo a ver qué pasa. Liam no está solo, Levi lo acompaña y Ty también.

—Wow, cuñada, tienes unas piernas increíbles —salta Levi en cuanto me ve.

Me he puesto la camisa de Talon. Es como un vestido, así que no hay nada que no pudiera enseñar en otra situación. Aun así, Talon le gruñe y coge una manta de encima del sofá y me cubre con ella.

—A mi mujer solo la miro yo —asegura, y ahora no es a Levi a quien le habla, sino a Ty.

Mi ex, lejos de ser inteligente, decide hablar.

—No es algo que no haya visto antes —se burla—. Alrededor de mi cintura, para ser exactos.

Talon se lanza a por él y yo lo detengo con una mano. Me encaro a Ty, que tiene su sonrisa petulante en la boca; me cabrea lo imbécil que es y me cabrea aún más que yo me enamorara de él en algún momento.

—Vas a ir al rancho, recoger tus cosas y volver a Irlanda, después le entregarás a mi padre tu renuncia y no te volveré a ver nunca más —comienzo con una voz muy tranquila—. Y si no lo haces, me voy a asegurar de que mi madre, y escucha bien que digo mi madre y no mi padre, se entere de lo que me hiciste. De cómo me abandonaste en mi peor momento. Y créeme, si papá y tío Kean dan miedo, te vas a mear en los pantalones cuando veas a mi madre aparecer después de saberlo todo.

—Pero…

Levanto mi mano para cortarlo.

—No quiero escucharte más. Te largas y no te veo más o me quitaré las ganas que tengo desde hace años de vaciar mi cargador en tu culo si te vuelves a cruzar en mi camino.

Ty mira a mi hermano buscando apoyo, pero él se acerca a mí, pasa su brazo por mis hombros y sonríe dejando clara su posición. Ty se da la vuelta y está a punto de salir cuando le digo una última cosa.

—Y, Ty, te rodeaba con mis piernas la cintura para que no se me saliera. Tengo brillos de labios más anchos que tu ridícula polla.

Dicho esto, Ty se larga y Levi aplaude mientras Liam besa mi cabeza.

—Ya era hora, hermanita.

—Lo voy matar —gruñe Talon a mi lado, y le doy un codazo.

—Ya está. Déjalo pasar.

Mira la puerta y sé que está pensando en que no va a poder. Espero que Ty sea inteligente y se largue rápido del rancho porque no pienso meterme si mi hombre decide acabar con su vida.

Mi hombre.

Mierda, ¿desde cuándo lo veo así?

—¿A qué habéis venido? —pregunto una vez parece que todo se calma.

—Ima quiere verte, necesita consultarte un par de cosas —me dice Levi.

—Y yo quiero hablar con Talon sobre lo que pudo descubrir con la rata —comenta Liam.

—¿Quién es? —inquiero, dándome cuenta de que no he hecho nada más que preocuparme por follar con Talon.

Talon y Wade me miran de una forma extraña, este último es el que me contesta.

—Fue Jett, bueno, él y la contable del rancho, no la has llegado a conocer, creo, es una historia larga.

—¿Jett? —pregunto totalmente anonadada. ¿El adorable hombre que me llamaba «niña»? No me lo puedo creer.

—Sí, Parua, y va a pagar por su traición —me asegura Talon.

Asiento y trato de contener la rabia que me quema por dentro. Si algo no soporto en esta vida es la deslealtad.

—Muy bien, mantenme informada de todo —le recuerdo a mi hermano, aunque no hace falta, siempre lo hace—. Voy a ponerme algo y volveré al refugio. Es momento de empezar a pensar qué va a pasar con todas ellas. Y descubrir cuántas más había.

—Te acompaño —me dice Talon, y mira a Liam por si tiene alguna objeción, pero mi hermano solo sonríe.

Ruedo los ojos y dejo que los hombres sean hombres mientras busco algo en el armario de Talon. Escucho la puerta de la habitación y un momento después un enorme cuerpo que reconozco perfectamente me rodea por detrás.

—Por favor, no te pongas nada que haga que tenga que matar a alguien de la reserva —me pide, y me río.

—Bien, entonces dame tú algo que pueda ponerme.

Sale, y cuando vuelve tiene unos pantalones de deporte y una camiseta de mi talla, más o menos.

—Es de Teya —me aclara, y sonrío porque es increíble cómo puede leer mi cara tan bien.

—Vamos, entonces, no quiero hacer esperar a tu madre.

Asiente y salimos de la casa de la mano. Caminamos hasta el refugio, apenas hay cinco minutos y me da tiempo a poder observar la reserva. Me encanta este lugar, da paz y cada mirada que me cruzo es amable.

Cuando llegamos a la puerta del refugio, veo a Liam con Levi en el todoterreno y Talon le dice que ahora va. Me gira, saca algo de su bolsillo y me lo aplica torpemente.

Noto el bálsamo de limón en mis labios en cuanto lo pone y sonrío. Luego baja su boca sobre la mía y disfruto de esto hasta que mi hermano toca el claxon y casi muero de un infarto.

—Amo el limón —dice Talon, despidiéndose y dejándome con cara de idiota.

Cuando se van, entro al refugio y me quedo mirando. Hay mujeres comanches ayudando, las chicas se han dado una ducha y ahora están todas sentadas juntas en unos sofás.

—Te ves distinta —dice una voz a mi espalda.

Me giro y me encuentro con Sakari. Tiene una taza humeante entre las manos y una mirada cálida, como siempre. Me tiende otra sin decir nada y la acepto. Té de hierbas. Huele a menta y a tierra.

—¿Distinta cómo?

—Como alguien que está empezando a entender quién es de verdad.

Sonrío, pero no respondo. Desde que dejé de formar parte del equipo de misiones, tras mi convalecencia, he deseado volver. Y anoche lo hice. Solo que ya no es lo mismo, algo ha cambiado dentro de mí.

Caminamos juntas hasta una mesa donde hay algunos panes y bollos y nos sentamos, viendo a las chicas relajadas, hablando de algo tan banal como las pulseras que saben hacer.

—No sé si quedarme —digo al fin.

Sakari no se sorprende.

—Claro que no lo sabes. Aún estás entre dos mundos.

—Mi familia está en Irlanda. Liam ya se va mañana. Y yo debería volver con él, con los míos, con…

—¿Con los fantasmas de lo que eras antes?

La miro.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si esto es solo un impulso?

—Dayra —me dice, girándose hacia mí con calma—. ¿Sabes qué hice yo cuando conocí al padre de Talon?

Niego con la cabeza.

—Lo odié. —Sonríe—. Era arrogante, testarudo y tenía esa manía de querer solucionarlo todo solo. Pero también… también era valiente. Y me miraba como si pudiera leerme el alma.

La entiendo demasiado bien.

—¿Y tu familia?

—No entendieron nada. Para ellos, quedarme aquí fue como desaparecer, aunque éramos comanches, pertenecíamos a otro lugar. Pero yo no desaparecí. Me encontré. Me convertí en quien soy al lado de este pueblo, de este hombre, de esta familia. No fue fácil. Pero cada día que pasaba aquí, sentía que mis raíces se hundían más hondo.

Bebo un sorbo de té. Me quema la lengua, pero no me importa.

—Talon me ve. No como la hija del capo, no como una chica rota. Me ve. Y eso me da miedo, Sakari.

—Es porque no estás acostumbrada a que alguien te quiera así. Sin condiciones.

Sus palabras me atraviesan. Cierro los ojos un momento.

—No sé si estoy hecha para quedarme. Para una vida tranquila, para un rancho, para…

—¿Un refugio? —interrumpe—. Porque yo te veo construyendo uno.

—¿Qué?

—Un lugar como este. Pero permanente. Más grande. En Red River. Tú y Talon. Refugiando a mujeres que no tienen adónde ir. Con Croqueta trotando cerca y las chicas aprendiendo a montar, a defenderse. Te veo ahí, Dayra. No solo como protectora, sino como ejemplo.

Trago saliva. El pecho se me aprieta.

—Eso no estaba en mis planes.

—Las mejores cosas nunca lo están.

Vuelvo a mirar al grupo. Leoya y otra chica están sonriendo. Ayana les está contando algo. Kaku les hace señas para que vayan a comer.

Y, de pronto, todo se alinea.

Siento que encajo.

—¿Y si fallo?

—Entonces vuelves a intentarlo. Pero no huyas por miedo. No te vayas si lo que necesitas está aquí.

Sakari me toma la mano y la aprieta con firmeza.

—Eres fuerte, Dayra. Y esta tierra… te reconoce como una de las suyas.

Sus palabras me envuelven como un manto invisible. Me dejo llevar por el silencio unos minutos. Y, sin pensarlo, le pregunto:

—¿Cómo supiste que él era el indicado?

Sakari sonríe con nostalgia.

—Cuando dejó de decirme lo que debía hacer… y empezó a escuchar lo que yo quería hacer. Cuando me miró como a una igual. Y cuando, a pesar de todo, no intentó detenerme.

Recuerdo a Talon, su voz esa noche: «Eres perfecta tal y como eres. Y ni de puta coña voy a alejarme de ti».

Mi corazón da un vuelco.

Sakari se pone de pie y me ofrece su mano para ayudarme a levantarme.

—Ven, vamos a preparar camas para todas. Las chicas necesitan descanso. Y tú también.

—Gracias —le digo.

Ella niega con dulzura.

—Gracias a ti, libertadora.

Me detengo.

—¿Cómo me has llamado?

—Es como algunas empiezan a llamarte. Sahka Numu Wi. La mujer que libera.

Mi garganta se cierra.

Y, por primera vez, no me siento la hija de alguien. Ni una sombra de lo que fui.

Me siento yo.

Dayra.
Y estoy en casa.
Joder, no sé cómo se lo voy a decir a mis padres.



CAPÍTULO 39

Talon

La madera oscura del despacho cruje bajo mis botas mientras doy vueltas sin sentido frente al escritorio de mi padre. El mismo escritorio desde el que se tomaron decisiones que arruinaron vidas, que marcaron a Dayra sin que él lo supiera

Dayra está sentada en la esquina de la sala, con las piernas cruzadas y los brazos firmemente pegados al cuerpo, tiene los ojos clavados en el móvil mientras espera que se establezca la videollamada. Hace cinco días que se fue Liam y la llamada de hoy es para ver cuándo Dayra regresa a Irlanda.

La pantalla se enciende y, al otro lado, aparece el rostro endurecido de Keyran. A su lado, Keanan, el tío, con expresión severa y los brazos cruzados. Y detrás, su madre. Ella no dice nada, pero sus ojos se clavan directamente en los de Dayra.

—¿Qué tal estás, Mariposa? —pregunta Keyran, con ese tono bajo y medido que uno no sabe si viene de un hombre preocupado o de un jefe mafioso al acecho.

—Bien —responde Dayra, tajante.

—¿Cuándo piensas volver? —interviene Keanan, más directo.

Ella tarda un segundo en responder, y es ese segundo el que me confirma lo que ya sospechaba.

—Todavía no lo sé. Aún quedan cosas por resolver aquí.

—¿Qué cosas? —pregunta su madre suavemente—. ¿Tiene que ver con las chicas?

Dayra asiente.

—La contable. La encontramos. Grace Bennet. Está hablando. Todo lo que sabe. Nombres. Cuentas. Lo que hacía con el dinero. A quién respondía.

Liam levanta una ceja.

—¿Y desde cuándo eso no se puede mandar por correo? —pregunta el hermano de mi mujer, que por lo visto quiere morir joven.

—Liam —le advierto en voz baja, pero firme.

Él levanta las manos.

—Solo digo que no hace falta que estés tú pegada a la silla mientras canta. Jett está muerto y la contable pronto lo hará.

Dayra frunce los labios. Lo conozco. Es su gesto de «si respondo, le arranco la cabeza». Y justo cuando va a hablar, me acerco por detrás y le pongo una mano en el hombro.

Ella se tensa. Como si mi simple tacto le recordara lo que no quiere sentir. Pero no me retiro. Al contrario. Me agacho un poco, lo suficiente para que la cámara me vea y para que su familia me escuche alto y claro.

—Va a quedarse aquí el tiempo que necesite. Y yo voy a estar con ella. No como guardaespaldas. Ni como jefe de nadie. Como su pareja. Porque la quiero. Y porque no pienso dejar que vuelva a Irlanda sin decirme que me quiere de vuelta.

La habitación queda en silencio. Hasta Liam me mira con cara de «¿estás seguro de lo que estás haciendo?», pero no me tiembla la voz. Ni la mirada.

La madre de Dayra sonríe muy, muy despacio. Sus ojos se humedecen apenas.

—Me alegra saberlo —dice—. Solo quería oírlo de uno de los dos.

Keyran resopla, como si tuviera opiniones al respecto, pero se las traga. Al menos por ahora. Mira a su mujer y sé que tiene algo que ver en su comportamiento.

—Cuídala, vaquero —añade Keanan casi con una media sonrisa.

—Lo hago —respondo sin dudar—. Y no pienso dejar de hacerlo.

La videollamada termina con promesas diplomáticas y un «seguimos en contacto» que no engaña a nadie. Están tensos. Están esperando. Pero esta vez, la decisión no es suya.

Cuando la pantalla se apaga, Dayra se levanta de golpe.

—¿Tenías que hacerlo? ¿Delante de ellos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me niego a seguir haciendo como si esto fuera temporal. Como si tú y yo no estuviéramos en esto juntos. Como si me diera miedo que tus padres sepan que te amo.

Sus ojos se agrandan. No me lo esperaba. Ni ella tampoco.

—No digas eso.

—¿Por qué no? ¿Porque te incomoda? ¿Porque crees que vas a tener que corresponderme si lo digo en voz alta?

Ella da un paso hacia atrás, pero no lo suficiente.

—No estoy hecha para esto, Talon. Para relaciones normales. Para…

—¿Y quién habló de normalidad? ¿Te parezco un tipo normal? —Me río—. Vivo en un rancho lleno de secretos. Mi padre fue parte de una red de trata. Mis manos no están limpias, Dayra. No te estoy pidiendo cuentos de hadas. Te estoy pidiendo que me dejes quedarme a tu lado.

Ella baja la mirada. Sus dedos se entrelazan. Y durante un momento, creo que va a salir corriendo.

—No lo digas si no lo sientes —susurra.

Me acerco. Le levanto el rostro con suavidad.

—Te amo. Y lo siento. En cada maldito centímetro de mi cuerpo. No voy a fingir que no.

Ella me mira. Con miedo. Con ganas. Con todas las capas rotas.

Y no me dice que me ama.

Pero tampoco se va.

Y eso, por ahora, es suficiente.



Desde que salimos del despacho, Dayra no ha dicho una palabra. Camina a mi lado con la mandíbula apretada y los pasos firmes, como si necesitara mantener una distancia que no le permito romper. La entiendo. A su manera, sigue procesando todo. Pero también sé que necesita ver esto. Que necesita saber lo que significa para mí.

—¿Me acompañas? —le digo con voz tranquila, sin apremios, pero con intención.

Ella se gira hacia mí con desconfianza en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—No es eso —le respondo rápido antes de que el miedo se le clave en el pecho—. Solo… ven conmigo.

No me suelta la mano cuando se la tiendo, y eso ya es algo. Caminamos hacia el establo y noto cómo se le tensa el cuerpo cuando doblamos la esquina y ve a Mika de pie junto a Croqueta.

—¿Lo ha sacado?

—Sí —contesta Mika antes de que yo diga nada—. Está respondiendo mejor de lo que esperaba. Hoy ha salido sin problemas. Pronto podrá comenzar a cabalgar.

Dayra se acerca al potro con una expresión que me derrite por dentro. Se le ilumina la cara, se le relajan los hombros. Mika la observa como quien entiende sin necesidad de palabras.

—Gracias, Mika —le dice Dayra—. Sé que has hecho mucho más de lo que te pedimos.

—Y tú también —le responde la veterinaria, antes de guiñar un ojo y dejarnos solos.

Dayra acaricia al caballo con ternura. Croqueta se acurruca contra ella como un cachorro agradecido y me entra una punzada en el pecho. Porque la forma en la que ella cuida, en la que da sin medir, en la que se rompe y se recompone… es brutalmente hermosa.

—Ven —le digo—. Aún no he terminado contigo.

Ella alza una ceja.

—¿Más misterios?

—Una última sorpresa. Lo prometo.

Subimos al coche y cruzamos el rancho hacia la zona donde empezamos a construir el refugio. El sol se cuela entre los árboles y tiñe la tierra de oro. Cuando bajamos, Dayra se queda mirando las estructuras que van tomando forma.

—Va rápido —susurra.

—Tenía prisa.

La guío entre las construcciones, explicándole con palabras simples lo que será cada parte. Dormitorios. Cocina. Espacios comunes. Un lugar para sanar. Para empezar de nuevo.

Pero lo mejor está al final.

—Por aquí —le digo, y la llevo a una edificación más pequeña, apartada de las demás. La madera aún huele a recién cortada. Todavía no hay nombre en la entrada, pero lo habrá.

Dayra entra y sus pasos resuenan en el suelo de madera. Mira los boxes, las herramientas, el espacio amplio pensado para caballos y personas.

—¿Esto es…?

—Tu establo de caballos, a los que puedes darles una segunda oportunidad —respondo desde la puerta—. Pensé que las chicas podrían trabajar con caballos. Que sería bueno para ellas. Y para ti.

Se queda en silencio. Sus dedos rozan una de las columnas como si necesitara comprobar que es real.

—¿Lo has hecho por mí?

—Por ti —asiento—. Porque tú empezaste esto. Porque tú lo empujaste. Porque este lugar no tendría sentido sin ti.

Ella se gira y por un segundo me asusto. Su rostro está serio. Sus ojos brillan, pero no sé si es por emoción o por duda. O por ambas cosas.

—No quiero que te vayas, Dayra. Pero no voy a obligarte a quedarte, aunque cada parte de mi ser me grita que te ate a mi cama y no te deje ir jamás. Solo quiero que sepas que, si decides quedarte, tendrás algo más que a mí. Tendrás esto. Un propósito. Un hogar.

Ella camina hasta el centro del establo y mira a su alrededor. Me acerco despacio, esperando su reacción. Su decisión.

—¿Cómo quieres llamarlo? —le pregunto, bajando la voz.

Se queda callada unos segundos eternos. Luego sonríe de esa forma que me hace pensar que el mundo sigue teniendo esperanza.

—Esperanza —dice al fin—. Porque eso es lo que quiero que encuentren aquí.

Le rodeo la cintura y la acerco a mí. Apoya la frente en mi pecho y susurra:

—Gracias, Talon.

—No, Parua. Gracias a ti por existir.

La beso en la coronilla y cierro los ojos. Y en este momento sé que, si el mundo se desmoronara a mi alrededor, mientras ella

estuviera conmigo… yo también podría volver a empezar.



CAPÍTULO 40

Dayra

La música se mezcla con las risas y el crepitar de las hogueras. El cielo se ha vestido de tonos anaranjados y morados, como si también quisiera celebrar. Nunca he estado en una fiesta como esta. No hay manteles largos ni trajes caros, pero cada gesto, cada mirada tiene un peso y una calidez que me sacuden por dentro.

Las chicas están aquí. Las veo sentadas en círculo, riendo con mujeres de la reserva. Algunas con trenzas recién hechas, otras con mantas tejidas sobre los hombros. Las observo y me doy cuenta de que están empezando a encajar. No del todo, no todavía…, pero lo suficiente como para respirar sin miedo.

Una de ellas —Marla, la castaña que apenas hablaba— está bailando con una niña que la lleva de la mano. Me sonríe al pasar junto a mí. Le devuelvo la sonrisa y siento que algo en mi pecho se relaja.

No todas se han quedado. Algunas, las más afortunadas, regresaron a sus familias. Pero otras… no tuvieron un hogar al que volver. Algunas fueron rechazadas, otras prefirieron no cargar con la vergüenza impuesta. Aquí, en la reserva, han encontrado otra forma de pertenecer. Otra familia.

Sakari se acerca con dos cuencos de madera. Me ofrece uno y me doy cuenta de que es estofado. Lo pruebo y cierro los ojos: está delicioso.

—¿Te gusta? —pregunta divertida.

—¿Qué lleva?

—Secreto ancestral —responde con una carcajada.

Si me llegan a decir hace unos meses que iba a asistir a una fiesta comanche en mi honor en una reserva en Estados Unidos, hubiera estado riéndome por días.

Nos sentamos juntas en un tronco y por un momento solo observamos. La comunidad. Las fogatas. El cielo estrellado. El ritmo

de los tambores, que marca el paso del tiempo como si fuera algo antiguo y sagrado.

—¿Alguna vez pensaste que acabarías de esta manera? —le pregunto casi en un susurro.

Sakari me mira de lado, con esa expresión suya tan sabia.

—Nunca. Pero cuando vi a mi marido, supe que mi camino ya no estaba con los míos, sino con él. A veces, el destino tiene otras ideas para nosotras. Lo importante es saber cuándo decir que sí.

Asiento, pero no respondo porque sus palabras me llegan más profundo de lo que esperaba, porque yo también tengo que decidir si digo que sí.

Entonces, una figura se levanta del centro del círculo. Es Wapeka, el jefe de la tribu. Con su largo cabello gris y sus ropas bordadas a mano, se impone con solo estar allí. El tambor se detiene. Las conversaciones se apagan.

—Hoy celebramos la vida —dice, su voz fuerte, firme—. Celebramos que el miedo ha sido vencido, al menos por un tiempo. Que nuestras hijas han regresado del infierno y están entre nosotros.

Un murmullo recorre el círculo.

—Pero también celebramos la llegada de una nueva hermana. Una mujer valiente. Feroz. Que arriesgó todo por salvar lo que no le pertenecía, y, sin embargo, lo hizo suyo.

Mi estómago se encoge. Sé que habla de mí.

—Dayra del Norte —me llama—. Ven.

Me levanto. Todos me miran. No estoy acostumbrada a esto. A ser el centro sin tener que disparar, mentir o correr. Camino hacia él. Mis pasos suenan más altos de lo que deberían. Me detengo frente a Wapeka. Me toma de la mano.

—Hoy, por derecho de sangre, valentía y compromiso, te reconocemos como hija del pueblo comanche.

Un suspiro colectivo me envuelve. Wapeka saca algo de un pequeño bolso de cuero. Es un colgante. Tiene forma de libélula, tallado en madera y con pequeñas cuentas turquesa en las alas.

—La libélula —dice— representa el cambio, la transformación y la sabiduría. No hay símbolo mejor para ti.

Me lo coloca alrededor del cuello. No puedo hablar. No puedo moverme. El nudo en la garganta me tiene atrapada.

—Gracias —logro decir, apenas audible.

Wapeka me abraza. Y entonces todos aplauden. Gritan mi nombre. Algunas de las chicas se acercan. Me rodean. Me tocan el colgante. Me sonríen con los ojos húmedos. Y por primera vez en años no me siento extranjera en ningún lugar.

—¿Cómo te sientes? —susurra Sakari cuando regreso a su lado.

Busco a Talon con la mirada, he sentido sus ojos sobre mí en todo momento.

—Como si, por fin, estuviera en casa.

Ella me aprieta la mano. Las llamas crepitan, los tambores regresan y el cielo estrellado me parece un techo perfecto para empezar de nuevo.





CAPÍTULO 41

Talon

No hay sonido más reconfortante que el de un caballo resoplando al sol de la mañana. Bueno, quizás el de Dayra riéndose, pero hoy tengo la suerte de escuchar ambos.

El rancho está más vivo que nunca. Las chicas que rescatamos se mueven entre los corrales y los establos con una mezcla de nerviosismo y curiosidad. Algunas jamás han estado cerca de un caballo, pero ninguna se ha echado atrás. Eso ya es un triunfo.

—Vamos a empezar con algo sencillo —les digo, alzando la voz lo justo para que todas me oigan desde el centro del picadero—. Nada de correr ni galopar, primero nos conoceremos unos a otros.

Mis palabras no están dirigidas solo a ellas, sino también a los caballos. Ellos sienten. Saben. Y hoy toca darles la oportunidad de sanar también.

Dayra está apoyada en la valla, observando con los brazos cruzados y una expresión que mezcla orgullo con un poco de esa desconfianza que nunca termina de irse. Me gusta verla así, vigilante, fuerte. Pero me gusta más cuando sonríe.

Wade me ayuda a repartir los cascos y las indicaciones básicas. Levi, que se ha involucrado en esto como jamás hubiera imaginado, ahora está entretenido ayudando a una chica bajita a subirse a un caballo que no para de mover las orejas.

Yo me acerco a Tuhka, que espera tranquilo junto al portón. Le acaricio el cuello y le hablo en voz baja, sabiendo que entiende más de lo que muchos humanos.

—Hoy vamos a hacer algo bonito, viejo. Tú y yo, como siempre.

Vuelvo la vista hacia Dayra.

—¿Subes conmigo?

Ella entrecierra los ojos.

—¿Es una orden?

—Es una invitación —respondo con una sonrisa torcida.

Duda solo un instante antes de trepar con agilidad hasta la valla y bajar al interior del picadero. Todos nos observan, incluso las chicas, que cuchichean entre ellas como si estuviéramos en una película.

Le tiendo la mano y Dayra la toma. Con un pequeño impulso, la subo conmigo sobre la silla de montar, justo delante. Tuhka ni se inmuta. Está acostumbrado a mis locuras y a ella. Quizá hasta la prefiere a mí.

—¿Así está bien? —murmura, sujetándose a mis muslos.

—Perfecto —respondo, y llevo las riendas con una sola mano para rodearle la cintura con la otra.

Empezamos a cabalgar despacio, dando vueltas amplias mientras las chicas observan. Aprovecho para explicarles cosas: cómo sentir el ritmo del animal, cómo usar las piernas, cómo dejarse llevar sin perder el control.

Pero lo que realmente quiero es esto. Sentirla tan cerca. Verla relajarse poco a poco, hasta que apoya la espalda contra mi pecho. Su cabeza roza la mía y cierro los ojos un segundo, respirando su perfume y el polvo del rancho. Es mi mezcla favorita.

Desde anoche, en la fiesta, la he notado diferente, me mira de otra forma, más relajada y feliz. La esperanza se está asentando en mi pecho muy rápidamente.

—¿Sabes? —le digo en voz baja—. Este establo, este sitio… no tendría sentido sin ti.

Ella no contesta. Solo se queda ahí, quieta, mientras Tuhka sigue su paso lento, como si entendiera que no hay prisa hoy. Que este momento es para nosotros.

Cuando volvemos a detenernos, la ayudo a bajar. Le ofrezco la mano de nuevo, pero esta vez hay algo más en ella.

—¿Qué es esto? —pregunta, mirando el pequeño llavero que le entrego.

—La llave del establo —respondo—. Simbólica, claro. Pero significa que este lugar también es tuyo. Que siempre tendrás un hogar aquí.

Ella baja la mirada al objeto. Es simple, de hierro envejecido, pero el colgante en forma de herradura brilla al sol.

—Talon…

—No tienes que decidir nada ahora. Solo quería que lo supieras.

Las chicas aplauden al fondo porque una de ellas ha conseguido hacer trotar por primera vez al caballo que lleva. Dayra parpadea, como si volviera a la realidad. Pero antes de irse, guarda la llave en el bolsillo de sus vaqueros.

Y sonríe.

—Tenemos que hablar —me dice, y lo hace en un tono que me deja claro que es importante.

Antes de que pueda decirle que vayamos a un lugar tranquilo, escucho el todoterreno del rancho llegar y la cara de Dayra cambia por completo a una de incredulidad y asombro.

Me giro y entiendo el motivo. Dayra da un par de pasos y se queda a mi lado mientras saluda a nuestros, por lo visto, nuevos invitados:

—¿Qué haces aquí, papá?



CAPÍTULO 42

Dayra

Mi padre llega hasta mí y me abraza como si Talon no existiera, pero yo lo tengo muy presente porque se ha convertido en mi mundo.

—Decidí ver cómo estabas, Mariposa —me dice sin soltarme, pero girándose para mirar a Talon.

—¿Sabe mamá que estás aquí?

—Por supuesto, ha venido conmigo, también Cadee y Keanan. Y alguien más a quien seguro quieres ver está por llegar.

No puedo preguntar a quién se refiere cuando Talon habla.

—Hola, Keyran —lo saluda formalmente Talon, y casi suelto una carcajada al ver lo tieso que está.

—Hola, Talon, ¿qué tal las corredoras de barriles? —suelta así, sin cortarse un pelo.

Talon alza una ceja y veo que esto no va bien, así que intervengo.

—Si te refieres a alguna de las rubias que ya conozco, pues no las he visto por aquí desde que llegué. Y sí, papá, sé que se acostaba con otras mujeres, y si las has visto en foto vas a reconocerme que están para follárselas.

Mi padre me mira entrecerrando los ojos. Sabe que no me gusta que se metan en mi vida, aunque eso a él ahora mismo parece importarle poco.

—Keyran —lo llama Talon para captar su atención—, ella es a la única que veo cuando miro hacia mi futuro.

Papá gruñe, pero asiente.

—Vamos, volvamos a la Casa Grande —me pide papá, y yo asiento.

Cuando entro en la sala, mi corazón se encoge un poco. Mamá llega hasta mí y me abraza. No sabía cuánto había echado de menos la paz que me trae estar entre sus brazos.

—¿Hay algo para mí? —pregunta tía Cadee, que se une al abrazo, y cuando siento un enorme peso que se añade sé que es tío Keanan.

—¿Y Liam?

Me extraña que mi hermano no haya venido.

—Se ha ido a Italia, Roma lo necesitaba y, por lo visto, hay cierta chica por allí que le llama la atención —me cuenta mi madre, y asiento.

No hace falta que me diga nada más, habla de la hija adoptiva de Nicola y Seren, aunque me preocupa que eso lo lleve a algo jodido, esa chica tiene una historia con el hermano de Lev, el marido de Nella. Espero que tía Fiore pueda intervenir si las cosas se ponen feas.

—Tu tío Cathal está por llegar en breve —me explica tía Cadee, y eso hace que frunza el ceño.

—¿Para qué va a venir? —inquiero extrañada.

—El tema con los Scalise es algo que hay que hablar con los de la Élite —explica el padre de Talon, y no tengo idea de lo que hablan.

—Nos intentaron vender algo que no debían —comenta Talon, llegando hasta mí y pasando su mano por mi cintura—, no queremos que la guerra llegue al rancho, por eso tenemos que parar esto antes de que comience. Los primos de mi padre, los Bianci de Nueva York, también van a venir.

—¿Vito y Flavio? —pregunto, recordando el nombre de dos leyendas de la Cosa Nostra.

—Sí, tenemos que ver si quieren ser parte de la Élite y ampliar así el dominio de nuestra organización en este continente —me aclara papá.

—Demasiada testosterona reunida —se lamenta mi madre, rodando los ojos.

—Ni te lo imaginas —interviene Sakari, que aparece con tazas de té para todos junto con kaku—. Los primos de mi marido son hombres maravillosos, pero son tan intensos como lo es un capo. Y mis sobrinos… bueno, son una familia increíble, pero voy a decir que son del tipo que generan problemas hasta en la fila del baño.

—Exageras —la corta kaku—, esos niños son adorables. Puede que sean de sacar el arma rápido, pero no tenemos ningún angelito

en casa precisamente.

Mira a Talon, que se hace el ofendido, y antes de que pueda contestar aparecen Teya y Levi peleando por algo de una hamburguesa vegana que según Levi es veneno de humanos.

—Chicos —los reprende Sakari—, tenemos invitados, comportaos, por favor.

—Oh —dicen ambos al mismo tiempo, y al verlos juntos me doy cuenta de lo mucho que se parecen a pesar de que cada uno tiene rasgos tan diferentes como lo son Harlan y Sakari.

Pasamos el día enseñándoles a mi familia el rancho. Talon no se separa en ningún momento de mí, y si no fuera porque mi madre está atenta a mi padre, este ya nos hubiera hecho caminar a cada uno en una punta como si fuéramos niños pequeños.

En el fondo es adorable que papá me siga queriendo como su pequeña mariposa por muchos años y mucha sangre que haya pasado.

Cuando cae la noche y tío Cathal aparece, no lo hace solo, tía Fiore está con él y corro a abrazarla.

—Ey, preciosa, ¿cómo estás? Me ha dicho tu madre que vas a convertirte en *cowgirl* —me suelta, guiñándome el ojo y dándole un repaso a Talon—. Lo entiendo.

Ambas nos reímos.

—¿Qué tal las primas?

—Bueno, las mellis volviendo loco a tu tío y la pequeña haciendo las cosas bien —se acerca y me susurra—, es peor que las mellis, solo que no la pillan.

Vuelvo a reírme y recuerdo que mis primas son una fuerza a tener en cuenta. Ninguna de las tres es hija de mi tía Fiore, pero las quiere como si lo fueran. Nunca ha hecho distinción entre su hija biológica y las que la vida le ha regalado.

Nos ponemos al día con lo que hacen sus hermanas. Seren y Ori siguen estando al mando en Italia para acabar con tíos que no merecen seguir viviendo. Me ha dicho que Liam está haciendo un trabajo increíble con Roma y que el padre de Ori lo quiere fichar. Y Nella, bueno, ella trata de sobrevivir a la tribu de hombres que tiene en casa.

Miro a mi padre, y espero que no se una a los italianos porque papá se va a quedar muy solo si ambos nos vamos.

Joder.

Este pensamiento tan natural me hace darme cuenta de algo: no necesito pensar en la decisión de quedarme o irme porque ya la he tomado.

Miro a mi madre, que a su vez está con los ojos sobre papá, y me doy cuenta del amor que le tiene, el respeto y la lealtad, y también me doy cuenta de que lo mira de la misma forma en la que miro a Talon.

Siento una imperiosa necesidad de decírselo, y estoy a punto de soltarlo delante de todo el mundo, pero no, esto es algo solo para nosotros.

—Necesito hablar contigo luego —le susurro a Talon, que se tensa.

—¿Quieres ir ahora?

—No, después, cuando todos duerman.

Me mira un segundo y en sus ojos veo una mezcla de incertidumbre y ¿miedo?

—Tranquilo, está todo bien, eso solo algo que tenía que pasar —le aseguro para que se quede tranquilo, y veo que mis palabras lo agitan más.

—Podemos pasar a cenar. Dottie ha preparado un asado con su receta de manzanas que os vais a chupar los dedos —asegura ima, y sonrío.

Voy a dirigirme hacia donde ahora van todos, pero siento que Talon me retiene. Lo miro y él mira a mi padre. Antes de que pueda pensar qué está pasando, me lanza sobre su hombro, saca un arma y apunta a las personas que más amo en esta vida.



CAPÍTULO 43

Talon

No tengo ni idea de por qué estoy ahora mismo haciendo lo que estoy haciendo. Simplemente, al oír a Dayra decirme que teníamos que hablar e insinuar que esto se acaba, ha jodido mi cabeza. Y mi buen juicio, porque, aunque he sido el primero en sacar el arma, no soy el único. Ahora mismo todos nuestros invitados están apuntando a mi corazón, salvo la madre y las tías de Dayra, que apuntan a mis pelotas.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo? —pregunta Dayra, revolviéndose en mi hombro.

La sujeto con fuerza porque no quiero que se caiga ni que se haga daño.

—No voy a dejar que te marches —le aclaro.

Kaku entra en ese momento en la sala y cuando ve el panorama me echa una mirada de las que dan miedo. Mi madre está a un lado, junto a mi padre, ninguno de los dos se puede creer lo que está pasando. Levi se ha puesto delante de Teya y apunta a todos y a ninguno. Son demasiados.

Noto de pronto un pequeño golpe en mi cabeza y veo una de las pastas que había en la mesa, junto al té, a mi lado en el suelo. Alzo la vista y veo que kaku me lanza otra.

—¿Qué haces, kaku?

—El idiota, como tú.

—Baja a mi hija o te pego un tiro —me amenaza Keyran, y en sus ojos, como en los de Keanan, veo que no les va a temblar la mano para hacerlo. Tampoco a Cathal.

—Esto es algo entre Dayra y yo, no quiero problemas, solo hablar con ella —les digo, guardando el arma.

No sé por qué la he sacado. Ellos siguen apuntándome.

—¿Alguien me puede contar qué pasa? —pregunta Dayra, que está de culo a todo el mundo. Me giro para que vea el panorama y casi puedo sentir como rueda los ojos.

—Mariposa, en cuanto le pegue un tiro ven hacia mí —le ordena su padre, y ella bufa.

—¿De verdad crees que no puedo soltarme sola? —se burla, y un segundo después usa mi cadera de apoyo para pasar una pierna por detrás de mi cuello y hacerme una llave en la que ambos acabamos en el suelo. Aunque yo en una postura bastante más vergonzosa que ella.

Se levanta y me da una mala mirada cuando trato de hacer lo mismo, así que me quedo en el suelo.

—Vámonos, no tenemos nada más que hacer aquí —gruñe Keyran, y no lo pienso permitir.

—¿Habéis acabado ya de mear sobre mi hija? —interrumpe la madre de Dayra, y su tía Cadee se coloca a su lado, Fiore, lo hace al otro.

Ima y kaku las flanquean.

—¿Pueden ser más tontos nuestros hombres? —pregunta ima, y papá pone cara de ofendido, pero no interviene.

—Dayra puede defenderse sola —dice Cadee—, pero creo que ella no quería bajarse de ahí. ¿Es así, sobrina?

—Yo la veía muy a gusto allí arriba —murmura Fiorella.

—Papá, Talon es un idiota, pero es mi idiota, lo amo. —Se gira hacia mí y, por primera vez, mirándome a los ojos me lo dice—. Te amo.

Me levanto del suelo y Keyran da un paso hacia nosotros apuntando hacia mí.

—No te merece —suelta, y asiento.

—Claro que no lo hago, nadie lo hace. Ni yo, ni Ty ni ningún puto hombre.

Keyran, Cathal y Keanan me observan, esperando lo siguiente que voy a decir.

—¿Sabes quién es Ty? —inquiere Keyran, y asiento.

—Es el idiota que le rompió el corazón a tu hija. —Veo la forma en que me mira y entonces me doy cuenta—. Y tú sabes perfectamente todo lo que ocurrió.

—¿Papá? —pregunta Dayra, y la mira bajando el arma. Todos lo hacen.

—Sí, Mariposa, sabía que estuviste con él y que te dejó en tu peor momento. Quise matarlo, pero tu madre me dijo que necesitabas lidiar tú con ello. Llevo años viéndoos a Liam y a ti joderlo.

Dayra mira sorprendida a sus padres, su madre sonríe y le da esa mirada de «soy tu madre, ¿de verdad crees que no lo sabía?».

—Yo no soy tan buen hombre como tú —suelto y, capto la atención de Keyran—. Jodió a Dayra, esa fue su sentencia. El tiempo que ha vivido después de eso ha sido prestado.

—¿Lo has matado? —me interroga el amor de mi vida y, a pesar de que no quería contárselo todavía, de que puede que me odie por ello, asiento.

—Sé que puedes encargarte de todo. Joder, me acabas de derrumbar y soy como tres veces tú, pero que puedas no significa que debas hacerlo. No estás sola. Te amo, eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, a la que quiero perseguir para saborear sus labios y con quien quiero tener hijos que crezcan en este rancho. Si alguien te jode, ya sea que te quedes conmigo o te vayas, te aseguro que no vivirá un día más para contarlo.

Escucho a las mujeres soltar un Owww y a los hombres asentir, pero la que me importa es Dayra.

—Gracias —dice mi mujer, mi parua, y me besa.

La abrazo y la atraigo contra mí porque necesito sentir su cuerpo contra el mío.

—¿Cómo de jodido es que esto me parezca romántico? —escucho a Teya decir, y todos nos reímos.

Supongo que compartimos tara mental.

—Entonces, ¿qué hacemos a partir de ahora? —le pregunto a Dayra, mirándola a los ojos sin dejar de abrazarla.

—Ahora tienes que tratar de ganarte a mi padre porque no va a estar feliz cuando se dé cuenta de que me quedo aquí contigo.

Mi corazón se salta un latido y después se acelera, puedo escucharlo como si fuera el galopar de Tuhka, salvaje y desbocado.

—Lo haré porque no puedo pensar en no estar junto a ti. Pienso ponerte un anillo en cuanto te despistes —le digo, y sonríe.

—No tan deprisa, vaquero, nací para ser libre.

La miro, le beso la punta de la nariz y niego con la cabeza.
—No, mi amor, tú naciste para ser jodidamente salvaje.



EPÍLOGO

Dayra

Me siento despacio en la mecedora del porche. Ya no me resulta tan fácil como antes, la edad no perdona, pero es un placer que no puedo dejar: leer mientras espero que el amor de mi vida vuelva a casa de domar un caballo.

Miro el limonero que hay frente a la Casa Grande, lo plantamos cuando nacieron nuestros hijos; por lo visto, lo de tener gemelos es algo común en la familia de mi marido y tuvimos la suerte de ser bendecidos con un par.

Veo a mi madre salir con ima y Dottie, las tres se han hecho grandes amigas, ahora están tratando de que Teya venga a pasar una temporada. Desde que se fue a Europa a vivir la echo mucho de menos, aunque Levi sé que más. Papá no quería venir a vivir aquí, pero no pudo resistirse cuando le hice abuelo. Dejar Irlanda ha sido duro, pero sé que ama más estar con nosotras. Además, Liam necesitaba que le dejara el espacio preciso para poder tomar las riendas de la organización. Se me hace raro pensar en él como la mano derecha de la mafia irlandesa, aunque más raro fue cuando mi prima se hizo la heredera del trono de mi tío Cathal.

—¿Dayra? —escucho a Talon, que me llama desde dentro de la casa y sonrío.

—Aquí.

Sabe perfectamente dónde estoy y en segundos aparece por la puerta con una limonada fría y su cara de «ya sabes lo que me pone el sabor a limón en tus labios».

—¿Qué tal el caballo nuevo?

—Bien, no será fácil, pero tampoco difícil. Croqueta me ha ayudado mucho.

—Mi viejo amigo —sonrío—. Mika me ha dicho que ha superado bien la gripe equina.

Tuve miedo de perderlo, ya es mayor y sé que no nos queda mucho tiempo juntos.

—Es tozudo como su dueña.

—¿Y qué tal el refugio? Ima me dijo que necesitaban arreglar algo del baño —le pregunto, y pienso en kaku.

Ella nos dejó hace unos años, murió rodeada de todos nosotros en la reserva y está enterrada en el cementerio del rancho. La voy a ver cada semana para contarle cómo nos va. Sé que Harlan también lo hace cuando no está con papá cazando en medio del monte.

—Ya está todo revisado. Los chicos lo han apañado bien. Wade ha revisado todo aprovechando que su mujer lo echó de casa por idiota. Aunque, como siempre, solo duró una noche fuera.

Nos reímos. Wade y Mika son inseparables, pero no pueden pasar un día sin discutir.

Nunca pensé en que lo que empezó como una venganza, la búsqueda de algo malo, acabara de esta manera. Han pasado años y hemos podido ayudar a muchas mujeres. Algunas se han quedado con nosotros, otras, como Ayana y su hermana, nos visitan a menudo para que sepamos que siguen bien. Los caballos que rescatamos vagan libres por el rancho y ayudan mucho cuando llegan chicas nuevas, tienen una conexión que solo entienden los comanches, pero que yo puedo sentirla en cuanto los veo.

—¿En qué piensas, Parua? —me pregunta Talon, ayudando a levantarme para después abrazarme y besar mi cabeza.

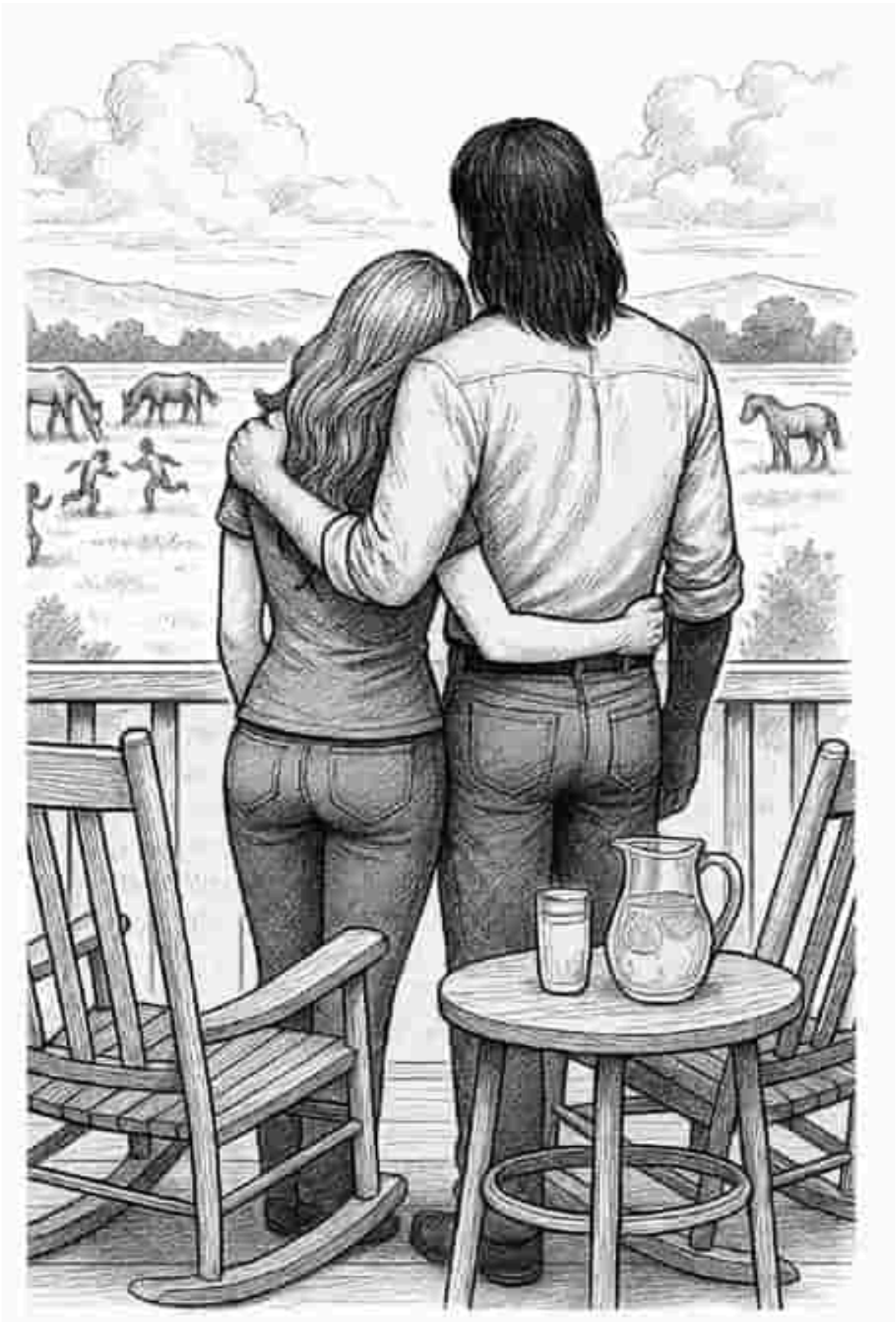
—En que hemos construido un hermoso mundo en el que vivir.

Talon asiente y se separa un poco para mirarme a los ojos.

—Mi mundo es hermoso porque tú estás en él.

Baja su boca sobre la mía y saboreo el limón en sus labios. Sonrío y disfruto de todo lo que tengo mientras noto la libélula sobre mi pecho, la que Wapeka me regaló y la que se convirtió en mi símbolo. Nací siendo una mariposa, pero después de ser libre, aquí, junto a Talon, me convertí en la libélula salvaje que soy, una feliz y agradecida de que la vida me haya dado tantos regalos.

Hasta el final de mis días, siempre libre, siempre salvaje.



¿Y AHORA QUÉ?

Pasa la página y descúbrelo

Continuamos con...

MAFIAVERSO

By RachelRP





He pensado mucho en cómo continuar con este Mafiaverso que me tiene tan enamorada. Hay tantos personajes a los que les dedicaría un libro que no sé por donde empezar. Aunque el destino ha hecho que la elección sea fácil.

Os voy a presentar a los Bianci, mafiosos de Nueva York, gemelos y tan tarados como cabría esperar de uno de mis personajes.

Ellos estuvieron en una editorial que lamentable ha cerrado y ahora que los tengo de nuevo conmigo pues os los quiero presentar.

Para que os situéis, ellos son de la generación de las hermanas Farnese, de Roma, del Amo y de Texas, por lo que es probable que los veais en algunos de sus libros.

Como os he dicho, ya han estado publicados, pero van a salir en una edición nueva solo por Amazon, pero os prometo que va a ser especial y en breve os enseñaré a qué me refiero.

Son 4 libros, cada uno con un hombre intenso de moralidad gris, de esos que tanto nos gustan. Irán saliendo con unos veinte días de diferencia así que no os despistéis porque el primero lo vais a tener en octubre.

Y como es mejor mostrarlo que contarlo, os dejo los dos primeros capis del primer libro. ¿Por qué dos?

Porque quiero que conozcáis a Idara… Vais a ver lo que es una tormenta en medio del salón jajajajaja

Después de leerlos os dejo la portada de forma exclusiva para vosotras y la sinopsis.

CAPÍTULO 1

Vito

Flavio y yo caminamos por el pasillo de nuestro club de striptease revisando que todo esté preparado para la reunión. Francesco Benutti no tardará en llegar y debe estar todo a punto para ese momento. Hay más seguridad que de costumbre, no es que nos haga falta, pero esto se trata de demostrar el poder sin sacar el arma.

Una vez tenemos todo listo, vamos a nuestro despacho y esperamos junto a nuestro ejecutor, Adriano, la llegada del capo de Canadá de la rama de la mafia denominada 'Ndrangheta. La Cosa Nostra de la Costa Este ha colaborado durante años con ellos, aunque jamás nos hemos visto, porque ninguno de los dos bandos quería abandonar su territorio para reunirse. Ahora eso ha cambiado.

—¿Qué creéis que quiere el viejo Francesco? —pregunta mi hermano Flavio, sirviéndose una copa de whisky.

—No lo sé, pero me queda claro que si es él quien se arriesga a venir a nuestro territorio, es él quien necesita nuestra ayuda para algo.

—Mis contactos me han dicho que puede querer hacer una alianza ahora que está viejo —interviene Adriano, revisando sus armas.

Un golpe en la puerta nos alerta a los tres. Flavio y yo nos situamos tras la gran mesa, ambos sentados en un gran sillón. Adriano ocupa su lugar entre nosotros, de pie, defendiendo nuestra espalda. Acomodo mis armas en las fundas que llevo sobre mi chaleco, no las oculto, me gusta que sepan que no estoy jugando. Mi hermano luce exactamente igual que yo.

—Adelante.

La puerta se abre y Francesco Benutti aparece tras ella. Miro al hombre que aterrorizó a Canadá y veo a todo un capo de la

‘Ndrangheta de la vieja escuela, pero los años no pasan en balde para nadie, y se nota que él lleva vivo demasiado tiempo.

—Flavio y Vito Bianci, por fin nos conocemos en persona.

Le indico con la mano que se siente en la silla frente a nosotros. Sus dos hombres de confianza, que lo acompañan desde hace cuarenta años, lo flanquean a ambos lados.

—¿En qué podemos ayudarte? —pregunta Flavio, recostándose en su sillón.

—Directo, como tu padre.

Me tenso, no me gusta que nos comparen con él.

—¿Y bien? —le insto a seguir.

—¿Flavio? —pregunta, mirándome.

Mi hermano y yo sonreímos. Somos gemelos idénticos y nadie desde nuestra madre ha sido capaz de distinguirnos si nos lo proponemos. Vestimos igual, nos peinamos igual y tenemos los mismos tatuajes. Una decisión estratégica que tomamos hace años y que nos ha servido para llegar a lo más alto de la Organización, además de ser los primeros Capo di Tutti que gobiernan la familia juntos. Mi padre pensó que tener gemelos era un lastre, le demostramos que es una ventaja.

—No importa quién es quién, ambos somos uno —contesta mi hermano, sonriendo.

—Tenéis razón —toma una larga respiración y continúa—: El motivo por el que estoy aquí es que me hago viejo.

—Creo que ese tren ya ha zarpado —le corta Flavio.

Me río porque mi hermano es incapaz de contener su lengua.

—Cierto —sonríe Francesco—. Sé que tanto mis hombres leales como yo somos demasiado mayores para seguir en esto, y ya empiezan a llegar noticias de traición a mis oídos.

—¿Quieres que te ayudemos a matar a tus ratas? —pregunto, alzando una ceja.

—No —niega con la cabeza—, matarías una y saldrían tres.

Esto es así, es ley de vida.

—¿Entonces? —Empiezo a impacientarme.

—Creo que me he ganado una jubilación tranquila, aunque eso no pasará si el que ocupe mi puesto me ve como una amenaza.

Flavio y yo asentimos.

—He pensado que vuestro primo Dante puede ser mi sucesor.

Miro a mi hermano confundido. Dante es parte de la famiglia de la Cosa Nostra de Canadá, pero solo es hijo de un caporegime, un jefe de soldados, no está en la línea de sucesión, siquiera cerca.

—Por vuestras caras veo que no os esperabais algo así.

—No, no entiendo por qué harías que nuestra famiglia tuviera también el control de Canadá. Controlaríamos la Cosa Nostra y la 'Ndrangheta.

—Por mi vida y la de mi nieta.

Ahora las cosas empezaban a encajar.

—Isabella es lo único que me queda de mi hijo. Como sabéis, él y su mujer fueron asesinados hace años y yo me hice cargo de mi nieta.

Asentimos. Recuerdo haber leído la noticia, éramos poco más que niños. Aunque no recuerdo a su nieta.

—Así que, si aseguramos su vida y la de su nieta, Canadá será de los Bianci —trata de confirmar Flavio.

—Sí, pero para eso ella deberá venir aquí hasta que las cosas se calmen y el traspaso de poder se haya completado.

—¿Quieres que tu dulce nieta viva con nosotros? —pregunta Flavio divertido.

—Sé que podéis ser caballeros, aun así, no vendría sola, la acompañaría Idara Giordano.

—¿Giordano? —pregunta Adriano tras de mí.

Hasta ahora no había intervenido, y no suele hacerlo, por lo que su pregunta me interesa.

—Sí, la hija del cascittuni Alesio Giordano.

—¿Quieres que metamos bajo nuestro techo a la hija de un traidor de la omertá? —pregunto confundido. No sé si reírme o sacar mi arma y pegarle un tiro en la cabeza por la falta de respeto.

—Él fue quien nos traicionó, su hija, no. Es una buena chica, se ha criado con su tío Carlo, mi consigliere, le debo este favor. Él fue quien destapó a la rata de su cuñado y parece que quiere a la chica como esposa una vez que todo esté hecho. Por supuesto, Carlo seguiría en su cargo junto a vuestro primo hasta que ya no sea válido para llevarlo a cabo.

—Espera, porque creo que no me he enterado bien —interviene Flavio, sacando su arma y dejándola sobre la mesa, esto se pone interesante—. ¿Tu consigliere quiere casarse con su sobrina? Joder, qué asco.

—No es su sobrina como tal, es la hija del hermano de su mujer, no son familia por sangre.

—¿Y qué dice su mujer al respecto? —pregunto con curiosidad.

—Murió hace años.

—Aun así, es asqueroso —sigue diciendo Flavio—. Son familia, seguro que es algún tipo de incesto.

—No es mi decisión juzgar eso, Dios lo hará. Además, por lo que sé, no es precisamente una chica inocente, sí sabéis a lo que me refiero.

—¿Nos estás ofreciendo a la chica para que juguemos? —pregunta Flavio divertido.

—Si es lo que queréis, no os detendré. Mientras regrese a casarse con Carlo, lo que pase aquí se queda aquí. Sin embargo, con mi nieta sí que pido respeto como la mujer de buena familia que es.

—Tenemos que pensarlo, Francesco, te daremos una respuesta en el menor tiempo posible —digo, levantándome del sillón y tendiendo mi mano.

Quiero dar por terminada esta reunión, necesito hablar con Adriano y Flavio para tomar una decisión sobre esto: si aceptamos,

podríamos cambiar el curso de la historia de nuestra famiglia.

—Espero tener noticias vuestras.

Aprieta mi mano y mira a mi hermano, él no es tan diplomático como yo y no le ha gustado nada esta situación, así que sigue recostado en su silla con la mano puesta sobre el arma encima de la mesa.

El capo lo mira y sonríe, se gira y se va. Una vez la puerta se cierra, mi hermano salta el primero:

—Pero ¿qué cojones estaba diciendo este viejo?

Adriano y yo nos reímos.

—Al menos esta vez ha esperado a que se fuera —se burla Adriano.

—¿Creéis que la cosa iba en serio?

—Todo apunta a que sí, jefe, las cosas no han estado bien en Canadá y no dudo que más de uno esté planeando el asesinato de Francesco en estos momentos.

—¿No lo habéis oído? ¿Casarse con su sobrina? —insiste Flavio —. Esa gente no es de fiar si se follan a las mujeres de su familia.

—Cálmate, Flavio, ni siquiera sabes si se la folla; y si lo hiciera, no es de tu incumbencia. ¿Qué sabemos de las chicas? —pregunto a Adriano, que ya ha buscado todo lo que le estoy pidiendo.

Es un genio con los ordenadores y la información es un arma que maneja igual de bien que su pistola o su cuchillo. Nosotros no nos movemos en internet, eso es para almas blandas, nuestro lugar es la darknet, allí ocurre todo lo que nos interesa y allí está todo lo que buscamos. Nuestra jerarquía es un tanto diferente a la tradicional, siendo dos Capo de Tutti no tenemos consigliere, lo somos el uno del otro, pero si sottocapo, Adriano, que se ocupa de la parte de seguridad. Aunque también de la que no lo es, ocupa el cargo de mano izquierda y derecha a la vez. Ejecutor y consejero.

—Isabella es la única nieta de Francesco, diecinueve años, toda una dama de la sociedad canadiense. Dejó sus estudios para

dedicarse básicamente a vivir. Delante de las cámaras es la mujer perfecta.

—¿Y detrás?

—Digamos que Francesco ha tenido que pagar mucho dinero para evitar que salgan fotos de su niña en muy malas condiciones.

—Genial —le corta Flavio, rodando los ojos—. Una niña de papá, tienes claro que intentará atraparnos a uno de nosotros, ¿verdad?

Sonrío.

—Sí, sería la situación perfecta para su abuelo, lo haría intocable y a ella la mujer más poderosa de la *famiglia*. Seguro que se le ha puesto dura al viejo de pensarlo.

Los tres nos reímos.

—Si está buena, igual me la follo —se burla Flavio.

—Intenta tener a tu amiguito en los pantalones, no querrás que te obliguen a casarte si le quitas su virginidad.

—Por lo que sé —contribuye Adriano—, en Canadá no les importa si sus mujeres llegan vírgenes al matrimonio.

—Tendremos que averiguar si la dulce Isabella juega con los chicos grandes —dice mi hermano, buscando en su móvil una foto de la chica en cuestión.

Sé el momento exacto en que la encuentra, su cara lo delata, le ha gustado.

—¿Qué hay de la otra? —pregunto mientras mi hermano sigue buscando fotos de la nieta de Francesco.

—Idara Giordano tiene casi veinte, fue acogida por su tío Carlo Calcetti cuando este destapó lo de su padre. Ella no sabe que fue él quien lo traicionó, era demasiado pequeña.

—¿Edad?

—Diez años.

—¿Qué más sabes?

—Estudia en la universidad la carrera de Historia del Arte, es la mejor de su clase —lee el informe a la vez que me lo está contando,

pero sus ojos se detienen en algo.

—¿Qué ocurre?

—Cuando pasó lo de su padre, le dieron la oportunidad de cambiar de apellido como a toda su familia para que la mancha de su progenitor no cayera sobre ella, es la única que no quiso, aunque trataron de obligarla.

—¿Cómo? —Flavio había vuelto a nuestra conversación.

—La obligaron a presenciar la tortura y muerte de Giordano. Solo si accedía a renunciar a su apellido, dejarían que se fuera: era un castigo para su padre que la adoraba desde que su mujer murió. La chica se mantuvo firme.

—Por lo que sé, la gente de Francesco no es muy agradable torturando.

—No, no lo son.

—¿Me estás diciendo que una niña de diez años fue leal a su apellido a pesar de tener que presenciar la tortura de su padre?

Estoy sorprendido, las mujeres que conozco ni siquiera toleran la sangre que traen sus maridos en la ropa cuando llegan a casa, no imagino a una niña en medio de eso.

—He encontrado un vídeo de la chica en una de las salas de tortura en la *darknet*.

Adriano enciende la televisión del despacho y conecta su móvil por *bluetooth*, lanza el vídeo y los tres lo miramos callados. Es de baja calidad, aunque puede verse a una niña morena, de pelo largo, con un vestido blanco cubierto de sangre, de pie en una sala llena de plástico. Frente a ella un hombre en el suelo de rodillas, con la cara deformada y sangre en cada centímetro de su piel, sujetado por dos tipos que lo mantienen en su sitio. La niña está llorando y retuerce sus manos en su vestido.

—Míralo —dice un tipo fuera de cámara—, míralo de cerca.

Ella da unos pasos hasta quedar a menos de un metro del hombre ensangrentado.

—Él nunca más te oirá llamarlo padre.

Y dicho esto, un hombre se acerca, le gira la cabeza al tipo y le corta la oreja. La sangre sale disparada hacia la niña que llora más fuerte, pero no se aparta. El tipo se gira y sostiene la oreja frente a la cara de la niña.

—¿De quién eres hija? —le pregunta el hombre moviendo el trozo de carne frente a su cara.

—Mi padre es el Sol y mi madre la Luna —llora desconsolada.

—No me jodas, ¿acaba de recitar la respuesta que se le da a la Policía en los interrogatorios? —pregunta Flavio fascinado.

—¿Quién es ese hombre? —sigue el tipo, señalando al que es más cadáver que persona.

—Mi padre, Alesio Giordano.

—¿Y cómo te llamas tú?

—Idara Giordano.

Adriano para el vídeo en su móvil y los tres permanecemos callados, mirando la pantalla, la imagen congelada de la niña llorando no es lo que más me llama la atención sino la duración de la película, cuatro horas y media.

—¿Nunca rechazó a su padre?

—No.

Adriano apaga la televisión y los tres nos miramos. La familia es lo más importante, ya sea la de sangre o por elección, sin ella no seríamos nadie. La lealtad nos une y nos hace más fuertes. En esta habitación se hallan los únicos hombres en los que confío mi vida plenamente.

—¿Qué pensáis?

—Tuvo más huevos que muchos hombres que conozco —contesta Flavio—, pero bien podría ser una trampa.

—Yo también lo creo —se une Adriano—. Una persona tan leal merece mi respeto, aunque puede que ahora su lealtad esté con Francesco y la envíen como cebo.

—¿Y qué hay de la supuesta boda con su tío?

—Podría ser todo mentira para tener una excusa para mandarla aquí, no creo que, aunque no sea virgen, Carlo accediera a que vosotros os la follarais si la quiere como su mujer. No sería lógico que hiciera eso —divaga Adriano.

—Quizá él no lo sepa, puede que esa oferta sea de Francesco y como su consigliere debería aceptarlo — comento.

—Es otra opción.

—Puede que Carlo lo sepa y le dé igual —interviene Flavio—. Pensadlo: si mandan a la nieta sola, quedaría mal; no pueden mandar a una fea con ella porque sería evidente su plan; sin embargo, mandar a una guapa puede joderles su propósito. ¿Qué es lo mejor? Enviar a la hija de un traidor que además está apalabrada para otro, de esa forma la nieta tiene dos blancos y nosotros solo podemos fijarnos en una porque la otra está prohibida.

Pienso en las palabras de mi hermano y muevo la cabeza.

—Eres jodidamente retorcido, pero tu explicación tiene mucho sentido.

—Lo sé —contesta con un aire engreído y una sonrisa que tiene ensayada para usar junto a ese tono.

—Bien, entonces, ¿qué hemos sacado en claro? — pregunto, y Adriano contesta rápidamente.

—El viejo Francesco tiene claro que cualquier día se despierta con un cuchillo clavado en su corazón. Nos ofrece que nuestro primo Dante herede su posición como capo de Canadá a cambio de protección para él y su nieta, y que su *consigliere* conserve su puesto.

—Eso habrá que verlo, no me fío de un tipo que quiere follarse a su sobrina, aunque no sea de su sangre —interviene Flavio.

Asiento porque estoy de acuerdo.

—Bueno, y que está claro que Francesco quiere seguir con el poder en la sombra a través de su nieta y los pequeños bastardos que planea que ella tendrá con uno de vosotros… O con los dos.

Adriano se ríe y Flavio y yo le damos un puñetazo en el hombro.

—Creo que merece la pena el trato.

—Sí —afirma Flavio—, es una oportunidad única, y nuestro primo Dante es cercano a nosotros, sé que será leal y que podrá llevar el peso de la famiglia allí.

—¿Qué haréis con las chicas? —pregunta Adriano mientras veo a Flavio buscar a Idara Giordano en internet.

—Lo que hemos dicho puede que sean todo suposiciones vacías, lo primero será descubrir las intenciones de que las chicas vivan con nosotros, y la mejor forma de hacerlo es que cada uno de nosotros dedique un poco de tiempo a una de las señoritas. Si se entregan rápidamente, tendremos nuestra respuesta.

—Y si no tienen malas intenciones, pues nos habremos follado a dos preciosidades —se burla Flavio—. Me pido a Idara, quiero ver este tatuaje de cerca.

Mi hermano me pasa el móvil y veo una foto de un tatuaje de un sol y una luna enlazados. Están junto a las costillas dibujados y ocupan todo el costado de la chica. Disminuyo la foto para ver a la dueña de dicho tatuaje y compruebo que sigue siendo morena. En la foto tiene un bikini de triangulo normal y está sobre los hombros de un tipo en una pelea en el agua, en lo que parece una fiesta en una piscina.

—Tiene un cuerpo que quiero lamer entero —declara Flavio, pasando a la siguiente foto donde está de pie secando su pelo junto a la piscina.

—No te involucres de otra forma que no sea para descubrir sus intenciones —le advierto.

Puede que mi hermano elija a las mujeres con las que folla solo por sus físicos, yo también lo hago, pero la mirada que tiene sobre la foto de esta chica me dice que no es solo lujuria, hay admiración, y ese es el primer paso hacia los problemas.

—Tranquilo, dejaré que mi cobra se haga cargo de todo — me contesta tocando su entrepierna.

Ruedo los ojos y Adriano se ríe.

—¿Qué hacemos, jefes?

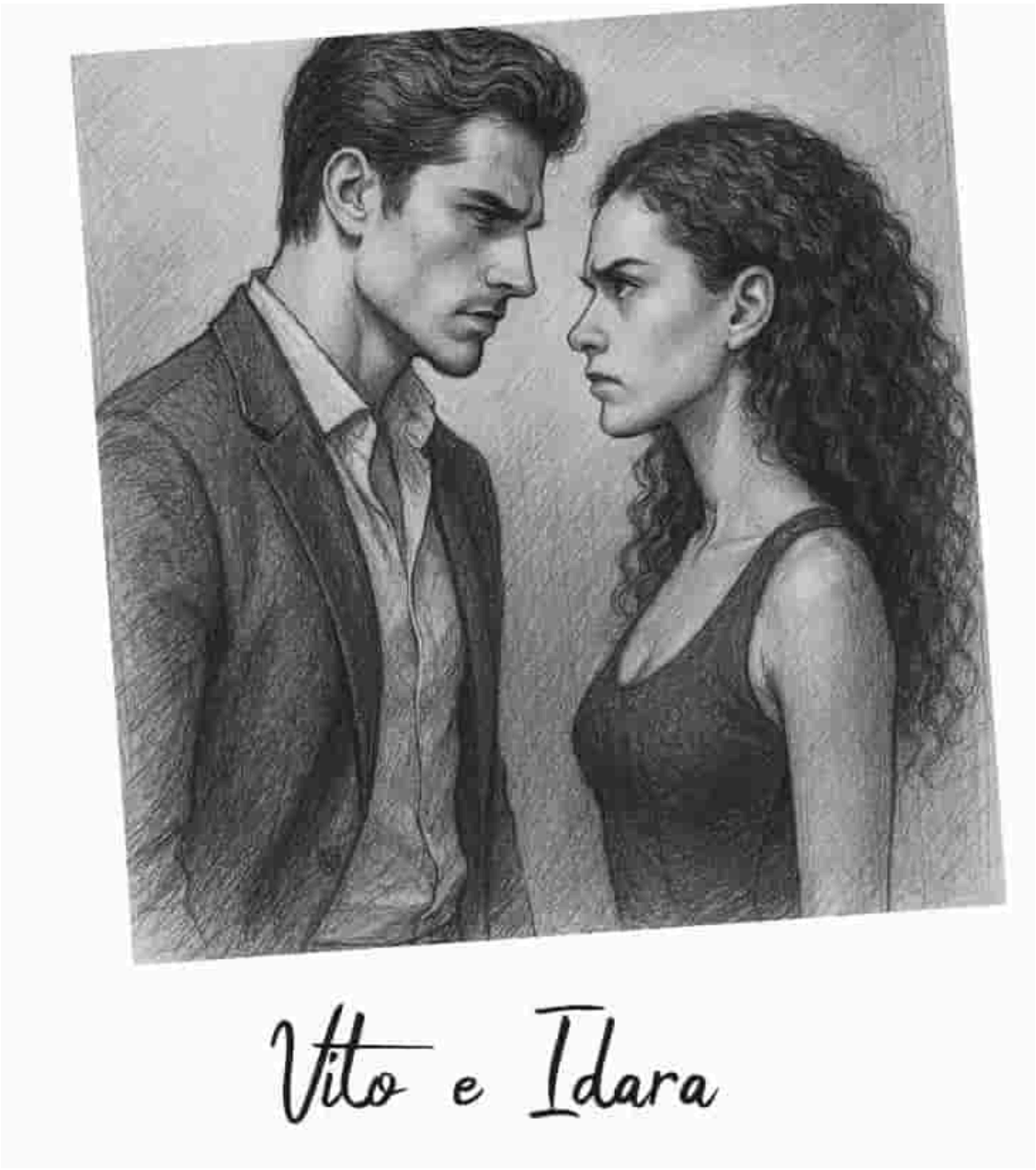
—Yo creo que deberíamos aceptar. Si luego vemos que es algún tipo de trampa, mataremos a Francesco y a toda su pandilla del asilo —contesta Flavio tranquilamente.

Miro la foto de Idara en el móvil, realmente quiero conocer a la niña que he visto en ese vídeo, espero que esto no se convierta en un problema.

—Espera dos días y avisa a Francesco de que estaremos encantados de recibir a sus chicas en nuestra casa.

CAPÍTULO 2

Idara



Me despierto sudando como todos los días, desde hace casi diez años, a las cinco de la mañana.

Cada noche la misma pesadilla, cada noche la misma angustia. Retiro las sábanas y me levanto, necesito despejarme y empezar el día. El capo y tío Carlo quieren verme hoy, pero no me han dicho el motivo. No recuerdo haber hecho nada por lo que tengan que llamarme la atención, salvo por el hecho de que uno de sus soldados decidió que podía tocar lo que quisiera sin mi permiso, le enseñé que no. Tengo prohibido por mi condición de Giordano el uso de armas, ya sean de fuego o blancas. Lo único que me permiten es la pequeña navaja que siempre llevo conmigo, ya que no es tan grande como para llamarla arma, aunque sí lo suficiente como para que si se la clavo en la mano a un tipo que se intenta sobrepasar, le duela.

Me visto con mi ropa de deporte y salgo a correr antes de desayunar, como todas las mañanas. Mi tío Carlo aún duerme, y para cuando vuelva, ya se habrá ido. A veces pienso que debería buscarme mi propio lugar, vivo con él desde que mis padres murieron. Mis tíos me acogieron, aunque cuando mi tía murió en un accidente de coche, solo quedamos tío Carlo y yo. Es muy sobreprotector y no le gusta que hable con chicos, no es como si eso fuera fácil en mi situación. En la universidad saben que mi familia pertenece a la mafia, por lo que no se acercan, y los chicos de la Organización me miran con asco debido a que aún soy una Giordano, la última para ser exactos. Lo más sencillo sería irme de aquí, incluso del país, dejar Canadá y empezar una nueva vida lejos de todo esto, donde mi apellido pueda usarlo con orgullo. Pero no es tan fácil, les pertenezco hasta que decidan que ya no es así, espero que el capo que sustituya a Francesco me deje marchar.

El Centennial Park está hoy muy tranquilo, las hojas de los árboles ya anuncian la llegada del otoño y las pocas personas que me cruzo paseando al perro llevan puesto un jersey.

Corro durante más de dos horas y luego me voy a casa para prepararme, la reunión con el capo y mi tío es en una hora. Me ducho y cambio el vendaje de mi pierna. Cuando le clavé la navaja al soldado en su mano, me pasé de fuerza y acabé no solo traspasando su mano, también hundí el filo en mi muslo. Me pongo algo sencillo, como siempre, unos vaqueros, camiseta de manga larga y

deportivas, cojo mi bolso y voy a la residencia del capo, donde me han convocado. Cuando llego, todos me miran mal, para variar, así que los ignoro. Muchos ni siquiera me conocían en esa época, la mayoría son demasiado jóvenes como para haber conocido a mi padre en activo, pero el odio es heredado en esta famiglia, qué suerte la mía.

—Tengo una cita con Francesco ahora —le comunico al soldado de la puerta para que me deje pasar dentro de la casa.

—Habla con más respeto de tu capo —contesta indignado. El capo Francesco Benutti fue quien dio la orden para todo lo que pasó con mi padre, su tortura y su muerte, creo que por eso ha tratado de compensármelo toda mi vida y me ha tratado como a una sobrina en vez de como a la hija de un traidor. Aún no sé quién lo delató, sé que está cerca, de otra forma nunca hubiera sabido todo lo que mi progenitor hizo. No tengo claro qué pasará el día que me entere de quién es el culpable, a veces pienso en venganza, otras solo en olvidar.

—La puta Giordano ha venido a visitarnos por lo que veo —oigo decir tras de mí a uno de los capitanes de la `Ndrangheta.

Marco Veluccio tiene un par de años más que yo y cree que el mundo debe agacharse y chupársela, está tan encantado de conocerse que no dudo que se la machaca frente al espejo.

—Deberías aprender más insultos, hay un montón como para limitarte solo a puta —le contesto con una dulce sonrisa.

—Perra, zorra, rata. ¿Qué te parecen esos?

Los hombres a su alrededor se ríen.

—Si estuviéramos en primaria, creería que son todo un logro, pero… Bueno, mejor aplazamos esta conversación hasta que consigas sacarte el graduado y adquirir un vocabulario más extenso.

Marco me mira con rabia y sé que me estoy ganando una bofetada de su parte, no sería la primera ni la última, pero mi boca es más grande que mi instinto de supervivencia.

—Extenso significa amplio —le aclaro y veo como alguno de sus hombres se ríe.

Marco levanta su mano y lo miro esperando el golpe, la puerta tras de mí se abre y los hombres se cuadran, me giro y veo al capo y a su consigliere, mi tío Carlo.

—Me ha parecido oírte Idara —dice el capo, mirando a Marco y a mí—. ¿Todo bien?

Veo por el rabillo del ojo cómo Marco baja su mano. Mi tío me da una mirada de advertencia, no le gusta que me meta en problemas, y menos en casa del capo.

—Sí, tan solo compartía con tu capitán los beneficios de recibir una educación adecuada.

Francesco se ríe, así que parece que hoy está de buen humor. Pasa un brazo por encima de mis hombros y me conduce dentro de su casa. Es por estas cosas que los hombres no son más duros conmigo, saben que el capo me tiene en cuenta, aunque no saben si es por lastima o por estima hacia mi tío. Yo creo que es una combinación de ambas.

—Vayamos al salón, Isabella nos espera allí.

Miro a mi tío buscando algo de información, pero él todavía está hablando con Marco, por lo que me limito a ir con Francesco hasta donde se encuentra la perra de su nieta. Nunca nos hemos llevado bien, digamos que es todo lo que yo debería de haber sido si mi apellido no hubiera sido tachado de traidores, y le encanta dejarme claro que no soy más que basura a su lado.

—Isabella, querida, deja el teléfono —le pide su abuelo, ella le sonríe hasta que me ve.

Me siento en el mismo sofá, pero cada una en una punta, no quiero ni tocarla si no es necesario. En el pasado hemos tenido nuestros momentos buenos, aunque las últimas veces hemos sido más de tirarnos del pelo que de darnos la mano.

—Abuelo, ¿qué hace esta perra aquí?

—Caramelito, compórtate, necesito pediros algo a ambas como capo —le advierte, y ella me da una mirada sucia mientras le saco mi dedo del medio.

—Idara —me reprende mi tío desde la puerta del salón.

—Lo siento —me disculpo de una forma vacía y carente de emociones.

—Bueno, será mejor que empecemos —dice Francesco, sentándose frente a nosotras. Mi tío hace lo mismo a su lado

—. Me hago viejo, y sabéis que cuando eso le ocurre a un capo, la probabilidad de que haya un golpe para arrebatarme el puesto es muy alta.

—Abuelo, eso no te pasará a ti, eres fuerte y duro, te tienen miedo.

—He hecho cosas en el pasado que han marcado mi mandato en esta famiglia —me mira cuando lo dice, todo el mundo lo recordará siempre por lo sucedido con mi padre y conmigo—, pero la sangre nueva es más ambiciosa que temerosa.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —pregunto no entendiendo qué hago en esta conversación.

—He decidido hacer una retirada pacifica de mi cargo y cedérselo a Dante Bianci.

Frunzo el ceño, insegura de haber entendido bien lo que ha dicho.

—¿Dante Bianci? —pregunto para cerciorarme. Tanto mi tío como Francesco asienten.

—¿Quién es? —pregunta Isabella a mi lado.

Ruedo los ojos porque me parece increíble que la única nieta del capo di Tutti de la `Ndrangheta no sepa quiénes son las personas importantes de esta ciudad.

—Es el hijo de un caporegime de La Cosa Nostra, de la rama que tienen aquí en Canadá. Nadie demasiado importante, pero quienes lo conocen le son leales —le contesto y luego me giro para hablar

con mi tío y el capo—. No entiendo cómo vas a cederles ese poder a los Bianci, serían dueños de la Costa Este de EEUU y de Canadá.

—Me dejas impresionado —interviene Francesco—, eres tan inteligente como tu padre.

Me tenso, es la primera vez que dice algo bueno de él delante de mí.

—Caramelito, deberías estar más al día de los temas de la famiglia como Idara.

—Él no es de nuestra famiglia, seguro que ella lo conoce porque está planeando traicionarnos, de tal palo…

Aprieto mis manos en un puño.

—Si quieres ver qué hago con el palo, te lo enseño.

—Niñas, por favor —media Francesco—, no es el momento.

—Idara, compórtate —me reprende mi tío.

Lo quiero mucho porque me ha criado cuando los demás hubieran dejado que muriera de hambre en la calle, aunque siempre ha dejado claro que la mafia está primero y es algo que cada vez me molesta más. Mi tía era al revés, siempre me ponía mí en primer lugar, decía que le recordaba a su hermano, mi padre.

—Lo que os acabo de decir no puede salir de esta habitación.

Ambas negamos con la cabeza.

—Sigo sin entender qué hago yo aquí.

Soy impaciente, lo sé, pero es un defecto heredado de mi padre que no voy a cambiar.

—Hace dos días me reuní con los hermanos Bianci en Nueva York, ellos han accedido a ayudarme con la transición y a cambio aseguraran mi vida y las vuestras.

—¿La mía? —pregunto sorprendida.

—Sí, Idara —confirma mi tío—, esto se va a poner peligroso cuando se enteren de que la `Ndrangheta va a quedar a cargo de un Bianci.

—¿Cómo nos van a proteger desde Nueva York? Dudo que dejen su territorio.

—No lo harán —contesta Francesco—. Por eso vamos a enviaros a ambas con ellos hasta que la cosa aquí esté tranquila.

—¿Queréis que nos vayamos a Nueva York? —pregunta Isabella algo emocionada, como si, en vez de para salvar la vida, este viaje fuera para ir de compras.

—Queremos algo más —murmura mi tío y eso llama mi atención.

—Los hermanos Bianci van a hacerse cargo de vosotras, y durante vuestra estadía allí, tendréis una misión. Tú, caramelito, debes tratar de enamorar a uno de ellos, o al menos lograr para que te consideren como esposa. —Mi tío y Francesco se giran hacia mí—. Tú la ayudarás en lo que sea necesario.

—No puedo ir, mis clases empiezan en una semana, es mi último año.

—No te lo pido, Idara, te lo ordeno como tu capo.

Y eso lo deja claro, esa orden lleva implícito un castigo si no la cumplo.

—Por favor, Carlo, acompaña a Isabella a su cuarto y pide que la ayuden a organizar su equipaje, salís mañana.

Necesito tener unas palabras con Idara.

—Abuelo, ¿son guapos?

Ruedo los ojos, no se puede ser más superficial. Los hermanos Bianci son guapos, mucho, pero también son crueles, despiadados y unos asesinos, y vamos a estar viviendo directamente con ellos.

—Claro, caramelito, búscalos en internet, jamás dejaría que te casaras con alguien que no fuera apuesto, aunque no son ni la mitad de guapos que tú.

Isabella se levanta emocionada y busca en su móvil a los Bianci, su sonrisa no puede ser más grande, seguro que ya se ve casada con uno de ellos, es la única meta en la vida que tiene, ser la esposa de alguien importante de la mafia. No piensa que eso la hace un blanco para sus enemigos; mi madre lo fue, yo no quiero serlo.

Francesco espera a que mi tío e Isabella salgan de la habitación para empezar a hablar.

—Nunca hemos hablado de ello, pero quiero que sepas que tu forma de soportar todo lo ocurrido con tu padre hizo que te ganaras mi respeto.

Entrecierro los ojos. Esto no me gusta, él nunca diría algo así en público, y que ni siquiera haya dejado que mi tío, su consegliere, esté presente, solo hace que se confirmen mis sospechas: quiere algo y no quiere que me niegue.

—Sé que has tenido unos años difíciles —prosigue y quiero reírme por el eufemismo del año, no lo hago, sigo impasible esperando saber qué quiere—, y es el momento de recompensar tu lealtad. Cuando vuelvas de Nueva York, te casarás con alguien de la Organización para asegurar tu futuro.

Me quedo en silencio. No quiero casarme con alguien de la Organización, y mucho menos con alguien a quien no he elegido. Si mi padre hubiera seguido vivo, sé que él no lo hubiera permitido, siempre me dejó ser libre y decidir. No soy idiota, esto es solo un regalo por anticipado, ahora viene su petición.

—Como os he dicho, ambas vais a ir allí y quiero que Isabella consiga casarse con uno de ellos.

—Sería una forma de protegerte, ya que como abuelo de la mujer del capo que gobernará la Costa Este y Canadá serás intocable.

Él me sonríe.

—Eres demasiado inteligente a veces.

—Entonces di lo que quieres que haga.

—Tú la vas a ayudar a conseguirlo y les vas a dar a los Bianci lo que ellos quieran.

Alza sus cejas y no termino de entender lo que me está diciendo.

—Sé que no eres virgen, todos aquí lo sabemos, por eso me atrevo a pedirte esto. Si los Bianci quieren desahogarse con una

mujer, espero que seas tú y que entretanto los convenzas de que la esposa perfecta para uno de ellos es Isabella.

Me quedo atónita ante su petición.

—¿Me estás pidiendo que me prostituya a cambio de un matrimonio honorable? —pregunto aún en shock.

—Si quieres, puedes tomarlo como una petición, pero tu vida depende de ello.

Y aquí está el capo que hace tantos años me llevó hasta mi padre para que renunciara a su apellido delante de él. Aunque, como en ese entonces, él no lo sabe todo de mí. Soy virgen todavía, sé que muchos han contado historias de cómo me han follado de mil maneras y yo no he desmentido ninguna. ¿Para qué? No me importa lo que piensen y no necesito que ninguno me considere para el puesto de esposa. No me esperaba que eso se girara en mi contra, poniéndome en el lugar en el que estoy ahora.

Miro a Francesco y asiento.

—Lo haré.

Sonríe complacido y no sabe que estoy mintiendo, no tiene por qué saberlo.

—¿Mi tío está de acuerdo?

—Preferiría que esto quedara entre nosotros.

Respiro aliviada de que al menos el tío Carlo no esté al tanto de esta petición.

—Prepara todo lo que quieras llevarte, salís mañana.

Asiento y me levanto. Me abraza como si de verdad le importara y salgo del salón. Camino hasta la puerta y veo un coche esperándome.

—El señor Francesco nos ha pedido que te ayudemos en lo que necesites.

Sonrío meneando la cabeza a Marco. Lo que Francesco quiere es asegurarse de que no voy a huir, y no lo haré, al menos no aquí,

sería un suicidio, pero en Nueva York es otra historia, allí puede que simplemente salga un día y no regrese.

Llegamos a casa y Marco no duda en seguirme hasta mi habitación, mi tío no está y eso le da el poder que tanto le gusta. Sus hombres se quedan en la planta de abajo. Saco la maleta del armario y la abro sobre mi cama, prefiero mantenerla llena de otras cosas que no sean Marco o yo. Él me observa desde la puerta con hambre en la mirada, siempre ha querido follarme y mis negativas lo único que hacen es que se le ponga dura. Nunca entenderé a los hombres.

—¿Necesitas comprobar el número de bragas que me llevo? —pregunto irritada por su implacable vigilancia.

Se acerca hasta mí y me agarra la muñeca, retorciéndola detrás de mi cuerpo para que me ponga de rodillas.

—Esta es tu posición, no lo olvides.

Trato de soltarme, pero su agarre es demasiado fuerte, va a dejarme marcas, y le da igual, ya que mañana a estas horas estaré en Nueva York, y si aquí no hay nadie a quien le importe, allí menos.

Un carraspeo en la puerta hace que Marco me suelte de golpe, froto mi muñeca con la otra mano mientras veo a mi tío en la entrada de mi dormitorio.

—¿Todo bien?

—Sí, señor.

Mi tío me mira, yo aparto los ojos, no tiene caso decir nada, nunca lo tiene. Marco sale de mi habitación y mi tío cierra la puerta, dejándome sola. Meto ropa dentro de la maleta, también lo hago con las pocas cosas que me importan. No voy a volver aquí, no puedo si quiero tener una vida normal. Solo espero que no repercuta demasiado mal en mi tío. No es que haya sido el del mundo, pero me hizo las cosas más fáciles.

Reviso la habitación una vez más antes de salir. Dejo muchas cosas, pero las importantes se van conmigo. Por suerte, son cosas de mi padre que no tenía a la vista, por lo que nadie que vea mi

dormitorio sospechará que no voy a volver. Hoy no he podido ir a correr porque el avión está esperándonos, y no he podido deshacerme de la pesadilla de esta noche, tengo demasiada mala energía acumulada en mi cuerpo.

Llegamos al hangar privado y allí hay un pequeño avión esperándonos a Isabella y a mí. Los Bianci nos han mandado su jet como muestra de que la tienen grande. Isabella está emocionada, yo simplemente no me fío, no han dejado que ninguno de los hombres de la 'Ndrangheta viaje con nosotras, ni siquiera las asistentes de vuelo están en nuestra nómina. Un tipo enorme nos espera dentro del avión, lleva unos vaqueros y una camiseta negra ajustada de manga corta que deja ver todos los tatuajes de sus brazos. Su cara me suena, pero no logro acordarme de su nombre o cargo. Me gusta navegar por la darknet y estar al tanto de todo lo relacionado con la mafia italiana, aunque hay pocas fotos y muchos nombres.

—Encantado de conoceros, soy Adriano y me ocuparé de llevaros hasta Nueva York sanas y salvas.

Me cuesta un momento recordar quien es, Isabella le tiende la mano y él la besa en tanto ella suelta una risita estúpida. Luego se acerca a mí esperando que haga lo mismo.

—Vaya, sí que quieren que esto salga bien si los Bianci, envían a su sottocapo a por nosotras.

—Idara —me reprende Isabella avergonzada—. Perdónala, no es realmente una de las nuestras.

Adriano me mira y sonríe, parece que a él no le importa lo que he dicho. No es mentira, así que tampoco tendría motivos para enfadarse.

Tomamos asiento en las enormes butacas, yo voy a la última fila mientras que Isabella toma la primera. Adriano desaparece en la cabina del piloto y nos deja con dos tipos armados que no dejan de mirarnos. El avión despega y la azafata se acerca a Isabella en cuanto se ha estabilizado el aparato para ver si quiere algo de beber o comer. Cierro los ojos con mi bolso contra mi regazo y mi mano metida dentro de él, sujetando mi navaja. Lo bueno de los jets

privados es que puedes pasar este tipo de juguetes en tu bolso sin que te lo requisen. Siento a la azafata llegar a mi lado, pero se aleja creyendo que me he dormido. Me relajo un poco pensando en cómo haré para escapar de esta vida cuando noto que a mi lado se sienta alguien. Por el olor, sé que es uno de los tipos armados. Siento algo frío en mi garganta y abro los ojos poco a poco. Dos filas por delante, en el pasillo, está uno de los tipos de espaldas a nosotros, el otro está sentado junto a mi y tiene su arma contra mi cuello.

—Sabemos que has venido a demostrar las habilidades de las mujeres de la 'Ndrangheta a los Bianci —susurra mientras el que estaba de espaldas se gira y me mira—, así que mi amigo y yo hemos pensado que quizá puedas hacernos un trabajo rápido hasta que lleguemos.

Miro hacia delante y veo la cabeza de Isabella moverse como si estuviera escuchando música. La azafata no está por ninguna parte y la cabina del piloto está cerrada.

—Quiero saber cómo la chupas —murmura a la vez que pasa su lengua por mi mejilla.

Aprieto más fuerte la empuñadura de mi navaja, sé que no tengo nada que hacer contra ellos, pero tengo que dejar algo claro, no voy a pasar de cama en cama por toda La Cosa Nostra, por mucho que Francesco haya aceptado esa condición. Miro una vez más, esperando que alguien me vea, no hay nadie a quien pedir ayuda, seguramente los Bianci les han dado permiso para esto o puede que estén probando la mercancía a petición de ellos. Me da igual, en cualquier caso, no voy a dejar que suceda sin luchar. Cierro los ojos mientras el tipo se la saca y tengo que contener una arcada cuando esa cosa tiesa me apunta. Se recuesta sobre la ventanilla y se toca.

—¿A qué esperas?

Lo miro y luego respiro profundamente, el otro tipo se gira cuando empiezo a agacharme y el cerdo a mi lado retira la pistola de mi cuello. Error, aprovecho ese momento para sacar mi navaja y clavársela directamente en la entrepierna. Suelta un grito que

incluso a mí me asusta y de pronto alguien tira de mi pelo y me saca del asiento haciendo que mi camiseta se desgarre por la costura lateral al engancharse con el reposabrazos.

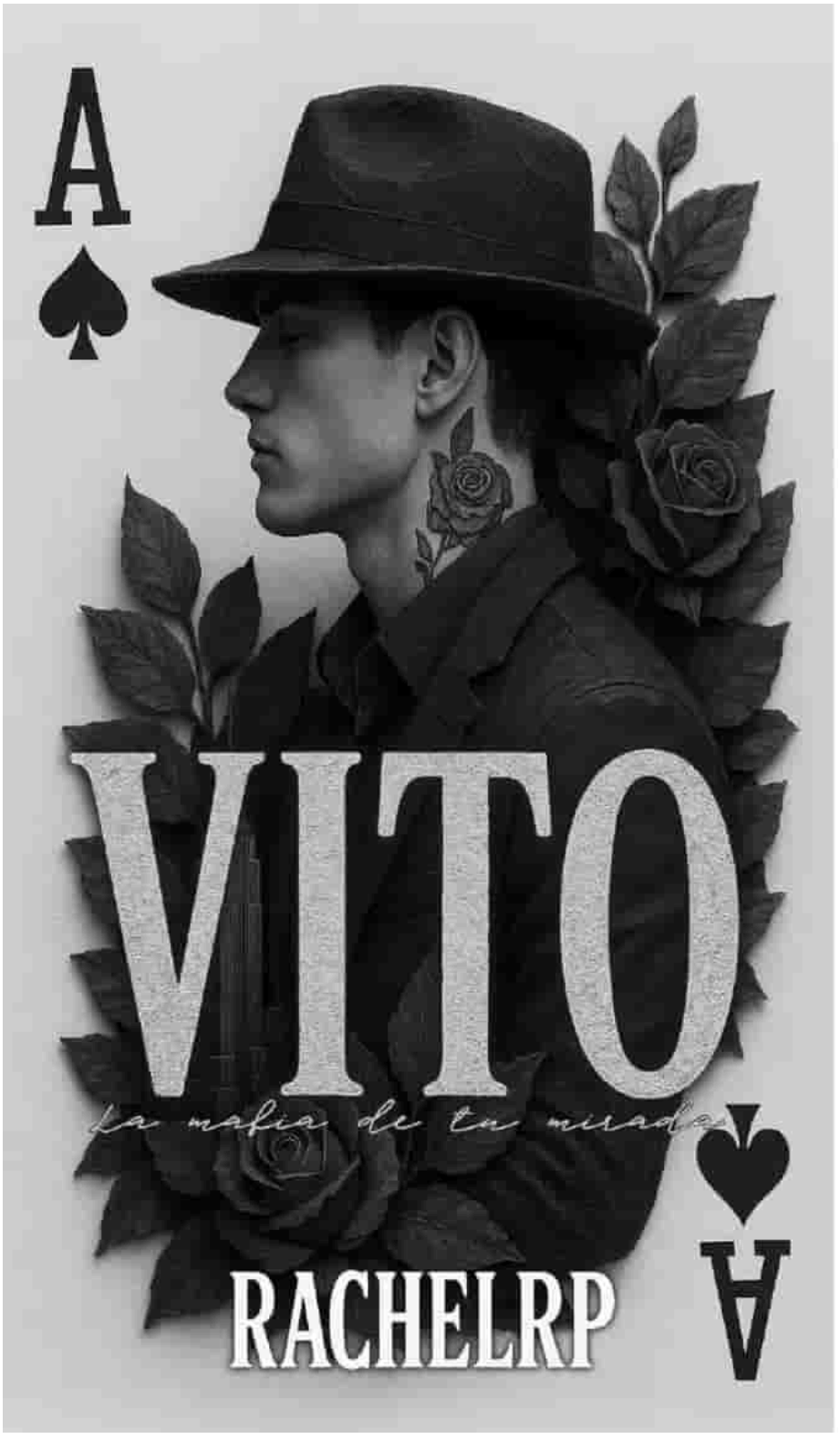
—¿Qué cojones has hecho? —pregunta el otro tipo armado, apuntándome, pero mirando a su amigo.

Isabella se da la vuelta subida de rodillas sobre su asiento, y cuando ve lo ocurrido por encima de los sillones, se gira y vomita. La puerta de la cabina se abre de golpe y Adriano aparece con el arma en la mano. Me mira en el suelo y luego al tipo con la polla ensartada. Camina hacia mí sin guardar el arma.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, mirándome directamente a los ojos.

Me encojo de hombros. Él sonríe, saca un silenciador y lo pone en su pistola.

—Al parecer no vamos a llegar todos a Nueva York.


A
VITO
la mafia de tu mirada
RACHELRP
A

Los gemelos Bianci gobiernan la Costa Este con puño de hierro. Capos de la Cosa Nostra y dueños absolutos de su territorio… hasta que un viejo lobo de la mafia canadiense llama a su puerta.

Francesco Benutti, capo de la temida 'Ndrangheta, sabe que sus días están contados y que la traición ya le respira en la nuca.

Su propuesta es tan tentadora como peligrosa: entregar el control de su famiglia a través de Dante Bianci, uniendo por primera vez Canadá y Nueva York bajo un mismo mando. Un poder sin precedentes… y un precio muy alto.

Ese precio llega en forma de dos mujeres.

Una, la princesa mimada de la mafia canadiense.

La otra… la hija del traidor más odiado de la historia de la 'Ndrangheta.

Idara Giordano vio morir a su padre cuando solo tenía diez años, y sobrevivió a base de orgullo, sangre fría y una lealtad que nadie pudo quebrar. Ahora, atrapada en la jaula dorada de los Bianci junto a la nieta de Francesco, sabe que no está allí para hacer amigos… ni para inclinar la cabeza. Puede que Nueva York esté a punto de descubrir que la sangre de un Giordano no se derrama sin guerra.

Porque los tratos en la mafia siempre tienen dos caras…

Y en esta, alguien no saldrá vivo.

AGRADECIMIENTOS

Pues con este libro empieza una nueva generación y solo puedo dar las gracias a tod@s las que habéis estado a mi lado desde que esto empezó y a las que os habéis ido uniendo a esta gran familia del Mafiaverso.

Tengo que nombrar a mis almas gemelas literarias, Irene, sin ti la vida sería más complicada. Nuestros momentos romantasy hacen que aún me mantenga cuerda.

Y qué decir de mi correctora y amiga, Nia hace que de verdad esta novela sea bonita, aunque no tanto como lo es ella por dentro y por fuera.

El grupo de Web al completo me entretiene los días que no quiero pensar y me escucha en los que quiero hablar. Sois diferentes y especiales.

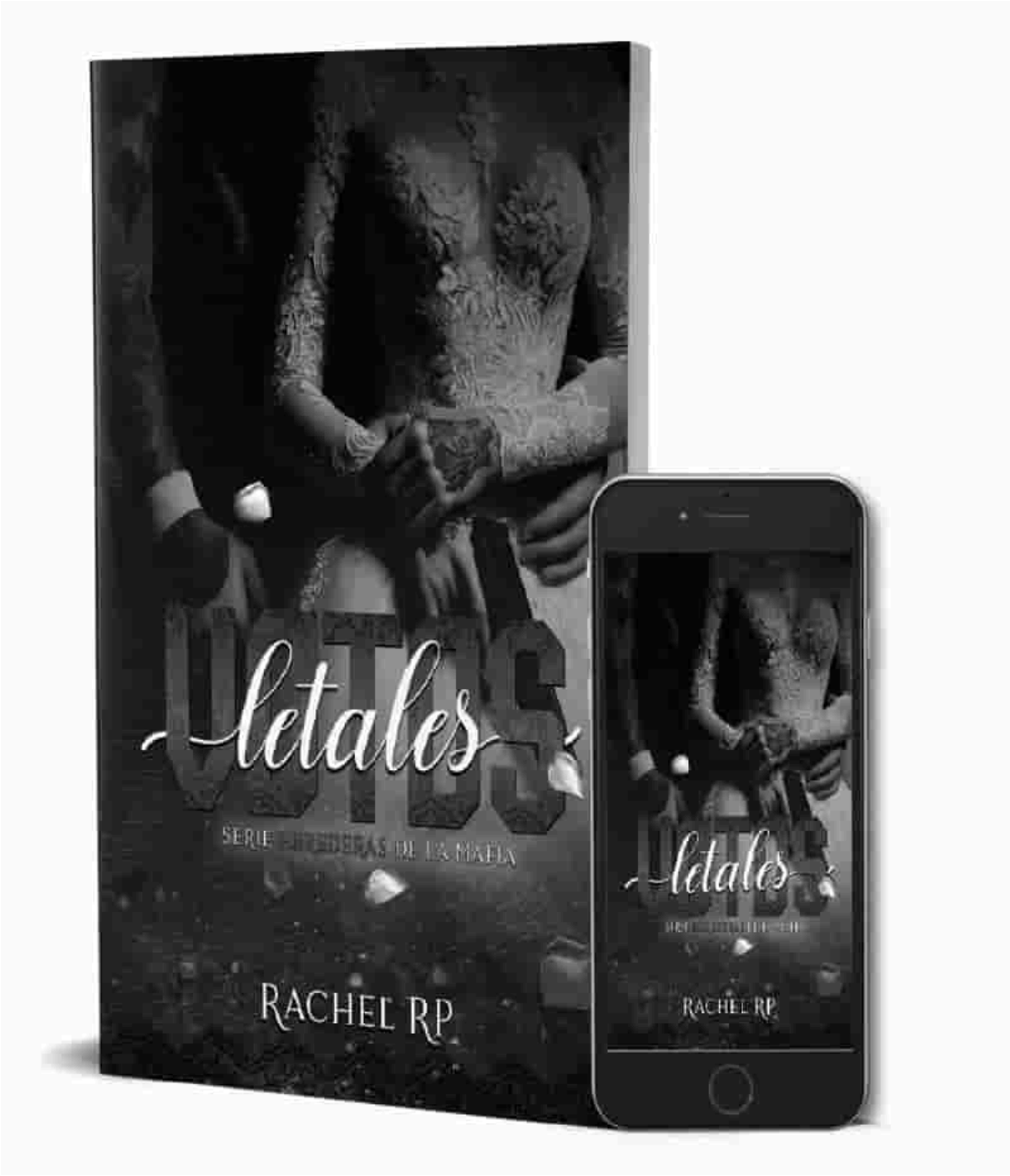
Tengo que hacer mención especial a Jess y Marta, ambas estáis en mi vida porque en el algún momento debí hacer algo realmente bien para teneros como mi mayor premio. Os ailoviuuuu.

Y, por último, a mi pulpi, Lúa, es tan genial que estoy deseando ver en la maravillosa mujer en la que se va a convertir sin duda alguna. Gracias por hacerme tan feliz cada día siendo tu madre y por

demostrarme que puedo llegar a donde quiera si es contigo.

NOS LEEMOS EN LA SIGUIENTE ;)

OTRAS NOVELAS DEL MAFIAVERSO



Todo el mundo sabe que para entrar en los negocios de los Farnese tienes que casarte con una de sus hijas. Por suerte para mí, están subastando a la mayor.

Es humillante que te compren, pero lo que mi marido no sabe es que la princesa de la mafia por la que acaba de pagar también es una asesina profesional con ganas de enviudar joven.

Nico y Seren están a punto de descubrir que el enemigo de mi enemigo, es mi amigo. Aunque en este caso él quiere ser algo más y ella quiere pegarle un tiro.

Adéntrate en el Mafiaverso… Bajo tu responsabilidad.

Primer libro de las Hermanas Farnese.
Serie completa con libros autoconclusivos.
Mafia italiana, rusa e irlandesa, ¿quién te gustará más?
Empieza a leerla aquí